ANTOLOGÍA MAESTROS

EL ALMA QUE HABLAR PUEDE CON LOS OJOS...



Marian Arpa
S. F. Tale
Mar Poldark
Sarah Valentine
María Heredia,
Alana Moira
María Rojo
Vega Fountain







Selecta

El alma que hablar puede con los ojos...

SERIE
Antología maestros

Marian Arpa, S. F. Tale, Mar Poldark,
Sarah Valentine, María Heredia, Alana Moira,
María Rojo, Vega Fountain

Selecta

El director que me enamoró

María Heredia

Aviso

Voy a comenzar a contar esta historia con un aviso: de verdad que yo no suelo ser así.

Sé que parece la típica excusa barata que la gente usa cuando no quiere admitir algo, pero tenéis que creerme. Nunca he sido de ir a bares, ligar con el primer tío que me encuentro y liarme con él en el baño. De verdad que no lo había hecho jamás, ni siquiera en mis años de facultad, cuando solo tomaba malas decisiones y tenía la absurda costumbre de beber chupito tras chupito con mis amigas. Así que quiero dejar claro que lo que pasó aquel día no es algo habitual en mi vida.

Pero es el comienzo de lo que, espero, os parezca una buena historia.

Capítulo 1

Estaba nerviosa. Muy nerviosa. Sabía que no tenía motivos para estarlo: no era mi primer comienzo de curso y, además, aún faltaban quince días para que las aulas se llenaran de esos monstruitos llamados adolescentes a los que, en teoría, tenía que intentar enseñar Historia. Pero sí que había una novedad respecto a los años anteriores y era que, por primera vez, me incorporaría al claustro el uno de septiembre como funcionaria de carrera. Bueno, en realidad, funcionaria en prácticas. Acababa de conseguir mi tan ansiada plaza, por lo que empezaba el «año de prácticas» en el que el inspector decidiría si tendría un puesto de por vida (el nuevo «tengo tierras» en esta economía tan precaria y cambiante) o si, por el contrario, todo mi esfuerzo no habría servido para nada. Y había sido un esfuerzo enorme el que había tenido que hacer en los últimos años.

Así que no podía evitar sentir todo un torrente de emociones en el estómago e incluso naúseas mientras preparaba mi bolso para las clases.

—Esto es absurdo —mascullaba una y otra vez al tiempo que revisaba, por séptima vez, que efectivamente llevaba un bolígrafo azul y una goma que me servirían de poco al día siguiente—. No debería estar nerviosa. He hecho esto muchas veces ya. Sé cómo funciona el primer día de instituto, por Dios.

Pero, por mucho que lo repetía, no lograba calmarme. Ni siquiera

mandar mensajes a mis amigas o llamar a mi madre funcionaba. Así que, al final, no me quedó más remedio que tomar una decisión drástica: dar por terminados los preparativos, ponerme guapa y salir a tomar algo. Sí, yo sola, sin nadie que me acompañara (porque aún no conocía a nadie en aquella ciudad). Al menos de esa forma me despejaría y me olvidaría por un rato de lo que me esperaba el día siguiente.

Lo que no me imaginaba era que acabaría en el baño de un bar en una actitud muy, digamos, *cariñosa*, con un tío al que acababa de conocer. No sabía muy bien cómo había acabado en aquella situación. Estaba en la barra tomando algo, se me había acercado aquel hombre tan mono con su barba perfectamente recortada y unos ojos verdes que quitaban el hipo, habíamos intercambiado poco más que nuestros nombres (que yo ni siquiera había entendido por culpa de todo el ruido que nos envolvía)… y antes de darnos cuenta estábamos besándonos.

Podéis decir lo que queráis, pero era, sin duda, una buena forma de bajar mis elevadísimos niveles de cortisol en aquel momento.

Cerré los ojos y contuve un gemido al sentir sus labios en mi cuello. No estaba nada mal para ser alguien a quien acababa de conocer, ni para estar apretujados en un minúsculo cubículo de dudosa higiene. Él deslizó una mano por mi costado con lentitud, disfrutando del roce, y yo me mordí el labio. Quise hacer algún comentario ingenioso, decirle, en tono jocoso, que cuidadito con esa mano, pero el alcohol y sus besos me habían nublado el ingenio y no era capaz de articular palabra.

No sé cuánto tiempo pasamos ahí encerrados. Supongo que mucho más del que debíamos puesto que unos golpes en la puerta acabaron por sacarnos de nuestra pequeña burbuja de felicidad.

—¡¡Salid de una vez!! ¡¡Hay gente que quiere usar el baño!!

Nos detuvimos de forma abrupta, intercambiamos una mirada… y nos echamos a reír como dos colegiales a los que acababan de pillar en mitad de una trastada.

—Creo que tenemos que salir —dijo él.

—Eso parece.

—¿Te gustaría seguir esto en mi casa?

Lo medité durante unos treinta segundos. Lo estaba pasando de maravilla y parecía estar entendiéndome tan bien con aquel desconocido que una parte de mí se planteó seriamente aceptar aquella invitación, ir a su casa y terminar con lo que habíamos empezado. Pero mi parte sensata sabía que no era buena idea irme con alguien a quien no conocía. ¿Y si en realidad era un psicópata? ¿Y si me asesinaba o algo así? Ya me había arriesgado mucho yéndome con él al baño, no podía hacerlo aún más yendo hasta su casa. Otras personas lo hacían, pero yo no era así.

No podía aceptar aquello.

—Lo siento, creo que lo mejor será dejarlo aquí —respondí, dedicándole una sonrisa de disculpa.

—¿Segura? Nos lo estábamos pasando muy bien…

Mentiría si no dijera que esas palabras y, sobre todo, el tono de voz tan sugerente con el que las pronunció, no me tentaron. Durante unos segundos fantaseé con la posibilidad de irme con aquel desconocido, cuyo nombre ni siquiera había retenido en la memoria, para acabar lo que habíamos empezado. Sentía hormigueo y fuego recorriendo mi cuerpo y quería calmarlos como fuera. Mas mi sensatez volvió a hacer acto de presencia y pintarme de nuevo todos aquellos escenarios terribles.

Definitivamente no podía hacerlo.

—Segurísima. Lo siento.

—No tienes por qué sentirlo. Ha estado bien.

—Mucho. Ha sido breve… pero intenso.

Los dos compartimos una última carcajada antes de, por fin, salir de aquel cubículo para dejar que la larga cola que se había formado durante aquellos minutos pudiera entrar.

Nos separamos en la puerta del baño y yo, que había decidido que ya había hecho suficientes tonterías por un día (o casi por toda una vida), busqué la chaqueta que me había dejado en una silla y, por suerte, no había desaparecido entre el gentío, me la puse y salí para poder regresar a casa cuanto antes. Lo mejor sería descansar para reponer energías. Tenía que tener las pilas cargadas para todo lo que me esperaba al día siguiente.

Así que me marché de aquel local, me subí al primer taxi que conseguí parar y casi me olvidé de los besos que acababa de compartir con un extraño en el baño de un bar cualquiera sin imaginarme que aquel no era, ni mucho menos, el final de la historia, sino el comienzo de algo… movidito.

Capítulo 2

Cuando el despertador sonó, apenas unas horas después de mi pequeña escapada nocturna, no pude evitar soltar un gruñido y esconder la cabeza debajo de la almohada. ¿De verdad tenía que levantarme tan pronto? Pero si hacía apenas unos minutos que me había dormido… Y, sin embargo, en cuanto recordé lo que me aguardaba, no dudé ni un segundo en salir de la cama y comenzar a prepararme.

No podía llegar tarde el primer día de curso.

Así que me puse la ropa que había elegido cuidadosamente la tarde anterior (en serio, casi había parecido que se me iba la vida en ello), me maquillé con cuidado para que nadie se diera cuenta de todas las capas de pintura que llevaba e incluso conseguí desayunar media tostada y dos tercios de mi taza de café descafeinado (lo cual consideré un auténtico logro teniendo en cuenta mi estado de nervios). Me miré en el espejo una última vez antes de salir. Se me veía nerviosa, casi como una primeriza que se enfrentaba de nuevo a su primer día de trabajo. Intenté dibujar una sonrisa confiada, en un vano esfuerzo por disimular todo aquel miedo. Aunque creo que no lo logré. Por desgracia para mí, nunca había sido una buena actriz.

Comprobé la hora en el móvil y suspiré. Eran casi las ocho y, según internet, tardaría casi veinte minutos en llegar al centro, por

lo que, si no me daba prisa, acabaría por llegar tarde. Aunque, en realidad el concepto de «tarde» era muy relativo en aquel caso. Nadie me había hecho llegar el horario establecido para aquellos primeros días. Normalmente, los equipos directivos y profesores empezaban a llegar alrededor de las nueve de la mañana, pero me preocupaba que en aquel instituto fuera diferente, todos estuvieran ya allí cuando yo apareciera y convertirme en la tardona oficial. Aquella no era, desde luego, la imagen que quería dar ante algunas de las personas que decidirían si era apta para convertirme en funcionaria de carrera o si, por el contrario, todo mi esfuerzo y trabajo no habría servido para nada.

Sabía que era una profesora estupenda (o, al menos, bastante decente), por lo que no estaba dispuesta a tirarlo todo por tierra por unos minutos de tardanza.

Pero cuando llegué al instituto, tal y como había imaginado, aún no había nadie. Casi literalmente. Cuando entré al vestíbulo, solo estaba el ordenanza, que se presentó y me indicó dónde estaba la sala de profesores.

—Eres la primera en llegar este año. ¡Qué madrugadora! —bromeó mientras encendía las luces de aquella sala en la que tantas horas pasaría durante los siguientes meses—. No creo que el resto del claustro tarde mucho. Mientras tanto, siéntete como en casa.

—Muchas gracias.

Se fue, dejándome sola, y yo aproveché para curiosear la habitación. No era demasiado grande, pero tenía varias mesas de trabajo, casilleros e incluso unos sofás donde poder descansar y charlar con los compañeros.

Me senté en uno de estos y aproveché para mandarle un *selfie* a mi mejor amiga junto a un mensaje en el que le contaba lo que acababa de sucederme y le adelantaba lo que había pasado la noche

anterior. Estaba segura de que se esperaría cualquier cosa menos aquello.

—¡Buenos días!

Levanté la vista del móvil al escuchar aquella voz y volví a dibujar una sonrisa al encontrarme a una chica de más o menos mi edad parada en la puerta de la sala de profesores. Por su expresión, parecía igual de nueva y perdida que yo, así que no dudé en levantarme y presentarme.

—¡Hola! Soy Clara, de Historia.

—¡Ay, yo también! —exclamó ella, feliz—. Ana. Es mi primer año en el centro.

—También el mío —le confesé—. Acabo de sacarme la plaza.

—¡Y yo!

Fue amistad a primera conversación. No tardamos en sentarnos juntas y empezar a contarnos nuestras vidas, expectativas, trayectorias… hasta que la sala poco a poco empezó a llenarse de profesores, especialmente nuevos, aunque también algún veterano que había acudido a supervisar los exámenes de recuperación para el alumnado de primero de bachillerato.

La habitación que hasta hacía unos minutos había estado en completo silencio se había convertido en un torbellino de saludos, presentaciones y risas nerviosas y emocionadas por el comienzo del nuevo curso. Todos parecían contentos de estar allí, lo que aflojó bastante mis nervios. Si el ambiente se mantenía así durante el resto del año, estaba convencida de que disfrutaría mucho de aquella experiencia (sin olvidarnos del ámbito laboral, por supuesto, aunque de eso ya me preocuparía en un par de semanas cuando tuviera que enfrentarme a mis nuevos y desconocidos alumnos).

—El director ya está por aquí —nos anunció a eso de las nueve y media de la mañana Ramón, uno de los jefes de estudio adjuntos—.

Le gustaría presentarse a los nuevos que habéis llegado de manera informal antes de la bienvenida oficial. Si queréis, os acompaño.

Todos asentimos y Ana y yo, en primera fila, lo seguimos por los pasillos hasta el último despacho de aquella zona habilitada únicamente para el profesorado. Tomé una bocanada de aire antes de poner un pie dentro… y lo solté directamente al darme cuenta de que la persona que estaba dentro, charlando con otra profesora de forma amistosa, era ni más ni menos que el hombre con el que me había liado la noche anterior en el baño de aquel bar y cuyo nombre ni siquiera recordaba.

Durante unos segundos me planteé la posibilidad de salir corriendo, no incorporarme al centro y olvidarme de mi vocación de profesora. Podría dedicarme a otra cosa. A cualquier otra. La que fuera. Total, tampoco había estudiado tanto para lograr aquel puesto. Solo habían sido cuatro años de carrera, dos de máster y otros cuatro de oposición mientras trabajaba. Nada del otro mundo, vaya.

Pero no pude poner en marcha mi fantástico plan de huida porque, mientras trataba de decidir cuál sería la mejor manera de escapar de allí sin llamar demasiado la atención, él se giró hacia nosotros. Y sus ojos se posaron directamente en mí. Contuve la respiración, casi rezando para que no me reconociera. Estaba oscuro, habíamos bebido e iba muy maquillada, así que quizá no se daba cuenta de quién era. Quizá solo pensaba que tenía una de esas caras que resultan familiares, que me parecía a alguien que conocía. Mas no tardé en darme cuenta, por la chispa que vi en sus ojos, que mis esperanzas habían quedado en nada.

Sabía quién era.

Se acordaba perfectamente de mí.

Y yo ya no tenía escapatoria.

Con todos los hombres que había en el mundo, ¿por qué había tenido que liarme justamente con el director del instituto?

—Buenos días, Enrique —le saludó Ramón, ajeno a todo lo que estábamos viviendo en ese momento—. Estos son algunos de nuestros nuevos compañeros para este curso.

Él no contestó. Continuaba mirándome fijamente, como si no hubiera nadie más en aquel despacho, como si por un momento hubiéramos regresado al diminuto baño del que nos habían echado la noche anterior.

Y yo tampoco conseguía apartar la mirada de él. Por mucho que quisiera disimular para que el resto de compañeros no se diera cuenta, no podía dejar de recordar los besos y pequeñas caricias que habíamos compartido la noche anterior.

—Enrique, ¿te encuentras bien?

La pregunta del jefe de estudios pareció sacarlo por fin de sus pensamientos. Enrique sonrió de forma profesional y empezó a estrecharnos la mano uno a uno.

—Disculpad, estaba repasando unos asuntos y me he distraído —se excusó a pesar de que ambos sabíamos que aquello no era verdad—. Encantado de daros la bienvenida. Soy Enrique, el director.

Todos se fueron presentando, diciendo sus nombres (que yo no tardaría en olvidar y mezclar; no entendía cómo se me podía dar tan mal eso de unir nombres y caras) hasta que llegó mi turno. Enrique me tendió la mano y yo se la estreché, intentando disimular el pequeño temblor que me había invadido al volver a tenerlo tan cerca.

—Clara —me presenté, como si no lo hubiera hecho ya la noche anterior. Aunque era posible que, al igual que yo, él también hubiera olvidado mi nombre—. De Historia. Estoy de prácticas.

—Ah, sí, sois cinco en total —respondió él, aún sin soltarme—.

Enhorabuena por la plaza.

—Muchas gracias.

Tras unos segundos que se sintieron como una eternidad, Enrique me soltó la mano, dejándome una extraña sensación de desasosiego, y siguió la ronda de saludos. Suspiré de forma casi inaudible, procurando no llamar aun más la atención de los demás. Solo esperaba que no se hubieran percatado de lo largo que había sido nuestro saludo.

Cuando el director terminó por fin de hablar con todos los presentes, Ramón nos dijo que, como tenía algo de tiempo, nos haría una pequeña visita por el instituto para que pudiéramos familiarizarnos con él.

—Es bastante grande, así que los primeros días estaréis muy perdidos, pero os prometo que en octubre ya encontraréis todas vuestras clases sin problema.

—¿Octubre? —me preguntó en voz baja Ana—. Será una broma, ¿no? No puedo dejar que los alumnos se den cuenta de que estoy aún más perdida que ellos.

Me encogí de hombros porque, siendo sincera, no tenía ni idea. Aquel instituto era bastante grande, por lo que era muy posible que hubiera corredores y corredores llenos de aulas. Aunque, con un poco de suerte, no tendríamos que atravesar patios para llegar a nuestras clases. Todavía tenía pesadillas con los días de lluvia en el primer centro en el que trabajé. Ni uno solo había logrado llegar seca a mi destino.

Todo el mundo comenzó a marcharse del despacho y yo, a pesar de que seguía sintiendo la tentación de huir cuanto antes de allí, me quedé quieta, fingiendo buscar algo en mi bolso, mientras los demás salían. Enrique, que parecía haber entendido mi jugada, le dijo a Ramón y a la otra profesora que debía quedarse en el despacho,

revisando papeleo, y que los vería más tarde.

Así que esperamos unos instantes, como si aquello no fuera con nosotros, hasta que el despacho se quedó vacío. Él volvió a mirarme y yo suspiré y cerré el bolso antes de hacer lo propio con la puerta. No quería que nadie nos escuchara desde fuera y descubriera la verdad.

—Así que… ¿director? —le pregunté tontamente, sin saber muy bien qué más hacer o decir. ¿Cómo se abordaba una situación así? ¡Nunca antes me había liado con un desconocido y me lo había encontrado al día siguiente!

—Y tú profesora de… ¿Historia? —respondió él, también algo dubitativo.

—Historia, sí. —Carraspeé, incómoda—. Oye, Enrique…

—Quique —me corrigió él—. Anoche me presenté como Quique. Puede que por eso te hayas quedado un poco descolocada.

—Si fuera solo por eso… No esperaba volver a verte nunca más. Pensaba que serías solo una anécdota, un chico en un bar. Y, de repente, te encuentro nada más entrar a este despacho.

—Puedo decir lo mismo. Cuando nos despedimos anoche pensé que no volveríamos a cruzarnos jamás, que no sabría de nuevo de ti. Y entonces apareciste en el instituto.

—Con todos los sitios que hay en Andalucía…

—…tuvimos que coincidir en el mismo —terminó él por mí. Se llevó las manos a los bolsillos, con un nerviosismo que no casaba demasiado con la imagen que un director debía transmitir el primer día. Aunque supuse que, precisamente conmigo, no tenía que mostrar aquella coraza de profesionalidad—. Sí, es, cuanto menos, curioso. Una especie de broma del destino.

—No podría haberlo dicho mejor. —Carraspeé algo incómoda, sin saber bien qué decir. Era la situación más incómoda en la que me

había encontrado jamás—. Oye, Enrique o Quique o… no sé, ¿cómo prefieres que te llame?

—Como quieras.

—No, no. Aquí en el instituto eres el director, así que te llamaré como el resto de profesores. Además —suspiré—, lo de anoche nunca pasó, ¿vale? Fue solo una tontería, así que no deberíamos darle importancia.

—Sí, claro…

—Entiéndeme. No quiero ser la chica nueva que se lía con el director. No quiero empezar así el instituto.

—Yo tampoco quiero ser el director que va liándose con las profesoras nuevas, así que estoy de acuerdo. —Él asintió con seriedad—. Lo mejor será fingir que no nos conocemos de nada.

—Oh, ¿pero nos habíamos visto antes?

Él sonrió al escuchar esa broma tan mala y yo, por mucho que me fastidiara, no pude evitar pensar que era demasiado mono. ¿Cómo podía un director de instituto ser tan guapo? Todos los que me había cruzado hasta aquel momento eran hombres de cincuenta años con cara de cansados y bastante mal humor. ¿Por qué Quique o Enrique o como tuviera que llamarle tenía que ser tan encantador?

No era justo.

No era nada justo.

—Creo que lo mejor será que me vaya con los demás —me obligué a decir a pesar de que, de repente, me habían entrado muchas ganas de quedarme en aquel despacho del que había deseado salir corriendo hacía apenas unos minutos—. No quiero que se hagan ideas equivocadas.

—Yo me reuniré más tarde con vosotros —respondió él—. Disfruta de la visita, Clara. El centro impresiona un poco al principio, pero te garantizo que es muy acogedor. Pronto te sentirás como en

casa.

Permanecí allí unos segundos más, casi como si una parte de mí esperara que él me detuviera (o incluso que hiciera otras cosas que no se iban a repetir y que no pensaba admitir ni siquiera a mí misma). Pero en seguida asumí que nada de eso pasaría, así que me giré y, sin más despedidas ni ceremonias, abandoné el despacho.

Por suerte, el grupo no había avanzado demasiado, así que no tardé en localizarlos y unirme de forma sigilosa, tratando de no destacar ni delatarme. No quería que se dieran cuenta de que no había estado allí con ellos desde el principio.

Pero, por mala suerte, una persona sí que se había percatado de mi prolongada ausencia.

—¿Estás bien? —me preguntó Ana, que había aparecido de la nada y me miraba con una ceja enarcada—. Has tardado en venir.

Durante unos instantes me planteé contarle la verdad. No parecía una mala persona y me vendría genial desahogarme sobre lo que acababa de pasar. ¿Tan malo sería confesarle lo que había pasado? No obstante, no tardé en descartarlo. Por muy maja que pareciera, no dejaba de ser una extraña a la que había conocido hacía literalmente unos pocos minutos. Quizá algún día pudiera confiar en ella, pero ese momento aún no había llegado. Así que me mordí la lengua, fingí una sonrisa y mentí como una auténtica bellaca

—Sí, es que me estaban llamando y me he quedado en el pasillo hablando. ¿Os han dicho algo más?

Ella negó con la cabeza, aunque me dedicó una mirada de sospecha, casi como si no se creyera lo que acababa de contarle. Y no me extrañaba demasiado porque nunca había sido una buena mentirosa.

Solo esperaba no cruzarme demasiado con Quique para que

nadie se diera cuenta del grandísimo secreto que guardábamos. Temía no ser capaz de disimular y que mi cara nos delatara a ambos.

Por suerte, Ramón no tardó en continuar con la visita y sus explicaciones, por lo que Ana pareció olvidarse de mí y centró de nuevo su atención en él.

Suspiré sin poder evitarlo.

Demasiadas emociones intensas para un primer día de instituto.

Capítulo 3

Me encantaría poder decir que las cosas se tranquilizaron a partir de aquel momento.

Me encantaría poder contaros que Quique y yo no volvimos a cruzarnos, que mis primeros días en el nuevo centro fueron maravillosos y que lo que había pasado en el baño de aquel bar se convirtió en una anécdota sin más que contar a mis amigas.

Pero os estaría engañando.

El universo tiene formas muy curiosas de hacernos la puñeta a algunas personas y, por algún motivo que yo no llegaba a comprender, había decidido cebarse conmigo un poco más. Como si no tuviera suficiente con lo que había sucedido ya.

—Ana, ¿tú te enteraste de cómo se reservan los portátiles? —le pregunté a mi compañera, que estaba organizando su carpeta de tutoría.

—No muy bien —respondió ella—. Sé que hay un registro y que luego tienes que ir a la salita a recogerlos, pero no tengo ni idea de si hay que hablar con alguien, enviar un correo…

—Pues menudo lío…

—¿Los necesitas hoy? Si es solo el segundo día de clase.

—Sí, pero quiero que los de mi tutoría rellenen los formularios personales directamente de forma digital para poder organizarlos mejor. —Suspiré—. Creo que lo mejor será que vaya a preguntar a

conserjería. Seguro que ellos me orientan mejor.

—Seguro que sí.

—Luego nos vemos y me cuentas qué tal con los grupos nuevos.

—Sí, tengo hueco a cuarta y podemos desayunar si quieres.

—Cuenta con ello.

Salí de la sala de profesores y me acerqué directamente a la garita en la que se encontraba Pepe, el conserje, un señor al borde de la jubilación que se pasaba el día haciéndonos bromas.

—¡Buenos días! —lo saludé—. Perdona que te moleste, Pepe, pero no sé muy bien cómo reservar los carritos de portátiles y los necesito ahora a primera hora.

—¿Tan pronto empezáis este año con los ordenadores? —El hombre rio, aunque se apresuró a sacar un registro y tenderme un bolígrafo—. Anda, apúntalo aquí y te doy la llave. Sabes dónde tienes que recogerlos, ¿no?

—La verdad es que no… O sea, estoy segura de que me lo han explicado, pero es que nos han contado tantas cosas estos días que la mitad se me han olvidado. Y con lo grande que es este instituto…

—Cómo tenéis la cabeza los jóvenes, ¿eh?

—Cada día más perdida —respondí yo a su broma, al tiempo que empezaba a rellenar el registro—. A tu edad no llego.

Él rio y negó con la cabeza mientras buscaba la llave de la salita.

—Anda, mira, no voy a tener que llevarte yo. Vas a tener un guía VIP.

—¿Por qué…? —Levanté la cabeza y la pregunta murió en mis labios antes de poder acabarla.

Porque Quique acababa de entrar al instituto y estaba a punto de pasar frente a la garita.

—¡Enrique, ven aquí! —lo llamó Pepe sin dudar ni un segundo, sin ser consciente de lo que estaba a punto de hacer.

Me había esforzado mucho todos aquellos días para cruzarme lo mínimo con el director del instituto (lo que no había sido precisamente fácil dadas las circunstancias), así que no quería echarlo todo por tierra por un carrito de ordenadores.

—Pero, hombre, Pepe, no lo molestes, que seguro que tiene muchas cosas que hacer…

—¡Anda! Cosas ni cosas. ¡Qué va a tener que hacer este a las ocho de la mañana! —Le hizo otro gesto y, por fin, Quique se dio cuenta de que lo estaba llamando—. Ven un momento que necesitan tu ayuda.

—Sí, claro, Pepe, di… —Abrió mucho los ojos al verme ahí parada y tuve la súbita revelación de que él también había estado evitándome.

—Mira, que me está diciendo Clara que no sabe dónde tiene que ir a coger los portátiles, así que acompáñala, hombre.

—Bueno, es que tengo una reunión con…

—Si será un minuto. Yo le doy conversación al que venga, no te preocupes.

—No hace falta, en serio —intervine yo—. Si me decís dónde…

—Que no, chiquilla, que no te preocupes, que Enrique te acompaña en un momentito.

Los dos nos miramos, acorralados por aquella situación de la que no sabíamos cómo salir sin parecer unos maleducados o, peor aún, sin que Pepe se diera cuenta de que pasaba algo entre nosotros.

—Sí, claro. No hay problema. Tengo un par de minutos.

—Muchas gracias, Enrique.

Cogí la llave y, tras despedirme del conserje, seguí al director por el pasillo. Anduvimos en silencio, el uno junto al otro, aunque mirando hacia direcciones opuestas, como si las paredes del centro fueran de repente lo más interesante del universo.

—Aquí es —me dijo él, señalando una puerta metálica—. Te echo una mano, a veces se atasca.

—Gracias.

Le pasé la llave y él, tras pelear un poco con la cerradura, logró abrirla. Pasé al pequeño cuartito, en el que solo había un par de carritos de portátiles enchufados. Me acerqué para poder coger uno, pero, al tirar del cable, me di cuenta de que el enchufe, después de tantos meses fijos, se había quedado pillado y no salía.

—Espera, te ayudo.

Quique entró y empezó también a tirar, consiguiendo poco a poco aflojarlo.

Y entonces pasó algo que ninguno de los dos se había visto venir.

La puerta, que habíamos dejado entreabierta sin darnos cuenta, se cerró de un portazo, como si una corriente la hubiera empujado.

Grité sin poder evitarlo y me puse completamente roja al darme cuenta de la imagen tan poco profesional que estaba dando en ese momento.

—Qué susto —murmuré—. No me lo esperaba, perdona.

—No, tranquila, yo también me he asustado.

—Voy a… —Me acerqué a la puerta para abrir y tuve que contener otro grito al darme cuenta de que, por mucho que tirara, no se abría—. ¡No puede ser! Creo que se ha atascado.

Quique y yo compartimos una mirada de pánico que pudimos entender a pesar de la oscuridad que nos envolvía (porque la única luz que había en aquel espacio que de repente parecía diminuto era la del interruptor de la regleta).

—No, espera, seguro que si tiramos un poco más fuerte…

Me hice a un lado para que él pudiera intentarlo, rogando porque aquello quedara solo en un susto y pudiéramos salir, pero tras unos

instantes me di cuenta de que mis esperanzas eran en vano. Por mucho que él tiraba, tampoco conseguía desencajarla.

—Joder, no puede ser… Mira que dejé anotado antes de irnos de vacaciones que alguien tenía que arreglar esta puerta —mascullaba él, sin dejar de intentarlo—. No me lo puedo creer.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Pues supongo que esperar. Seguro que no tardan en darse cuenta de que estamos aquí.

Fruncí el ceño al escuchar aquello. ¿Aquel era su fantástico plan? ¿Quedarnos ahí parados, en aquel espacio tan minúsculo, hasta que alguien se diera cuenta de nuestra ausencia y nos encontrara? Me parecía la estrategia más absurda de la historia y no estaba, desde luego, dispuesta a quedarme de brazos cruzadas aguardando a que alguien me salvara.

Así que no lo dudé. Me acerqué a la puerta y empecé a golpearla con todas mis fuerzas al tiempo que gritaba.

—¡Socorro! ¡Nos hemos quedado encerrados! ¡Ayuda!

—Pero ¿qué haces? —me preguntó él como si acabara de volverme loca.

—¿Tú qué crees? Intentar que nos saquen. Ayúdame, vamos. Cuanto más ruido hagamos, más posibilidades tendremos de que nos escuchen.

Quique titubeó durante unos segundos, aunque al final decidió claudicar y unirse a mis golpes y gritos.

Pero el universo decidió conspirar de nuevo en nuestra contra porque, por algún motivo, parecía encantado con la situación.

Así que, mientras nosotros intentábamos hacernos oír, sucedió algo que convirtió todos nuestros esfuerzos en vanos. El timbre que marcaba el inicio de las clases sonó y el pasillo se llenó de adolescentes que gritaban y corrían como si no hubiera un mañana.

—Esto tiene que ser una broma —mascullé. Di un golpe más fuerte y, sin importarme lo que Quique pudiera pensar de mí, lancé un grito de pura frustración—. ¡No puede ser verdad!

—Ya es mala suerte…

Él suspiró con resignación y se apoyó contra el carrito de los ordenadores, con los brazos cruzados. Y yo, que cada vez era más consciente de la escasa distancia que nos separaba y que notaba cada uno de los centímetros que nos alejaban, no pude evitar recordar la última vez que habíamos compartido un espacio tan pequeño.

Y volví a notar, sin querer, sus labios en mi cuello, sus dedos recorriendo mis costados y aventurándose hacia otros lugares, su risa mientras me besaba…

Cerré los ojos con todas mis fuerzas tratando de quitarme aquella sensación, de hacer desaparecer aquellos inoportunos recuerdos, pero, cuanto más lo intentaba, menos lo conseguía. Era como si aquellas imágenes se me hubieran quedado grabadas en el cerebro y no quisieran desaparecer.

—Clara.

Abrí los ojos al escuchar mi nombre y pude ver, a pesar de la oscuridad, cómo me estaba mirando. Y supe que, a pesar de la frialdad que nos habíamos impuesto, él también estaba recordando lo mismo que yo.

Ninguno había logrado olvidar lo que había pasado en el baño de aquel bar por mucho que lo habíamos intentado.

—Dime.

Di un paso hacia él de forma casi inconsciente, tratando de reducir aun más el espacio, arrastrada por una especie de corriente que no sabía muy bien de dónde había surgido.

Él no respondió. Se incorporó y avanzó un par de pasos más con

cierta cautela, midiendo si podía acercarse o si lo mejor sería seguir manteniendo la distancia entre ambos. Yo, guiada por un impulso nada sensato, me acerqué, dándole a entender que quería eso tanto como él.

Poco a poco seguimos avanzando, en silencio. No nos hacía falta decir nada para saber lo que ambos estábamos pensando, lo que anhelábamos y deseábamos con cada fibra de nuestro ser.

Habíamos tratado de alejarnos pero la realidad se había impuesto: se nos había quedado algo a medias. Y parecíamos más que dispuestos a retomarlo en aquella pequeña habitación, como si no estuviéramos en el instituto, rodeados de compañeros y alumnos.

Continuamos acercándonos, sintiendo aquella cuerda que parecía tirar cada vez más y más de nosotros. Hasta que, de repente y sin previo aviso, justo cuando parecíamos estar a punto de besarnos, la puerta se abrió y un fogonazo de luz hizo que nos separáramos.

—¡Aquí estáis! —exclamó Pepe.

Parpadeé un par de veces y no pude evitar sonrojarme al darme cuenta de que, en el umbral, estaban Pepe, un par de profesoras (cuyos nombres no recordaba), un alumno de mi tutoría y un hombre trajeado al que no había visto nunca.

—¿Estáis bien? —me preguntó una de mis compañeras.

—Sí, sí —me apresuré a responder, dando un paso hacia atrás y fingiendo que no había estado a punto de pasar nada entre nosotros —. Hemos venido a por los portátiles, la puerta se ha cerrado y nos hemos quedado atascados.

—¡Pues mira que se ha revisado! —protestó Pepe—. Pero es que estas puertas tan viejas…

—Sí, tenemos que solucionarlo —intervino Quique—. Menos mal que habéis aparecido. Llevamos un rato llamando, pero nadie

parecía oírnos.

—Como no venías hemos ido a la sala de profesores a buscarte —explicó mi alumno—. Y las señas han ido a hablar con Pepe, por si él sabía algo, porque no estabas en el parte de guardia y habías fichado esta mañana.

—Claro, y yo ya estaba un poco mosca porque Enrique no llegaba para su reunión con este señor.

Fijé la mirada en él. Se le veía bastante serio y formal, como si se tratara de alguien importante. Me di cuenta de que realmente lo era cuando Quique se enderezó y recolocó bien la camisa.

—Siento haberle hecho esperar —le dijo con formalidad—. Como ve, se ha tratado de un contratiempo inevitable.

—No se preocupe. Aún tenemos tiempo.

—Clara, permíteme presentarte —dijo al percatarse de cómo paseaba la mirada entre ambos—. Este es Juan Manuel Montes, el inspector de la zona. Y, Juan Manuel, esta es Clara Fuentes, una de nuestras profesoras en prácticas. Estoy seguro de que tendrán tiempo de conocerse durante este curso.

Noté cómo palidecía al darme cuenta de que una de las personas que me había pillado en aquel momento tan comprometido y poco apropiado con el director del centro era ni más ni menos que el inspector que tendría que juzgar mi trabajo de ese curso para decidir si merecía convertirme en funcionaria de carrera.

No era, ni muchísimo menos, la forma en la que esperaba conocerlo por primera vez y solo esperaba que no se hubiera llevado una impresión negativa de mí. Aunque algo me decía que así era.

—Encantado de conocerla, Clara —me saludó, mirándome de arriba abajo pero tendiéndome la mano de forma amistosa.

—Igualmente —contesté, dándole un apretón que, pese a mis esfuerzos, fue torpe y nervioso.

Perfecto. Justo lo que quería que el inspector pensara de mí.

¿Podía pasarme algo más aquel día?

—Lo mejor será que me vaya a clase —dije—. Ya me han esperado bastante mis alumnos.

—No te olvides de los portátiles —contestó Quique porque a mí, efectivamente, se me había olvidado el motivo que nos había llevado hasta aquella situación tan incómoda.

—Sí, claro. Gracias, Enrique.

Le pedí a mi alumno que me echara una mano y, juntos, sacamos el carrito y nos alejamos de aquella salita, de Quique y de aquella absurda trampa que el universo había decidido tenderme.

Capítulo 4

Los días siguieron pasando y mis encuentros con Quique, a pesar de que eran escasos, pues ambos seguíamos dispuestos a guardar las distancias y correr un tupido velo sobre «la situación», cada vez resultaban más tensos.

Estaba claro que nos moríamos de ganas de acabar lo que habíamos empezado y que, si volvíamos a quedarnos solos, probablemente haríamos una tontería de la que nos arrepentiríamos.

—¿Te pasa algo, Clara?

La pregunta de Ana no me pilló totalmente por sorpresa. Acabábamos de salir del despacho de dirección, de solucionar unos temas de papeleo, y había tenido uno de esos momentos incómodos con Quique. Uno que, además, debía de haber sido más que evidente para todos los que nos rodeaban.

La miré, dubitativa, sin saber muy bien qué responder. Era obvio que necesitaba compartir aquello con alguien. Después de tantas semanas guardándome aquel secreto, sentía que iba a explotar de un momento a otro si no lo contaba. Nunca había sido buena con los secretos y aquel estaba a punto de acabar conmigo. Además, después de todas las horas que habíamos pasado juntas, Ana y yo nos habíamos convertido en buenas amigas y sentía que podía confiar en ella. Al fin y al cabo, se había dado cuenta de que algo sucedía, lo que significaba que se preocupaba por mí (o que era un

poco cotilla, pero no podía culparlo por ello porque yo era exactamente igual).

Así que lo sopesé unos segundos más, comprobé que nadie nos escuchaba y, por fin, confesé la verdad.

—Hay una cosa que… A ver, es algo un poco fuerte, ¿vale? Así que, antes de contártelo, tienes que prometerme que no se lo contarás a nadie. A nadie en absoluto, ¿vale?

—Sí, claro.

—Prométemelo.

—Prometido.

Tomé aire y, sin pararme a pensar más ni darle más vueltas (por si me arrepentía), comencé a contarle lo que pasó en aquel bar la noche antes de que el curso comenzara.

—De verdad que yo no tenía ni idea de que Quique era el director del instituto. De haberlo sabido, jamás me habría liado con él. Pero, claro, ¿cómo iba a imaginármelo? ¿En qué universo existen directores tan jóvenes y guapos?

—Ya, la verdad es que no encaja con el prototipo de director.

—Para nada. —Suspiré—. Así que por eso a veces estamos raros el uno con el otro.

—Tiene sentido. Sabía que había algo que no me habías contado, porque es más que evidente la tensión entre vosotros, pero no me imaginaba algo así. ¡Es que es muy fuerte, tía!

—Ya, dímelo a mí. Mi cara cuando lo vi el primer día tuvo que ser un auténtico poema. No sabía si salir corriendo de su despacho, pedir un traslado urgente o rezar para que me tragara la tierra y me escupiera en Nueva Zelanda.

—Anda, no exageres…

—De verdad que no exagero. Fue un momento traumático.

—¿Y qué vais a hacer ahora?

—¿Cómo que «qué vamos a hacer ahora»? —pregunté confusa, sin entender a qué se estaba refiriendo con su pregunta.

—Pues es obvio, ¿no? —respondió ella poniendo los ojos en blanco, como si fuera lo más evidente del mundo—. ¿Qué va a pasar entre vosotros?

—Nada. ¿Cómo va a pasar algo, Ana? Es el director del instituto. Técnicamente es como si fuera mi jefe.

—¿Y qué? Cosas peores se han visto.

Negué con la cabeza. Por muy fácil que ella lo viera, para mí era imposible. Un romance prohibido.

—No digas tonterías…

—No son tonterías —siguió insistiendo ella—. ¿De verdad no vais a intentar nada?

—Claro que no.

—Pero si el universo ha vuelto a juntaros debe de ser por algo.

—Ana…

—No, en serio, escúchame: si el destino no quisiera que estuvierais juntos, no os habría reunido. Hay muchísimos institutos en Andalucía. ¿Qué probabilidades había de que coincidierais los dos en el mismo?

—Estás exagerando.

—Las dos sabemos que no. Era muy poco probable que os encontrarais otra vez y, fíjate, habéis acabado trabajando juntos. Eso quiere decir algo, Clara. Tiene que significar algo.

—¿Que el universo tiene un extraño sentido del humor?

Puso los ojos en blanco y masculló algo al escuchar mi comentario, aunque decidió no insistir. O, al menos, no demasiado.

—Haz lo que quieras, pero… algo me dice que esto no acaba aquí.

—No seas pesada.

—No lo soy. Es solo que así es como empiezan todas las historias de novela.

—Bueno, pero esto es la vida real, ¿sabes? —Me encogí de hombros—. Anda, cambiemos de tema antes de que pase por aquí algún alumno y se entere de todo. Sería el colmo, vaya.

—No, tranquila. Pero si esos no se enteran de nada. —Ana me agarró del brazo y tiró un poco de mí para seguir caminando—. Esta noche salimos entonces, ¿no? Ya les he dicho a los demás que por nosotras bien.

—Sí, claro. Me apetece cenar fuera y bailar un rato.

—Puedes llevarnos al bar donde conociste a Enrique. Uy, perdón, se me olvidaba que para ti es Quique.

—¡Ana!

La solté con brusquedad y me crucé de brazos, pero ella se echó a reír y me abrazó.

—Es broma, es broma. Ya veremos lo que hacemos.

Refunfuñé, pero al final me dejé abrazar e incluso me reí yo también. Al fin y al cabo, ¿qué era lo peor que podía pasar aquella noche?

Capítulo 5

Pues lo peor que podía pasar aquella noche, como probablemente ya habréis deducido todos los que estáis leyendo esta historia, era por supuesto acabar en el bar en el que Quique y yo nos habíamos conocido.

Y lo peor es que no acabamos allí por las triquiñuelas de Ana, ni porque yo hubiera decidido hacer la gracia y sugerir ir allí. No. Resulta que fuimos porque era uno de los locales favoritos de la mayoría de profesores del centro (lo que obviamente explicaba por qué habíamos coincidido allí aquella primera noche del curso).

—Este bar está genial —nos decía Daniel, uno de nuestros compañeros de departamento que llevaba ya tres cursos allí—. La música es muy buena y el ambiente es genial. Casi todo es gente de nuestra edad, así que te evitas encontronazos incómodos con alumnos. Además, es la mejor forma de conocer compañeros de otros institutos.

—Eso parece —mascullé yo mientras Ana contenía la risa a duras penas.

La fulminé con la mirada, pero no resultó nada efectivo. De hecho, lo único que conseguí fue que riera de forma cada vez menos disimulada, atrayendo la atención de los demás, que no entendían qué le pasaba.

—Perdonadla, ha tenido un día muy duro y le da por reír —

mentí, en un vano esfuerzo de proteger mi secreto.

Quizá no debía haber confiado en ella. Aunque, siendo totalmente sincera, no había dicho ni una sola palabra, ni siquiera una indirecta sobre el tema. Suponía que no era su culpa tener la risa floja y ser poco disimulada.

—¿Por qué no pedimos algo? —intervino mi amiga que parecía haber recuperado, por fin, la compostura—. Me muero de sed. Anda, vamos, Clara.

Asentí y fui con ella hasta la barra mientras los demás se quedaban en la única mesa alta que encontramos libre para que no nos la quitaran.

—Qué mal rato, tía —le dije una vez estuvimos solas. Suspiré y me apoyé en un pequeño hueco en la barra—. Con todos los bares que hay…

—¿Ves cómo yo tengo razón y esto es cosa del destino?

—Ana…

—Pero ¡si es verdad! —insistió—. No para de enviarte señales, por mucho que tú intentes hacerte la tonta e ignorarlas.

—No me envía señales.

—No, tienes razón. Te envía directamente carteles de neón, pero tú prefieres hacerte la ciega y no verlos.

—No seas exagerada.

—No lo soy. Pero si solo falta que Enrique aparezca aquí mismo como caído del cielo.

Y dicho y hecho porque, justo cuando me giré para contestarle, mis ojos se toparon con los de Quique, que iba camino a la barra y se había quedado petrificado al darse cuenta de que yo estaba allí.

—Esto tiene que ser coña…

—¡No me lo creo, no me lo creo! —Ana, que acababa de darse cuenta de lo que sucedía, gritó aunque, gracias al ruido, no atrajo la

atención de nadie. Y menos mal porque estaba convencida de que, cualquiera que nos hubiera visto en aquel momento, se habría dado cuenta de que ocultábamos algo—. Esto es como una telenovela. Qué fuerte.

No le respondí. No podía hacerlo cuando sus ojos me miraban de esa forma, como si trataran de decidir si estaba ante algo real o ante un mero espejismo. Como si él tampoco pudiera comprender qué clase de broma del universo había hecho que nos cruzáramos en el mismo lugar por segunda vez.

Y en ese mismo instante, supe que estaba perdida. Porque en ese momento él no era Enrique, el director del instituto, el hombre al que llevaba semanas evitando y casi ignorando. En aquel momento, bajo las luces de colores algo cutres del local y la música a todo volumen, era solo Quique, aquel desconocido con el que había pasado un rato divertido en el baño de un bar, aquel hombre tan guapo que me había dejado sin aliento desde el primer momento que mis ojos se posaron en él.

Habíamos logrado mantener las distancias con mayor o menor éxito en el instituto, en un contexto laboral y formal, rodeados de gente que nos juzgaría si dábamos un paso en falso y cuchichearía sobre nuestras vidas privadas si mostrábamos algo más que una relación cordial. Pero sabía que no seríamos capaces de seguir haciéndolo allí.

No lejos de las miradas indiscretas.

No en el mismo lugar en el que todo había empezado.

—Esto va a acabar fatal —dije en voz alta, casi sin ser consciente de ello.

No sé muy bien qué pasó a partir de aquel momento. No podría explicar dónde fue Ana (en serio, ¿en qué momento desapareció de mi lado?), ni cómo llegó Quique hasta mí. No sé cuándo quedamos

el uno frente al otro, ni cuánto tiempo pasamos sonriendo y mirándonos fijamente.

Solo sé que, de repente, éramos lo único que existía en aquel bar.

Podría parecer repentino, demasiado precipitado. Al fin y al cabo llevábamos semanas luchando contra aquello. Pero a nosotros no pudo parecernos más natural porque allí, donde nos vimos por primera vez, volvíamos a ser solo dos personas cualquiera.

Dos que se habían dejado algo a medias.

—Clara, ¿puedo invitarte a algo? —me preguntó él, acercándose a mi oído para que pudiera oírlo.

No me lo pensé. No titubeé ni un segundo, ni me pregunté qué opinarían el resto de profesores que nos acompañaban si nos veían.

—Me encantaría, Quique.

Así que pedimos algo, nos lo tomamos de pie, en una esquina, lejos del resto del universo, mientras charlábamos y reíamos, cada vez más cerca el uno del otro hasta que, sin darnos cuenta, nuestros labios se encontraron.

—Esto va a salir fatal —le dije mientras corríamos hacia el mismo baño en el que nos habíamos liado la última vez. Me apoyé contra la pared mientras él cerraba la puerta y suspiré—. Esto… Esto puede ser un error.

—Lo sé. —Él me acarició la mejilla con delicadeza y bajó la vista hasta mis labios—. Es muy complicado. Trabajamos juntos, hay un cierto conflicto de intereses entre nosotros con todo el tema de las prácticas…

—No deberíamos…

—No deberíamos… —repitió él.

Y, sin embargo, antes de que alguno pudiera añadir algo más o dar con más motivos por los que no debíamos seguir, nuestros labios

colisionaron. Empezamos a besarnos con pasión, con entrega. Como si el mundo estuviera a punto de acabarse y aquella fuera la única forma de sobrevivir. Como si lleváramos tanto tiempo aguantándonos las ganas que, de repente, fuéramos incapaces de soltarnos.

Así que estuvimos ahí durante lo que podrían haber sido cinco minutos o una eternidad, enredándonos en el uno en el otro, besándonos, tocándonos, recorriendo la piel del otro con cuidado y curiosidad, hasta que Quique rompió el beso y repitió la pregunta que nos había separado la última vez.

—¿Te gustaría seguir esto en mi casa?

Sonreí al escucharlo y enredé los brazos detrás de su cuello porque, esa vez, no iba a dudar.

Mi respuesta estaba muy clara.

Por fin sabía lo que quería.

—Me encantaría, Quique.

Capítulo 6

No me arrepentí de lo que pasó ni un instante.

Cuando me desperté a la mañana siguiente temí sentir miedo, incertidumbre o, peor aún, arrepentimiento por lo que habíamos hecho. Al fin y al cabo llevaba todo el curso tratando de alejarme de él para que aquello no pasara.

Sin embargo, cuando abrí los ojos a su lado a la mañana siguiente, solo sentí calma. Una calma que indicaba que había hecho caso a mi corazón, que había hecho lo que de verdad me apetecía sin pensar en nada más, sin temer lo que pudiera suceder después.

Me incorporé y lo observé. Quique estaba aún dormido, con una mano apoyada en el pecho y la otra posada en mi pierna, acurrucado a mi lado como si lleváramos haciendo aquello toda la vida.

Y, siendo totalmente sincera, así lo había sentido la noche anterior. Las primeras veces siempre eran extrañas, pero la nuestra no lo había sido. Era como si ya lo hubiéramos vivido, como si ya lo hubiéramos hecho antes.

Cada beso.

Cada caricia.

Cada movimiento.

No creía en eso de las vidas pasadas, pero, por unos instantes, consideré la posibilidad de que fueran verdad y Quique y yo nos

hubiéramos encontrado ya varias veces.

Él arrugó la frente ligeramente y supe que debía estar despertándose, así que volví a dejarme caer a su lado con suavidad, fingiendo que no llevaba un rato observándole y divagando sobre lo que había sucedido la noche anterior.

—Buenos días —le dije tras un par de minutos. Quique entreabrió los ojos y sonrió al verme a su lado.

—Buenos días. ¿Cómo has dormido?

—Poco.

Ambos reímos por aquella respuesta más que evidente y, sin pensar, volvimos a besarnos.

—No sabes lo mucho que me alegra haberte encontrado anoche en el bar —me confesó él mientras me colocaba un par de mechones de pelo detrás de la oreja—. No podía seguir guardando las distancias contigo en el instituto. Temía estar a punto de volverme loco.

—Han sido unas semanas muy incómodas —le confirmé—. Notaba tanta tensión, pero me preocupaba tanto…

—A mí también.

—Quique, yo no sé hacia dónde va todo esto —decidí confesar. Lo mejor sería tener aquella conversación cuanto antes y poner las cartas sobre la mesa—. Me lo pasé muy bien anoche y siento una conexión muy fuerte entre ambos. Me encantaría que volviera a pasar. Me encantaría, si tú quieres, por supuesto, ver hasta dónde podemos llegar.

—¿De verdad? —preguntó con un tono esperanzado que me hizo sonreír.

—De verdad. Pero creo que es importante que ambos seamos conscientes de todos los problemas que pueden surgir.

—Sí, lo de trabajar juntos no nos ayuda precisamente y dudo

que al inspector le haga mucha gracia que empiece a salir con una de las profesoras en prácticas que debemos evaluar durante el curso.

—Exacto y tampoco creo que al resto de compañeros les haga especial gracia esto por el mismo motivo. No quiero que crean que me estoy aprovechando de la situación para tener un trato de favor.

—Sé que no lo haces.

—Ellos no. —Suspiré—. Pero, Quique, creo que me da igual.

—¿A qué te refieres?

—A que no me importa lo que piensen los demás sobre esto. ¡Que les den a todos si hace falta! —grité, haciéndole reír—. Yo sé lo que siento, lo que quiero. Y es estar contigo.

Quique me acarició la mejilla y me observó con cautela, como si temiera estar aún dormido y aquello no fuera más que un sueño.

—Yo también quiero eso. No sé a dónde nos llevará, pero estoy harto de fingir que no quiero intentarlo. Estoy cansado de actuar como si no sintiera nada por ti, cuando es evidente que no es así.

—Entonces… ¿probamos a ver qué pasa?

Me mordí el labio al preguntar aquello, algo temerosa de su respuesta. Parecía bastante clara, pero no quería precipitarme y llevarme un chasco.

—Me encantaría probar a ver qué pasa, Clara.

Los dos nos echamos a reír y nos besamos de nuevo.

Teníamos mucho tiempo que recuperar.

Epílogo

Los días se convirtieron en semanas.

Las semanas en meses.

Y Quique y yo seguimos viéndonos y fuimos, poco a poco, formalizando nuestra relación, que parecía ir viento en popa. Nos sentíamos tan a gusto el uno con el otro que nos parecía mentira que a principio de curso hubiéramos tratado de reprimir lo que sentíamos y obligarnos a fingir que no existía nada entre nosotros.

Aun así fuimos siempre con pies de plomo, cuidando cada detalle y evitando que el resto del claustro se enterara (hasta que fue demasiado evidente como para ocultarlo y no nos quedó más remedio que confesar frente a nuestros compañeros que estábamos juntos). Por suerte nadie pareció escandalizarse por aquello o, al menos, no nos lo dijeron a la cara, lo cual yo agradecí bastante. Siempre decía que me daba igual lo que opinaran, pero, conociéndome, lo habría pasado fatal si alguien hubiera sacado nuestra relación de contexto.

Lo que sí que conseguimos fue mantener aquello oculto de mis alumnos que, a pesar de que sospechaban algo, no terminaban de encajar las piezas de aquel rompecabezas.

Hasta que llegó la última semana de clase.

Debo admitir que nos volvimos mucho menos cuidadosos cuando el curso llegó a su fin y que, de vez en cuando, nos encerrábamos

en el despacho de dirección a solas (en lugar de en algún lugar con pestillo). Y justo ese fue nuestro gran error.

Habíamos estado los dos tomando un café juntos mientras terminábamos de rellenar informes y, sin darnos cuenta, habíamos acabado muy cerca el uno del otro y estábamos besándonos, aprovechando aquel pequeño momento de intimidad.

Hasta que la puerta se abrió de par en par sin previo aviso.

—Enrique, te traigo a un alumno que… ¡uy, perdón!

Nos separamos de forma automática al escuchar aquella voz, pero ya era demasiado tarde. No solo nos había descubierto Gabriela, una compañera de Biología, sino que, junto a ella, estaba uno de los alumnos de mi tutoría.

Mi delegado, para ser exactos, y el alumno más cotilla que había probablemente en toda la ESO.

Gabriela lo sacó al pasillo y cerró la puerta, pero el daño ya estaba hecho porque, a pesar de la madera que nos separaba, pude oír perfectamente cómo gritaba.

—¡La tutora estaba liándose con el director! ¡Qué fuerte! ¡Verás cuando se enteren los de la clase!

Suspiré e intercambié una mirada cargada de significado con Quique. Al parecer nuestro secreto acababa de ser descubierto por el alumnado del centro.

—Nos queda solo una semana de curso —trató de animarme él al tiempo que me acariciaba la mejilla—. En septiembre se les habrá olvidado.

—No estoy yo tan segura…

Negué con la cabeza, pero, finalmente, claudiqué y me eché a reír, contagiándole mi risa a Quique.

Al final nos habíamos convertido en la comidilla de todo el instituto. Pero a ninguno de los dos podía darnos más igual.

Ajedrez + Teatro + Amor para dos

(Historias de Cold Spring)

S. F. Tale

Prólogo

—Tienes el amor más cerca de lo que crees —predijo Flora con las cartas que tenía delante.

—¡Ay, qué pereza! —suspiró por lo bajo Michaela—. No me digas eso.

—Te lo digo y añado que ya lo conoces —agregó Flora para más consternación y suplicio de Micky—. Es un hombre con carácter y os convertiréis…

—¿Aún existen de esos? —Se había topado con muchos hombres que se podían definir con una sola palabra: tirillas.

—Terminaréis… —Se calló, pensando—. ¿Cómo se llama ahora? —La bruja de Cold Spring se quedó meditando un rato.

—No pienses, Flora, ya sé que existes —bromeó con la famosa frase de Descartes.

—*Enemies to lovers.*

—¿Perdona? —Dejó de parpadear al oírla decir un cliché de novela romántica.

—Sí, será algo así.

—No pienso convertir mi vida en una novela.

—Todos escribimos una novela en la vida: la nuestra propia.

—No me voy a alegrar.

—Micky.

—¿Qué quieres que te diga? —Se encogió de hombros—. Es que

no ando buscando nada.

—Cuando no buscas, encuentras. Pero dime, ¿no hay nadie que te ronde? —La escrutó con detenimiento y la manera en la que se removía en el sillón de la sala de la casa de Flora, quien apretó los labios leyendo lo que había hecho—. Si lo hubo lo has espantado.

—Bueno… —se le fue empequeñeciendo la voz.

—Acuérdate de esto: cada vez que lo veas te gustaría llevártelo a la cama.

—Vaya —Micky alzó las cejas—, pues a ese no tengo todavía el placer de conocerlo.

—Lo conoces —sentenció Flora—, pero no lo has visto.

Micky asintió con la cabeza.

No creía a Flora. Ese hombre no existía, ¡fijo!

Capítulo 1

Primera semana de la vuelta al cole

—¡Ya tengo sustituta! —exclamó contento Anthony, uno de los maestros de más edad de Haldane Middle School.

Entró en la sala de profesores como una exhalación asustando a Jack, el profesor de matemáticas, que estaba leyendo con atención un libro. Lo que más le llamó la atención de esa insuperable interrupción fue una palabra.

—¿Sustituta? —le preguntó sin separar la vista del libro.

«Otra profesora más… Odio las presentaciones».

—Me hace especial ilusión, es una antigua estudiante de Haldane y una con las mejores calificaciones de su promoción en la High School —recordó Anthony sumido en una gran alegría.

Jack desconectó de aquella verborrea del profesor de literatura que también era el profesor de teatro, lo más escogido entre los alumnos, algo que no entendía, ¿por qué iban a eso si era más interesante el ajedrez? Sí, él era quien enseñaba ajedrez en todos los grados, él que había quedado quinto en un campeonato internacional, pero dejó todo por Hardvard, aunque en la universidad había algunos grupúsculos de ajedrecistas.

—Se llama Micky…

—Y se apellida Mouse —lo interrumpió Jack, al que todos sus compañeros lo asesinaron con la mirada—. ¿Qué? No me miréis así,

me lo dejó a huevo.

—Se llama Michaela. —Anthony redirigió el tema—. Será ella quien me sustituya en todo, incluso en las clases de teatro.

Jack, notando que le salía sarpullido solo con la palabra «teatro», se marchó de la sala para respirar.

«Esa palabra no debería existir», bufó para sus adentros.

Iba a ir a su clase cuando un olor a café, calabaza y especias llegó antes de que un gorro rojo, rojo con el que dolían los ojos, chocara con él, con un pompón redondo.

—¡Ups! Lo siento, lo siento, perdón, llego tarde. —Soltó una risilla nerviosa y su aroma anticipaba al otoño.

—Como el Conejo Blanco de Alicia. —Soltó un gruñido grave—. Soy de ciencias, a mucha honra.

Sus zapatos chocaban contra el suelo del colegio mientras recorría la distancia que lo separaba de su clase, pero ese maldito olor no se despegaba de su nariz. «Tengo una nariz larga, pero no es ni la de un sabueso ni la de Pinocho», aquello ya estaba pasando de claro a oscuro. ¡El maldito pasillo era una perfumería!

Cuando al fin llegó a la puerta, expiró.

—Buenos días, chicos.

Las voces se confundían entre «buenos días» de la mayoría y «hola» de otros.

A veces sus alumnos representaban el mismísimo Apocalipsis.

Capítulo 2

Varios meses después

Michaela Swan había regresado a su pueblo natal, Cold Spring, donde nació, creció y donde la literatura y el teatro la marcaron para siempre, tanto que ella era la profesora de esas dos asignaturas en Haldane Middle School.

Era la hija pequeña de Sarah, pero la más pequeña con mucho y como se consideraba a sí misma «un "milagro" de la perimenopausia», no lo decía ella, sino los hechos: cuando nació su hermano mayor ya estaba independizado, a los otros dos ya les quedaba bien poco, si eso no era suficiente, en la preadolescencia se enteró de que había sido el amuleto mágico del amor para sus dos hermanos varones, la guinda del pastel era que se llevaba seis años con su sobrina mayor, la hija de su hermana Greta. Sí, una maravilla del mundo mundial.

Después de recorrer todo el estado de Nueva York entre colegio y colegio, pisos compartidos o no, con compañeros tan repugnantes que nada más verla le preguntaban «¿Tú no eres de aquí, verdad?», o «¿Tienes ascendencia escocesa?». Sí, les quería responder ella, fue la hija puta de la genética. Eran cuatro hermanos, su hermana Greta era rubia como su madre de ojos marrón azulado como su padre, en cambio, sus hermanos eran morenos de ojos azules. Con ella las mezclas familiares no se complicaron: en ese cóctel, todos

los genes decidieron que sería la más diferente, pelirroja y de unos verdes en los que parecía que las colinas del Hudson tuvieron mucho que ver. Pero lo suyo no era nada paranormal, era igualita a su abuela paterna, mismo color de pelo, los mismos ojos y sí, había cierta ascendencia escocesa en la familia. A su padre casi le da un parrús cuando la tuvo en brazos y se fijó en la mata rojiza de pelo. Supuestamente, su madre sin apenas fuerzas le encasquetó a su marido: «Es igualita a tu madre».

Pues eso, después de estar de aquí para allí y pasar los últimos años en la City, volvió a la calma de Cold Spring que para ella fue el regreso más esperado a casa.

Ese cambio tan brutal le sentó de maravilla, las primeras semanas fue evidente que vivió con su madre, ya que deseaba tener a su polluela más pequeña de nuevo en casa, pero Micky quería vivir sola y fue Lilian, una de las amigas de su madre, quien le concedió ese deseo al alquilarle un piso.

—Es el de mi madre muerta. —Micky la miró sin parpadear y sin mostrar nada—. Tranquila, no murió en ese piso.

Nada más verlo se enamoró. Estaba situado en Main Street, en uno de esos edificios de tres pisos construidos en ladrillos rojos tan singulares y pintorescos del pueblo. Se entraba por el portal que estaba pegado a la tienda de antigüedades de Tony, una chica muy amable, a la que le compró alguna decoración, ya que toda una vida fuera había acumulado muchos trastos. Para su asombro era amiga de su madre, que formaba parte de un grupo heterogéneo de mujeres que se reunían de vez en cuando. Su piso era el último, el tercero, una especie de buhardilla con la cocina abierta a un salón, donde había aprovechado un alféizar para convertirlo en un agradable sillón, allí había corregido exámenes, había leído, escuchado audiolibros, mientras veía el paso de las estaciones o

estudiaba con detenimiento *Romeo y Julieta*, la obra de teatro que tocaba representar ese año. A veces, también, lo hacía en la salita adyacente a su cuarto, que había convertido en una especie biblioteca, (aunque en el salón tenía más libros que llenaban las estanterías), en despacho, y en la que los suaves colores rosa, amarillo y verde convivían en una armonía propia de la temporada primavera-verano.

¡Era un sueño!

Todo lo había decorado con muebles que había comprado nuevos o de segunda mano (era fanática de esas compras) y había quedado como le gustaba; colorido, alegre y adaptable a las estaciones.

Esa noche tomaba su taza de chocolate, que pedía directamente a una tienda holandesa, mientras observaba como los últimos cúmulos de nieve se iban derritiendo con esa incipiente primavera que se estaba adelantando en un mes. Había sido un año de grandes nevadas, con varias semanas de clases interrumpidas, que Micky las pasó con su madre como ella le había ordenado. Con cada sorbo dulce lo tenía claro, ¡le encantaba su vida! Saber que se podía quedar en Cold Spring era una alegría para ella. Desde su regreso, pasar la Navidad sin tener que pensar en volver a hacer las maletas había sido algo muy reparador, algo que en los últimos años había supuesto bastante estrés al que no supo cómo había sobrevivido, pero había recuperado la calma y la tranquilidad del que sabe que solo coge el coche para ir a trabajar, del que sabe que está en casa a los pies del Hudson y de sus colinas, viviendo el paso del otoño al invierno, del invierno a la primavera, contemplando el transcurso del río. Aquella era su tierra, lo notaba en las venas, porque al marcharse siempre percibió que tenía un fuerte cordón umbilical con Cold Spring.

De repente, pegó un brinco mientras bebía sin darse cuenta de que se había manchado la nariz, debido al chirrido producido por el nerviosismo de un violín. No era un lamento o una melodía contenta como la de Vivaldi, aquello era ensañarse con el instrumento. Cuando llegó en el segundo había un matrimonio, pero se marcharon antes de Navidad y una semana después a las fiestas, llegó un músico loco que la traía por el camino de la amargura, pero esa noche no se iba a poner sus tacones.

—Me cago en todo, ¡SE ACABÓ!

Micky se levantó, dejó encima de la mesa la taza y tal cual estaba vestida, pijama de calabazas de Halloween, bajó al piso de abajo y al llegar a la puerta, la misma que la suya, puso un brazo en jarras y estiró el otro para comenzar a llamar de modo seguido con los nudillos. Al comprobar que el puto vecino no se dignaba a salir por mucho que dejase de tocar, continuó con más insistencia, esa vez con los ojos cerrados, y tan furiosa que no advirtió que la puerta se había abierto y que le golpeaba en el pecho a la mosca cojonera de su vecino hasta que le había agarrado la muñeca y ese roce provocó que una corriente eléctrica le recorriera el brazo hasta acumularse en su pecho, consiguiendo que sus pezones se endurecieran.

—Tú.

Aquella voz profunda que a veces se tornaba gruñona produjo que las cejas naranjas de Micky se elevasen hasta casi clavarse en el nacimiento del pelo antes de abrir los ojos.

«No es verdad», musitó su cerebro.

—Lo es —respondió él, haciéndola consciente de que había hablado en voz alta.

Micky levantó la vista y aquellos ojos azules que la ponían nerviosa —sin que entendiera el por qué— la observaban con

molestia y al tiempo con diversión, pero eran una fuente de atracción como dos imanes.

—¿Eres mi vecino?

—Eso parece —le dijo él sin apartar la vista.

—Eres el *tocaviolínpelotas*.

—Y tú la vecina trasnochada a la que le encanta caminar con tacones por la noche.

—Aquí no hay nadie más pelmazo que tú. —Se soltó de su agarre, notó que los dedos de él quemaban sobre su piel.

—Te puedo seguir los pasos al taconear.

—Si camino con los tocantes no es para ensayar un pase de modelos, ¡joder! Es por tu piano o maldito violín. No son horas para tocar tus instrumentos, mejor tócate el que tienes debajo del ombligo, ¡ah, espera! —Puso cara de asombro—. Ese no se toca porque no hace ruido, ¡y te encanta joder!

—Si toco es por diversión o para pensar.

—¿Eso no lo haces en el tablero de ajedrez? O ¿es que resulta que para cada momento del día y la noche tienes modos distintos para pensar? —Dio un paso al frente—. Coge un boli y una libreta y conviértela en un diario, ¡pero no son horas para hacer ruido!

—Estoy en mi casa.

—Que para tu información es un edificio, ¡piensa en silencio chaval!, no haciendo ruido

—No es ruido.

—Nooo… —estiró la palabra—, son chirridos atronadores, un maltrato a las cuerdas del violín. Soy él y salgo por patas.

—No. —Él cogió la puerta para cambiar el peso del cuerpo de un pie a otro.

—¿No?

—Te molesta a ti.

—Claro, porque la señora Roberts está sorda, ¡¡anormal!!

—Oye no insultes, Micky Mou…

—Prefiero ser Micky Mouse, que Jack, el destripador de oídos. —Ella sonrió triunfalista.

Ante esa salida, él la miró de un modo intenso.

—¿Solo has venido para esto? —le preguntó con brusquedad.

—Para «esto» que llevo soportando varios meses y sin quejarme.

—No, sin quejarte no —la corrigió—, haces lo propio con los tacones, tu casa parece una pista de baile.

—Solo para joderte. —Ella frunció el ceño extrañada por el hecho de que no paraba de repetir «joder» en todas sus formas.

Él asintió con la cabeza.

—¿Cómo no hemos coincidido antes?

—Porque gracias a Dios matemáticas y literatura no tienen los mismos horarios. —Le recordó ella que se veían todos los días en el colegio.

—Cierto, trabajamos en el mismo sitio.

—Deja de hacer ruido.

—No es ruido, es música.

—Para tus oídos distorsionados, te aseguro que eso es intentar arrancar las cuerdas del violín.

—Es una pieza…

—Sí de *Romeo y Julieta* de Prokófiev.

—Anda, lo sabes —soltó él para fastidiarla más.

—No soy idiota, pero mira las horas que son.

Él hizo que miraba su reloj de pulsera.

—Sí, es un poco tarde.

—Y las paredes son de papel, ¡joder! —Ahí estaba la palabra de nuevo.

—Estás un poco desquiciada, necesitas dormir. —Le guiñó un

ojo.

—Y la culpa es tuya, si no puedo. —Tomó aire para amenazarlo —. Para o te rompo el palo del violín en la cabeza.

—Es arco. —Chasqueó Jack la lengua.

—¿Qué?

—El palo del que hablas se llama arco, no palo, ni palito.

Ella dio otro paso al frente.

—Métete el arco por donde te quepa, pesadilla.

—Eres la primera mujer que me llama pesadilla.

—Me alegro ser tu primera vez. —Esa frase dejó a Michaela de piedra tanto como a él.

Se quedaron mirándose el uno al otro, ella con la boca abierta y él solo con los labios separados sin emitir sonido. Aquella frase los había pillado a los dos por sorpresa, pero para Micky se le soltó la lengua sin querer, no era el Jack al que estaba acostumbrada, ese hombre callado, sumido en los libros de matemáticas, o en los tableros de ajedrez y que era el profesor que menos ruido hacía en el colegio o el que menos hablaba. Verlo fuera del centro escolar, sin sus famosos jerséis de marca, lo convertían en un hombre distinto: tenía el pelo alborotado y unos mechones le caían descuidados sobre la frente, en la que se le habían formado unas líneas de expresión que la cruzaban casi de lado a lado; sus ojos brillaban entre el asombro, el nerviosismo de la primera vez y no se daba cuenta de lo inclinado que tenía el cuello, juntando sus respiraciones incontroladas y si Micky lo hubiera abofeteado ni cuenta se daría. Entretanto, ella solo era capaz de mirarle la boca, preparada para ser besada, estaba tan absorta que se humedeció los labios sin venir a cuento, pero un deseo le surgió de los más hondo y le despertó las ganas de besarlo. Ninguno de los dos se darían cuenta si el edificio se viniera abajo, por lo que suponía aquella frase, «ser tu primera

vez».

«¿Qué coño has hecho?», pensó.

«¿Qué coño has dicho?», se corrigió.

Empezó a sudar frío.

Él levantó una mano, le pasó la yema del pulgar por la nariz y ella notó de repente un frío helador en la punta, pero entró en combustión cuando lo vio lamer el chocolate y soltó un gemidito extraño.

—Tú, mi primera vez.

—¿Qué? —Ella no lo había escuchado, estaba atrapada en su extraña telaraña por culpa de sus ojos azules que parecían espejos y estaban dispuestos a reflejarla a lo que se le unía el modo de estudiar cada movimiento.

Sin apenas aire, furiosa por tener los pezones duros —que no tenía ni idea de por qué estaban como dos piedras, bueno lo sabía, aquel hombre tenía de exasperante lo que tenía de guapo, y todo ello a nivel de experto—, se dirigió a la escalera, debía escapar, y antes de llegar al rellano oyó:

—Tú sí que sabes romper un momento casi romántico.

—Vete a tomar por culo.

Capítulo 3

Micky se levantó de muy mal humor, apenas había dormido y Jack, el loco del violín se adueñó de todos sus sueños, provocando que cada vez que abría los ojos a lo largo de la noche notase una extraña presión en su entrepierna y cuando por fin tocó el despertador su cuerpo estaba normal, pero no así su mente. Cuando dormía como el culo sabía que necesitaría paciencia y litros, litros y más litros de café, aunque pareciera raro, su ingesta, su sabor la reconfortaba.

De ahí que, cuando estuvo lista para comenzar el día, no dudase en ir a la cafetería de Imogen y Kendall, dos chicas que formaban parte del círculo cercano de su madre y que la habían aceptado en el llamado Consejo de mujeres de Cold Spring. Estar en el pueblo era maravilloso, porque permitía vivir y experimentar aquello que jamás hubieses imaginado.

—¡Hola, hola, chicas! —saludó Micky a las dueñas. La cafetería-librería, situada en Main Street, en la misma calle donde vivía, era la más chula que había visto jamás. Tenía un ambiente acogedor, reparador y enérgico, era como no salir de casa, salvo por esos que trabajaban en *coworking*, que las chicas habían abierto en una parte de la cafetería. Para Micky lo mejor estaba en la superior, la librería, y eran las culpables de sus compras de libros nuevos—. Llenadme este vaso con un *spice latte*.

Las chicas lo habían inventado después de Halloween y de la Navidad, como les habían sobrado las especias y Kendall, que hacía verdaderas virguerías, había logrado un café con leche vaporada exquisito con ese toque a jengibre, canela y otras que lo hacía diferente a otros cafés y mezclas más conocidos.

—Muy bien —respondió a la ligera.

—Se nota que no has dormido muy bien. —Imogen le sonrió con complicidad.

—Lo sé, se nota. —Resopló removiendo las puntas del flequillo que había soltado del gorro rojo de lana—. Dormí como el culo, por eso necesito dosis altas de café.

—¿Qué tal por el cole? ¿Cómo va la obra? —Se interesó Kendall.

—Pues tenemos un pequeño problema.

—¿No funciona o qué? —Imogen se apoyó en la barra con curiosidad.

—No es eso, nos faltan algunos niños, así que he tenido que hablar con el entrenador y he convencido a algunos de ajedrez.

—¿Se los has quitado a Jack? —Kendall no disimuló su asombro poniéndole delante el gran vaso que le había dado Micky.

—Así es. —Al quedarse las chicas tan sorprendidas, se acordó de lo que llevaba pensando cuando salió de casa—. Una pregunta, ¿sabéis algo de él? Sé que es el profe de mates en la *middle school* y mi vecino. —Se calló los adjetivos que le tenía dedicados.

—¡Uy, sí! es muy majo, viene aquí a comprar libros, a trabajar —le empezó a contar Imogen.

—Da clases de apoyo a los de la High School, da clases de ajedrez en el centro cultural y también en verano, para aquellos niños que no se van de vacaciones fuera del pueblo, por las mañanas les enseña piano o violín —añadió más información Kendall.

—Vaya, así que hace todo eso. —Micky estaba perpleja con Jack y con lo que las chicas sabían de él, pero no dijo nada de lo que sucedió en el rellano de la escalera.

—Tú ya lo conoces —apuntó Imogen.

—Sí, somos compañeros, aunque la verdad, no habla mucho.

«No habla mucho conmigo», se corrigió mentalmente.

—Debe coger confianza, es tímido y le cuesta abrirse, pero todo cambia cuando el ajedrez o las matemáticas están por medio —explicó Kendall.

—Nos ha ayudado mucho con algunas cuentas que a nosotras no nos salían ni con calculadora, sobre todo a mí —reconoció Imogen con cara de fastidio—. Soy de letras puras.

—Somos dos. —Le guiñó un ojo Micky.

—Es un buen hombre, aunque un tanto solitario —comentó Kendall.

—Por verano viene la familia de Massachusetts —incluyó Imogen.

Micky con toda esa información bebió un sorbo de café que le habían servido.

—Gracias, chicas, por todo, ya nos veremos que llego tarde.

Con esa reserva de datos sobre Jack, salió de nuevo a ese día encapotado que anunciaba lluvias.

Capítulo 4

Los días que siguieron fueron lluviosos y con tormentas eléctricas tanto de día como de noche. A esas horas de la tarde, con el cielo oscurecido por la ingente cantidad de nubes que sobrevolaban todas las esquinas de Cold Spring parecía que la noche había llegado, cuando aún le faltaban algunas horas para hacer acto de presencia.

Los pasillos estaban más o menos vacíos, salvo por los limpiadores que recorrían los baños o algunas clases que ya no se estaban utilizando.

—¡Hola, Jimmy! —Jack saludó a uno de los bedeles que estaba cerrando algunas aulas.

—¡Jack! —lo saludó a su manera—. He estado practicando con mi chaval.

—¿Qué tal os fue? —Se paró a hablar con él, faltaban cinco minutos para su clase de ajedrez.

—Es un crack —habló con orgullo de su hijo.

—Sí, lo es.

—El pobre tenía que enseñarme algunas cosas, pero practiqué lo que me dijiste, el niño tuvo que tener paciencia con el zopenco de su padre. —Se rio de sí mismo—. Pero le he cogido el truco.

—Me alegro. —Jack le dio una palmada en el brazo—. El sábado nos vemos.

—Perfecto, allí estaré.

Jack levantó la mano a modo de saludo y se dirigió a su clase que, para su asombro, era de las pocas veces que estaba en silencio.

—Hola, chicos, venga a vuestras mesas. —Entró sin mirarlos lo cual era algo bastante normal en él, fue directo a su mesa, donde dejó todo lo que cargaba, ya que después de esa clase, iría al centro cultural para darle clases particulares a una muchacha que estudiaba piano y practicaba con él. El silencio de voces y sillas fue tan atronador que las orejas se echaron hacia atrás, como si se tratase de las de un lobo, poco a poco, fue girando el rostro hacia las mesas y no vio a nadie. Se tensó, el cuerpo se volvió hacia donde miraba y… estaba solo. ¡ESTABA SOLO!—. Pero ¿qué coño es esto? —Tardó en recuperar la compostura tras esa falta generalizada de los niños —. ¿Dónde están? —le preguntó al silencio y al aula. Salió para buscar a alguien que le dijera algo. No vio a Jimmy, aunque del aula de profesores salía Heather, la profesora de educación física—. Heather —la llamó.

—¡Oh!, hola, Jack —lo saludó.

—Sí, sí, una pregunta, ¿dónde están los alumnos de ajedrez?

—Son tus alumnos, lo debes saber tú —le contestó su compañera. En otra situación y en otro contexto le molestaría aquella respuesta, pero en esos instantes solo negó con la cabeza—. ¡Qué raro! ¿No hay ninguno?

Jack volvió a negar.

—¿Preguntas por los chicos? —preguntó Rosie, otra maestra.

—Sí —asintió Jack con esperanzas renovadas por una explicación.

—Están en el salón de actos con Micky, los necesita para la obra de teatro.

Al escuchar la explicación, él llevó una mano a la cadera, con la mano derecha se pellizcó el puente de la nariz y al respirar hondo no

olía el aroma a friegasuelos o los perfumes de sus compañeras. Fue el olor a café, a otoño, a especias, un aroma dulce que le recordaba a tardes lluviosas o frías sentado frente a la chimenea con ese calor reconfortante que, de repente, le abrazó el corazón.

Apretó los dientes.

—Gracias. —Jack ya se había dado la vuelta para ir al salón de actos sin poder despejar la nariz de ese aroma que le atraía tanto.

¡Se había convertido en la polilla, Micky en la luz! Eso lo enfadaba.

Caminó a grandes zancadas con el corazón latiendo a mil por hora, creyendo que por el enfado, en parte era así, aunque había otras emociones que lo envolvían y no reparaba en ellas, solo en el hecho de que le había robado a sus alumnos. En cuanto llegó, abrió las puertas con tan mala leche que hicieron ruido al llegar al tope, quedándose abiertas y él en medio con la luz proyectándose desde atrás y recortando su figura. Todos los alumnos y Micky se le quedaron mirando, pero él solo la buscó a ella. Al encontrarla, esperó unos segundo antes de dirigirse a donde estaba, ella poco a poco iba frunciendo el ceño, lo que le importó bastante poco y al estar frente a frente, su cerebro hizo un apunte:

«¿Tendrá todo el cuerpo lleno de pecas?», pensó en silencio al hallarse mirando esas suaves manchitas que le recorrían la nariz, los pómulos y parte de las mejillas.

Aquello lo encendió al ser un pensamiento irracional, además de disparatado que nada tenía que ver con el cabreo que tenía.

—¿Qué está pasando aquí? —Su voz retumbó por todo el salón de actos.

—Estamos ensayando, ¿quieres quedarte o participar? —Micky ladeó la cabeza.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No, no lo creo. —Las cejas casi se le juntan en el centro y miró hacia un sillón—. Creo.

—Vamos a ver, ¿qué hacen mis —lo recalcó con más ímpetu— alumnos aquí?

—¡Oh! —Micky se llevó las manos a la cabeza—. Se me olvidó decírtelo, los necesito.

—Es un plus —dijo uno de los niños que estaban en el escenario y no en clase de ajedrez.

—¡Un plus! —exclamó fingiendo diversión a la vez que asentía con la cabeza—. Un plus.

—Necesitaba más niños, lo siento, se me olvidó decírtelo.

—Ya y yo soy tonto, lo has hecho a propósito.

—¡Qué va! Si tengo a las clases…

—Pon otra disculpa.

—No, señor Ego, te estoy contando la verdad.

—Esta es la hora de ajedrez. —Comenzó a darle golpecitos a la esfera de su reloj de muñeca.

—¿Y? —Se encogió de hombros sin importarle.

Jack se quedó de piedra ante la poca humildad y la desfachatez de Micky, le daba lo mismo que él y sus alumnos perdieran la clase de ajedrez, sin embargo, una fuerza mayor lo recorría por dentro, era una sensación que hacía tiempo que no experimentaba y que lo cabreaba consigo mismo.

—Tengo que darles clase, no pueden estar aquí perdiendo el tiempo.

Ella abrió la boca tres cuartas.

—¿Es que ahora es más importante ajedrez que el teatro? —lo interrogó con un sabor amargo en la boca.

—Sí —sentenció él de la misma forma que lo había hecho ella—. A que jode, *Ana de las Tejas Verdes*.

Ella le sonrió y se humedeció los labios, hecho que no le pasó desapercibido a Jack, ya que de repente sintió la cruda necesidad de besarla. ¡Aquella mujer lo estaba volviendo loco a cada momento!

—¡Anda! —Soltó una carcajada—. El profesor de matemáticas se ha leído *Ana de las Tejas Verdes*. Entonces, por esa regla de tres, tú debes ser Gilbert Blythe. —Los ojos verdes de ella lo observaban con fastidio, pero él notaba que le rozaban el corazón con cada aleteo de sus pestañas.

—Devuélveme a mis alumnos.

—No, gruñón.

A él no le hizo falta ninguna explicación, se notaba de lejos que lo estaba llamando como uno de los siete enanitos de *Blancanieves*.

—¡Vámonos, chicos! —Les hizo un gesto con la mano para que lo siguieran.

—No. —Micky los miró y algunos se estaban moviendo—. El entrenador no me puso ningún problema, me comentó que para recuperar esta hora de deporte revisaría los horarios y con concordaría con los alumnos, pero se me olvidó decírtelo a ti.

—No se te olvidó, no quisiste hacerlo que aún es peor.

—Niños, no os mováis —les suplicó ella, le hicieron caso y Jack alucinó.

—¿Qué dices? —Aunque el ego de Jack quería pedirle perdón, era su corazón en esta ocasión el que latía tan rápido que se quedó petrificado, no tanto por ello si no por la ganas de besarla que le entraron.

—Se quedan.

—Vale, tú lo has querido.

Capítulo 5

Desde aquel día, Jack decidió algo de lo más inimaginable e impensable para Micky: dar las clases de ajedrez en el salón de actos. En el espacio que había a la entrada, preparó algunas mesas para que aquellos a los que no les tocase actuar no perdieran el tiempo entre bambalinas y echasen alguna partida. Hablaba por encima de las órdenes o las explicaciones que Micky daba a los que estaban encima del escenario. La peor parte se la llevaba y se la comía Micky en silencio: se sentía nerviosa al tenerlo detrás, notaba sus ojos azules encima de ella, no paraba de observarla y todo se complicaba cuando él sin disimular la recorría de arriba abajo, lo que hacía que la atracción fuera a más.

«Acuérdate de esto: Cada vez que lo veas te gustaría llevártelo a la cama», recordaba cada noche al meterse en la cama, sabiendo que él estaba en el piso de abajo. Despertarse con presión en el sexo se estaba convirtiendo en algo frecuente y en más de una ocasión se levantó muy húmeda. Flora tenía razón, lo quería en su cama y no discutir con él era su barrera, porque Jack no ayudaba, si ella se ensimismaba con algún pensamiento más caliente de lo normal, él lo aprovechaba para hacerles indicaciones a los niños o soltarles comentarios tales como: «Eres Mercucio, el mejor amigo de Romeo y eso te da un pase especial a decirlo como te venga en gana. Se te conoce por tu ingenio, eres temerario, bromista, y de

espíritu libre, que se note ese aire chulesco, porque a tu lado va el cabecilla de la *chupipandi* más guay de la literatura inglesa»; «Eres la protagonista, al enamorarte del hijo de los enemigos de tu familia estás tomando tus propias decisiones, desafías las normas y los prejuicios de tu entorno por ese amor», incluso llegó a decir cómo tenían que utilizar la espada.

Micky tenía que echar mano de sus sacos de paciencia para no arrearle una patada en el culo y por ganas no era.

—Oye tú, —se cansó Micky una tarde—, ¿a qué estás al ajedrez o al teatro?

—A las dos.

Esa respuesta le repateó.

—Tú encárgate de lo tuyo, metomentodo, y deja a los demás con lo suyo.

—¿Y si no quiero?

—Prueba con el punto de cruz —le contestó ella dándole la espalda.

—No me gusta. —Micky abrió mucho los ojos, ¡tenía respuesta para todo!

—Quédate con el ajedrez, ¿vale? Ya tengo bastante con oír cómo los chicos pulsan los relojes y más me callo…

—Pero no puedo si veo que no lo hacen como lo tienen que hacer. —Estiró el brazo hacia el escenario.

—Métete en tu clase o esconde la cabeza en un tablero, ¡señor Ajedrez!

—Lo que usted mande doña Teatro. —Hizo una reverencia muy shakespeariana.

Los motes que se dedicaron en esa discusión quedaron entre los chicos que los fueron expandiendo entre los pasillos, llegando a más alumnos, profesores y, lo peor de todo, al director, Phill. Un hombre

de unos sesenta y algo que había dado clases a Micky, quien lo respetaba como en antaño.

—Oíd, no os insultéis delante de los muchachos, queremos que vean tranquilidad, sosiego y vosotros dos con esas discusiones no sois un buen ejemplo —los regañó como a chavalines de poca edad.

—Es él… —Micky lo iba a acusar, pero Jack la interrumpió.

—Tuve que mover mi clase para no afectar a la obra…

—¡Ya! —Phill interrumpió a su vez a Jack—. Lo que os estoy pidiendo es que delante de ellos conviváis en paz.

—Imposible —dijo Jack.

—¿Imposible? Normal por cómo eres, un quisquilloso con malas pulgas que aún tiene más que decir sobre el trabajo de los demás.

—Solo me meto con el de ella —apostilló Jack mirando a Phill.

—¡Solo el mío, no te jode! Caradura.

Él hizo que no la oía.

—Y luego ella me dice que siga con el ajedrez, que soy un asesino de peones y el caballo pasa de mí. —Él recordó lo que le había dicho otra tarde.

—Está acostumbrado a solucionar los problemas con un jaque, si no le gusta o como sople el viento en dirección contraria, resulta que el profe de mates no soporta los cambios.

—Tú me obligaste.

—Me olvidé de decírtelo.

—Si no me robases a mis alumnos nada de esto estaría pasando —le reprochó él.

—Ahora la culpa es mía, si tú —lo señaló ella con el dedo apuntador— no metieses las narices donde no te llaman, no estaríamos en esta situación.

—Estamos así por tu lengua larga.

—Y por culpa de que no eres imparcial con lo que no va contigo,

siempre apostillando, ¡don Perfecto!

—Habló doña inaguantable.

—Habló el toro y dijo muuu… —Imitó el sonido de una vaca.

—¡Ya! —los paró Phill.

Micky se levantó cabreada.

—Me olvidé —les dijo a los dos—, ¿es un crimen? —Se giró hacia Jack—. ¿Te he matado? ¿Pegado un bofetón? ¿Te he dejado en ridículo? No, ¿verdad? Se me olvidó decírtelo, lo siento señor sabelotodo, el más inteligente, el más sabio de todos los profesores, soy persona, cometo errores y quiero que los niños se lleven un buen recuerdo de su última actuación antes de dar el paso a secundaria, ¿estamos? —Se volvió hacia el director—. Y lo siento Phill, si te pongo en un aprieto, sabes que siempre te he respetado y más ahora, desde que he llegado, pero con él no puedo. —Se encogió de hombros—. Si tengo que dejar el colegio al final de curso, dímelo.

Salió de allí con el corazón roto porque quería quedarse y no moverse de Cold Spring.

***

Jack siguió con la vista a Micky observando cómo se alejaba de allí y él quedaba con esa impotencia de quien no podía frenar nada, incluido el tiempo, pero sabía que no podía hacer nada. Sin embargo, en cuanto la puerta encajó en la cerradura con el ruido característico, algo dentro de él y en lo profundo del corazón se rompió, no supo qué fue, no pudo darle nombre, solo reaccionó a la impasibilidad de Phill.

—¡Párala! —Jack se levantó de la silla como un resorte, mirando la puerta—. No puedes dejarla marchar—. Miró a Phill desconcertado

—. Si alguien se va soy yo.

—¡Ah! Ahora resulta que os marcháis los dos —razonó extrañado el director.

—No…

—¿Por qué se tiene que ir ella? ¿O tú? —lo interrumpió Phill, señalando a la puerta.

Jack parpadeó varias veces seguidas.

—¿Eh…? —No supo qué responder.

—No quiero prescindir de ti, eres muy buen profesor al igual que ella, en poco tiempo se ha metido en el bolsillo a los niños y muy pocos profesores lográis eso.

—Sí, se ha ganado la confianza y el respeto de los muchachos.

—Lo que pasa aquí, y lo digo con toda la confianza, es que miráis la situación con el ojo ciego.

—¿Qué?

—Con el ojo del culo, Jack.

—¡Perdona! —Todo el mundo se había vuelto loco.

—No perdono, porque creo que si miras en tu interior encontrarás la respuesta a todas tus preguntas. —Phill se levantó y lo acompañó hasta la puerta—. Tenéis que hablar de esto, no solo discutís como dos críos pequeños, sino que hay algo más profundo a lo que debéis ponerle nombre vosotros, no me corresponde a mí, no soy vuestro terapeuta. —El hombre lo fue empujando poco a poco sin que se diera cuenta que ya estaba fuera del despacho—. Hablad. —Cerró la puerta.

«Me ha echado», agitó la cabeza asombrado por el atrevimiento del director.

Una cosa tenía clara, iba a hablar con ella.

Capítulo 6

Micky tras salir del colegio condujo hasta el pueblo, donde aparcó el coche en la acera enfrente de su casa para dar un paseo por el Dockside Park. Lo necesitaba, necesitaba poner en orden sus sentimientos, su cabeza y, sobre todo, el corazón, como enfriar el deseo por Jack. La primera conclusión que tomó fue que no iba a dejar el colegio, ¡que lo hiciera él! Pero tampoco había motivos para que Jack abandonase su puesto. Caminó por la zona de hierba de un lado a otro hasta que se paró a observar el río, que le mostró ese sosiego al que ella estaba acostumbrada, como la resistencia de las colinas que se alzaban en la otra orilla y estaban rendidas, aunque impertérritas, al transcurrir del Hudson, al igual que en el resto del valle.

Aquella era una tranquilidad contagiosa y como le decía su padre: «cuéntale al río tus penas para que las lleve bien lejos», sonrió al recordarlo.

No obstante, lo que le sucedía no eran penas, era algo que hacía tiempo que no le ocurría: le gustaba Jack de un modo muy distinto a lo que le había sucedido otras veces. Lo que sentía era el amor fusionado a la pasión, a un deseo carnal que iba más allá de su propio autocontrol y no requería nada para que se prendiera para sentirse excitada con unos sentimientos verdaderamente alocados, ya que ella percibía que cuando la miraba la desnudaba, cuando la

recorría de pies a cabeza le hacía el amor con esos ojos azules que le traspasaban la dermis pese a la ropa. Lo peor de todo era que no tenía el modo de pararlo.

Regresó a casa con paso lento, donde sabía que le esperaba la bollería que había cogido en la cafetería y el pan dulce que le había comprado a Shannon. Lo tomaría todo para cenar, así le pondría azúcar a ese día que no había resultado nada bueno.

Al entrar en el portal, oyó la voz de Jack llamando, subió las escaleras de dos en dos y en el rellano se paró a mirarlo, estaba despeinado, con la camisa por encima del pantalón ¡SIN JERSEY!

—Micky, sé que estás ahí —hablaba con la puerta mientras tocaba al timbre.

—¿Te ha arrollado un huracán? —le preguntó, nunca lo había visto en mangas de camisa, no parecía el mismo hombre.

—Te oigo, Micky, te oigo.

—Estoy detrás —dijo resignada por la tontuna de ese hombre.

Él se giró.

—Tú… —miró la puerta y a ella—, pero… ¿no estabas dentro?

—Hola, soy la gemela de Micky.

—Muy simpática. —Estiró los labios en una mueca que parecía una sonrisa.

Ella metió una mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó las llaves.

—Pasa.

Al cerrar la puerta, Jack fue al grano del asunto que lo había llevado a su casa.

—Tenemos que hablar.

—Cierto. —Dejó todo en la mesa del salón y se sacó la chaqueta.

Ella con su paseo por el río, había llegado a la misma conclusión, aunque no había encontrado una salida a nada.

—No te puedes marchar —soltó él.

—Ni tú, los niños te admiran y es difícil que un profe, y más el de matemáticas, lo consiga, pero lo has logrado y sé que eres importante en esta comunidad, das clases en el centro cultural, así que tú deberías quedarte también. —Se atrevió a mirarlo, él la contemplaba con otros ojos, con una mirada en la que le permitía entrar dentro de él, no había arrogancia, la picardía del que sabía que va a fastidiar, había algo más profundo e íntimo en ellos que no supo discernir ni ponerle nombre, sin embargo, su corazón revoloteó nervioso por lo que podía significar—. Pero debemos cambiar.

—No puedo, no puedo hacerlo porque todo me empuja a ti, todo me lleva a ti incluso mis pensamientos, si me meto contigo es para que me hables, me mires y sé que solo consigo lo contrario, discutir, pero a mí me vale, aunque incitas mi deseo por ti, apagas otra parte, la que me empuja a estar a tu lado y no tener que disimular que me gustas… —Jack se vio interrumpido por el timbre—. Abro yo.

Luego de escuchar el «hola» de Jack, no se esperaba lo que venía.

—¿Y tú quién eres? —Era la voz de su madre.

Micky abrió los ojos a la vez que la boca y los nervios reventaron.

—¡Mamá! —Fue deprisa hacia allí—. Mamá, ¡hola, mamá!

—No repitas tanto esa palabra que la vas a desgastar —dijo Sarah mirándolos, alternaba sus ojos entre los dos.

—¿Pasa algo ? —le preguntó Micky.

No era que la estuviera largando, pero vamos, había sido bastante inoportuna. Siempre había creído que su madre tenía un radar para saber en qué momento estaba con un hombre que ella no conocía, hasta la había llamado en medio de una cita cuando trabajó en otros colegios.

—Quería saber si querías venir a la cafetería, hay reunión. —Saltaba la mirada entre uno y otro—. Pero ya veo que estás ocupada y con las manos en la masa. —Sarah contempló a Jack y las pintas que tenía—. Muy en la masa… —No se calló lo que pensaba.

—Mamá, no es lo que piensas.

—No tenemos telepatía, hija. —Le dedicó una mirada rápida.

—Jack es un compañero del colegio y estábamos hablando. —Se justificó así como la presencia de Jack.

—¡Ah! Tú eres el profesor de ajedrez y de piano del pueblo, encantada.

—Igualmente —dijo él con la voz entrecortada.

—Soy la madre de Micky y futura suegra de alguien. —Le guiñó el ojo.

—Mamá, déjalo. —Estaba avergonzada y no pudo matar a su madre con la mirada, nunca lo había hecho, pero esa sería una primera ocasión fabulosa—. Tenemos que hablar para solucionar unos asuntitos.

—Ahora se llama hablar cuando es una mezcla inseparable de amor y sexo —bufó Sarah, haciendo que los dos se pusieran colorados como tomates.

—¡Mamá! —exclamó indignada por su comentario.

—Muy bien, hija, tú sigue así. —Se giró y levantó la mano a modo de despedida.

Micky sintiendo que las mejillas las tenía no encendidas, sino ardiendo, cerró la puerta con un estruendo.

—Siento lo que has tenido que oír de boca de mi madre, no le hagas caso. —Quiso quitarle hierro al asunto.

—Pero tiene razón —alegó él—. Entre nosotros, lo que en un principio fue una rivalidad —levantó las manos para hacer la señal de las comillas—, desde hace un tiempo no lo es o al menos es lo

que yo noto.

—No, hombre, ¿qué dices? —Jack había expuesto lo que ella también notaba, pero después de las palabras de su madre, Micky se había cohibido y no era capaz de hablar de amor ni nada similar.

—Sí, mujer, sí, tu madre ha dicho la verdad, estamos enamorados. —Ella lo mató con la mirada al principio, aunque sus ojos muy pronto claudicaron a la verdad, aunque Jack no se fijó—: Vale… —Se resignó a sus sentimientos—. Estoy enamorado, tú no sé, aunque todo me dice que sí.

—¿Es que ahora eres experto en leer mentes y cuerpos?

—No, pero tengo claro que mi corazón te ama, mientras mi cuerpo te desea al tiempo que la cabeza me indica que debo ir despacio.

—Vale. —Nerviosa, agitando las manos se confesó—: me pasa lo mismo.

Él se acercó a ella, le quitó el gorro y le acarició el pelo.

—Es un gran paso que lo reconozcamos.

Capítulo 7

—Soy la menor de cuatro hermanos, me encanta la ropa de segunda mano, pues a medida que crecía fui heredando de ellos la ropa que mi madre había guardado, así que estoy acostumbrada a reciclar y darle una segunda oportunidad tanto a los objetos como a la ropa. Me gusta calcetar en la temporada otoño-invierno, me gustan los domingos en pijama sin salir de casa, sobre todo, si nieva o llueve.

—Vaya, tenemos mucho en común, tengo cuatro hermanos mayores, todos ellos profesores de universidad con sus tesis *cum laude*, algo que se esperaba de mí y no hice.

—¿Decepcionaste a alguien por ese camino que tomaste?

—A mis padres, pero les fui sincero, ya hay cuatro, bueno cinco con mi padre, profesores de universidad repartidos por Hardvard, Brown, Yale, a mí me tocaría Princeton. —Jack negó con la cabeza—. No, eso no era para mí, me gusta la vida tranquila de un colegio, si se puede llamar así, vivir en un sitio pequeño. No me gustan los reconocimientos, a ellos sí. —Se encogió de hombros mostrando una indiferencia a la que estaba acostumbrado—. Me relajo tocando el piano o el violín, me gustan los fines de semana en casa a no ser que haya algo interesante.

—Exacto. —Se rio ella.

Todo eso lo fueron descubriendo en una cena que tuvieron en

uno de los restaurantes del pueblo, Riverwiew Restaurant, una semana después a esa declaración en el apartamento de Micky que fue lo mejor que pudieron hacer por ellos mismo, además de por ese «nosotros» que se estaba forjando cada día o a cada hora que pasaban juntos y les importaba un bledo que los viesen juntos paseando, charlando o tomando un café. Si no salían, normalmente, Jack subía al apartamento de Micky y en esos instantes ella contemplaba que él no desentonaba con el entorno, aunque su altura hacía que su piso fuese una casa hobbit, pero le encantaba que estuviera con ella. El primer beso todavía no había llegado, aunque se presentó en más de una ocasión, que los dos desperdiciaron sin importarles mucho, pues solo querían estar juntos y el deseo, pese a no apagarse, parecía mantenerse neutral mientras el amor los encadenaba cada vez más fuerte.

Una noche, la anterior a tener que ensayar el famoso primer beso de Romeo y Julieta con los alumnos, a Micky le surgió la duda de cómo afrontarlo y en eso estaban Jack y ella.

—Un beso largo en la mejilla, metáfora de un beso en los labios. —Ella asintió lentamente, no muy convencida—. Está bien, te lo demostré. Levántate.

—¿Qué?

—Vamos a ensayar para demostrarte lo que se puede hacer. —Jack cogió los folios unidos por una grapa y leyó tomando de la mano a Micky—: Si con mi mano indigna he profanado tu santa efigie, perdóname... mi boca, como un peregrino avergonzado, suavizará el contacto con un beso.

Ella carraspeó.

—Buen peregrino, no menosprecies tanto a tu mano, pues ella demuestra un fervor devoto. Los santos tienen manos que los peregrinos pueden tocar, y palma con palma es el beso de los

devotos.

—¿No tienen entonces los santos labios, y también los devotos peregrinos?

—Sí, Romeo, labios para rezar.

—Entonces, hermosa santa, deja que los labios hagan lo que hacen las manos. —Jack acercó su cara y le dio un beso en la mejilla, prolongándolo más de lo esperado.

Ese delicado contacto provocó que un escalofrío de anticipación recorriera el cuerpo de Micky y cuando entreabrió los labios para respirar, Jack aprovechó para besarla en la boca y ya no hubo vuelta atrás. Se besaron al principio con suavidad, con ternura que descansaba tanto que a ella casi le dolía, pues ningún hombre le había adorado la boca como Jack hacía en esos instantes. En cuestión de segundos, cuando ella le rodeó el cuello con los brazos, la pasión se adueñó de sus almas, solo dieron rienda suelta a lo que habían reprimido en todo ese tiempo: el deseo.

Un deseo irrefrenable que explotó a medida que se deshacían de la ropa con manos nerviosas y temblorosas. La primera que quedó expuesta fue Micky en cambio él, que tenía los pantalones aún puestos, la observó con amor, con fervor, con admiración. En esos instantes comprendió que esa mirada a la que se había enfrentado con anterioridad, era la misma que en esos segundos la desnudaba. Fue tan íntimo que se quedó desnuda solamente para él.

Jack dio un paso al frente, dejando que ella le quitase la ropa y así, sin nada que se interpusiera la izó y al final las compuertas del deseo febril se abrieron. Pero aun así hicieron el amor con cadencia, recorriendo cada palmo de los cuerpos, para conocerse más allá de la piel.

Quedaron estirados en el sofá, abrazados, Jack con un codo clavado en el reposabrazos, aprovechando esa postura que le

permitía acariciarla y contemplarla cual pintor a su modelo.

—En este tiempo, me he preguntado si las pecas de tu nariz —le pasó la yema el dedo índice por el puente para luego deslizarlo por el pómulo— o tus mejillas se extenderían por otras partes.

—¿Y has despejado la equis? —Utilizó jerga matemática.

—Sí —afirmó en un suspiro—, me encanta tu piel nacarada con esas pequeñas manchitas, te diferencian de todo el mundo, te hacen única, aunque ya lo eres para mis ojos. —Le dio un beso en la punta de la nariz—. Lo siento.

—No debes sentir nada…

—Siento si he sido un poco torpe, es que hace años que no me acuesto con una mujer. —Esa confesión cogió a Micky por sorpresa, nunca ningún hombre le había dicho eso jamás y menos con timidez y naturalidad como lo había hecho Jack.

—Vaya. —Ese hombre era una caja de sorpresas.

—Eso no ha sonado bien, así que entiendo que mi torpeza ha sido clara como el agua.

—No, para nada, lo que sucede es que nunca un hombre me ha dicho nada igual.

—Lo dices por quedar bien.

Micky se apoyó sobre sus codos para elevarse un poco.

—Digo la verdad, no has sido ni patético ni torpe —afirmó.

—Eso está bien saberlo. —Se quitó un peso de encima.

—Pero ¿cuánto tiempo hace que no estás con una mujer?

—Siete años —confesó él sin dilaciones.

—Toda una vida sexual y tú en celibato.

—Hace siete años que me vine a Cold Spring y siete años en los que mi anterior pareja me fue infiel con mi hermano Tom, el que va antes que yo.

—¡¿PERDONA?! —Con aquello Micky terminó sentada.

—Sí, aunque bueno, estaba con los dos al mismo tiempo y ninguno nos enteramos.

—¿Te sigues hablando con tu hermano?

Se encogió de hombros.

—Se ha enfriado, a mis otros tres hermanos como a mis padres no les gustó nada y él, al preferirla a ella, se ha excluido familiarmente hablando y no sé si lo saben, pero se han casado en secreto.

—Espero que no te hayan invitado a la boda. —Estaba tan indignada que quería pegarle a alguien.

—Solo lo celebraron con amigos y la familia de ella. Antes de que preguntes, lo sé, porque lo he visto en las redes.

—Eres cotilla.

—Desde que estoy aquí, sí. —Acercó la cara a ella y le dio un beso en los labios—. Pero me alegro haber estado en celibato, eso me muestra que estaba esperando por ti.

—Yo he estado cuatro años en celibato. —Soltó una risilla nerviosa—. Conocí a alguien, pero que era más maravilloso que un día de verano y resultó ser como el frío viento del norte y aún encima casado.

—Por favor, eso es deleznable, ¿cómo hay gente que puede jugar de ese modo con las personas?

—Y padre de dos hijos y esperando un tercero. —Jack se tapó los ojos con una mano—. Se acostaba con ella y conmigo y no me lo dijo él, sino una compañera a quien se lo había presentado. Ella salió con su círculo cercano, a mí no me apetecía y esa misma noche lo vio con ella y además se fijó en la alianza. Les tomó unas cuantas foto para que yo la creyese.

—Fue una buena amiga, con pruebas incluidas. —Jack la cogió y la sentó a horcajadas sobre sus piernas—. Nada de eso te ocurrirá

conmigo, te lo aseguro. —Dejó caer la boca sobre la suya para sellar aquella promesa revestida en afirmación.

La besó con fervor, despertando a sus cuerpos de nuevo para un nuevo asalto, cuando…

—¡Hola, Micky! —saludó su madre.

—Joder, qué oportuna. —Se movió a toda velocidad, tapándolo a él con la manta y ella con su jersey—. ¡Mamá, no entres! —le ordenó.

—Te vengo a dejar pastel, ¡Ah! —gritó Sarah, que se giró.

Su aviso llegó tarde y Sarah quedó de espaldas a ellos para no mirar.

—¡Qué puto agobio! —exclamó Micky perdiendo los nervios.

—¡Ay, Dios mío ya no podré mirar a tu novio a la cara sin que piense en un gran pene!

—¡Mamá, por favor!

—A ti te cambié los pañales a él no.

—Hemos cogido confianza en cuestión de segundos —intervino Jack, riéndose de la situación.

—Tú, cállate, mamá, ¡se llama antes de venir!

—Pensaba que estabas sola, hija, que hasta donde tengo entendido no tienes novio.

—No lo estoy —protestó.

—Me voy, me voy y no he visto nada.

—Me alegro.

Su madre salió corriendo y al oír la puerta Jack prorrumpió en risas

—No te rías, en serio, ¡qué puta vergüenza! —Él la volvió a poner sobre sus piernas, al hacerlo ella notó su erección—. ¿Es que te ha puesto palote la situación?

—No.

—Quién lo diría.

—La interrupción fue lo de menos, solo quiero una cosa: estar contigo. —La movió y ella cogió la erección y la guio a su entrada.

Así reanudaron todo donde lo habían dejado, pero no fue solo uno, sino varios a lo largo de la noche.

Capítulo 8

Sarah llegó sofocada a la cafetería y a paso apurado. Cerró la puerta con el peso de su cuerpo, ya que no se podía borrar la imagen de su hija a medio desnudar sentada al lado de su compañero de cama, lo que no sabía era que su expresión de pánico fue lo que más llamó la atención de sus amigas.

—Sarah ¿a qué viene esa cara? —le preguntó Teresa acomodada en su silla.

—Ni que vieras un fantasma —bromeó Shannon, que estaba cortando la quiche.

—¿Estás bien? —Kendall salió detrás de la barra y se acercó a ella, rodeándole los hombros con un brazo—. Estás temblando.

—Y me parece poco —dijo ella.

—Pero ¿qué te ha pasado? No es normal tu estado. —Cloe la veterinaria empezaba a mostrar su preocupación.

Esa noche no estaban todas, faltaba Dita, la maestra de las mermeladas de Cold Spring, que estaba resfriada y prefirió esperar que ser un foco de contagio, y Tony, que se había quedado en la Casa Gris.

—Peor tenía que estar. —Sarah no sabía ni como se tenía en pie —. Me tiemblan las piernas y todo por dentro.

—Habla —le pidió con suavidad Flora.

—He ido a casa de Michaela. —Todas permanecieron en silencio.

—¿Discutisteis? —Lilian que hasta ese momento no había hablado, rompió el silencio que Sarah volvía a marcar para que lo soltase todo de una vez.

—Peor —confesó.

—Os habéis tirado algo a la cabeza, eso es normal entre padres e hijos —agregó Shannon restándole importancia a una disputa familiar.

—Estaba con un hombre en el sofá, los cacé a punto de… —Dejó la frase sin terminar para que sus compañeras pensaran lo que quisieran.

—¡Los has pillado acostándose! —Imogen se llevó la mano a la boca y fue la única que se atrevió a hablar.

—Exacto. —Le dio la razón Sarah.

—¿Con quién estaba? —quiso saber Teresa—. ¡Qué mal trago! —Agregó para no quedar de cotilla.

—Su vecino.

—¡Jack! —exclamó Shannon.

—Él —asintió Sarah—. ¿Sabéis algo de ese hombre?

—Sarah —empezó a hablar Flora—, lleva siete años en el pueblo.

—Ya, pero he pasado de él hasta ahora…

—… que es compañero de cama de Michaela —finalizó Teresa por ella, palabras que no le parecieron mal a Sarah.

—Es un buen hombre. —Shannon asintió con la cabeza—. Viene a comprar pan a la panadería, siempre para uno.

—Tiene pinta de serio o distante, pero hay que conocerlo, porque cuando hablas con él y coge confianza es estupendo —continuó Kendall por donde lo había dejado Shannon—. Siempre lo he visto solo.

—Compra muchos libros, es un gran lector para ser profesor de matemáticas, aunque eso no tiene nada que ver y cuando está aquí

y viene algún niño o chico de la High School y lo ve, siempre se acercan a él a saludarlo. —Imogen aportó lo suyo.

—Por lo que me contó un día, —Lilian hacía memoria— ayuda con las matemáticas a muchos de secundaria, les da, ¿cómo me dijo? —Se dio unos golpecitos en los labios—. Clases de refuerzo.

Teresa le puso una mano en el brazo.

—Tu hija he encontrado a un buen hombre.

—Sus caminos estaban predestinados a encontrarse —corrigió Flora a su amiga—. Pero, claro, amiga mía, parece que buscaste el momento para verlo con tus propios ojos.

—¡Ay, Dios mío, no me lo recuerdes! He desvirgado mis ojos por segunda vez —resopló Sarah abanicándose.

—¿Cuál fue la primera? —preguntó Cloe.

—Con mi marido y cuando murió prometí que jamás volvería a ver a un hombre en pelotillas, y ahí va, mi yerno número dos. —Sarah luego de escuchar a Flora ya daba por sentado que Jack había aparecido para quedarse en la familia. Para ella la palabra de Flora era ley.

—Piensa esto, —Shannon carraspeó—: habéis adquirido una gran confianza en segundos. —Imogen le dio un codazo suave—. Es cierto, ¿qué suegra se imagina ver a su yerno en pelotas? Ninguna.

Todas se echaron a reír.

—¿Van a ser felices? —indagó Sarah con esa pregunta.

—Mucho —le aseguró Flora, por lo que Sarah quedó tranquila.

Capítulo 9

Micky y Jack aprovecharon el fin de semana para hacer el amor, para comprobar lo bien que cocinaban codo con codo, como si lo hubieran hecho toda la vida, la maña que se daba él con las tareas del hogar y con la literatura, una afición que él llevaba muy escondida. Micky descubrió que era un gran lector, como tal, seguía muy buenos canales de *booktubers* que anunciaban las novedades editoriales y recomendaban libros. Hablaban sin parar, se contaban aquello que poca gente sabía, lo que les gustaba o aquello que los enervaba, pero no eran conversaciones forzadas, todo fluía con naturalidad y con giros en la conversación como suele ocurrir. Micky conoció a un hombre con una gran sensibilidad artística que la asombró.

En la cama, antes de levantarse le asaltó una pregunta.

—¿Te gustaría ser mi ayudante el año que viene en teatro? —Tenía el corazón palpitante.

Él giró el rostro hacia ella y parpadeó dos veces en su dirección.

—No hablas en serio —se mantuvo escéptico.

—Lo digo muy en serio.

Ladeó un poco la cabeza.

—¿Puedo pensarlo? —Aquello lo había cogido de improvisto.

—Sí, pero podemos buscar juntos una obra, intentaremos que no coincida con el ajedrez. —Le guiñó un ojo—. Podrías aportar muchas

ideas… —dejó la frase por terminar.

Él le dio un beso.

—Lo pensaré y hablaremos con Phill.

—Hecho. —Le rodeó el cuello con los brazos y lo atrajo hacia ella entre risas.

El sábado por la mañana, vio lo bien que se le daban los niños que aprendían con el piano y el violín, pero también con los adultos, sobre todo, en el ajedrez, donde todos se lo pasaban bien. Lo dejó en el centro cultural y bajó a la cafetería de las chicas.

—¡Hola! —las saludo y se sentó en un taburete de la barra.

—Buenos días, ¿café? —le preguntó Kendall.

—Sí, con un cruasán de pistacho —añadió ella con hambre, nunca había estado tan famélica.

—¿Eras tú la que pasaste con Jack? —indagó sin malicia Imogen.

—Pues sí, pasamos de discutir a los besos en un plisplás y que nadie me pregunte cómo, porque ni yo misma lo sé. —Levantó las manos riéndose.

—Suele pasar —le dijo para tranquilizarla Imogen—. Si me lo preguntan, te aseguro que yo misma no lo sé, a lo mejor Jared, yo no.

Las dos se echaron a reír.

—Lo importante es que estéis en la misma liga y en la misma onda, porque a veces lo parece y no lo es —añadió Kendall.

—Al fin he encontrado a alguien que sí está a mi mismo nivel. —Resopló de modo cómico cuando Imogen le puso el croissant y Kendall el café—. Porque os aseguro que di con cada espécimen.

—Ahora ellos no importan, sino lo que estás creando con Jack.

—Me alegro mucho por él, siempre lo he visto solo, aunque estaba a gusto con su soledad, demasiado cómodo diría yo. —Recordó Kendall.

—Venía aquí, se sentaba en una mesa o aquí en la barra, charlaba un poco, leía, o trabajaba un rato —Imogen se encogió de hombros—. Me asombraba no verlo con nadie.

—Lo que le faltaba eras tú —intervino Flora que salió de la nada.

—¡Ay, qué susto! —Micky se llevó una mano al pecho.

—Perdona. —Sonrió Flora—. ¿Vienes a sentarte conmigo?

—Claro. —Iba a coger el plato y el café.

—Deja, Micky te lo llevamos ahora.

Ella asintió y siguió a Flora hacia una mesa apartada al final de la cafetería.

—Has encontrado a alguien, ¿me equivoco? —dijo Flora nada más se sentaron.

Se callaron mientras las chicas les servían todo y en cuanto se fueron, Micky asintió con la cabeza.

—Sí, Jack, mi vecino y compañero de trabajo.

—Sé quién es.

—Pero, lo tendrías que saber, mi madre…

—De ella no estamos hablando, sino de ti. —Echó en la infusión menos de la mitad del azucarillo.

—Acertaste, Jack es el hombre que predijiste a finales de verano y lo has acertado todo. —Se echó hacia delante—. Cuando digo todo, es todo.

—Hola —saludó Jack, sorprendiéndolas—. ¿Puedo?

—¿Ya has terminado? —Micky estaba asombrada.

—Sí, resulta que algunos alumnos no han venido. —Jack pidió también un café—. ¿De qué estabais hablando? —Alternó la mirada entre ambas—. Vale, de mí —dedujo.

—Resulta que antes de comenzar el curso, Flora me predijo tu aparición en mi vida y no la creía, si soy sincera —confesó Micky.

—¡A mí también! —exclamó Jack—. Fue en verano, ¿te

acuerdas?

—Sí.

—Me dijo que una mujer de pelo rojo llegaría a mi vida con la fuerza de un huracán y si me alejaba de ella, sería como Ícaro y es verdad, porque cada vez que me alejaba sentía que caía con más fuerza en mis propios sentimientos.

—Esperad un segundo, ¿sí? —Antes de continuar, ella miró hacia los lados—. ¿Yo aparecí en lo que le predijiste?

Micky quedó obnubilada por lo fácil que le resultaba a Jack hablar de sus sentimientos, no era como otros hombres que se lo guardaban todo.

—Estáis hechos el uno para el otro y por mucho que sufrierais a causa del amor todo es un devenir constante, que os ha traído y unido. Estirad vuestras manos derechas con la palma hacia arriba. —Les pidió y ellos obedecieron luego de que Imogen le sirviera el café —. Fijaos, tenéis una línea del amor muy similar y eso significa que tenéis personalidades compatibles, con vuestras diferencias, evidentemente, pero compartís formas de ver la vida y conectáis a nivel emocional muy profundo.

—Vaya —dijo por lo bajo Micky alucinando.

—No sabía nada de esto. —Jack compartía con ella el mismo asombro.

—Estáis hechos el uno para el otro y puedo decir que vuestra unión es indestructible. Os llevabais esperando mucho tiempo.

***

Lo que restó de día, pese al frío que vino ese año por abril, pasearon por Beacon, otro pueblito asentado en las orillas del Hudson. Lo hicieron cogidos de la mano, abrazados, y disfrutando de las tiendas

y los locales que, como en Cold Spring, llenaban la calle principal, pero con el mismo tipo de tiendas a las que estaban acostumbrados. Luego, regresaron con compras de todo tipo, hasta verduras de temporada, frutas, y un largo etcétera.

El sosiego que le proporcionaba Jack como la seguridad que pisoteaba algunos de los miedos de Micky, era algo a lo que se estaba acostumbrado con mucha rapidez y su mente, mientras se cambiaba de ropa al llegar a casa le jugó la pasada de si algún día lo perdiese. Se quedó sorprendida por la congoja que le entró y tras ponerse la parte de arriba del pijama lo buscó y él estaba en la cocina cortando unas verduras. Ella corrió hacia él, le rodeó la cintura y le dio varios besos en los omóplatos. Jack se rio poniendo sus manos sobre las de ella, para luego girarse y darle un beso en la frente.

—¿Qué pasa?

—A veces mi mente me obliga a imaginarme ciertas circunstancias o imágenes.

—Y, ¿qué fue?

—Perderte —confesó ella—. No quiero.

—No nos vamos a perder, estamos aquí, en el ahora, el futuro vendrá a medida que lo vayamos tejiendo y escogiendo colores, como el rosa. —La abrazó.

—Te quiero —declaró ella.

—Tanto que a veces duele.

—Sí.

—Entonces, nos queremos con la misma intensidad. —Dejó caer la boca y la besó con ternura—. ¿Sabes cuál es mi dedicación perfecta?

—No.

—Besarte, por siempre y para siempre, besarte todos los días. —

Se volvieron a besar y él consiguió despejarle la mente—. Bueno, si te pones los pantalones podremos cocinar.

—¿Y si no lo hago?

Respiró hondo.

—Los míos se caerán, pero —volvió a coger el cuchillo para volver a lo que estaba— no podemos hacer el amor con el estómago vacío.

—Vale, me parece bien.

Ella se iba sonriendo, cuando él agarró la parte baja del pijama.

—No te puedes ir sin esto. —Le plantó otro beso.

Epílogo

Varios meses después

La representación de final de curso de *Romeo y Julieta* fue todo un éxito y Anthony, que había asistido como espectador fue el primero en levantarse de la silla para aplaudirles, seguido de un Jack emocionado y orgulloso de los chicos, pero sobre todo, de la mujer que le había robado el corazón a lo largo de ese curso. El resto de profesores felicitaron a Micky por el excelente trabajo que habían hecho, pues todos los niños se habían implicado tanto que hasta a veces hablaban en pareado.

Cuando comenzaron las vacaciones de los chicos, Micky no dudó en hablar con Phill.

—Me gustaría que Jack fuera mi ayudante en el próximo curso de teatro —le pidió. Estaba convencida.

—Vale, si él está de acuerdo, lo haremos y me has quitado un peso de encima, porque sabía que necesitarías un ayudante.

—Él.

El viejo director asintió.

Así en los siguientes horarios, los días que no había teatro, tomaba el relevo ajedrez, tampoco coincidía con los horarios de los deportes.

Ese verano fue muy especial para Jack y Micky, hicieron rutas de senderismo por las colinas del Hudson, practicaron deportes acuáticos algo que se hacía en verano en el río y aprovecharon para ver otros pueblos de las Hudson Highlands. A eso había que unirle

que Jack fue presentado en la familia de Micky, que lo aceptaron con familiaridad y en palabras de Greta: «me encanta tu novio».

El último domingo antes de comenzar un nuevo curso, Jack y Micky habían separado tres obras clásicas.

—¿Qué te parece si hacemos que los chicos voten por su favorita? —propuso ella antes de darle un sorbo a su café—. Es una manera de integrarlos más.

Jack miraba los tres libros como si hiciera un «pito, pito, gorgorito».

—Me parece bien, podemos entregarles unos folios con las tramas y que voten, porque, soy sincero, las tres son muy buenas.

Eran: *Sueño de una noche de verano*, *Orgullo y Prejuicio* y *El abanico de Lady Windermere*, de Oscar Wilde.

—Bueno, pues, decidido entonces. —Se levantó de la silla y se sentó encima de él.

—Estaba esperando este momento. —La besó en el cuello.

—Me alegra que seamos compañeros en teatro. —Ella le dio otro beso en la mejilla.

—Phill estaba un tanto extrañado cuando me hizo tu propuesta, pero quedó un poco más tranquilo cuando le dije que me lo habías ofrecido.

—No es para menos, pasamos del odio al amor en cero coma.

—Desde el principio fue amor y así será…

—Hasta el resto de nuestros días.

Cuando sus bocas se unieron, un rayo de sol se filtró entre las cortinas bautizando aquello que estaba escrito en las estrellas.

Sentimientos cautivos

Marian Arpa

Capítulo 1

En la biblioteca del instituto Miguel de Cervantes de Riópar, en la provincia de Albacete, Mari Carmen, la directora estaba reunida con Diego Serrano, el profesor de geografía y Clara Viñales, la de literatura.

Los alumnos ya se habían marchado y solo quedaban algún profesor rezagado y las señoras que hacían la limpieza.

—Mari Carmen, esta excursión va a ser enriquecedora para los alumnos, hay muchos que no tienen la suerte de que sus padres los lleven a conocer el entorno, se pasan los domingos jugando a la Play con sus amigos, si al menos este pueblo les ofreciera una disco o local para reunirse, el asunto cambiaría —decía Clara muy convencida.

—Ya existe un lugar así, pero hay muchos alumnos que no se dejan ver el pelo —anunció Diego—. Yo colaboro en un centro de jóvenes de Riópar. Soy monitor y de vez en cuando hacemos alguna salida. También creo que puede ser instructivo sacarlos de su entorno de rutinas y enseñarles lo que les puede ofrecer la naturaleza —afirmaba gesticulando con las manos—. Que se den cuenta que no todo está en las maquinitas, que se lo pueden pasar bien sin sofás ni televisores ni pantallas.

—Creo que tenéis la cabeza llena de pájaros, os creéis que porque a vosotros os entusiasma perderos por el campo cada fin de

semana, a ellos los va a entusiasmar. —Mari Carmen se mostraba escéptica.

—Solo se trata de que descubran que hay más vida que la que viven entre las paredes de sus casas —insistía Clara.

—Te vas a llevar un chasco. —Mari Carmen a sus cincuenta y dos años, era muy descreída con la idea de cambiar lo que ocurría a su alrededor—. Tienes que ser consciente que en cuanto cumplan los dieciocho años, los jóvenes se marcharán del pueblo. Es lo que está ocurriendo en toda España. Los jóvenes se marchan a la capital a buscarse la vida, los pueblos van perdiendo vecinos y con el tiempo estos no regresaba ni para vacaciones. —La mujer no era nada optimista con el futuro de Riópar.

—Pues tenemos que poner nuestro granito de arena para que eso no ocurra. —Se empecinaba Clara—. Es una pena que un pueblo como este pase al olvido, no lo podemos permitir. El nacimiento del rio Mundo está aquí mismo, debemos sacarle todo el provecho que podamos a esta maravilla de la naturaleza, vienen muchos forasteros a verlo, a disfrutar de ese maravilloso paisaje, y nosotros que lo tenemos cerca no le damos el valor que tiene, esto es una vergüenza.

La pasión y entusiasmo con el que hablaba le gustaba a Diego, lo hacía maravillarse con aquella emoción. Él era nacido en el pueblo, y estaba enamorado de aquel entorno.

—¿Qué pretendes, atarlos a todos a los pies de las camas de sus mamás para que no se vayan de Riópar? —la embromó con ironía, con una espléndida sonrisa.

—No tonto, eso es lo que no quiero. —Clara le siguió la corriente de su guasa—. En todo caso en la de sus papás, te recuerdo que eres responsable de tu hermana.

Era por todos sabido que Diego había perdido a sus padres en

un accidente de tráfico, y que se había hecho cargo de su hermana Elena, con la que se llevaba ocho años. Por aquel entonces, él tenía veinte años, había madurado a la fuerza, y ambos se llevaban a las mil maravillas. Convivían en la casa del pueblo que pertenecía a la familia desde varias generaciones, y eran amantes de aquel entorno que los llevaba a perderse en las montañas muchos fines de semana.

Diego soltó una carcajada al escucharla.

—Has chocado con una pared. —Sus ojos azul cobalto la miraban divertidos—. Elena y yo junto con el grupo del centro de jóvenes Riópar solemos salir de excursión varios domingos al mes. Ya te he dicho que soy monitor en ese lugar.

—Genial, ¿crees que entre los dos podríamos ocuparnos de ellos un par de días? A esa edad no les entusiasma una salida de solo unas horas.

—Sí, si los tratas como adultos se comportan como tal, lo que no tienes que hacer es dirigirte a ellos como si fueran niños de teta.

Mari Carmen se daba cuenta que esos dos estaban tomando decisiones como si ella no pintara nada allí.

—¿Os habéis olvidado que estoy aquí?

—De ninguna manera —afirmó Clara—. Lo que tenía pensado para que no perdieran horas lectivas era que cada uno escriba lo que ve, lo que siente, lo que lo rodea, lo que le gusta, lo que no, lo que quieran, y al final de la excursión haremos una especie de diario de aventuras. Tengo la sensación que les puede gustar ver sus ideas plasmadas en papel impreso que explique todo lo que hayan vivido. Tengo un amigo en una imprenta de Albacete, le hacemos una bonita portada, y les va a encantar.

Mari Carmen frunció el ceño pensativa, lo que decía Clara era una buena idea, si a los chavales se les decía que iban a hacer un

libro con sus reflexiones, quizá eso los animara a ir a la excursión, se estaba dando cuenta que si se lo proponían ella tendría muy poco criterio. Miró a uno y al otro, y veía la determinación en sus ojos, estaban decididos a llevar a cabo aquellos planes.

—¿Servirá de algo que os diga que es mucha responsabilidad? —La directora intentó que pensaran en lo que representaba llevar a jóvenes de quince años de excursión pasando una noche fuera de casa.

Diego la observó con una media sonrisa, se estaba dando cuenta que la estaban convenciendo para que mandaran las circulares a los padres para obtener su consentimiento.

—Una que tomo varias veces al mes —terció Diego con triunfo en sus ojos azules—. Puedo garantizarte que los chicos no correrán ningún peligro.

Mari Carmen supo que podía ser una experiencia enriquecedora para los alumnos de esa edad. Los podría entusiasmar, y si además, después hacían ese diario con todas sus reflexiones les encantaría a la mayoría. Hizo una mueca al pensar que esos dos se ganarían a los alumnos. A todos les encantaría la idea, menos a ella. Por otro lado…¡¿Quién sabía si con el tiempo no habría algún escritor entre los alumnos del instituto?!

Capítulo 2

Clara y Diego salieron de la biblioteca satisfechos por haber convencido a la directora para hacer aquella excursión.

—Tenemos que redactar una circular que convenza a los padres de que animen a sus hijos a ir. —Clara, que había llegado al pueblo desde Zaragoza, estaba entusiasmada. Siempre le había gustado el campo, y solía recorrer los alrededores de Riópar siempre que no tuviera algún que otro trabajo para sus clases.

Al llegar allí, alquiló una casa en las afueras, le encantaba el lugar, eso que cuando recibió el correo con su destino, pensó que la mandaban al culo del mundo. No obstante, cambió de opinión en cuanto puso un pie en aquellas tierras. Conducía un Jeep Cherokee cuatro por cuatro, gris marengo, y le gustaba perderse por el campo. Solía llevarse la mochila con algunos víveres y agua, y se trazaba sus rutas en un mapa que consiguió en los primeros días que vivió allí.

—Si son pocos, lo que podemos hacer es la misma excursión, pero con los jóvenes del centro —anunció Diego, que no estaba muy seguro de que los padres empujaran a sus hijos a salir con los amigos un par de días—. Si luego te ocupas de hacer ese diario, los animarás a que en la próxima salida quieran apuntarse todos. —Sonrió al imaginarse la cara de bobos que se les quedaría a los que prefirieran quedarse en casa y luego vieran que sus compañeros se habían divertido de lo lindo.

—Tenemos que conseguir que se apunten al menos la mitad de ellos. —Se empecinó Clara—. Voy a hacer unos panfletos que sean muy atractivos para los chavales, con fotografías del campamento, asando malvaviscos en la hoguera a medianoche, haciendo ginkanas y contando anécdotas de miedo.

—Eso les va a encantar —dijo él asintiendo con la cabeza, y soltando una carcajada—. Si con todo lo que propones no los alejas de las pantallas de sus maquinitas de juegos, nada lo hará.

Habían salido del centro y se encontraban en la plaza Cervantes.

—¿Quieres que te lleve a casa? —preguntó Clara. Él vivía en medio del pueblo, mientras que ella lo hacía en la otra punta, lo que representaba que pasaba con su coche cerca de la vivienda de él.

—Si aceptas quedarte a tomar una copa conmigo… Y así terminamos de redondear las ideas que tienes para esa excursión.

—Puñetas, cualquiera diría que tú no me has animado a ponerla sobre la mesa. —Le echó en cara ella.

Diego soltó una carcajada que le salía del fondo de su pecho.

—Yo te conté que había estado allí y los chicos del centro se lo habían pasado muy bien, que les había gustado mucho la experiencia. —No podía aguantar la sonrisa que tiraba de sus labios. Desde el día que la conoció habían congeniado mucho, a ambos les gustaba aquel entorno, y solían aprovechar los fines de semana para perderse entre los bosques de pinos, encinas, espinos y muchas otras especies.

Los ríos eran un atractivo fantástico que les encantaba, y el nacimiento del rio Mundo, una atracción turística en la que no se cansaban de pasear. Era donde planeaban llevar a los muchachos, una noche de campamento sería genial para ellos, de eso estaban convencidos, solo hacía falta que los chicos quisieran compartir esa experiencia con sus compañeros, dejando la Play en casa.

Clara no lo pensó dos veces, claro que se tomaría una copa con Diego, ese hombre le había robado la razón desde el momento que puso los pies en aquel instituto. Era alto, de piel morena, cabellos negros como el ala de un cuervo, siempre bien afeitado, siempre solía vestir vaqueros y camisetas que le marcaban su bien trabajado cuerpo. Tenía una mirada azul cobalto, y una barbilla en la que se apreciaba un hoyuelo muy tentador.

—Me quedaré a tomar esa copa, si dejas que llame y que nos traigan unas pizzas, tengo un hambre que me comería un caballo. —Exageró Clara—. Todos los días me tomo cualquier cosa para merendar, pero hoy estábamos reunidos con Mari Carmen.

—Por supuesto, pero te aviso que vivo con mi hermana, y cuando huele una pizza se vuelve loca —bromeó él con una sonrisa coronándole los labios.

Clara condujo hasta la calle Hernán Cortés donde vivía su compañero, aparcó y cogió la gran bolsa donde llevaba el ordenador portátil, y todo lo que necesitaba para las clases.

Diego la guio hacia su casa, y abrió la puerta para que entrara. Clara se sorprendió de la decoración minimalista y moderna que la recibió, además no había nada fuera de su lugar, estaba todo impoluto. Habían entrado en un vestíbulo que daba a un gran salón desde el cual se veía la cocina al fondo, de unas tonalidades verde oliva y azul oscuro. Sus ojos se pasearon por el salón, ante una chimenea había una *chaise longue*, y varios sillones alrededor de una mesita de centro de madera maciza, sobre la cual había un tablero de ajedrez con las fichas puestas como si los jugadores se encontraran a media partida.

A los lados de la chimenea había estantes llenos de libros, y objetos que parecían no pertenecer al país. En la pared que tenía detrás había una pintura al óleo de Los Chorros del rio Mundo en

plena explosión.

—Oh, es fantástico —dijo Clara admirando las certeras pinceladas.

—Lo es. —En aquellas dos palabras se notaba la satisfacción de Diego.

—¿Conoces al pintor?

—Es mi hermana, desde muy jovencita que mostró su buena mano y se fue a estudiar bellas artes a París.

—Se te nota que estás orgulloso de ella.

—Pues sí, lo estoy. —Una sonrisa satisfecha decía más que las palabras—. Ha hecho varias exposiciones, y sus cuadros se venden como churros.

—Me alegro mucho, me gustará conocerla.

—Seguro que no tardará en llegar —informó Diego—. Deja tus cosas por aquí si quieres, pasemos a la cocina.

Clara dejó su bolsa y la chaqueta que llevaba bien puesto en un rincón del sofá, y lo siguió.

—Tienes una casa muy bonita —alabó ella el buen gusto de la decoración—. Esta cocina es maravillosa —dijo pasando una mano por encima de la enorme isla con la superficie de granito con unas betas preciosas.

—De ello se encargó Elena, se lo pasó teta volviendo locos a los operarios que hicieron la reforma, por poco nos dejan la obra a medio hacer. —Al recordarlo se le escapaba una sonrisa.

—Estás de broma ¿no? —Sospechó ella.

—No, no, que va. Es puñetera cuando quiere, además que si ella dice que blanco, tiene que ser blanco, que no se le ocurra a nadie llevarle la contraria, es muy cabezota.

Clara se rio por como describía a su hermana. Aquello le hacía recordar en cuanto ella había hecho la reforma en su casa, terminó

por contratar a una decoradora que no se dejara subir a la chepa, y se fue a un hostal.

—No me burlo de tu hermana, le doy todo mi apoyo, yo pasé por lo mismo y no es para tomarlo a coña.

Diego puso los ojos en blanco.

—Eso quiere decir que cuando os juntéis seréis terribles.

—Es posible.

En aquel momento escucharon la llave en la cerradura.

—Ya estoy en casa —dijo una voz. Era un tono femenino que parecía ponerle musiquilla a lo que decía.

—Yo también —contestó Clara por la gracia que le había hecho esa entonación.

—¡Epa! ¿Quién eres tú? —preguntó Elena sorprendida y girándose hacia ellos. Al verlos, les sonrió y se les acercó.

Diego ya esperaba a ver qué diría su hermana, seguro que alguna chanza de las suyas.

—Soy Clara, compañera de trabajo de tu hermano, supongo que tú eres Elena ¿verdad? —Se le acercó y le dio un beso en cada mejilla.

—¿Solo compañera de trabajo? —Los miró incrédula—. A mí no me la pegáis, seguro que eres mucho más, porque Diego nunca ha traído a una mujer a casa. —Le guiñó un ojo picaron, los tenía idénticos a los de Diego, azules y un poco almendrados.

Clara sonrió y pensó que le gustaría ser lo que Elena pensaba, pero Diego nunca había mostrado ningún interés en ella.

—No te hagas películas —intervino Diego con los ojos clavados en su hermana—. Ya la has escuchado.

—Estoy aquí por trabajo —esclareció Clara—. Tenemos que hacer unos panfletos, y tu hermano me ha invitado a una copa, yo le he dicho que la acompañaríamos de pizza. Estoy famélica.

En la mirada de Elena se veía que no se los acababa de creer.

—¿Pizza? ¿Has dicho pizza? —exclamó.

—Te lo he dicho, cuando escucha esa palabra se vuelve loca. —Se burló Diego de su hermana, al dirigirse a Clara.

—A mí también me encantan, vamos a cenar de lujo. —Clara le dedicó una gran sonrisa a Elena y esta soltó una risita.

Diego se pasó la mano por el pelo, ya se había imaginado que juntas serían un torbellino.

—Me rindo, vosotras mismas —soltó con una expresión que mostraba rendición. Estaba contento porque se hubiesen caído tan bien. Clara lo cautivó desde el minuto cero de conocerla, había demostrado un interés por los chavales que muy pocas profesoras compartían, la mayoría de ellas y ellos, se dedicaban a cumplir las horas de trabajo y no preocuparse por las ambiciones que los chicos tuvieran en la cabeza. Era muy consciente que su profesión era por vocación, que había compañeros muy competentes, sin embargo, algunos, y sobre todo los que hacía años que estaban allí, se tomaban el trabajo con poca seriedad.

Clara y Elena se sentaron en los taburetes de la gran isla y escogieron las pizzas, una tropical con piña, y la otra carbonara.

La hermana de Diego se levantó fue al frigorífico y sacó cervezas para los tres, las abrió y volvió a su asiento sin dejar de contarle a Clara, que ella también iría a esa excursión que estaban planeando con los chicos y chicas de quince años del instituto.

Capítulo 3

Dos días más tarde, Clara recibía en su casa los panfletos que habían diseñado para aquella excursión que tenía a los muchachos revolucionados. Les pasó uno a cada uno con su debido consentimiento paterno, para que se lo devolvieran en un par de días, como que ya les había hablado de aquella salida, esperaba que los padres ya estuvieran al tanto de aquellos planes, se imaginaba que los jóvenes ya les habrían contado de qué iba todo aquello.

Al terminar las clases del día indicado, Clara estaba muy satisfecha por la respuesta de todos los alumnos, había muy pocos que no le hubiesen entregado la autorización, fue al aula de geografía y se lo dijo a Diego con una sonrisa de oreja a oreja.

—Lo hemos conseguido, van a dejar la Play por un par de días.

A él se le dibujó una expresión alegre en la cara.

—Me alegro mucho, se lo van a pasar muy bien ¡lo has conseguido!

—Lo hemos conseguido —rectificó, pero él no le hizo ni caso a su corrección.

Diego se levantó de su sillón donde estaba revisando unos trabajos de geografía.

—¿Se lo has comunicado a Mari Carmen?

—No, ahora iba.

—Te acompaño. —Si iba con ella era para ver la reacción de la

directora, se había dado cuenta en cuanto habían hablado con ella, que no era muy partidaria de llevar a los chavales de excursión. No tenía en cuenta que con ello les enseñaban a no valerse de sus mamás, que se espabilaban, y los ayudaban a madurar. Por muy jovencitos que fueran despegarse de sus familias los hacía pensar por sí mismos.

La directora no pudo ocultar una mueca de desagrado, era evidente que esperaba que los padres no diesen su aprobación.

En cuanto salieron del despacho, Diego le dijo que para celebrar que había vencido a la avinagrada directora podían ir a cenar.

—Mari Carmen, ¿avinagrada?

—¿No has visto como ha apretado las mandíbulas cuando se lo has dicho?

Clara si se había fijado, sin embargo, no creyó que fuera por ello, pensó que la habían pillado en mal momento.

—No será por esto, igual la hemos interrumpido en algún asunto. Al llegar nosotros estaba muy ensimismada con lo que miraba.

Diego se dio un golpe en la frente al caer en lo que estaba ojeando.

—¡Manda huevos! Estamos a viernes, ¿verdad? —No le dio tiempo a Clara a responderle—. Soy un memo, no me había acordado que este día de la semana, Mari Carmen lo dedica a…

—¿Qué? —preguntó Clara al ver que se callaba.

—Se va a que le hagan cosquillas.

Ella lo miró como si se le estuviesen cayendo los tornillos.

—¿Se te está yendo la perola?

—No me has entendido, lo que estaba ojeando era el programa de los *boys* donde suele ir.

La boca de Clara se abrió por la sorpresa, Diego no parecía estar bromeando.

—¿Lo dices en serio? No, no puede ser.

—Desde luego que sí. ¿No te has fijado que todos los viernes viene a trabajar muy maquillada?

Clara estaba convencida que le estaba tomando el pelo.

—Uy, sí, y seguro que debajo de esas faldas pasadas de moda lleva un corsé y un tanga negro de cuero.

—No me extrañaría, no es tan mayor como para no lucirlo, cada uno es bien libre de ponerse y hacer lo que le venga en gana, siempre y cuando no lastime a nadie. —Todo eso lo hablaban en voz baja mientras volvían a sus clases, y por alguna razón a Clara le pareció que no estaba bromeando.

—Estás hablando en serio, ¿verdad?

Ante aquella pregunta, Diego se paró de repente, y arrugó la frente.

—Desde luego, no suelo criticar a nadie, ni ponerme en sus asuntos. Mi credo es «Vive y deja vivir».

Ambos se miraron a los ojos, y ella se dio cuenta que no estaba de guasa.

—Perdona si no te creía…

—No nos conocemos lo suficiente —la justificó Diego.

—Estás en lo cierto, tendremos que poner remedio a eso. Has dicho algo de una cena, ¿verdad? Tenemos que celebrar que nos vamos de excursión, que si todo va bien, sacaremos un libro a la venta con los comentarios de los chavales, y es posible que a alguno de ellos le apetezca dejar las pantallas para dedicarse a conocer lo que nos rodea.

Clara le ponía tanta emoción a lo que hacía que era contagiosa.

—Me parece una idea perfecta. —Él contestó con una sonrisa espléndida—. Vamos a recoger nuestras cosas y a irnos de juerga.

Llegaron al aula de Diego y quedaron en encontrarse donde

aparcaban los coches, Clara tenía el Jeep allí, y antes de que Diego entrara en la clase se quedó mirando a Clara que se alejaba, era un gusto contemplarla, aquellos vaqueros ajustados le hacían un culito de lo más apetecible y respingón y a Diego le entraron ganas de amasarlo con sus manos. Reflejarse en aquellos ojos verdes tan expresivos, besar su nariz respingona, y recrearse en las perfectas curvas que ocultaban sus ropas.

Clara condujo hasta el hostal-asador Los Chorros, en la calle donde ella vivía, aunque nunca había estado allí.

—Nunca he venido aquí —dijo Diego—. Aunque me han hablado muy bien de este lugar.

—A mi también, y es la primera vez que vengo —hablaban al dejar el coche en el aparcamiento—. ¿Sabes qué pasa? Que me voy a casa me pongo cómoda y luego me da pereza arreglarme.

—Cómoda, quieres decir en pijama. —Quiso saber con mirada de picardía.

—Sí, has adivinado, me pongo el pijama y me tiro en el sofá para corregir deberes, leer, o ver documentales en el televisor. Tengo una vida muy tranquila, a veces pienso que las abuelas se van más de juerga que yo. Las escuchas cuando vas a la compra, y es para quedarse a cotillear. La una porque se ha ido de excursión a Benidorm y ha ligado, la otra tiene algún lío con fulanito o menganito. Y no digamos los domingos, se organizan bailes en el local social de la gente mayor… Algunas mujeres no van porque dicen que es un lugar de perversión, y otras lo hacen encantadas de la vida.

Al escucharla, Diego soltó una carcajada, que le contagió a ella.

—No tienes cara de ser una de esas cotillas que siempre tienen la antena puesta —señaló él moviendo las manos.

—¿Qué tengo que hacer? ¿Ponerme tapones en los oídos?

—De ninguna forma, ¿no te satisface que esas señoras se lo pasen bien?

—Claro que me parece bien que le den una alegría al cuerpo.

A Diego le brillaban los ojos al mirarla cuando dijo aquello. Iba a replicarle con una guasa, pero habían llegado a la puerta del restaurante y Clara entró cuando la puerta automática se abrió. Un camarero los guio hacia una mesa, y Diego escogió un vino exquisito.

Ambos pidieron cordero asado con verduras crujientes, y para primero, una tabla de embutidos ibéricos. Los dos tenían buen apetito. Durante la cena estuvieron debatiendo lo que pensaban que ocurriría con Riópar en el futuro, ambos eran conscientes que el futuro de los pueblos estaba en peligro, y que se tenían que poner manos a la obra para impedir que fueran abandonados.

—Quizás tengamos que hacer uno de esos llamamientos en que los ayuntamientos ofrecen vivienda y trabajo a las familias jóvenes con hijos que se trasladan —alegó él.

—Yo lo encuentro muy bien. Aunque no creo que a este le pase lo que a otros. Tenemos el nacimiento del rio Mundo, ya sabemos que vienen muchos turistas, que la mayoría del pueblo se gana la vida con los forasteros.

—Hablas como si fueras a quedarte aquí para siempre. —Diego se sentía muy atraído por Clara, y si no había hecho ningún avance era porque sabía que su familia estaba en Zaragoza, y temía que si se lanzaba, quedaría hecho polvo cuando ella le dijera que volvía a casa.

Clara se quedó mirándolo, desde que lo conoció que no había pensado en regresar a su tierra. Lo que la tenía desconcertada era que había cazado algunas miradas encendidas de aquellos fantásticos ojos azules de él, pero nunca le insinuó que le interesara

tener una relación con ella más allá del trabajo. Tal vez era el momento de poner las cartas sobre la mesa. Tomó un sorbo de vino y lo miró por encima del borde de su copa.

—Lo cierto es que desde que llegue, nunca se me ha ocurrido volver a Zaragoza. Aquí me siento muy bien, me gusta, y tengo la esperanza de fundar una familia.

Las últimas palabras hicieron que Diego frunciera el ceño.

—¿Hay algún hombre que ahora mismo esté maldiciendo mis huesos por robarle el tiempo que puede pasar contigo?

Ella lo vio entrecerrando los ojos, y pensó que había malinterpretado aquellas miradas.

—No —habló deseando que él se diera cuenta que estaba loquita por sus huesos—. Solo tengo la esperanza de que si me cruzo con él me vea y no pase de largo.

A Diego esas extrañas palabras le removieron las entrañas, y sin ser consciente de ello alargó la mano y cogió la de ella.

—Créeme, cualquier hombre con ojos en la cara desea no apartar la mirada de ti.

—¿Te incluyes entre ellos? —La pregunta era muy directa, y él se percató que iba directa a la yugular.

—¿Qué me dirías si te dijera que sí?

En lugar de responder ella dio la vuelta a la mano que él le tenía retenida y entrelazó los dedos con los de él. Sus ojos se posaron en aquellos miembros unidos y esperaba que él se diera cuenta que estaría muy feliz si eso ocurriera.

Diego fue muy consciente de la mirada esmeralda fija en él, el corazón se le saltó un latido al contemplarla, en esos momentos la habría tomado entre sus brazos, y habría probado aquella generosa boca que lo llamaba a gritos. En lugar de ello, se echó hacia delante, levantó las manos unidas y besó la de ella como si pretendiera

marcarla. Lo que le había parecido imposible parecía que no lo era tanto.

—Me harías muy feliz, me cautivaste desde el primer día que llegaste a Riópar.

Aquellas palabras acariciaron el corazón de Clara, a ella le había ocurrido lo mismo, pero se lo había guardado para sí misma. ¡Qué tonta había sido! Si le hubiese dado pistas, si hubiese usado sus armas de mujer podría haber disfrutado de todo ese tiempo que llevaba allí junto a ese hombre que le quitaba el aliento.

A partir de ese instante, sus miradas fueron mucho más calientes de lo que habían sido durante la cena, era como si hubiesen pasado página, como si entre ellos se hubiese abierto un horizonte que los dos querían explorar. No perdían la oportunidad de un roce, una caricia, una sonrisa delicada que les recorría el cuerpo de arriba abajo.

Más tarde, cuando salieron del restaurante, él la acompañó hasta el coche cogiéndola de la mano, notando en la suya aquella pequeña que lo hacía desear que la noche no terminara.

Al llegar al jeep, ella lo miró de una forma acalorada que lo hizo coger aire con fuerza, y sin pensarlo, pero sabiendo que era lo que deseaba desde hacía mucho tiempo, bajó la cabeza y la besó con ardor, queriéndole demostrar aquellos sentimientos que había mantenido cautivos desde que sus ojos se posaron en ella.

Capítulo 4

Clara se sentía como flotando en una nube, aquella demostración de Diego hacía que se acariciara los labios, sintiendo una sensación que jamás había tenido con ningún hombre que la hubiese besado.

Se había puesto en la cama, después de darse una ducha, pero no había servido para enfriar el ardor que él había despertado. ¡¿Es que era tonta?! Se repetía una y otra vez, estaba segura que esa misma noche, él no se habría negado a compartir su cama, se habían declarado unos sentimientos que se habían guardado para sí durante demasiado tiempo.

Dio vueltas y más vueltas hasta que al fin, cayó en manos de Morfeo y se vio sacudida por un sinfín de sueños en los cuales Diego le hacía el amor como si no hubiese un mañana, fueron tan vividos que despertaba empapada de sudor, y con ansias de vivir con él todo lo soñado.

Por la mañana, cogió su mochila, se hizo unos bocatas, se llenó la cantimplora y se fue a un recodo del rio donde las aguas bajaban más tranquilas y en las que le gustaba bañarse. Después de disfrutar de la frescura, se sentó sobre la hierba y se puso a comer un sándwich de pavo.

—Podíamos haber venido juntos —escuchó de pronto.

Reconoció la voz y se le erizó la piel, recordando aquellos sueños calientes, en los cuales hacían el amor con una ternura, y pasión que

le hacía desear vivir esa experiencia en ese mismo momento.

—Tienes razón, pero ahora que estás aquí es como si lo hubiésemos hecho —habló con una sonrisa cautivadora y una mirada que prometía el paraíso.

Él rio ante el razonamiento de ella, se sentó a su lado, se inclinó y le dio un mordisco al bocata que se estaba comiendo.

—Mmm, ¡qué bueno! ¿Qué le has puesto? —preguntó al notar un sabor que no tenían los suyos.

—Paté de aceitunas. —Clara estaba satisfecha de haberlo sorprendido con un simple sándwich.

—Lo tendré en cuenta —dijo él relamiéndose, al tiempo que sacaba de su mochila dos de pan de la abuela, por el que era famoso el panadero del pueblo.

—Toma, he traído más. —Ella le ofreció el suyo.

Ambos rieron cuando vieron la cantidad de comida que habían cargado.

—¿Es que pensabas pasarte una semana fuera de casa? —bromeó Diego con una de sus espléndidas sonrisas.

—Mira quien fue a hablar. —Le siguió ella la guasa—. Lo que pasa es que después de un buen baño, tengo un hambre canina.

Diego se había fijado que a través de la camiseta se le trasparentaba un biquini muy pequeño, y deseó quitárselo.

—En eso somos iguales. Concepción lo sabe y siempre me prepara unos bocadillos como si tuviera que alimentar a un regimiento. —Se refería a la panadera del pueblo.

—La mujer no quiere que pases hambre. —Se rio ella de sus propias palabras.

—Me ve tan delgado y escuchimizado… —Ambos se carcajearon, ese no era el caso. Diego estaba muy musculado, era alto y fuerte, y tenía unas piernas como ramas de árboles. Se notaba que estaba

habituado a pasear por los montes.

—Sobre todo escuchimizado. Va a ser eso. —Lo embromó paseando sus ojos por su cuerpo grande y fuerte.

Diego sintió un tirón en la ingle, Clara hacía que la deseara con una sola mirada, con una sonrisa o con el sonido de sus palabras.

Cuando terminaron de comer, él se recostó en el tronco de un árbol que tenía detrás, y la atrajo a su lado, pasándole un brazo por sobre los hombros y atrayéndola a su pecho. Ella aspiró con fuerza el aroma a hombre que él desprendía y soltó un suspiro.

Sentirla contra él hizo que ansiara perderse en su cuerpo, puso una mano bajo su barbilla y empujó, cuando sus ojos se encontraron se le fue acercando hasta estar degustando aquella boca que era como un imán que lo hacía derretirse cuando la tomaba con la suya. Se besaron con hambre, y ambos se dejaron llevar por la pasión. Clara no puso freno a las sensaciones que le hacía sentir, y sus manos se enroscaron en su pecho acariciando por donde pasaban por encima de la camiseta.

Diego no se quedó atrás, los besos de aquella mujer sabían a ambrosía, y el movimiento de sus manos era como si una colonia de mariposas se hubiera colado en su cuerpo, la deseaba como nunca a una mujer. Dando rienda suelta a su anhelo, la cogió por la cintura y la subió a su regazo. Se miraron durante unos segundos, en los cuales él esperaba que sus ojos le dieran su consentimiento para seguir adelante, regalándole el gozo que quería darle.

Clara lo tomó por las mejillas y lo besó con ardor, diciéndole sin palabras que ella también lo deseaba, la pasión que puso en aquella caricia lo puso a cien y empezó a colar las manos bajo la camiseta de ella, dándole unos toques con las yemas de los dedos que la atravesaban haciéndola arder.

Ella no fue tan delicada, estaba demasiado excitada, cogió la de

él y se la sacó por la cabeza, dejando su pecho al aire, recreándose en la visión de aquella piel al descubierto, lo acarició con las manos abiertas, disfrutando del tacto caliente y las cosquillas que le hacía el vello ensortijado que tenía ante sus ojos. En un arrebato de pasión, cogió entre sus labios un pezón chato que se puso duro como un guijarro, y oyó a Diego soltar un jadeo de satisfacción.

—¡Oh, eres fantástica! —murmuró él mientras sus manos bajaban por la estrecha espalda femenina hasta llegar al trasero respingón y apretándolo contra él. Las telas que los separaban estorbaban, ambos estaban ansiosos por rozar piel desnuda, y empezaron a tironear de las prendas. Diego coló la mano dentro de los pantalones femeninos, acariciando la piel de seda que lo guiaba hacia el pubis. Al llegar a su destino, le acarició el clítoris rodando la yema de su dedo alrededor y bajando hacia la entrada que deseaba cruzar con su pene.

Clara al notar aquella caricia, le mordisqueó los labios poniéndose tensa por la sensación tan agradable que estaba sintiendo, por lo que sentía crecer dentro de ella, pero necesitaba notarlo hundido en su interior. Se removió en su regazo, se levantó ante él y se quitó los pantaloncitos de deporte elásticos que llevaba.

Diego al verla se le hizo la boca agua, se removió incómodo por el apretón de los pantalones, la imitó poniéndose en pie ante ella, desabrochándose la cremallera, lo que ella tomó como una invitación y alargó la mano para acariciarlo. Sus dedos como alas de mariposa lo recorrieron arriba y abajo, y notó que él contenía el aliento; acto seguido le quitó la camiseta y cogiéndola por la cintura la elevó a su altura, le capturó un pezón con la boca y ella gimió de gusto. Las piernas femeninas se enroscaron a la estrecha cintura, y lo cogió por las mejillas devorándole la boca, en el preciso momento que él se enterraba en ella hasta el fondo, lo que hizo que ambos soltaran un

jadeo de placer.

El mundo se desdibujó alrededor de ellos, los árboles parecían bailar al son de sus movimientos, y las sensaciones se multiplicaban con cada ir y venir. El gozo los estaba succionando hacia aquella burbuja que los tenía cautivos. Que los llevó a recorrer todos los escalones placenteros hasta acariciar el cielo con las manos.

Ninguno de los dos quiso retener aquel grito de gozo y satisfacción, y ambos lo soltaron a la vez.

—¡Oh, qué placer! —susurró Diego, con la cara hundida en el cuello de ella, disfrutando del aroma a mujer que lo envolvía en ese momento. Con cuidado se sentó en la hierba con ella enroscada a su cuerpo, la sentía temblar contra él por las sensaciones acumuladas y estaba pletórico.

—Tengo la sensación de que hemos perdido un tiempo precioso —soltó ella sin abrir los ojos.

Aquel comentario hizo que él riera de felicidad, esa mujer era una joya.

Capítulo 5

El resto del fin de semana lo pasaron juntos en casa de ella, y cuando el lunes volvieron al instituto, Mari Carmen, la directora los vio a través de la ventana de su despacho, y supo que entre ellos había nacido ese sentimiento que a ella siempre se le había escapado. Frunció el ceño, no era justo que aquellos jóvenes tuvieran lo que ella tanto soñaba, y no lograba ni pagando.

A media mañana, el conserje fue al aula de Clara y le dijo que la directora la estaba esperando, que en pocos minutos terminaría esa clase, que se presentara en su despacho.

Un poco más tarde, pasaba por detrás del despacho acristalado y Mari Carmen le hacía gestos para que entrara.

—¿Me has hecho llamar? —preguntó extrañada.

—Sí, es que esta mañana te he visto llegar con Diego —dijo la mujer con el ceño fruncido.

—Sí, ¿algún problema?

—Sabes que he llegado a apreciarte ¿verdad?

Clara no sabía nada de eso, y se quedó mirándola.

—Sí, claro, somos compañeras —dijo sin saber dónde quería ir a parar la directora.

—Estás equivocada, no somos compañeras, yo dirijo este instituto —habló con las cejas alzadas como queriendo constatar un hecho irrefutable, como si nadie pudiera sacarla de aquel sillón que

estaba ocupando.

—Eso quería decir —aclaró Clara, consciente de que la había molestado, pero ignorando la razón por la cual la había llamado—. Supongo que me has hecho venir por algún motivo que tiene que ver con Diego.

—Ahí quería llegar, ve con cuidado con él —asintió con la cabeza al mismo tiempo que movía el índice en señal de advertencia.

Clara no entendía dónde quería llegar con ese comentario.

—¿Qué quieres decir?

—Me ha parecido que te miraba de un modo un tanto extraño.

Ella pensó «si tú supieras cómo mira, y lo que no es mirar», pero no dijo nada, se suponía que lo suyo no lo sabía nadie, y así debía ser hasta que ellos decidieran, si el asunto iba como esperaban. Apenas habían pasado un par de días juntos.

—No me he fijado —mintió.

—Pues quedas advertida.

—Advertida, ¿de qué? —preguntó con la mosca detrás de la oreja.

—Diego es un hombre casado que… —Mari Carmen le ponía teatro a lo que le estaba diciendo, mientras veía a Clara que negaba con la cabeza—. Sí, lo es. Su mujer trabaja en el gobierno y viaja mucho, lo que él aprovecha para echar una cana al aire.

—No puede ser. —Clara se había quedado blanca como la leche.

—Por lo que veo ya se te ha llevado al huerto, eres una ilusa. —Sus palabras eran acusatorias, y los ojos de la directora brillaban con lo que parecía rabia—. ¿No te has fijado que hay días que sale escopeteado del instituto? Es cuando ella vuelve al pueblo, sus vecinas dicen que se pasan las horas follando como conejos.

Clara negaba con la cabeza, sin embargo, un duende malicioso le susurraba al oído que no lo conocía, que fuera del instituto solo

habían pasado aquel fin de semana nada más. Y aquellas cenas para organizar la excursión al Parque Natural del Rio Mundo. Entonces le vino a la mente la imagen de ellos en la cama, no se podía decir de otra forma, habían estado… Sintió como si una gran losa le aplastara el pecho, ¡la había engañado! Le dijo lo que ella quería escuchar, era un sinvergüenza de tomo y lomo, y sabía muy bien cómo camelarse a una mujer, por lo menos a ella, que se lo había puesto muy fácil. ¡Sería mamón!

Cuando terminaron las clases, Clara se marchó a su casa con rapidez, no quería encontrarse con Diego, no iba a ser su juguete, que se buscara a otra.

Diego la llamó por teléfono, le mandó mensajes por WhatsApp, y ella no respondió ninguno. No iba a ser la lerda que le mantuviera la cama caliente, que se pusiera una bolsa de agua de las que usaba su abuela, y si se quemaba los huevecillos mejor que mejor.

Al día siguiente, puso la excusa que estaba enferma y no fue a trabajar. Se ponía mala de pensar en lo tonta que había sido; además, a eso le sumaba que ese próximo fin de semana era la excursión con los chavales del instituto, y él iba a asistir. Ella no podía negarse, los jóvenes y padres habían confiado en ella, y no los quería defraudar.

Diego no paraba de llamarla y Clara al fin apagó el aparato, no quería hablar con él, estaba muy dolida y soltaría sapos y culebras por la boca si se le presentaba delante. Lo que ocurrió al día siguiente cuando salió de casa, él estaba apoyado en el Jeep con los brazos cruzados a la altura del pecho. Como que no era ninguna cobarde, se acercó a su coche apretando las mandíbulas.

—Haz el favor de largarte, no quiero saber nada de ti. —Su tono no podía ser más frío.

—No antes de que me cuentes qué es lo que he hecho mal.

—¡Eres un cínico! —exclamó con la indignación a tope.

—Seré todo lo que quieras, pero quiero saber de qué me acusas.

—Vete a la mierda, ni te me acerques. —Estaba furiosa—. Lo que me duele más es que si me hubieses dicho la verdad seguramente habríamos disfrutado de lo mismo, soy idiota. ¡cómo has debido reírte de mí!

Con estas palabras se subió al coche y arrancó derrapando, dejando allí a Diego preguntándose qué mosca le había picado, y muy cabreado porque no le dijera el motivo de su enfado.

Los siguientes días, se pasaban por al lado y ninguno de los dos hacía ningún intento por aclarar el asunto entre ellos.

Ambos padecían por no poder acercarse al otro y regalarle una sonrisa, una caricia, un beso… Los dos estaban enfadados por diferentes motivos, él porque no fuera clara y comentara su furia. Ella por sentirse engañada y tonta por creer en sus palabras.

Capítulo 6

Llegó el próximo fin de semana, y se reunieron con los chavales en la puerta del instituto. Como si se hubiesen puesto de acuerdo, pues ninguno de los dos quería fastidiar lo que sería una excursión para recordar, trataron de que los chicos no se dieran cuenta de la animadversión entre ellos.

Clara fue hasta la explanada donde acamparían en su coche, descargando allí las tiendas de campaña y las provisiones al cuidado de unos monitores del centro de jóvenes del pueblo; y volvió para hacer la excursión de diez kilómetros con el grupo. Todos estaban entusiasmados, Diego no paraba de contarles las especies de árboles como el tejo, los pinos, espinos, acebo, arces menores, y muchos más. También los animales mamíferos como cabra montesa, ciervo, jabalí, ardillas y otros. Aves como el águila real, águila perdicera, buitre leonado, halcón y búhos. Cuando nombró los anfibios y reptiles, muchos de ellos fruncieron la nariz; y al verlo bromeó.

—Tened en cuenta que dormiremos en medio del bosque, que los intrusos somos nosotros, que ellos están en su casa…

—Profe, no diga eso que no dormiré en toda la noche. —Se quejó un chaval.

Diego soltó una carcajada.

—No te preocupes no creo que tengamos visitas indeseadas. —Al decirlo miró con mala cara a Clara, como si en realidad fuera ella

la que no debería estar allí—. Estoy seguro que ellos os tienen más miedo a vosotros.

Le estaba dando a entender que le tenía miedo, que le había fallado de algún modo, apretó las muelas para no cantarle las cuarenta allí delante de todos los chicos y chicas. Si empezaba a lanzarle pullas e indirectas, sabría de lo que estaba hecha ella, lo pondría en su lugar. No solía callarse lo que tenía atravesado en la garganta si le tiraban de la lengua.

Más tarde, Clara se quedó parada en cuanto ya llegando al lugar de acampada pasaron por el lugar donde ella y Diego hicieron el amor por primera vez, se quedó mirándolo, cogió aire y lo soltó despacio. Aquello no debería de haber pasado, y pensándolo con la mente fría, se decía que ella no había engañado a nadie, había sido él, sin embargo, se sentía tan culpable…

—¿Qué pasa? ¿Estás deseando que vuelva a suceder? —murmuró él para que solo ella lo escuchara.

—Nunca, jamás —habló con vehemencia, le lanzó una mirada envenenada y siguió su camino detrás de los chavales.

Diego siguió su estela mucho más despacio, desde el lunes después de aquel fin de semana maravilloso que habían pasado que ella había cambiado. El sábado y el domingo se mostró amorosa y apasionada, no entendía qué había ocurrido, y lo que más le jodía era que no le daba oportunidad para enterarse, ya no era la mujer abierta con la que podía hablar de todo, la que le regalaba sonrisas hechiceras y miradas ardientes, parecía que fuera como un calcetín que hubiesen girado del revés. ¿Había estado fingiendo aquellos días que pasaron juntos? ¿Acaso también había sido una engañifa la relación cordial que habían tenido en el instituto antes de esos días? ¿QUIÉN ENTENDÍA A LAS MUJERES?

***

Ese mismo día, fueron hasta el nacimiento del Rio Mundo, era un lugar maravilloso, al haber sido un año lluvioso, la cascada era espectacular, los bosques que los rodeaban impresionantes, y el rio cantaba la mejor de las melodías. Algunos de los chicos, se quedaron mirando aquel entorno con la boca abierta, mientras eran salpicados por la fuerza del agua al caer.

—¿Qué ocurre, tíos? —Diego se estaba divirtiendo al verlos tan embobados, se daba cuenta que a pesar de tenerlo tan cerca, era la primera vez que veían aquella maravilla de la naturaleza—. ¿Os pensabais que esto solo salía por la tele en los documentales?

Varios de ellos asintieron con la cabeza; Diego no les metió prisa, deseaba que se empaparan de lo que estaban viendo. Contemplar sus caras ante lo que no se esperaban hacía que se sintiera satisfecho de haberlos llevado allí, de ayudarlos a descubrir que había más vida a parte de las pantallas.

Se reunió con los monitores del centro de jóvenes, que se habían apuntado a la excursión. Clara estaba con ellos, hablando con entusiasmo de aquel entorno.

—Cerca de Zaragoza tenemos el Monasterio de Piedra, es un lugar lleno de cascadas, lagos y riachuelos. —La escuchó decir. Vio que alguno de ellos iba a hablar—. Ya se que el agua es conducida hacia donde corresponda, que no es natural como esto, pero es muy bonito.

—En eso te doy la razón —afirmó Diego, que se había situado frente a ella—. Es fantástico, pero la mano del hombre está detrás de lo que se puede ver.

La mayoría de los monitores conocían impresionantes lugares en España e iban explicándolo. Era una conversación amena, sin

embargo, Clara no la pudo disfrutar, notaba los ojos de Diego clavados en ella, y la ponía nerviosa.

Cuando fueron hacia el llano donde plantarían las tiendas de forma circular, dejando en el medio una gran plazoleta donde harían los juegos, el entusiasmo se respiraba en el ambiente, aquello también era nuevo para los alumnos del instituto, les guiaron para que aprendieran a montar las tiendas, y entre risas todos hicieron lo que les enseñaban.

Para los monitores montaron una más grande, y cada uno puso su esterilla y su saco de dormir junto a su mochila, donde llevaban sus cosas de aseo. Había puesto otra que sería la que les serviría de cocina, donde se guardaban víveres para todos.

A la hora de la cena, la mitad de los chavales fueron llamados a que sacaran empanadas, a los otros les tocaría al día siguiente. Comieron entre risas y chistes que contaban los unos y los otros. Cayó la noche y encendieron un fuego de campamento en medio del claro, y siguieron con la juerga, asando malvaviscos.

Clara era muy consciente de la mirada de Diego sobre ella, que trataba de estar pendiente de los alumnos, y él la ponía nerviosa. Se alejó un poco demandando intimidad, un momento a solas y Diego la siguió en la distancia sin perderla de vista, la luna llena iluminaba todo el entorno como si fuera un manto de plata, y el sonido del agua era relajante y muy agradable.

Diego la observaba y vio que se apoyaba en una roca al lado del cauce del rio, y que se quedaba mirando el discurrir del agua, que en ese tramo era brava. Se preguntaba en qué estaría pensando ella, se había alejado bastante del campamento. Hasta que se dijo que parecía uno de los muchachos imberbes a los que dejó en el claro bajo la vigilancia de sus compañeros.

—Un euro por tus pensamientos. —Al instante vio que ella lo

miraba con mala cara.

—¿Es que una no puede estar un momento a solas? —replicó ella.

—Claro que sí, te dejaré todo lo sola que quieras cuando me aclares qué ha pasado. No me has parecido de esas mujeres que se divierten con un hombre y luego lo tiran a la basura como si se tratara de un pañuelo de papel.

Diego llegó hasta ella y se sentó en otra roca desde donde la veía la cara.

—Eso te lo dejo a ti —murmuró con rabia, con las muelas encajadas, por haberse dejado engañar de esa forma tan estúpida —. Claro que no es exactamente así, tú no nos tiras, te aprovechas hasta que se descubre que eres un cara dura.

Diego frunció el ceño ¿de qué le estaba hablando?

—No sé de qué me estás hablando.

—¡Qué valiente por tu parte! No reconocer que estuviste jugando conmigo. —Ya no pensó en que los escuchan o no, que él se hiciera el tonto la sacaba de sus casillas.

—¿De dónde has sacado eso? Yo no jugué con nadie.

Que lo negara la enfurecía, la estaba tomando por idiota.

—Tienes una cara más dura que el cemento armado, ¡vete a cagar! —Clara iba a dejarlo solo, a alejarse de él, le dolía que la tomara por gilipollas.

Diego se levantó de un salto y le cortó la retirada plantándose delante de ella.

—No, no, no, de aquí no te marchas hasta que hayamos aclarado lo que está ocurriendo. Nunca he sido desleal contigo, ni he jugado ni nada por el estilo. Solo sé que disfrutamos de un fin de semana fantástico y al día siguiente todo había cambiado. Aclárame eso y te dejaré tranquila.

Los ojos de Clara le lanzaban dardos envenenados. ¿La estaba culpando a ella de vivir una doble vida? Eso ya era el colmo.

—Oye, Don Juan del tres al cuarto, que yo no estoy casada. Me importa un bledo si tenéis un matrimonio en el que cada cual hace lo que quiere, pero yo no…

Él había fruncido el ceño al escuchar aquella acusación.

—¿De qué me estás hablando?

—Sí, perfecto, ahora hazte el loco, como aquel que no sabe de qué le estoy hablando. ¿De verdad tengo cara de idiota?

—Si la tienes nunca te la he visto, pero lo que está pasando es que alguien te ha engañado y ese no he sido yo. —Al decirlo la cogió de los brazos—. Has dicho que no estabas casada, yo tampoco.

Aquellas palabras hicieron que ella lo mirara como queriendo descubrir si le estaba mintiendo o no, se le había hecho un nudo en la garganta impidiéndole decir ni pio. Clara lo taladraba con los ojos queriendo saber dónde estaba la verdad, con un movimiento se soltó de las manos masculinas.

—¿Estás negando que tienes una mujer que trabaja en el gobierno y que no está en el pueblo porque viaja mucho?

—¿De dónde has sacado esa idiotez? Nunca habría estado contigo si así fuera, no soy de los que saltan de cama en cama.

Clara recordó la indignación en los ojos de Mari Carmen mientras le decía aquello, cuando decía advertirla de lo sinvergüenza que era Diego. Como si se preocupara por ella cuando nunca lo hizo. ¡Le había mentido! Pero… ¿Por qué?

—Me lo dijo Mari Carmen. Me hizo saber lo que ya te he dicho. —Sus ojos no se apartaban de los de él, tratando de descifrar su reacción.

Diego maldijo de mala manera.

—Esa mujer está para darle de comer aparte. —Soltó furioso—.

Sabía que intentaría truncar nuestros planes. El año que viene cambia la junta del instituto y pretende que se la vuelva a escoger a ella como directora. Esta excursión ha caído muy bien a los padres de los alumnos, todos esperan que no sea la última, que sea el principio de muchas; y sabe que eso puede inclinar la balanza. Además, es consciente que mi nombre ha sonado por ahí como posible sucesor.

Los ojos de Clara se abrieron como platos.

—¿Me estás diciendo que me mintió por esta excursión? No la creía tan mezquina.

Ella negaba con la cabeza.

—Hay más —afirmó él apretando las muelas—. Se me ha insinuado en repetidas ocasiones y siempre he intentado ser delicado al negarme, es muy embarazoso ver cada día a quien te ha dado calabazas. Así que le he quitado importancia a sus indirectas. Ahora me doy cuenta que he hecho mal, que ella se lo ha tomado como un «quizá más adelante».

Clara no se lo podía creer.

—¿Te das cuenta que ella casi te dobla la edad? Si te liaras con ella, podría pegarse un porrazo de los gordos. En los pueblos siempre hay las personas conservadoras, no sería extraño que más de uno pensara que si esta contigo, puede muy bien seducir a cualquiera de los chavales, si le gustan jovencitos… Podría ser el fin de su carrera.

Diego nunca había pensado en ello, no obstante, se daba cuenta que Clara tenía mucha razón, sería la noticia de año en Riópar.

—No quiero pensar en ella, que solucione sus problemas que a mí no me interesan —terció Diego—. ¿Quiero saber si me crees?

Sin darse cuenta, Diego le estaba acariciando los brazos del hombro hasta el codo con una suavidad pasmosa, haciendo que el

vello se le erizara. Su forma de hablarle la convenció de lo que le decía.

—Sí —susurró ella, y al momento se sintió alzada contra el cuerpo de él y la boca de Diego cayó sobre la suya con ansias.

El beso fue muy corto, la dejó con ganas de más.

—Lo que me gustaría es que si tienes alguna pregunta que hacerme sobre mí o mi vida me la hagas a mí. Estos días han sido un infierno. —Parecía que la estuviera regañando.

—Lo siento, para mí tampoco han sido fáciles.

—Me lo puedo imaginar, no has sido tú misma desde ese día.

—¿Qué hacemos con Mari Carmen?

—Ignorarla, la verdad caerá por su propio peso, los padres de los alumnos y la gente de Riópar no son tontos. Se darán cuenta que su tiempo como directora ha pasado, que alguien más joven sabe guiar mejor a los alumnos.

Clara asintió con la cabeza, él tenía toda la razón, lo mejor sería hacer su vida y no prestar atención a sus intentos por ponerles la zancadilla.

—Sabia decisión —dijo lanzándose contra su pecho y levantando la cara para que la besara como solo él lo había hecho. Se fundieron el uno con el otro, y ella repetía contra los labios de él—: Te amo, te amo, te amo…

Si te hubiera olvidado

Mar Poldark

Capítulo 1

Maya

Me sentía pequeña. Tanto como la primera vez que pasé el umbral plateado de la puerta que conducía al pasillo. El olor a canela se había adherido a sus paredes, como un recuerdo más que despertaba la nostalgia en mi corazón. Si alguien hubiera dirigido mi cuerpo se habría dado cuenta de que temblaba como una niña asustada, menos mal que mis pantalones en gris perla, acompañados de una blusa blanca aferrada a las muñecas servían como armadura contra mi propia ansiedad: era una de mis primeras veces trabajando como maestra y lo estaba haciendo en el colegio en el que yo estudié.

Me aventuré por mis recuerdos mientras admiraba el enorme corcho repleto de momentos que había vivido nuestro centro. Una sonrisa se me dibujó en la cara al ver a Camila, mi mejor amiga, orgullosa de haber ganado la competición nacional de natación cuando tenía diez años. Reconocí a algunos compañeros de clase en los campamentos de matemáticas e incluso salía yo vestida de bruja para la obra teatral de Hansel y Gretel. También había algunos recortes de periódico que había observado embelesada cuando estudiaba allí; en ellos aparecía mi padre de niño, con el ceño

fruncido mientras reprochaba molesto sobre algo.

«Parece que no ha cambiado nada por aquí», pensé aliviada.

—¿Señorita Silva?

Mi cuerpo dio un brinco al escuchar que alguien se dirigía a mí. Nerviosa, me giré mientras me atusaba el pelo; quería dar mi mejor impresión, aunque no necesitase la aprobación de nadie: Me había pasado cuatro años luchando por obtener mi plaza fija y ahora que la tenía no pensaba soltarla.

—Esa soy yo —respondí algo nerviosa—. Maya Silva, la nueva maestra.

Intenté recordar aquel bigote ondulado, la expresión seria repleta de arruguitas de algún profesor que me hubiera dado clase, pero el hombre que me observaba no estaba en mi mente. Tampoco su mirada severa, ni sus ojos marrones.

—Soy Marcos, el secretario del colegio —aclaró dejándome un regusto agridulce en el paladar. En mi época como estudiante era Félix el que se encargaba de ello, pero seguramente se habría jubilado—. El director está fuera realizando unos cursos de formación, así que iremos a la sala de profesores: te indicaré dónde está la llave de tu clase, tu lista de alumnos y si hay alguna reunión de ciclo pendiente. Como te has incorporado a mitad de curso, coordínate con tus compañeros para estar al día del proyecto de este trimestre.

—Por supuesto.

«Tranquila, Maya. Son solo indicaciones, no tienes que recordar todo lo que te está diciendo», pensé para intentar aliviarme.

La sala de profesores seguía amueblada como yo recordaba. Era una enorme mesa rectangular de madera. A su alrededor había sillas de color verde que se habían oscurecido con el paso del tiempo. El asiento era mullido como si se tratase de una esponja y su respaldo

era mucho más cómodo que el de las sillas que utilizaban los niños. En el centro descansaban algunos documentos para firmar que no tenía ni idea de qué trataban. Lo único diferente era que contaban con dos ordenadores, cuando antes no había ninguno, una nevera y una cafetera *dolce gusto*.

Me habría encantado que la estancia estuviera vacía, pero para mi mala suerte había algunos profesores sentados: una muchacha con un par de niños que no levantaban la vista de sus libretas. Un hombre que no me sonaba de nada tecleando en su portátil y Enzo. Enzo Sáez.

El mejor amigo de mi hermano y el maldito maestro de Educación Física.

Mi corazón martilleó dentro de mi caja torácica. Era imposible que, después de tantos años siguiera teniendo ese efecto en mí. Su presencia quemaba mis entrañas, las reducía a cenizas y volvían a resurgir solo para recordarme que podía dejarme sin aliento.

Enzo había sido parte de nuestra familia desde que Carlos y él se hicieron inseparables. Solía llevarme al colegio cuando mi madre olvidaba hacerlo, se quedaba en casa y hacía maratones de películas con mi hermano. A la vez era severo, autoritario, pero cuando se divertía mostraba una sonrisa tan cautivadora que me arrancaba más de un suspiro.

Siempre creí que la adicción que sentía por él se debía a su presencia constante en casa; era parte de mi vida desde que tenía uso de razón. Sin embargo, durante mucho tiempo nuestra relación se redujo a eso: intercambios de palabras simples, temas triviales que comenzaba yo y se desdibujaban sobre nuestra cabeza.

Hasta aquel día que desapareció sin despedirse.

Me habría encantado decir que había cambiado, pero seguía teniendo el pelo corto, peinado ligeramente hacia atrás, en el que

brillaban algunas canas. Sus rasgos afilados seguían imponiendo como el primer día, pero me daba la impresión de que estaban más cansados que de costumbre. El ligero tono verde de su iris parecía hundido en una mezcla de derrota, aceptación y molestia que jamás había visto en él.

—Entonces, ¿puedo incorporarme en cuanto suene el timbre? —pregunté notando como las sílabas temblaban en mi garganta.

—Por supuesto, le diré a Mar, la maestra de apoyo, que te eche una mano hoy.

—Gracias, Marcos.

Él asintió mientras se marchaba a secretaría y no tenía muy claro si podía quedarme allí o tenía que esperar fuera.

«Eres maestra, no alumna, claro que puedes estar dentro de la sala de profesores».

—¿Es la primera vez que ejerces?

La maestra que estaba al fondo de la estancia me habló con calidez, sin duda había notado que no sabía muy bien qué hacer. Tenía el pelo rizado, con un volumen que ya me habría encantado en la fina trenza que me había hecho esa mañana. Sonreía con suavidad, mientras chistaba a sus alumnos para que no se pusieran a hablar.

—He hecho un par de sustituciones —dije sentándome cerca de ella—, este es mi lugar definitivo.

—Eso es una suerte —asintió con suavidad—. Por cierto, soy Martha, la profesora de inglés. Y estos dos *terreneitors* son Youssef y Blas.

Contuve una sonrisa dirigiéndome a ellos.

—Es un placer.

La conversación con Martha me permitió soltarme un poco, la tensión en mis hombros comenzó a aflojarse tanto que no me dio

vergüenza sacar mi agenda de conejitos delante de ella. Tampoco comentarle como me habían ido las oposiciones y, que incluso me había puesto la meta de aprender un poco de árabe, aunque fuera bastante difícil.

Alberto, el maestro de primaria que estaba con su portátil, se unió a la conversación. Me habló de la diferencia entre la vocación y ejercer dentro de un colegio, ya había oído que se perdía un poco la ilusión, pero estaba preparada para todo lo que me echaran. Por el contrario, Enzo se mantuvo ajeno a nosotros, perdido en una pila de libretas que debían ser las que utilizaba para valorar la parte escrita de su asignatura.

Mi necesidad por saludarle como compañera de profesión me hizo dar el paso de iniciar la conversación. Amonesté a la niña interior que danzaba sobre mi estómago, esperando que me reconociera; desde que yo terminé bachillerato no nos habíamos visto, y yo había cambiado bastante. Me incliné ligeramente sobre la mesa para tener su atención.

—No sé si te acuerdas de mí —comencé a decir deseando que los nervios no me jugaran una mala pasada—. Soy Maya Silva, la hermana de Carlos.

Enzo levantó el mentón. Era la primera vez en todo aquel rato que se atrevía a mirarme. Algo dentro de mí esperaba encontrar ilusión en su iris. Quizá mi recuerdo había pesado tanto como el suyo para mí. Mi madre siempre decía que las personas que eran especiales para nosotros quedaban grabadas en el alma y los demás terminaban desdibujándose en nuestra mente. A mí me costaba olvidarlo. No sé si porque me enamoré de él en el peor momento de mi vida o porque fue el apoyo que necesitaba cuando más sola me sentía. Era incapaz de olvidar sus consejos, sus advertencias cuando le suplicaba que me cubriera cuando quería salir de fiesta, o cuando

era él quien me esperaba de madrugada con los brazos cruzados en mitad del pasillo.

—Lo siento. —Aquellas dos palabras me devolvieron de un golpe a la realidad—. pero no recuerdo a ninguna Maya.

Sus palabras me sentaron como un jarro de agua fría. Mi ilusión se desinfló con tanta fuerza que tuve recordar cómo se respiraba con normalidad. Siempre que me sentía perdida tendía a apretar los puños con fuerza, así que lo hice bajo la mesa con la única intención que no notara mi decepción.

—Supongo que es normal, ha pasado mucho tiempo —dije casi sin aliento.

—Sí —dijo sin más—. Espero que las expectativas no sean demasiado altas para una recién llegada como tú, Silva. Porque si es así, no tardarás demasiado en desilusionarte.

Me habría encantado ser mordaz, pero preferí reír como una tonta antes de que mi niña interior se echara a llorar.

Capítulo 2

Enzo

Claro que la recordaba.

Maya Silva, la cría de la sonrisa sincera. La que siempre me perseguía por todas partes con la intención de arrancarme unas palabras. La que intentaba por todos los medios hacerse invisible cuando el divorcio de sus padres le hizo perder la felicidad y tuvo que crecer sin apoyo de nadie. Después de todo, Carlos no estaba preparado para tener la custodia de una hermana adolescente, ni tampoco la responsabilidad que eso conllevaba.

Era fácil vestirme con la indiferencia. Durante los últimos años había sido una segunda piel para mí. Si no aspiraba a nada, la realidad no volvería a noquearme. Así que prefería actuar como un capullo, porque así no se acordaría de eso bueno que veía en mí. El tiempo había construido una coraza alrededor de mi corazón, tan fuerte y antidestructiva que sentía que todo mi cuerpo estaba en automático.

No estaba pasando por mi mejor momento. Mi matrimonio se había ido a la mierda mucho antes de que empezara. Mis padres me habían asegurado lo inadecuado que era que un maestro como yo no tuviera pareja, así que hicieron todo lo posible para juntarme con

la hija de uno de sus colegas. Éramos amigos de toda la vida, pero en nuestro caso la amistad no pasó a otro nivel. Así vinieron los problemas de límites, no querernos más allá de dos personas que se entienden y jamás tuvimos hijos.

Para mi maldita desdicha, la desilusión acerca de mi trabajo empezó a hacerme caer en picado. Con los años el nivel de los niños era cada vez peor: no se involucraban, no querían trabajar y cualquier protesta nos llevaba a los docentes a tener una pelea con los padres. Había pasado de tener libretas que hablaban a la perfección de las lesiones habituales que podían ocurrir al hacer ejercicio, a tener un rayajo mal hecho con dos palabras. La limpieza, la escritura, los dibujos eran jeroglíficos que ni siquiera yo, tras tantos años como docente era incapaz de entender. Pero lo que me hacía perder los nervios por completo era la escasa educación con la que tenía que luchar todos los días: si yo le hubiera contestado a un maestro como me respondían a mí, habría terminado expulsado.

Así que bailaba entre el desamor, mis ganas de dejarlo todo y el maldito recuerdo de Maya Silva.

Era un cobarde.

Me habría encantado perderme cada avance en su vida, así no sabría lo mucho que sufrió en su último año de bachillerato, que jamás tuvo demasiada suerte en el amor y que se esforzó durante la adultez hasta conseguir durante los cuatro años de carrera matrícula de honor.

Todo lo supe de los labios de mi amigo, que siempre tenía en su boca una nueva hazaña o torpeza de su hermana pequeña. Y, aunque creyera que era sencillo escucharlo, el tiempo me aseguró que Maya nunca saldría de mi cabeza. Estar a su lado dejaba una sensación dulce en mi paladar, daba frescura a mi vida, pero también la acercaba tanto a mí que, cuando me besó en su

cumpleaños número diecinueve desaparecí sin mirar atrás.

No era un hombre que se aprovechara de las situaciones. Carlos aprendía a ser adulto bajo las exigencias de una madre ausente y no iba a aferrarme a Maya. Era su hermana pequeña, joder… Era más fácil dejar ir al recuerdo de algo prohibido que detener la vida, porque sabía bien que eso nadie podía devolvértelo.

—Maestro —escuché desde lejos—. ¡Maestro!

Me quité las gafas del sol para fingir que estaba pendiente de la pista, aunque hacía bastante rato que había olvidado donde me encontraba. Deslicé mi mirada con suavidad por el grupo de quinto que corría a su alrededor, como de costumbre los niños hacían una piña delante mientras que las niñas cuchicheaban atrás. No me molestaban que lo hicieran, lo que no comprendía era por qué si había dicho en miles de ocasiones que no se podía traer vaqueros me ignoraban por completo.

—Tres vueltas más —dije con mi típico aspecto autoritario—. Esas tres señoritas de allí no participarán en clase hoy.

Una de las alumnas, la cabecilla del grupo se acercó a mí en dos zancadas, tenía el ceño fruncido y se acercaba dispuesta a replicarme.

—No voy a sentarme porque tú lo digas —respondió con tono burlesco—. Le voy a decir a mi madre que me has suspendido a propósito.

—Tendré que volver a decirle en la próxima reunión que en Educación Física no se traen vaqueros. Tenemos dos días de clase, los restantes puedes vestirte como tú quieras.

Antes de comenzar una pelea sin sentido, me dispuse a acercarme al material que tenía apilado en una esquina de la pista, de donde había sacado los balones medicinales para hacer unos ejercicios de fuerza. Si mi programación se llevaba a cabo, podría

dejarles unos veinte minutos de juego libre: adoraban coger cualquier material del gimnasio y, si se portaba bien, no me importaba.

—Me estás excluyendo por ser una chica —Sus palabras me hicieron detenerme por completo, lo último que me faltaba era que me acusaran de ser un machista. Me mantuve quieto esperando que continuara con la guinda del pastel—. Esto es denunciable. Tengo el mismo derecho que…

Antes de seguir escuchando prejuicios que me retorcían las entrañas señalé con mi dedo índice hacia el edificio en color mostaza que teníamos a nuestra derecha. No iba a levantar la voz, porque en situaciones anteriores no me había servido para nada. Así que me limité a recordarle donde se encontraba el despacho del director. Una vez lo hice seguí con mi clase fingiendo que aquello no había rozado los últimos límites de mi paciencia.

Eran las seis de la tarde cuando Carlos me abrió la puerta de su casa. Su sonrisa burlesca siempre me hacía chasquear la lengua, pero solía compensármelo con un empujón amistoso muy propio de él. Cuando entré en el salón, un nostálgico olor a frutos rojos me recorrió todo el sistema nervioso. Era como volver a la época en la que opositaba, donde llenábamos el salón de apuntes hasta que exhaustos nos tomábamos un par de cervezas.

—¿Cómo está Vega?

Mi colega deslizó la mirada en dirección al sofá, donde su mujer dormía hecha un ovillo. Su maraña de pelo rubio coloreaba el cojín en forma de hamburguesa que descansaba bajo su cabeza y abrazaba su vientre abultado con dulzura.

—Veo que bien —susurré aliviando la tensión de mi ceño—. ¿Vas a tener que volver a Zaragoza pronto?

—En unas semanas. Vamos a la cocina, lleva un par de noches sin dormir.

Asentí con suavidad sin insistir demasiado en el tema, Carlos había opositado para guardia civil y viajaba bastante por temas de trabajo. En un principio no parecía importarle, pero desde que se casó le costaba demasiado alejarse de su mujer, como era comprensible.

—Es raro que vengas a hacerme una visita —Mi colega me sacó de mis pensamientos, deslizó sobre la barra una botella de cerveza que no tardé en sostener en mi mano izquierda—. Solo lo haces cuando Carmen te ha demandado por otro motivo de tu extenso divorcio o porque algo te inquieta.

—Estoy pensando en pedirme una excedencia en el trabajo —dije con un ápice de vergüenza. Destacaba por tener mucha paciencia. Adoraba el deporte y educar a través de él, pero no podía con la generación actual—. Estoy quemado.

—¿Tan insoportables son los preadolescentes?

—Te dejaría vivir la experiencia una semana, pero creo que no mirarías a tu futuro bebé de la misma manera —suspiré inclinando el botellín sobre mis labios; el sabor amargo se deslizó por mi garganta, dejándome un regusto en el paladar.

—No me parece mal parar —Carlos encogió los hombros mientras apoyaba la espalda sobre la encimera—, quiero decir, nadie te va a decir que lo estás haciendo mal. Cada uno tiene sus ritmos: su paciencia y sus límites. La vida no tiene que ser lineal, no tienes que pasarte el juego, solo respirar lo mejor que puedas.

—Siento que me he fallado a mí mismo.

—¿Por qué?

Mi mirada se ensombreció ligeramente, no sabía cómo decirle que Carmen había destrozado la poca autoestima que tenía, que la

actitud de los niños me hacía pensar que era un maestro de mierda y, que la presencia de su hermana me había desestabilizado por completo.

—No tengo nada que me haga feliz.

«Y no soy Hades. No puedo aferrarme a mi Perséfone personal para alejarme de mis propios demonios. Maya necesita crecer lejos de mí, no aferrarse como a mí como si yo fuera la única opción que tiene», pensé angustiado.

—Pensaba que existía algo que te había hecho alejarte —Carlos me miró de soslayo—. Pasaste de vivir conmigo todos los días a desaparecer sin más. Entiendo que no me debías nada, pero al fin y al cabo has sido mi familia en mis mejores y peores momentos. ¿No era ese el motivo por el que decidiste vivir como un lobo solitario?

Abrí la boca para decirle que no era cierto. Jamás dejé de verle como mi familia, pero no podía aferrarme como un clavo ardiendo a algo hasta el punto de enamorarme de Maya.

—Si te hice pensar eso soy un amigo de mierda—suspiré—, merezco comer tus asquerosos raviolis de alcachofa.

Carlos soltó una carcajada tan estridente que tuve que recordarle que su mujer dormía en el sillón, a lo que asintió conteniéndose un poco.

—Admitir los errores es el primer paso para mejorar, Enzo —Se acercó a mí, apoyando los codos sobre la encimera mientras se inclinaba, como había hecho Maya en la sala de profesores—. Pero ¿por qué no somos sinceros del todo y me dices que mi hermana ha empezado a trabajar en tu colegio y te ha trastocado?

El corazón me dio un vuelco.

—¿Q-Qué?

Carlos chasqueó la lengua mientras ladeaba la cabeza.

—Solo quiero que sepas que en ningún momento me has fallado

—dijo de manera casual—. Eres libre de tomar decisiones y sería más sano para ti si lo hicieras quitándote el palo que tienes metido por el culo.

Molesto rodeé la barra americana para darle un buen puñetazo, pero Carlos dio un par de brincos para alejarse de mí mientras me sacaba el dedo corazón.

—Eres insufrible, Silva.

—Eso ya lo sabías, pero nunca te has quejado lo suficiente. Así que ahora tendrás que aguantart

Capítulo 3

Maya

—De verdad que no necesito ayuda.

Mi voz debía sonar convincente. Tenía la suficiente paciencia para lidiar con cinco niños de tres años que no dejaban de llorar, otro que tenía una pataleta y los restantes intentaban recordar con qué hábitat natural debían relacionar cada animal. ¿Por qué no iba a poder sobrevivir yo sola a la mañana?

—Necesitas una maestra de apoyo para la programación de hoy —advirtió Marcos viendo el desastre al que tenía que enfrentarme—. ¿Qué tenías preparado para hoy aparte de la tarea de los animales?

—Como nos queda una hora y media hasta el desayuno pensaba hacer una máscara de animal con un plato de cartón, unos cordones y cartulina —respondí un poco preocupada de tener que dejarlo a medias—. Pensaba recortar todo el material mientras terminaban esto.

—Mar no está. —Me recordó el secretario con suavidad—. Ha tenido que salir a una cita médica, pero Enzo está de guardia: sus alumnos se han ido de excursión, le diré que venga a echarte una mano.

«De todos los maestros que pueden estar disponibles, ¿tiene que

ser él?», pensé con el corazón acelerado.

Me había dejado claro que no recordaba nada de mí. No existían las charlas cuando me despertaba de madrugada, su ayuda en las tareas ni nuestras tardes jugando al pimpón.

Al parecer, todo lo viví yo sola.

Mis propios pensamientos me estaban jugando una mala pasada. Cada vez que pensaba en su actitud despectiva, recordaba la noche de mi cumpleaños; mi hermano había tenido que salir unos días de viaje y nos quedamos a solas. Me sentía tan valiente y adulta que, cuando lo besé, el mundo se me cayó a los pies. Los fuegos artificiales que hacían temblar mi cuerpo se fueron apagando poco a poco. Su rechazo no solo me hizo retroceder, sino que tambaleó mi mundo por completo. Porque no solo me enamoré de Enzo por no tratarme como si fuera de cristal, sino porque me veía más allá de una niña abandonada por su madre. Creía en mí cuando yo empezaba a pensar que, sin la estabilidad que suponía el matrimonio de mis padres, no sería nada el día de mañana. Y empecé a alejarme un poco de la etiqueta de hermana pequeña solo para tomar decisiones con la cabeza fría: no podía detener mi vida por las elecciones de los demás.

—¿Silva?

Di un respingo volviendo a la realidad.

—De acuerdo, está bien —susurré con suavidad—. Aunque no lo necesito para que les haga correr alrededor de la clase, eso solo haría que se pusieran más nerviosos.

Marcos no contestó mi ironía, tampoco tenía por qué hacerlo. Me apresuré a mi mesa para cortar algunos bigotes, orejas de elefante y melena de león para la manualidad de hoy. Enzo no tardó demasiado en entrar en el aula, llevaba un pantalón negro de chándal y una camiseta técnica con una línea en verde pistacho que se ajustaba a

su cuerpo a la perfección. Como de costumbre llevaba sus gafas de sol puestas, como si la luz de la clase le deslumbrara demasiado. Cuando lo vieron entrar, los niños se sumieron en un profundo mutismo; su presencia infundía tanto miedo como respeto entre ellos. Estaban absortos admirándole como si se tratara del villano de una serie de dibujos.

—Chicos, ¿conocéis a Enzo, el maestro de Educación Física?

Los niños salieron de su asombro, no tardaron en rodearle mientras le hacían preguntas con sus lenguas de trapo. Me resultó imposible no reírme. Era evidente que estaba acostumbrado a lidiar con alumnos mucho más grandes y los míos se escapaban de su entendimiento.

—No estoy en mi zona de confort —respondió con su habitual tono lleno de indiferencia—. ¿Tenemos que hacer collares de macarrones, Silva?

Mis manos se detuvieron de inmediato. Me había pasado los cuatro años de carrera escuchando los mismos comentarios relacionados con mi profesión. La gente no valoraba para nada nuestro trabajo. Pensaban que era sencillo lidiar con veintidós niños dentro de una clase. Cada uno de su madre y de su padre: con sus inquietudes y personalidades. Todo lo que aprendían mientras estaban en nuestras manos les ayudaba a soltarse más de cara a la preadolescencia. Y no solo eso, conocían sus emociones; entendían que debían expresarse; dar voz a todo aquello que pasara por sus pequeñas cabecitas. Porque la verdad de los niños era tan válida como la de los adultos.

Me resultó imposible no dejar de mala manera las tijeras sobre la mesa. Enzo se quitó las gafas y las acomodó sobre su cabeza. Mi ceño fruncido le advirtió que su comentario estaba muy fuera de lugar.

—Pensaba que los compañeros de profesión no se echaban tierra encima —dije sin pensar mientras me levantaba de mi asiento.

—Es más complicado lidiar con niños más mayores —Enzo encogió los hombros como si fuera lo más normal del mundo—. No es que trabajéis mucho después de todo.

La sonrisa que se dibujó en mis labios fue forzada, tanto que no pensaba asentir como si tuviera la razón. No me gustaba salirme demasiado de lo que tenía preparado para ese día, pero darle en las narices a Enzo Sáez me iba a dejar un regusto dulce en el paladar.

—Es de idi… tontos… pensar que un niño de tres años sabe menos por ser pequeño, Sáez —advertí con cautela mientras daba unas palmadas—. Chicos, vamos a la zona de la asamblea.

Enzo no despegaba la vista de mí, me siguió con la mirada hasta los pequeños bancos de madera que utilizábamos cuando los niños llegaban a primera hora de la mañana. Allí hacíamos un repaso de conocimientos, me contaban sus experiencias y cantábamos un poco.

Nos sentamos en círculo bajo la supervisión del aterrador maestro de educación física, que parecía dispuesto a dar su horrible veredicto. Yo le ignoré. Quizá su presencia podía provocar que mi cuerpo reaccionara en consecuencia, pero era mi clase y nadie tenía por qué decirme que no trabajaba.

Solo por eso pensaba darle en las narices.

—Chicos, llevamos unos días hablando del hábitat donde viven los animales, ¿no es cierto? —Ellos chillaron de manera efusiva mientras yo levantaba la cabeza con orgullo en dirección a Enzo. Humedecí mis labios con lentitud. Tenía por completo su atención en una batalla que él iba a perder. Así era de competitiva—. ¿Recordáis qué animales vivían en la sabana?

Emocionados, todos levantaban su dedo índice con la intención

de que su postura firme fuera el que captara mi atención. A veces se empujaban uno a otros con la intención de solaparse, pero era algo que pensaba trabajar durante el trimestre.

—Hugo —nombré a uno de mis alumnos que, avergonzado levantaba la mano desde el banco de madera; me abracé las piernas, curiosa—, ¿le cuentas al maestro Enzo un poco lo que sabes?

Enzo enarcó una ceja, sabía bien que le estaba advirtiendo que iba a comerse cada una de sus palabras. Me limité a fingir un gesto inocente esperando que mi alumno se levantase de su lugar.

—No pasa nada si te equivocas —le recordé.

—E-En la selva hay una temperatura cálida —comenzó a decir alargando las sílabas finales. Estaba nervioso, tanto que jugueteaba con sus deditos—. Tiene muchas plantas porque llueve *muuucho* y crecen muy deprisa. Es la casa de los animales salvajes como el león.

—Muy bien —felicité dando una pequeña palmada—. ¿Érica?

La aludida se levantó tomando ambas puntas de su vestido, adoraba los peinados trenzados que solía hacerle su madre todos los días.

—En la granja viven los animales que cuidan los granjeros y que nos dan alimentos. —Guardó silencio durante unos segundos pensativa—. La vaca nos da leche y la gallina huevos frescos y más ricos y sanos que los de Mercadona.

—Y en las zonas más frías, donde hay mucho hielo viven los ositos polares —añadió uno más—, también los pingüinos que andan así.

Laura fue la siguiente en levantarse imitando los pequeños pasos de un pingüino; las risas de sus compañeros no tardaron en aparecer, por lo que tuve que captar su atención cantando una de

las canciones que estábamos aprendiendo sobre los hogares de los animales. Los niños seguían mis gestos con sus manitas ajenos a la tensión que sentía en cada parte de mi cuerpo. Podía sonreír, hacer movimientos exagerados para hacerles reír, pero era imposible no sonrojarme si Enzo Sáez me observaba con tanta intensidad.

Cuando terminamos les pedí que fueran a lavarse las manos y se prepararan para desayunar. Por mi parte me encaminé hacia mi mesa, bebí un poco de agua disfrutando de los pocos segundos que tenía para mí. Ya solo me quedaba la hora de patio para llegar a la última parte del día.

—¿Acabas de hacer eso para recalcarme que las maestras de infantil sí trabajáis?

La voz de Enzo me llamó la atención. Había acomodado su mano derecha sobre mi mesa, sus dedos acariciaban con suavidad el bolígrafo terminado en pompón mientras chasqueaba la lengua como un depredador a mi alrededor.

—Nadie dijo que no se pudiera educar jugando, Sáez —encogí los hombros con simpleza—. ¿Acaso has olvidado que disfrutar de la lección no impide aprender?

Él se mordió el labio inferior pensativo, pero yo no me molesté en detenerme. Miré por el rabillo del ojo que ninguno de mis niños se hubiera descarrilado de su camino.

—Al parecer, sí.

—¿También has olvidado cómo disculparte? Creo que me enseñaste que errar era de sabios.

Enzo dio unos pasos hacia mí, noté su aliento muy cerca de mi nuca, pero no iba a darme la vuelta.

—No tienes la culpa de que haya perdido la chispa. —Su tono de voz fue tan cauto como aterciopelado. Era como si tuviera miedo de dar voz a cada sílaba que escapaba de sus labios.

«¿Ahora no niegas haberme olvidado?», pensé torciendo los labios.

—Busca la motivación para encenderla, Sáez. —Giré con suavidad mi cabeza en su dirección—. Las palabras mordaces y repletas de indiferencia no solo quiebran tu alma, también hacen pedazos a todos esos niños que te admiran.

En sus ojos pareció resquebrarse una parte de esa coraza a la que tanto intentaba aferrarse. Vi como volvía a alzar ese semblante impenetrable y me lamenté de que mi atrevimiento años atrás le hubiera hecho alejarse. Porque quizá, si no le hubiera besado en ese momento, no tendría que esconderse tras tantas mentiras.

—¿Y tú eres capaz de avivar esas llamas, Silva?

—No lo creo —dije con la victoria acariciándome los labios—. Después de todo no me conoces lo suficiente para tener ese poder en ti, ¿no es cierto?

Él abrió la boca para defenderse, pero yo sonreí orgullosa mientras me escabullía a rellenar el gel de manos de mi clase.

Capítulo 4

Maya

—No hay docentes para el viaje de estudios.

El director utilizó un tono solemne en la reunión. No lo decía con reproche sino con una profunda resignación. La mayoría de los presentes estaban cansados de marcharse fuera del centro con alumnos que solían portarse fatal. Entendían a la perfección que quisieran divertirse, disfrutar de sus últimos instantes como niños de primaria antes de dar el paso al instituto, pero la responsabilidad era demasiado grande.

Se nos informó a los recién llegados ese año, que el curso pasado hubo un incidente durante el viaje. Unos chicos habían decidido tomar alcohol de madrugada en la habitación del hotel. Los profesores se habían ido a la cama y concretaron la hora de verse en la recepción al día siguiente. Sin embargo, todas las actividades tuvieron que cancelarse porque a las cinco de la mañana estaban en el hospital con tres alumnos que habían sufrido un coma etílico, dos con heridas en la cara tras haberse peleado y otro de ellos consiguió marihuana y estaba colocado. En definitiva, un auténtico desastre.

—Se que la mayoría de vosotros no estáis dispuestos a pasar por esto una segunda vez —comenzó a decir con cautela—. Este año

hemos insistido durante los encuentros con los padres en que, alumno que se comporte mal, vuelve a casa bajo los gastos de su familia. Están advertidos de que no habrá más avisos. Enzo, ¿no te ves capacitado para esto?

Deslicé mi mirada por la sala de profesores hasta dar con él. Estaba como de costumbre; con su típico gesto cabizbajo mientras fruncía el ceño. Cuando captaron su atención mostró su desagrado, pero no se quejó. Tan solo escuchó la petición del director con su respectiva indiferencia.

—¿Me estás pidiendo que, con mi poca paciencia, vaya con ellos de viaje?

—Es lo más efectivo para prevenir situaciones conflictivas. —El director se encogió de hombros con derrota. No podía imaginarme que algo tan importante como un viaje de estudios para los niños pudiera ser una bomba de relojería para nosotros. Era la primera vez que lo vivía desde el otro lado—. Tu autoridad provoca el respeto del alumnado.

—Solo conseguirás que vuelva a casa cabreado, Roberto —suspiró mientras se pellizcaba el puente de la nariz—. Un viaje rodeado de niños que te amenazan con cualquier tontería es lo que menos me apetece.

—¿Y si te dijera que haré la vista gorda durante un mes y no tendrás que hacer guardia en el patio durante el recreo?

Enzo pareció meditar la respuesta durante unos segundos, aunque por el ligero brillo de sus ojos estaba segura de que la tenía muy clara.

—Acepto con una condición.

El director alzó las cejas con curiosidad.

—Ya que Silva no se ha estrenado en un viaje de estudios porque sus niños son muy pequeños —comenzó a decir

humedeciéndose el labio inferior—, podría acompañarme en esta bonita batalla.

Tuve que parpadear un par de veces para procesar la información. Dentro de mis ideales no estaba tener bajo el brazo la responsabilidad de tantas personas. Quería protestar, decirles a los presentes en la reunión que mi último deseo era lidiar con alumnos tan grandes, pero cuando Enzo alzó una sonrisa perspicaz, dándome a entender que me acobardaba… me pudo el orgullo.

—¿Por qué no?

El primer día ya tenía ganas de matarlo. Enzo se había tomado muy en serio lo de llevar su asignatura a cada punto del viaje. Nada más poner un pie en Madrid, nos hizo dejar las maletas en el hotel para hacer un poco de calentamiento por el parque donde se encontraba el Templo de Debod. Cada vez que alguien se paraba para hacerse una foto, le advertía que las vueltas por el lugar se ampliarían. Así que ahí estaba yo, con mi café en la mano mientras seguía con mi mirada a aquel idiota oculto tras sus gafas de sol que presidía a la fila de alumnos.

El segundo día, aseguró que no comeríamos nada de comida rápida con la excusa de que los procesados no nos acompañaban durante la expedición. Los niños protestaban; susurraban bajito lo injusto que estaba siendo un viaje con tantas ataduras y a mí me daban tanta pena que aprovechaba la distancia con Enzo para meterme con ellos en cualquier heladería cercana.

No me resultó tan agonizante disfrutar de la compañía de alumnos tan mayores. Empezaron a abrirse conmigo, me contaban sus problemas como si fueran los asuntos más horribles que podía vivir un preadolescente de casi doce años. Se reían, hablaban de sus primeros romances y se sentaban a mi lado durante el desayuno

porque me veían como una aliada durante nuestro recorrido de museos.

Hasta que Enzo descubrió que nuestro viaje no estaba siendo una formación militar gracias a mí.

La mañana del tercer día, aproveché para levantarme antes que los demás. Bajé al buffet libre y elegí unos huevos revueltos, un poco de queso fresco y unos bollitos de canela. Me senté cerca de la cristalera, que daba justamente a las mejores vistas del corazón de Madrid que jamás había visto. Disfruté del bullicio de la ciudad con la música de jazz que se escuchaba dentro del restaurante. Me deleité del ligero tintineo de los cubiertos mientras la gente de mi alrededor hablaba en un tono que ni siquiera me molestaba. Todo habría sido perfecto si él no hubiera arrastrado la silla que tenía delante de mí; se cruzara de brazos y me mirara fijamente. Mi apetito se vio reducido a cenizas: ya no tenía demasiadas ganas de disfrutar de los diferentes sabores sobre mi paladar. Solo quería enfrentar a ese condenado hombre de titanio que tenía delante.

—Me estás quitando autoridad, Silva. —Su tono fue cortante como si pretendiera asustarme con él. Mi piel reaccionó a su tono aterciopelado, a la forma en la que alargaba las sílabas, pero no me achanté. Tomé mi taza de café entre mis dedos y le di un sorbo sin dejar de observarle—. Debían sentir respeto hacia mí, para que no existieran inconvenientes.

—Esto no es una formación militar, Sáez —dije con cierto desdén —. Los niños, niños son. Claro que querrán jugar a ser mayores, pero también necesitan que se les escuche.

—No somos colegas, Maya.

Abrí los labios fingiendo sorpresa.

—¿Ahora soy Maya y no Silva? —ladeé la cabeza—. No te va a servir suavizar el tono conmigo como cuanto tenía diecinueve años.

Soy adulta, lo suficiente para decirte que estás actuando como un capullo.

Enzo estaba dispuesto a protestar, pero se mordió el labio inferior. Me había cansado de que actuara conmigo como si fuéramos desconocidos. El tiempo podía alejar a las personas, pero él se había marchado como un cobarde en mitad de la noche.

—Deja de actuar como una alumna más con ellos —advirtió inclinándose hacia mí—. Si ocurre algo será culpa tuya.

Removí los labios incómoda.

—Me sorprende que una persona como tú que siempre ha tenido vocación para esto, trate a sus niños como si fueran enemigos. —Hice una pausa mientras dejaba con delicadeza la taza sobre la mesa—. No sé qué te habrá endurecido con los años, pero la vida ya es lo suficientemente difícil para tratarlos como números.

—Los tiempos cambian —susurró con tal pesadez que apoyó la espalda en el respaldo de la silla—, la educación en los hogares por un motivo u otro también y yo no soy capaz de lidiar con ello.

—Tú que has lidiado con Carlos que no dejaba de llorar de frustración. —Chasqueé la lengua—. Y conmigo que no comprendía por qué mi madre no sabía quererme.

—Es diferente.

—No, no lo es.

Él resopló molesto.

—Maya.

Arrastré la silla con desesperación. Odiaba ver la decepción dibujada en su iris, como si se arrepintiera de las decisiones que había tomado en la vida. Enzo siempre había sido el faro que me alejaba de mis miedos; de mis inseguridades y de la condenada soledad.

¿Cómo podía lograr que la ilusión se hiciera paso entre tanta

frustración?

—Una vez me dijiste que la tristeza se asemejaba al manto de un cielo estrellado —comencé a decir con suavidad—. Cuando crees que la oscuridad te engullirá, aparece una lucecita sobre nuestra cabeza para recordarnos que la vida tiene momentos que nos incentivan a seguir. Eso ocurre con la educación, Enzo. Tras tanta impotencia siempre existe ese niño o niña que nos recuerda que ha merecido la pena.

Él se levantó al notar que estaba dispuesta a alejarme, su mano se enroscó en mi muñeca impidiéndome la huida. Nos miramos largo y tendido como si aquella conversación silenciosa que se quedó a medias entre nosotros quisiera cobrar vida.

—¿Cómo se recuerda algo así?

Estuve dispuesta a responderle, pero cuando los alumnos que nos acompañaban comenzaron a entrar en el salón, los silbidos y aplausos nos hicieron alejarnos. Desde ese momento nos perseguiría la típica cancioncilla de que la maestra de infantil y el profe de educación física estaban juntos.

Capítulo 5

Enzo

El viaje de estudios tomó un matiz diferente para mí. Cuando salimos de nuestra ciudad pensé que volvería con la tensión a punto de rasgar cada centímetro de mi piel, pero la conversación con Maya había relajado mis prejuicios. No solo me permití disfrutar de las recreativas con los chicos de sexto, sino que me senté con ellos a escuchar cada una de sus inquietudes de cara al instituto. No me paré a pensar que solo eran niños jugando a ser mayores. Tampoco reparé en el contexto del que procedían sino en cómo me hacían sentir a mí. Porque llevaba anclado el que, para ser una buena persona, no debía desviarme del camino. Por eso me casé con Carmen sin ni siquiera amarla y me alejé de Carlos cuando me di cuenta de que no le ayudaba en su dolor si me enamoraba de su hermana. Empecé a comprender que el problema era la visión que tenían nuestros padres sobre nosotros, porque cada anécdota que oía de los labios de cada niño y niña hablaba de una forma diferente de vivir; donde los límites son más amplios o simplemente no existen.

¿Eso significaba que me estaba equivocando si me pedía una excedencia?

Nuestra última noche en Madrid fuimos a una de las azoteas más sorprendentes de Gran vía. No solo ellos se sintieron adultos con sus copas ovaladas de batido, sino que Maya y yo nos permitimos respirar.

Y, ahí fue cuando me permití mirarla como lo hacía antes.

Me embelesé con su medio recogido improvisado del que escapaban unos mechones traviesos que se aferraban a sus labios. Estaba inclinada sobre la barandilla disfrutando de la tonalidad azul, rosa y verde de las luces que acariciaban el corazón de la ciudad. La tenue sonrisa que se dibujaba en sus labios me aseguraba que estaba contenta de haber sido parte de aquel viaje, pero a la vez me recordaba que había mantenido las distancias conmigo.

«Porque yo dije que no la conocía como si fuera una persona prescindible».

—¿Cuál es tu puntuación? —pregunté con suavidad para captar su atención—. ¿Cómo calificarías tu primer viaje de estudios como maestra?

—Una experiencia recomendable, aunque no estoy segura de repetir la compañía.

Una sonrisa amenazó con dibujarse en mis labios, pero me la tragué para que no disfrutara de lo mucho que me gustaba su imparcialidad. Maya siempre había sido entusiasta de todo lo que le gustaba y no dudaba en apostar por ello. En mi caso siempre fui mucho más cobarde. Quizá por no fallar a mis padres, a mí mismo o a quien fuera que estuviera en mi vida.

—¿Tan desagradable ha sido?

Maya se giró para mirarme, escondió las manos detrás de su espalda y guardó silencio mientras me observaba. La intensidad con la que siempre lo hacía me seguía abrumando como el primer día, pero había aprendido a fingir que nadie era capaz de tener ese

efecto en mí.

—Lo fuiste desde que tomaste la decisión de huir de mí —dijo sin ningún tipo de filtro—, pero yo he decidido que hoy vas a comerte tus palabras.

Fingí un bostezo con tal de que torciera los labios.

—¿Cuáles de todas? —pregunté con fingida inocencia—. Creo recordar que ya me diste un poco en la nariz asegurándome que tus niños no solo hacían collares de macarrones. También me has dado lecciones de vida en los últimos días. Así que, dime Maya Silva, ¿qué es lo que vas a recordarme en nuestra última noche en Madrid?

—Voy a exponerte.

Elevé una ceja con cierta confusión.

—Exponerme —repetí—. ¿Cómo exactamente?

La brisa que azotaba los mechones de Maya fue mucho más violenta, como si estuviera preparando a mi cuerpo para algo realmente temible. Ella permanecía en su postura inocente, pero yo conocía bien esa picardía en sus ojos.

—Les he contado a los niños que te quieres ir del centro —comenzó a decir como si nada—. La mayoría tienen hermanos y primos a los que les das clase. Y, bueno, esta ha sido su reacción.

—¿Qué has hecho, Maya Silva?

—Lo comprobarás enseguida.

Sin darme tiempo a reaccionar, dio un par de palmadas al aire para avisar a sus ayudantes de fechorías. No sé en qué momento las luces que iluminaban la terraza habían pasado a tener un tono más verdoso. Claudio y Sheila estaban escondidos detrás del pequeño chiringuito que nos había proporcionado las bebidas, entre sus manos llevaban una enorme pancarta en la que ponía lo siguiente:

«Todos corremos al lado de Enzo Sáez».

No supe cómo reaccionar. Estaba tan acostumbrado a

conformarme con todo lo que iba apareciendo en mi vida, que solo cuando estuvieron a escasos centímetros de mí me percaté de los pequeños conejos haciendo deporte que siempre dibujaba en la pizarra; el arsenal de purpurina que recorría miles de bocadillos de colores diferentes. Y, dentro de ellos no leí quejas hacia mí sino anécdotas que los acompañaría durante toda la vida:

«El maestro Enzo me compró una tostada de atún todos los días del primer trimestre porque mis padres no podían hacerme bocadillo».

«Hoy, el maestro Enzo, me ha hecho correr como un loco, pero nos lo hemos pasado genial con los circuitos de agilidad».

«Está enfadado, pero ha querido ponernos una serie deportiva de su propio Netflix».

«El maestro Enzo me enseñó a que la resistencia puede convertirse en músculo».

«El esfuerzo de hoy será la vida millonaria del mañana».

Recordaba muchas tonterías que había dicho en clase, que para mí no servían para nada y que ellos habían retenido en su memoria. Vi algunas fotos de las carreras anuales en el colegio; un dibujo de mis gafas de sol y una pequeña plegaria para no suspender cuando volviéramos a casa.

No pude contener más mi diversión y estallé en carcajadas. Mi último año como docente me había hecho creer que no servía para nada. Estaba tan encasillado en el comportamiento de algunos alumnos que todo lo demás estaba oculto tras una neblina tan oscura que olvidé su existencia. Rememoré la ridícula excursión de pesca con mis compañeros de departamento. Disfruté de los monigotes que corrían por la pista y donde se encontraba el grupo de niñas que siempre se quedaba atrás.

¿Por qué di prioridad a los momentos angustiosos cuando ellos

no se habían quedado con mi mal carácter?

—Sabemos que no es mucho —Claudio rompió el silencio, tímido como siempre lo era para hablar delante de los demás—. Nosotros no volveremos a vernos, pero queríamos recordarte, maestro, que hemos crecido contigo. Mi hermana Mel aún está en tercero y tiene que disfrutar de tus quejas; tu recogida de libretas perfectas y de tus charlas motivadoras. ¿Por qué tiene que perdérselo por alguien que no sabe cómo gestionar la frustración o quiere reírse de todo?

Sheila intervino cuando empezó a tartamudear.

—Además, siempre nos lo has dicho… —hizo una breve pausa—, para tener una estrella en el cielo, debemos subir todos los escalones que podamos hasta llegar a nuestra meta. No importa si retrocedemos, caemos o tenemos que volver a empezar. Intentarlo es de valientes, no hacerlo de cobardes.

Las lágrimas comenzaron a agolparse detrás de mis ojos, amenazaban con quemar mi retina si no se deslizaban por mi rostro. Tomé un poco de aire intentando no derrumbarme, pero ¿Cuándo fue la última vez que sentí que hacía las cosas bien?

Los niños comenzaron a aplaudir mientras vitoreaban mi nombre. Daba igual si me decían maestro o profe, yo solo podía mirar esa pincelada de vocación que dormitaba en mi interior. Se estiraba con la única intención de volver a intentarlo una vez más.

La medianoche dio paso a la madrugada. Jamás había jugado a ningún juego de cartas que no fuera la baraja española. Me enseñaron el Uno, con sus miles de trampas, cambios de color y giros sin sentido. Después les enseñé la brisca y el cinquillo, donde me sentí un carcamal de setenta años explicando la finalidad de las cartas. Debo admitir que nos divertimos, tanto que los camareros nos tuvieron que pedir amablemente que volviéramos al hotel. Porque el tiempo se marchó de una manera tan fugaz que, por

primera vez en mucho tiempo, me sentí como en casa.

¿Eso significaba que había recuperado la parte de mí que me faltaba?

Recordé a Maya dando las buenas noches a los alumnos antes de marcharse a su habitación y supe que mi lugar siempre había estado donde ella pudiera mirarme. No donde pudiera olvidarme.

Capítulo 6

Maya

Eran las casi cinco de la mañana cuando sonó la puerta de mi habitación. Me desperté desorientada, no hacía demasiado tiempo que nos habíamos ido a dormir. Con lentitud me fui levantando de la cama, peiné mi melena con los dedos y me dirigí a la puerta. Si tenía un poco de suerte tan solo sería un fantasma que había olvidado su hora de aparecer por el hotel.

Abrí la vuelta con el bostezo dibujado en mis labios. Mi aspecto no sería el más presentable para darme un susto: no me había cambiado de ropa y el delineador de ojos descendía por la parte superior de mis mejillas.

—¿Enzo? —susurré confundida—. ¿No es un poco tarde para uno de tus reproches?

Él no contestó de inmediato. Tenía su mano izquierda apoyada en el marco de la puerta. Su cuerpo estaba ligeramente inclinado hacia el interior y me observaba como si estuviera tanteando algo que yo desconocía.

—¿Cuándo vas a hacerme la pregunta, Maya?

Parpadeé confundida.

—¿Cuál pregunta?

Dio unos pasos hacia el interior de la habitación, yo retrocedí y él cerró la puerta detrás de sí. No continuó acortando la distancia entre nosotros, tan solo apoyó la espalda en la madera debatiéndose si seguir adelante con lo que tuviera en la cabeza o marcharse corriendo.

—¿No vas a preguntarme por qué me fui sin despedirme?

—Por cobardía —respondí encogiéndome de hombros—, o simplemente no te gustaba de esa manera.

Él rio con cierta amargura.

—Me encantaría que tuvieras una de tus tantas teorías locas para este momento. —Chasqueó la lengua con tal frustración que se echó unos mechones hacia atrás—. Quizá con alguna de ellas tendrías razón.

—Ilumíname, Sáez —dije de una manera tan burlona, que sentí cómo saboreaba cada letra de mi nombre—. ¿Por qué te ahuyentó mi beso?

—Porque necesitabas crecer sin mí. —Su tono fue tajante como si sus palabras tuvieran el poder necesario de rasgar un iceberg—. No podías aferrarme como si fuera lo único que necesitabas para respirar después de lo de tus padres. Las personas tienen que encontrarse por sí mismas antes de centrarse en el amor.

—Mi ilusión por vivir, por no sentirme reemplazable eras tú —respondí de manera atropellada—. Eras mi constelación favorita, pero dejaste que las nubes te eclipsaran.

Mi pecho subía y bajaba con vehemencia. Me había pasado muchos años enfadada conmigo misma por perderle; por haber tomado la decisión de acercarme más a él cuando no tenía ningún derecho. Esa incomprensión pasó a decepción hasta que comprendí que, si no tomaba mis primeras decisiones sin la validación de nadie, no sería capaz de salir de casa por mi cuenta.

—En aquel entonces, ya eras mi mundo, Maya —dijo con voz de queda—, pero no quería traicionar a Carlos tampoco. Sentía que estaba aprovechando vuestro dolor para cicatrizar mis heridas.

—Eras parte de nuestra familia, Enzo.

Sus ojos se depositaron en mí. Vi como intentaba encontrar algo de la chica repleta de ilusiones, pero me había convertido en una mujer que luchaba por lo que quería. Incluso si jamás podía conseguirlo.

—Has necesitado unos días conmigo para romper mis barreras —rio con un ápice de amargura en su voz. Sus pies caminaban en mi dirección hasta que pude sentir su aliento haciéndome cosquillas en la punta de la nariz—. Me has hecho comprender que no elegí una profesión para conformarme sino para ser el preludio del cambio. Pero estaba enfrascado en todo lo que me parecía injusto para seguir poniendo inconvenientes con los niños.

—Porque me necesitas, aunque sigas negándolo.

Enzo acarició con suavidad una de mis mejillas. Era como si la yema de sus dedos quisiera recordar cada trocito de mi piel. Dibujaba líneas invisibles sobre ella como si deseara expresarle en silencio todo recuerdo que tenía de mí.

—Lo sé.

Tragué saliva mientras elevaba mi mentón, su deseo de mirarme a los ojos me embelesaba. Me habría encantado hacerme la dura para recordarle todo lo que se sufría al anhelar a alguien que no deseaba estar a tu lado, pero siempre fue perfecto para mí. No importaba si me llevó al colegio de niña, si me ayudó con las tareas o adoraba hacer maratones de películas conmigo.

Quería al amargado Enzo Sáez para recordarle que su vida estaba a mi lado.

—¿Crees que podemos empezar de cero?

Esbocé una sonrisa y me puse de puntillas. No tuve ningún reparo en sacudir con suavidad la camisa de tirantes que llevaba como si tuviera alguna mota de polvo invisible que quería quitar. Era un coqueteo infantil que siempre usé con él y parecía no haberlo olvidado porque su cuerpo se tensaba con el tacto.

—No —dije de manera tajante provocándole un respingo—. Me niego a acercarme a ti como si nada hubiera pasado. Ahora soy así con mis heridas y mis metas alcanzadas. Quiero que aprendas a quererme mucho más que antes. Porque si te hubiera olvidado seríamos desconocidos y lo que te ha hecho enfrentarme es que no has dejado de pensar en mí en todo este tiempo.

Enzo negó con la cabeza.

—Eres insoportable, Silva.

—Te encanta, Sáez —reí rozando su nariz con la mía—. Porque si no fuera así no estarías esta noche aquí.

Él resopló desesperado. Los límites desaparecieron. Todos se desdibujaron en el instante en que sus labios tocaron los míos. Su caricia sobre mi boca sació mi sed por él, como si hubiese deambulado durante muchos años por un desierto hasta llegar al oasis. Pero lo que caldeó por completo mi corazón fue sentir que aquel amor jamás fue unilateral y solo necesitaba de valentía. Mi miedo a ser olvidada se desvaneció cuando caímos abrazados en la cama. Las pequeñas carcajadas que escapaban de mis cuerdas vocales quedaban eclipsadas en el pecho del hombre que siempre consideré mi hogar.

El tiempo se detuvo.

Por fin los dos estábamos en casa.

Una casita de piedra en Soria

María Rojo

Capítulo 1

Recién me andaba recuperando del duelo de otro sueño muerto. Suspendí de nuevo el examen de ingreso y, por ende, seguía sin un trabajo estable. Se me presentaba un verano complejo: sin un céntimo, sin laburo y sin ganas de nada. Sin embargo, aquello de que «Dios aprieta, pero no ahoga» pareció ser cierto y mi padre, que vive en Suiza con una señora que no es mi madre y que no me quiere allí con ellos, me echó un capote.

—Mi tía Francisca, la de Soria, ha fallecido.

—¿Y qué quieres que yo haga, papá? ¿Que vaya al entierro en tu nombre? Soria está a seis horas en coche de aquí. No tengo plata para tanta gasolina.

—No. No es eso lo que pretendo contarte.

—¿Entonces?

—Mi tía Francisca no tiene hijos, marido, ni perrito que le ladre. Me dejó su única

posesión a mí.

—¿A ti? ¿Por qué a ti? ¿Qué posesión? ¿Acaso no tiene más sobrinos?

—Sí, pero por una carambola legal la casa acabó siendo mía.

—Bueno, si lo *decís* tendré que creerlo, pero de legal no lo *sos* mucho *vos*, *pa*.

—Helena, escúchame —se pone serio—. Me ha dejado una vieja

casa de piedra en un pueblo remoto de Soria donde no tengo intención de ir, y lo único que quiero es venderla y sacarme la plata que eso quiera darme y pagar deudas.

—¿Y ahí donde entro yo, pa?

—Tú me la vas a vender. Reprobaste el examen de acceso de nuevo. No tienes plaza ni laburo. Ni un peso; bueno, ni un euro. Te me vas a Soria, puedes instalarte en la casa de la tía y me mueves los papeles.

—Pero, papá, ¿yo qué rayos pinto en Soria?

—Te lo acabo de decir. Te buscas una agencia y me vendes la casa.

—¿Y qué obtengo yo a cambio? —insistí.

—Casa gratis hasta que la vendas. ¿Te parece poco?

—¿Y si no la vendo? —inquirí, desafiante.

—Tienes tres meses, Helenita. Ni uno más. Si no, la derribo y vendo el terreno.

—Bien, te haré caso. Tres meses me parece poco, pero haré lo que pueda. Y viviré bajo un techo gratis, lo cual, justo ahora, me viene muy bien.

—No esperaba menos, hija.

—Pero no tengo plata para la gasolina.

—¿Ya gastaste todo?

—Padre, yo como, pago alquiler y con las clientas del tarot no me alcanza. Claro que me lo gasté.

—Eres una ruina, hija. A ver si ya te dan plaza y dejas de pedir, que tienes veintisiete años ya.

—¿Entonces?

—Entonces, ¿qué?

—La plata para la gasolina.

—Sí, que sí, pesada. Te haré una transferencia hoy mismo. Y te

mandaré las instrucciones de dónde recoger las llaves y el teléfono de una agencia que la oficial de la notaría me hizo llegar para la venta.

—Ok, pa.

—Chao, hija. Cuídate.

—Chao, papá.

Capítulo 2

He vivido en Las Breñas, Añatuya y Tostado. Llegué con diez años a España. Primero vivimos en Ibiza; después, en Madrid, donde mi madre falleció tras una larga enfermedad. Cumplí los quince en Barcelona y de allí ya no me moví.

Pero ni los pueblos polvorientos de mi infancia ni las ciudades en las que había vivido después se parecen lo más mínimo a esto.

Aquí estoy, plantada en mitad de la nada, con dos maletas, una en cada mano, y un moño alto sujetando mi pelo negro, preguntándome en qué momento exacto acepté convertirme en la agente inmobiliaria de mi padre.

Frente a mí se extiende un camino de tierra del que brotan, sin orden alguno, hierbajos y flores amarillas. Hay dos calles estrechas, empedradas, ambas flanqueadas por casas de piedra con ventanas cubiertas por lo que, a primera vista, parecen cortinas, pero que en realidad son tapetes bordados por manos expertas.

No hay un alma.

Se oye ladrar a un perro que no logro localizar y el canto insistente de las chicharras.

Camino unos pasos buscando algo parecido a la plaza del pueblo y creo dar con ella. Es tan pequeña que solo caben dos casas, lo que supongo que es el ayuntamiento y una panadería que también sirve cervezas. Esto último lo sé porque hay un letrero que anuncia:

«Cerveza y pincho de tortilla, dos euros».

Pero nadie toma nada. Ni cerveza ni tortilla.

Miro el móvil. No hay cobertura.

No puedo actualizar Google Maps y no tengo ni idea de cómo llegar a la casa de la tía española de mi padre argentino, residente en Suiza con una suiza que en realidad es francesa de madre andaluza.

Calle del Pirineo Aragonés, número 4.

No quiero preguntar. No quiero.

Y al principio no lo hago.

Pero, por más pequeño que sea este sitio, después de tres vueltas sigo sin encontrar la casa y ya me duelen las muñecas de arrastrar las maletas. ¡Debí dejarlas en el coche, carajo!

Me trago la vergüenza, el orgullo y el miedo y entro en el bar-panadería-cervecería.

—Hola. Por favor, ¿podría decirme dónde está esta dirección?

Le enseño el móvil, donde la tengo anotada.

—¿Casa la Francisca vas?

—Sí, así es.

—¿Y quién eres tú?

—Mi nombre es Helena. Soy la hija de su sobrino.

—¿Y ese acento? ¿De dónde eres? ¿No eres de aquí?

La panadera me somete a un interrogatorio. Peaje que, supongo, debo pagar sin rechistar si pretendo llegar a la que será mi casa durante los próximos tres meses.

—No. Soy de Argentina, pero llevo aquí desde los diez años.

—¿Y ahora cuántos tienes?

—Veintisiete.

—Eso es increíble.

—¿El qué?

—Que todavía se te note el acento.

—No lo sé. Supongo que mis padres me lo pegaron.

—¿Tu padre es argentino?

—Sí. Mi padre nació en Argentina. Su padre era español.

—El Gregorio.

—¿Cómo?

—El Gregorio —insiste, remarcando cada sílaba.

—Ah. ¿Se refiere a mi abuelo?

—Claro. Tu padre es el hijo del Gregorio.

—Así es. Mi abuelo Gregorio. No llegué a conocerlo.

—Entonces, vas a casa la Francisca.

Por fin. Joder, ya era hora.

—Sí, señora, así es.

—¿Y cómo dices que te llamas?

—Helena. Aunque me llaman Helenita. O Nita.

La mujer señala con un cuchillo de pan la fachada de enfrente mientras sigue preparando bocadillos. Deben de ser un encargo porque lleva ya unos cuantos envueltos en papel de aluminio dentro de una bolsa.

—¿Ves esa casa?

—Sí.

—Pues es esa. El número cuatro.

La miro. Luego la miro a ella.

—¿En serio?

Resulta que llevo diez minutos contándole mi vida a una desconocida y la casa está a un golpe de cuchillo de cortar pan.

Surrealista.

Le doy las gracias, me despido y emprendo el corto camino de tierra y piedras que separa su tienda de mi nueva casa de pueblo.

Capítulo 3

No.

Esto no es una casa.

Juro que he vivido en lugares muy poco habitables. Desde que mi mamá murió y, sobre todo, desde que a los veinte años me quedé sola: en habitaciones sin ventanas, pisos casi en ruinas y hasta en un módulo de camping en la Costa Brava durante un año.

Pero esto...

No sé ni por dónde empezar: huele a humedad. Los muebles pareciera que tienen dos siglos y la casa sigue llena. Completamente llena. De todo lo que debieron de ser las posesiones de Francisca.

Esto no lo vamos a vender. Bueno, ponerla a la venta, sí. Otra cosa es que alguien quiera comprarlo. Aunque, siendo sincera, ese problema le corresponde a la agencia.

¡La agencia! Mierda. No los he llamado.

Dejo las maletas en la entrada, que no solo es la entrada, sino también la cocina. Podría definirla como una cocina tipo office, pero eso sería mentir. Lo correcto sería decir que consiste en un fregadero antiguo, un hornillo y poco más.

No hay microondas. No hay horno. Sí hay frigorífico. Menos mal. Lo abro. Puaj.

El olor me golpea como una bofetada.

¿Encima voy a tener que limpiar?

Subo a la segunda y última planta.

Hay un baño pequeño y bastante feo y dos dormitorios.

Entro en la habitación grande. Sobre una de las paredes cuelga un crucifijo. Justo encima del cabecero. Debe ser la pieza que, deduzco, pertenecía a la dueña de la casa. Encuentro una cama de hierro forjado y un colchón de lana que no pienso usar.

Imagino que la muerta murió en él.

No, gracias.

La otra habitación tiene una cama individual bastante más moderna.

Me pregunto quién la compró. No consigo imaginarme a la tal Francisca entrando en un Ikea. Decido instalarme allí.

Miro el teléfono. Apenas tengo cobertura. Tres miserables rayitas de 3G. Mierda. Necesito internet. Y necesito datos.

Lo poco que gano con mis clientas del tarot me hace falta para vivir y, sin conexión, no puedo hacer las consultas.

Nota mental: encontrar algún lugar con wifi.

Entro en pánico al pensar que el único espacio público del pueblo pueda ser el bar-panadería-cervecería de la señora policía.

Dios. Por favor. Que no sea así.

¡La agencia!

Tengo que llamar a la agencia.

Capítulo 4

Me atiende Marina. Es simpática.

—Te estábamos esperando —me dice—. Nos llamó Ramón y ya nos contó que te pondrías en contacto con nosotros.

¿Ramón?

Frunzo el ceño. Tutea a mi padre, que por la voz de Marina podría ser el suyo.

Dios mío. Mi padre siendo mi padre hasta en una llamada a miles de kilómetros de distancia.

—Mañana, el señor Raúl irá a visitar la casa. Ya la conocemos porque Francisca es, era—corrige con harto respeto— una mujer muy conocida en el pueblo, pero él podrá explicarte cómo la ve, qué mejoras serían recomendables y cuánto tiempo podríamos tardar en cerrar una venta.

—Gracias —respondo—, pero yo no puedo modificar nada si con ello te refieres a hacer reformas.

—Tranquila, mujer. Habla mañana con el señor Raúl y lo organizáis todo.

—Ok.

La duda en mi voz resulta imposible de ocultar.

Ojalá el tal señor Raúl se limite a vender la casa y no intente convencerme de restaurarla piedra a piedra.

Porque, sinceramente, no tengo un chavo.

—¿A qué hora vendrá el señor Raúl?
—A las diez y media estará allí mañana.
—De acuerdo, Marina. Muy amable, gracias.
—¡A ti, Helena! ¡Un gusto saludarte!

Capítulo 5

—Raúl Ocaña, encantado.

Puntual, trajeado y cargando una carpeta azul, me tiende la mano el que se supone es el «señor Raúl».

—¿Tú eres el señor Raúl? —le pregunto sin más, sorprendida de ver a un chaval ante mí en lugar de un señor sesentón, barrigudo y con bigote, como esperaba.

Me mira con una mueca que deja entrever una bonita sonrisa.

—Yo soy Raúl Ocaña. El señor Raúl es mi padre.

—¿Y por qué no ha venido tu padre, que es a quien esperaba?

—Marina es nueva. Se habrá confundido y te habrá hecho creer que quien vendría era él. Pero prometo estar a la altura. —Se ajusta la corbata de nuevo—. De esta clase de inmuebles me suelo encargar yo —dice mientras observa atónito las vigas del techo desde la puerta de entrada.

—De acuerdo —digo, resignada.

Le dejo entrar.

No hay mucho que ver. La casa es pequeña y está llena de muebles antiguos de madera oscura, macizos y robustos. Marcos algo desgastados con fotografías antiguas en blanco y negro de quien debió de ser la tía Francisca y algunos de sus familiares ocupan el aparador que preside la pared principal.

En los cajones hay manteles y servilletas blancas bordadas con

las iniciales de la tía. También hay unos naipes viejos y algunas libretas con apuntes de números trazados torpemente, en letra gruesa y apretada.

Es todo lo que, hasta el momento, en mis primeras veinticuatro horas aquí, he encontrado en este pintoresco lugar.

Raúl se pasea con cautela por el salón-cocina-recibidor de veinte metros cuadrados que son los que ocupa toda la planta baja.

Observa la casa.

Yo lo observo a él.

Es guapo. Ciertamente, muy guapo.

«Echa el freno —me digo—; He venido a vender la herencia de mi padre, no a complicarme más la vida».

El traje le va grande, como si no fuera suyo. Se le nota incómodo dentro de esa ropa.

Se gira, me mira, aprieta los labios y frunce el ceño.

Finalmente, suelta:

—Esta casa tiene... —hace una pausa— posibilidades.

—¡Venga ya! —exploto en una carcajada—. Esta casa es una mierda.

No puede evitar reírse ante mi espontánea reacción.

—No es una mierda. Es una casa vieja que necesita reformas.

—Para, para —lo interrumpo—. No pienso gastarme un peso en esta casa.

—Bueno, si no quieres invertir, podrías simplemente lavarle la cara. Eso seguro ayudaría mucho.

—Define «lavarle la cara» —replico con el ceño fruncido.

—Pintar un poco las paredes, retirar algunos muebles viejos... No sé, poner una maceta o algo.

—¿Una maceta o algo? Pero ¿de dónde has salido tú? No tienes ni idea de decoración, ¿verdad?

Hace una mueca y sonríe.

—Pillado. No, no tengo mucha idea.

—Oye, ¿tú en realidad te dedicas a esto?

—A ver... —ignora mi pregunta—. Sonia, una de nuestras comerciales, es especialista en lavarle la cara a las casas, en darles, con muy poco presupuesto, un aire nuevo. Ella podría ayudarte y así aceleraríamos la venta. Marina me dijo que te urge.

—Tengo tres meses para venderla.

—Bien. Veremos qué puedo hacer. Tres meses no son muchos.

—Pues son los que tengo. Ni un día más.

—¿Quieres que le diga algo a Sonia?

—No, por el momento no —respondo—. No tengo plata. Prefiero apañármelas yo.

—¿De dónde eres?

—¿Por qué?

—No tienes un peso, no tienes plata… No tienes acento de por aquí.

—Soy argentina, pero llevo muchos, muchos años en España, así que no tengo acento de ningún sitio

—Tienes un acento precioso. Sea de donde sea.

—Oye —insisto.

—Sí —responde con la guardia baja.

—¿Tú a qué te dedicas en realidad? Tú no vendes pisos. No tienes pinta de vendedor de pisos. De hecho, no tienes pinta de nada. —Cruzo los brazos y le observo atenta.

—Me has pillado. Pero eso mejor te lo cuento otro día. Tengo que dejarte. Ya tengo toda la información que necesito. —Mira la mesita donde tengo mi tapete, la bola de cristal y mis cartas del tarot—. O al menos casi toda.

Me mira fijamente y señala la mesita con la barbilla.

—Eso mejor te lo cuento otro día —replico.

Le guiño un ojo. Sonríe. Es simpático. Me cae… torpemente bien.

Raúl camina hasta su moto. Lo miro desde el marco de la puerta de entrada.

No voy adecuada para salir a la calle: un vestido fresco de estar por casa y una rebeca de lana que me llega hasta las rodillas.

Porque aquí hace fresco. Aun siendo verano. Aun siendo junio.

—¡Oye! —le grito.

—¿Sí? —responde mientras se pone el casco.

—¿Y aquí dónde se compra comida?

—Tenéis una bodega con víveres en el centro del pueblo, justo ahí. —Señala el bar-cafetería y ahora también tienda de alimentación que tuve el gusto de conocer ayer.

—¿Y no hay nada más? —grito para que me oiga.

—Tendrías que ir al pueblo de al lado. Allí hay un supermercado, pero necesitas vehículo. Andando es un buen rato, y más si vas cargada.

—Tengo coche, es una *tartana,* pero me trajo desde Barcelona hasta aquí, supongo llegaré al pueblo del que me hablas—digo más para mí.

Se sube a la moto. Hace el amago de arrancar, pero de pronto se quita el casco.

—Si quieres, te llevo esta tarde cuando pliegue. Podemos ir en mi moto, llegaremos antes y yo sé dónde es.

Abro mucho los ojos.

—¿Lo harías?

—Sí —dice sin más—. Eres mi clienta y pareces maja. ¿A las seis?

—Vale —respondo sorprendida, agradecida y feliz.

—Estate lista. A las seis paso por ti.

—¿Con la moto?

—¿Con qué si no?

Y se marcha.

Yo vuelvo a la mini casa de piedra a pensar en cómo acomodarme porque otra noche como la de anoche no quiero.

Hago un mate. Algo de música de fondo. Quevedo. Me gusta este chico canario.

Me quito la chaqueta, pongo los brazos en jarras, como siempre que debo emprender algo que requerirá mucha energía, y organizo las ideas que se me ocurren.

Compruebo cuántos productos de limpieza hay por la casa: pocos. Muy pocos.

Le pido a mi padre que me haga una transferencia para comprar utensilios con los que poner la casa decente.

Se enfada. Protesta. Se niega.

Y finalmente me traspasa mil quinientos euros.

Me acerco a la tienda de mi nueva mejor amiga, quien me interroga incesantemente y a la que yo ignoro mostrando mi mejor sonrisa, y compro los enseres necesarios para adecentar la casita de piedra, como empiezo a llamarla.

Y es que está hecha de piedra. Por fuera son piedras unas sobre otras, grises, grandes. Las ventanas son de madera antigua y la puerta se abre en dos partes: una superior y otra inferior. Ambas con su candado, su paño y su llave.

Empiezo sacando todas las telarañas que encuentro a mi paso. Luego continúo tirando todo lo que considero que no sirve. Y eso incluye mucho. Demasiado.

Vacío cajones y armarios y lleno hasta seis bolsas de basura con cachivaches, papeles viejos y porquería que nadie echará de menos.

Las fotos las respeto. De hecho, invierto un rato en observarlas y limpiar los marcos. Francisca, de joven, era bonita.

Al ser fotografías en blanco y negro no puedo asegurarlo, pero parece rubia, de ojos claros. Rasgos finos y una cierta tristeza en la mirada.

No sé nada de ella. Únicamente que nunca se casó y vivió en este hogar sola durante más de cincuenta años.

Friego los suelos, marcos de ventanas, saco las cortinas y riego unas macetas pochas que creo que aún podrían salvarse.

Me deshago de mantas apolilladas, cojines mugrientos y unas sillas que nadie querría ocupar.

Todo este vertedero improvisado que he montado frente a la casita dudo que moleste a nadie porque por aquí apenas pasa gente, pero concluyo que debo tirarlo en algún lugar adecuado.

José Manuel, un vecino curioso que se ofrece a echarme un cable, carga con parte de las bolsas y, entre los dos en su furgoneta, acercamos todo hasta los contenedores del pueblo.

Porque sí. Solo hay dos contenedores para todo el pueblo.

Cabe recalcar que el pueblo solo tiene cuatro calles y, como mucho, cincuenta habitantes.

Tras ventilar durante todo el día y pasar hasta dos veces la fregona con jabón y desinfectante, creo que la casa pinta mucho, mucho mejor.

He movido los muebles y colocado un tapete bordado de color hueso en la mesa principal.

Miro satisfecha el resultado de esta primera jornada y sé que, con el dinero que aún me queda, compraré un sofá cómodo.

Quizá opte por pasar la noche en él. Dormir arriba me inquieta.

También quiero cortinas, una lámpara para el salón y velas aromáticas.

Son más de las tres. Ahora sí tengo hambre.

Me preparo algo sencillo en mi reluciente cocina y pienso que necesito platos y cubiertos nuevos porque los he tirado todos.

Capítulo 6

—Bueno, ¿dónde te llevo? ¿Qué quieres comprar?

—Quiero un sofá. Cortinas. Cubiertos y platos. Velas aromáticas y comida. Te diría que también un televisor, ya que Francisca no tenía, pero no me alcanza el dinero.

—¿Francisca no tenía televisor? Eso no me lo creo.

—Pues créetelo —me encojo de hombros—. No hay.

—Pues alguien se lo habrá llevado. Dudo que una anciana que vivía sola no viera la tele.

—En eso te doy la razón.

—Mucho de lo que quieres comprar podemos encargarlo para que lo traigan. Se me ocurre dónde ir. Sube.

Y me subo. Me agarro a su cuerpo. Y me gusta cómo huele.

Vamos hasta Soria capital. Me cuenta que, aunque son unos cuarenta minutos en moto, allí encontraré todo lo que necesito.

Y es cierto.

Compro y pido que lo traigan a domicilio. Resulta fácil. Raul conoce el lugar y eso se nota.

—Creo que ya lo tengo todo—digo.

—Sí. Además, en la moto no puedes meter mucho más —me guiña un ojo, simpático.

Lleva puestos unos vaqueros y una camiseta blanca con la marca bordada en el pecho. El pelo revuelto y barba de dos días.

Desde luego, así vestido luce infinitamente mejor.

Más joven.

Más guapo, si cabe.

—Ahora que estamos tomando café —le digo—, podrías contarme a qué te dedicas en realidad.

—¿Por qué crees que no me dedico a la venta de inmuebles?

—No lo sé. Intuición, supongo.

—Olvidaba que eres bruja. Estoy en desventaja.

¿Bruja? ¿De dónde ha sacado semejante idea? Ah… Las cartas del tarot que vio en la mesilla.

—No soy una bruja. Solo soy… aficionada.

—¿Te dedicas al tarot?

—Me gusta y sí, me saco un dinero que ahora mismo me viene genial. Ando sin blanca. Soy profesora de primaria. Estoy en una lista de sustituciones. Me llaman de vez en cuando. A veces voy un día, a veces meses. Siempre es impredecible, nunca en el mismo sitio. Me he presentado a oposiciones dos veces y he suspendido las dos. Así que sí, uso el tarot para ganarme un dinero mientras me llaman de alguna escuela concertada o privada que me contrate al menos un curso entero. En fin, no sabes lo que es esto. Una moneda al aire constante.

—Sí que lo sé. Te entiendo perfectamente.

Su semblante se torna triste. Serio.

Frunzo el ceño y ladeo la cabeza. No tengo ni idea de a qué se refiere.

—Helena, soy profesor.

—¡Venga ya!

—A diferencia de ti, yo sí aprobé las oposiciones, pero me quedé sin destino. Así que sigo como antes. Esperando una vacante, una sustitución larga o que algún colegio me dé una oportunidad.

Mientras tanto, vendo pisos y casas viejas en la España rural y despoblada en la agencia de mi padre a mis casi treinta años.

—No me jodas.

Mi expresión es de sorpresa, boca abierta incluida.

—Sí, colega. Soy un profe precario.

—La reputa que me parió. Jamás lo hubiera dicho. Es decir, se te veía a leguas que no eres comercial, que no sabes lucir un traje y que lo de la corbata no es lo tuyo, pero pensé que serías un niño de papá que quiere tocar la guitarra.

—Soy profesor de música.

—¡Noooo!

Estallamos en una carcajada que da paso a otra y brindamos, con café, por nosotros, y por los profesores que sobreviven encadenando sustituciones mientras esperan una plaza estable.

Volvemos al pueblo. A la casita de piedra.

La noche cae despacio y el fresco se instala entre nosotros.

Me agarro fuerte a él y, durante todo el viaje, deseo que este no termine. Me siento bien abrazada a su cintura. Me queda bien este chico entre las piernas. Muy bien.

—Bueno, gracias por todo, Raúl. Ha sido una suerte contar contigo hoy —digo devolviéndole el casco.

—Gracias a ti, Helena.

Me susurra al despedirse acercándose a mi boca.

Pero me aferro a mi mantra: «No he venido a complicarme la vida».

Capítulo 7

Entro en la casa. Huele a limpio y, aunque aún faltan las cortinas, la lámpara y el sofá nuevo que llegarán en unos días, ya puedo prender unas velas aromáticas y colocar en la butaca un cojín con motivos portugueses que me he traído de la tienda.

Me gusta cómo va quedando.

No tengo televisor y los datos que me quedan necesito conservarlos porque tengo varias clientas estos días y no puedo permitirme no atenderlas.

Así que recurro a mi vieja costumbre de leer. Y no, no me apetece un libro de los que traigo.

Recuerdo que anoche me fijé en unos que había en la habitación principal.

Ahí aún no he entrado a limpiar, pero recuerdo perfectamente haberlos visto.

Subo y enciendo la luz. Una bombilla cuelga del techo, haciendo aún más tétrica esta estancia que ya de por sí resulta peculiar.

A ver... Aquí… ¡Aquí están! Dentro del armario ropero, tal como recordaba.

Son viejos, están algo rotos y absolutamente cubiertos de polvo. Hay varios clásicos; El Quijote, de Miguel de Cervantes. La Regenta, de Leopoldo Alas. La Celestina, de Fernando de Rojas.

Ninguno, definitivamente, se me antoja leerlo.

Entonces veo cinco libros forrados en terciopelo verde oscuro. Son realmente antiguos. El papel está amarillo y tienen tanto polvo que apenas distingo el color de los lomos.

No tienen título.

Intuyo que será alguna colección clásica en la línea de los otros.

Abro el que imagino que es el primero, pues tiene escrito un uno a mano en la tapa. Como el resto, que también están numerados a mano hasta el cinco.

Grimorio de Francisca, reza la primera página del primer volumen: «Aquí anotaré todo lo que sé y no quiero olvidar sobre todo aquello que aprenda de esta disciplina ancestral. Francisca».

Me sumerjo entre sus páginas y sonrío.

Sonrío con toda el alma.

Porque Francisca, a quien jamás conocí, pero con quien comparto sangre, era, al parecer, una mujer espiritual, una hechicera, una bruja.

O todo a la vez.

Sus cinco tomos recopilan nombres de hierbas y sus aplicaciones. Rituales para atraer el amor. Jerarquías celestiales y cómo invocarlas. Simbologías sagradas y su uso.

El tercer tomo está dedicado, por entero, al tarot.

Describe con precisión cada carta, con la sabiduría de quien ha aprendido, conocido y practicado mucho, mucho, esta *mancia.*

Un pálpito me inunda el pecho. Me levanto, vuelvo al armario y paso la mano por la balda superior, de donde saqué los libros. Reviso con los dedos hasta el fondo esperando encontrar algo que… Creo que… Puede ser… Estiro más el brazo ¡Bingo!

Lo sabía: un mazo antiguo. Muy antiguo. De tarot de Marsella.

Bajo los libros y el mazo al salón, los limpio con cuidado y mimo, y me acomodo en el viejo butacón dispuesta a leerlos mientras hinco

el diente en unas galletitas que compré en Soria capital.

Leo. Y leo. Y aprendo. Y me empapo del legado que, como un regalo caído del cielo, ha llegado hasta mis manos.

Caigo dormida tras acabar el cuarto libro y sueño con la Emperatriz, el Mago, los Enamorados y el Sol. El mismo Sol que me despierta feliz un buen puñado de horas después.

Capítulo 8

El camión llega a media mañana.

Descargan el sofá, las lámparas, las cortinas y varias cajas con pequeños detalles que yo misma elegí en Soria.

Y, detrás del camión, aparece Raúl.

—¿Qué haces aquí?

—Supervisar la entrega. Servicio premium.

—Venga ya. ¿Qué narices llevas ahí?

Entre sus manos carga una caja enorme.

—Raúl… ¿qué es eso? —insisto, nerviosa

—No te emociones. Es de segunda mano. No me ha costado ni cincuenta euros.

Es un televisor. ¡Un televisor!

—¿Has comprado una tele? Raúl...

—Es un regalo.

—Raúl… —digo con las manos en la boca, sorprendida. Contenta. Alucinada.

—La casa parece más normal con una tele dentro—dice guiándome un ojo—Y se venderá antes.

—No tenías por qué hacer algo así… —susurro sin quitar mis ojos de la caja que contiene mi regalo. Mi enorme regalo.

—Y, además, pensé que te gustaría.

No puedo evitar sonreír. Los hombres son idiotas. Pero algunos

resultan adorables.

Los repartidores terminan su trabajo y se marchan.

Cuando el camión desaparece calle abajo, la casa parece otra. El sofá color crema, mullido y cómodo ocupa un lugar perfecto desde el que se ven la puerta, la cocina, la chimenea y la ventana.

Las cortinas nuevas dejan pasar la luz sin oscurecer la estancia

Y las lámparas dan una calidez al lugar que convierte la vieja casa de Francisca en un lugar realmente acogedor. Mágico incluso.

—Francisca, dondequiera que estés, espero que estés orgullosa —digo en voz alta y mirando al cielo.

—Lo estará—añade Raul.

Me giro y le sonrío.

—¿Tú crees?

—Claro.

—¿La conociste mucho? —pregunto.

—Lo suficiente. Era conocida y querida en el pueblo —guarda silencio un instante—, era una mujer especial.

—¿Sabías que le gustaba el tarot?

—No—se encoge de hombros—, no tenía ni idea.

—Anda. Ven —digo.

—¿Qué?

—Ayúdame a instalar la tele. Porfa.

—Eso está hecho.

Capítulo 9

—¡Bravo! ¡Funciona!

Y, cual adolescente, me veo en mitad del salón celebrando que se ven los canales.

—Te falta wifi para instalar plataformas, pero bueno, todo se andará.

—Raúl, me iré en cuanto la vendas. No voy a gastar dinero en dar de alta nada.

—Cierto.

Mira al suelo. Luego vuelve a levantar la vista y se acerca un poco más. Escasos centímetros nos separan.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Aún no te has ido y ya te echo de menos —tararea en voz baja, casi en un susurro.

Sonrío. Como una tonta.

—Me encanta esa canción.

—A mí me encantas tú, Helena.

Sonrío de nuevo. Lo miro. Y nos besamos.

Sin más. Sin tonterías. Sin preámbulos.

Sin nada más que la verdad que trata de abrirse paso entre nosotros desde el día en que nos conocimos.

Saboreo sus labios carnosos y dulces. Y, en ese instante, no pienso en el sofá, ni en la casa, ni en las lámparas ni en Soria.

Solo pienso en lo cansada que estoy de sentirme sola.

Y en lo fácil que resulta dejar de estarlo cuando él está cerca de mí.

—Ven, voy a tirarte las cartas —le digo, saliendo de debajo de la manta finita y nueva que nos cubre los cuerpos semidesnudos y entrelazados en el sofá.

—Vale. Me gusta la idea. Nunca me las han tirado.

—Claro nene… —bromeo pícara—. Muchas cosas nunca las habrás hecho sin alguien como yo cerca.

Le guiño un ojo. Divertida. Feliz.

No cree demasiado en lo que le digo al interpretar los arcanos, pero aun así lo respeta.

Le explico que la Rueda de la Fortuna y el Mundo traen buenas noticias y que yo lo veo como una señal de que acabará consiguiendo su lugar en Madrid.

También aparece la Templanza. Paciencia. Debes ser paciente —añado.

—¿Y esa? —pregunta señalando la carta de los enamorados.

—Esa dice que el amor está entrando en tu vida.

Me pongo colorada al decirlo. Porque la niña que habita en mí desea con todas sus fuerzas que ese amor bonito que llega a la vida de Raúl sea el mío.

Me mira. Se da cuenta. Y sonríe. No hace falta decir nada más. Se acerca despacio. Me besa. Aparta la mesita con cuidado para no tirar las cartas al suelo y vuelve a buscarme.

Yo me dejo encontrar.

Y, por un rato, el mundo entero desaparece. La casa. La venta. Mi soledad. Las penas. Las oposiciones. Madrid. Todo.

Solo quedamos nosotros dos.

Más tarde, cuando vuelvo a abrir los ojos, sigo acurrucada en él. Tiene una mano entrelazada con la mía.

Hace mucho que nadie me hacía sentir así. Como si quedarse a mi lado fuera una opción real. Y esto me gusta. Y, dure lo que dure, pienso gozarlo como se disfrutan los helados.

A lametazos.

Aun sabiendo que el verano llegará a su fin.

Capítulo 10

Julio avanza con fuerza y agosto me pisa los talones. Me queda poco más de un mes para vender la casa o mi padre vendrá a demolerla, conmigo dentro si hace falta.

Este pueblo es aburrido, silencioso, predecible y cotilla.

Pero me encanta.

Es la primera vez, desde que perdí a mi madre, que siento que pertenezco a un lugar, que estoy tranquila y que no quiero que esto acabe.

Raúl está de vacaciones, por fin, y hoy vamos de excursión al río Piedra y al monasterio.

Dice que este año no piensa irse a ningún lado para no gastar hasta tener asegurada la plaza y el destino. Pero yo sé que se ha quedado por mí.

Le gusto. Lo veo en su mirada. En cómo me observa mientras hago cosas por la casa, me cambio de ropa o acaricio sus manos.

Tenemos la fecha de caducidad escrita en la frente. Quizá por eso somos felices.

Ha enseñado la casa a varias personas.

Hay algún interesado, pero por el momento nada.

Seguimos esperando. Esperando su destino. Esperando la venta. Esperando saber qué traerá septiembre.

El nuevo curso.

La nueva vida.

Capítulo 11

Sigo durmiendo en el enorme sofá que compré mi primera semana aquí.

Me sigue dando miedo dormir arriba. La yo paranoica que habita en mí cree que, en cualquier momento, Francisca se me aparecerá.

Y, en cierto modo, no me importaría.

Leo y releo sus grimorios, y la precisión y el detalle de cada anotación me parecen maravillosos. Me surgen preguntas que, quizá superado el primer impacto de ver su fantasma, le haría. Pero mejor no tentar a la suerte y, por si acaso, elijo el sofá.

Además, casi todas las noches lo comparto con Raúl. Y ese sofá ya se ha convertido en nuestro pequeño lugar en el mundo. Pero hoy, a pesar de ser una buena noche, no ha sido un buen día.

O quizá sí.

Hay mucho que celebrar, pero yo no siento que así sea.

Raúl ha llegado esta semana con noticias.

Ya tiene destino.

Y sí, es Madrid.

Fuenlabrada, para más señas.

Y además estos mismos días, también, uno de los clientes interesados en la vivienda ha hecho una oferta en firme.

La casa se vende y mi novio de verano se marcha.

Tengo menos de un mes para regresar a Barcelona y encontrar

alguna habitación que pueda permitirme.

Solo espero que mi padre, con el pellizco que saque de aquí, sea generoso y me dé una parte. Al final, he sido yo quien ha limpiado y cuidado la casa. Quien la ha convertido en un lugar habitable. Y comprable.

Pero dudo que eso ocurra. Así que mejor no cuento con la generosidad de mi progenitor.

Raúl está eufórico. Normal.

Se ha ido a Madrid. Contactó con una agencia con un posible piso de alquiler cercano a la escuela de destino. No puede dejarlo escapar. Y ha ido a reservarlo, dar una paga y señal y firmar en persona el contrato. Cuando vuelva montará una fiesta a la que desea invitar a todos sus amigos de por aquí.

Aprobar unas oposiciones, recibir el destino deseado y saber que en septiembre tendrás por fin tu propia clase es, cuanto menos, maravilloso.

O eso creo.

Yo no me siento así.

Yo siento que septiembre acaba de robarme agosto.

Capítulo 12

Pican a mi puerta. ¿Quién será?

Estoy tirando las cartas a una clienta que me pide por WhatsApp que le mire si es cierto o no que su esposo, tal como ella sospecha, la está engañando.

Le digo que se lo miraré y le mandaré un audio. Escojo tres cartas y las extiendo sobre el tapete lila. La Luna. El Diablo. La Torre. Me temo que a esta chica le están siendo infiel y que, irremediablemente, su relación se ha acabado.

Me levanto del sofá y aparto la mesita.

Quienquiera que esté al otro lado de la puerta insiste bastante.

—Buenas tardes, José Manuel.

Es mi vecino.

Un buen hombre, viudo, amable y siempre dispuesto a echarme una mano cuando me ve sacar la basura o llegar cargada.

—Buenas tardes, Helenita. Perdona molestarte, hija.

—No, José. No me molesta. Dígame.

—¿Tú no eres maestra? Me dijiste eso, ¿verdad?

—Sí, lo soy. Bueno, sin trabajo, pero lo soy.

—Mi sobrina, Encarna, dirige un colegio en un pueblo a media hora de aquí. Me dice mi hermana que anda como loca buscando una profesora para los niños de tercero. Se han dado de baja de golpe dos maestros y nadie quiere venir a dar clase a este rincón

perdido del mundo.

Asiento, sin atisbar todavía adónde quiere llegar.

—Pues le he hablado de ti a mi hermana y mi sobrina me ha llamado. Dice que, si quieres, te hacen una entrevista y, si te gusta el puesto, es tuyo.

—¿Cómo? —Mi sonrisa delata mi sorpresa. Mi alegría. Mi felicidad.

—A ver, no es Madrid, como adonde se va el chico de los pisos. Tu novio, vaya.

Dios mío. ¿Ya lo sabe? Aquí las noticias vuelan.

—Pero ser maestra en un pueblito de nuestra Soria no es moco de pavo.

—Desde luego que no lo es. —Lo abrazo de forma espontánea.

—Dígame dónde es, que voy ahora mismo.

—Espera, espera, muchacha. Toma. Te traigo apuntado el teléfono de mi sobrina Encarna. La llamas y, si no tienes cómo ir, yo te llevo en mi furgoneta.

—¿Haría eso por mí, José Manuel? —Tengo coche, no es necesario, pero se me empañan los ojos al ver su ofrecimiento.

—Helenita, soy un jubilado, viudo y con los hijos en la capital. Encantado te llevo en la furgoneta, hija. —Me lo dice sincero.

—Gracias de corazón, José. Si su sobrina quiere conocerme iremos en mi coche, pero usted me acompaña, por favor.

—Anda, llama a mi sobrina y luego me cuentas. Voy para el huerto, que tengo que regarlo.

Lo veo alejarse calle abajo camino del huerto que tiene en una parcelita que el ayuntamiento le cedió.

Miro el número de teléfono y cierro los ojos.

Estoy nerviosa.

Entro en casa y llamo.

—Hola, Encarna. Soy Helena. Me ha dado este número tu tío, José Manuel...

Capítulo 13

—Pues bienvenida y nos vemos el uno de septiembre, Helena.

No me lo creo. Es mi tercera entrevista en solo dos días. Encarna, la supervisora y el propietario de la escuela han querido conocerme y preguntarme absolutamente de todo sobre mi vida y mi trayectoria antes de darme el sí definitivo. Y eso los honra. Al fin y al cabo, voy a dar clase a sus alumnos. Perdón. A mis alumnos.

El uno de septiembre seré la nueva tutora de tercero de primaria de esta escuela semirrural que solo tiene una línea por curso y cuya pedagogía está muy alineada con mis estudios y, sobre todo, con mi forma flexible y natural de entender el mundo.

¿Y este golpe de suerte?

¿Y este quedarme en Soria sin planteármelo y mucho menos esperarlo?

Me esperan inviernos duros y una vida serena.

Sinceramente, me encanta el plan.

Ahora solo falta encontrar dónde vivir. O, mejor aún, convencer a mi padre para que me alquile la casa y no la venda. Tarea imposible.

Aunque no más imposible que el milagro que acaba de ocurrirme en forma de contrato indefinido como profesora.

Bendito uno de septiembre. Porque ahora te has convertido en el principio de mi nueva temporada.

—¿Pa?

—Che, pelotuda, hace días que no me dices nada. ¿Cómo va la venta?

—Pa, quería hablarte justo de eso.

—No me digas que no te queda plata, porque no pienso enviarte más. Ya debiste decorar tres veces la casa.

—Pa, encontré laburo.

—¿Qué decís? ¿Hablás en serio, Nita?

—Papá, un vecino del pueblo me presentó a su sobrina, directora de una escuela cercana. Buscaban una maestra para su colegio privado y, papá… me contrataron. Empiezo el uno de septiembre.

—Helenita… ¿esto es cierto? ¿Tienes trabajo? ¿Un buen trabajo?

—Sí, pa.

Y lloro. Joder. Estoy realmente feliz. Emocionada. Y ha bastado escuchar a mi padre alegrarse por mí para echarme a llorar.

—¿Y dónde piensas vivir, hija?

—De eso quería hablarte.

—A ver.

—Papá, no vendas la casa de la tía Francisca. Alquílamela. Yo te pago un alquiler.

—No, hija... necesito la plata. Tengo que venderla.

—Papá, por lo que te van a dar por una casa vieja en un pueblo de cincuenta habitantes no vas a solucionar nada. Y si yo te la alquilo tendrás un ingreso fijo todos los meses.

—Hija, tengo un problema de dinero. Necesito devolver un préstamo...

—Papá...

Insisto mientras me muerdo las uñas y noto el estómago del revés.

—Hija, espera... A ver... Bueno...

Lo oigo resoplar al otro lado del teléfono.

—¿Qué pasa, pa?

—Dale, va. No la vendo.

Me quedo muda.

—¿Cómo?

—Te la alquilo. Pero no me falles con los pagos. Pediré un préstamo para pagar el préstamo y lo iré devolviendo con el alquiler. Si me fallas, la vendo.

—¡Papá! Te amo. Gracias. Gracias. Gracias, pa.

Salto por el salón como una loca.

—Estamos en agosto. ¿Y este mes qué? ¿Me lo pagas?

—Sí, padre. Este mes mismo te hago el ingreso. Tuve muchas clientas. Puedo pagarte. Y el próximo ya seré una mujer con trabajo estable.

Me río. Me río tanto que apenas puedo hablar. Porque también lloro. Me rio y lloro.

—Bah. Llama a la agencia y anula la venta, que aún no está formalizada y podemos hacerlo. Hazlo antes de que me arrepienta.

Y eso hago. Le hago caso.

Llamo a Marina. Está feliz. Se alegra por mí, por mi trabajo y porque me quede en Soria.

Cuando cuelgo, subo a la planta de arriba. Entro en la habitación de Francisca.

—¡Francisca! ¡Que me quedo! ¡Que me quedo en tu casa!

La emoción afecta a mi cordura, ya de por si escasa.

—Y ¿sabes una cosa? Creo que esta habitación la vamos a cambiar —. Miro la vieja cama de hierro forjado.

—Es hora de dormir en una cama.

Capítulo 14

Raúl me besa como se besa a quien de verdad se ha echado de menos. Han pasado cuatro días y ha cabido un mundo en ellos. Y, caramba, lo he extrañado muchísimo.

—Raúl, ¿qué va a pasar con nosotros? —pregunto, acurrucada entre sus brazos—. Tú llevas toda la vida esperando esta plaza. Yo hace años que busco una escuela que apueste por mí y me dé un puesto fijo.

—No voy a pedirte que vengas conmigo.

—Y yo no voy a pedirte que te quedes.

—Bien —asiente.

—Entonces, ¿qué hacemos? —Lo miro y me encojo de hombros.

—Pues… lo mismo que hemos hecho todo el verano.

—¿Improvisar? ¿Vivir un día a la vez?

—Exacto.

—Pero…

—Helena, estamos a dos horas en AVE. Somos profes y tendremos puentes, vacaciones y fines de semana. Si tú quieres, yo quiero.

—Yo quiero, Raúl—. Me acaricia la mejilla.

—Y yo creo que te quiero, Helena— se sonroja, y al hacerlo, me parece el hombre más maravilloso del mundo.

Sonrío. Lo beso. Y deseo que esto, todo esto, funcione. Porque

llega septiembre. Y con él, una casa que ya es mi hogar. Una cama nueva que me traen mañana. Veintidós pequeños que me esperan. Y un novio a dos horas de tren con el que pienso ser feliz.

Antes de dormirme necesito consultar mis cartas una vez más. Pregunto por mí. Por mi futuro. Por mi pareja.

El Sol. La Estrella. Los Enamorados. Sonrío. Miro hacia arriba y guiño un ojo.

—Francisca, parece que la cosa pinta muy bien.

De amor y poemas

Vega Fountain

Capítulo 1

Esa soy yo,
que acaso cruzo el mundo,
sin pensar de dónde vengo,
ni adónde mis pasos me llevarán.

Me miro en el espejo de cuerpo completo que tengo en mi habitación y me gusta lo que veo. Traje azul marino con la raya perfectamente planchada, camisa blanca y corbata azul celeste, zapatos planos cómodos y bien brillantes; muy alejados de los que llevé hace algún tiempo y totalmente diferentes a los que he usado en los últimos años. Me giro y el culo apenas se me marca ya que la chaqueta es larga, pero mi silueta me gusta, sigue estando ahí. Hace tanto que no me pongo un traje chaqueta que se me había olvidado ese efecto que provocaba en mí el verme así, me sentía poderosa, segura de mí misma y de mis posibilidades y hoy parece que también lo he conseguido. Me sonrío, me tiro un beso a mí misma y me voy a la calle.

Hoy es el primer día de trabajo, hoy me estreno como conductora de autobús que hará la ruta de un colegio situado a las afueras de la ciudad. Es una segunda oportunidad para mí en este sector, ya que después de muchos años trabajando en una multinacional como alta ejecutiva decidieron que mi perfil ya no

encajaba y que buscaban personal junior y no senior, básicamente viene a decir que soy o era vieja para desempeñar las funciones que venía haciendo y querían savia nueva a la que pagarle menos sin importar si tenía experiencia o no. Soy de la opinión que está muy bien dar oportunidades a las personas jóvenes, como me las dieron a mí, pero lo que hicieron conmigo y con alguna compañera más no tiene nombre. Ellos que se llenaban la boca con la conciliación, con la igualdad de oportunidades, con la experiencia, con que éramos una familia, con el esfuerzo… con tantas y tantas cosas que quedaban de lujo en la presentación corporativa de la empresa incumplieron uno por uno todos y cada uno de los puntos de los que se hacen o hacían eco en su política de empresa y estatutos. Ese es otro tema en el que tengo trabajando a mis abogados desde hace años, porque me echaron pero no me van a callar y mientras pueda demostraré que soy y era válida para desempeñar mi trabajo aunque ahora esté en otra cosa.

Reconozco que lo pasé muy mal cuando todo terminó y es que con cierta edad —y con el síndrome de la impostora pegando fuerte — me llegué a creer que no tendría cabida en el mundo laboral, que por mucho que me reciclara nadie querría contar conmigo para nada. Todo se me hacía cuesta arriba y entré en algo parecido a una depresión ya que llevaba años ocupadísima y de repente no saber a lo que dedicar mi tiempo me trastocó.

Entré en barrena y en un círculo vicioso bastante tóxico. Yo, que me había dedicado en cuerpo y alma a la empresa de repente era un estorbo, o así me lo tomé al principio. Después entendí que para ellos éramos simples números de los que prescindir, no les importaba la dedicación ni el esfuerzo realizado.

Cuando volví al mundo laboral, nada me encajaba, me notaba insegura y mi fuerza y garra se habían ido con mi esperanza de

encontrar algo a lo que dedicarme. Y es que no sabía hacer otra cosa o eso pensaba.

El caso es que las cosas cambiaron cuando dejé de buscar ofertas basadas en mi anterior trabajo, era obvio que el mercado estaba siendo reabsorbido por las nuevas generaciones, y es algo lógico cuando quieren personas con ansias desmesuradas, ambición, juventud, a veces pocos escrúpulos y poca experiencia que viene bien para según qué casos. Di con una autoescuela, un día caminando de vuelta a casa, aparte de enseñarte a conducir impartían otro tipo de cursos y entré a preguntar. Mi intención no era ninguna en particular, pero tal y como me lo vendieron se abrió ante mí la posibilidad de sacarme el carné de vehículos pesados y poder conducir un autobús o un camión. Aunque no era esa la idea inicial, dije sí. Fue algo inconsciente, pero motivador a la vez. Lo saqué a la primera y me topé con un futuro inexplorado para mí.

Siempre había tenido la idea romántica de que esos vehículos tan grandes te dan mucha libertad. Conducir durante horas con una carretera por delante, sin prisas pero sin pausas, otros países, llevando y trayendo… maravillosa la idea y la llevé a cabo. En parte, se cumplía toda esa idea que estaba en mi cabeza, aunque a veces no fuera tan romántico del todo. Claro que sí pude, a perseverante no me gana nadie y eso que este mundo, al menos cuando yo empecé era bastante machista y las mujeres al volante somos un peligro constante decían. No he tenido un accidente en mi vida y mi currículum es impecable en ese aspecto. Fueron unos años extraordinarios en los que aprendí un montón, a veces a base de palos y otras por la gratitud y personas maravillosas que me he ido encontrando. Hacía rutas semanales entre España y Europa, más días fuera de casa que dentro, pero la satisfacción no me la quitaba nadie. A raíz de una operación me replanteé las cosas, más que

nada porque ya me había demostrado que era capaz de hacerlo y que los reflejos ya no eran los mismos para estar tanto tiempo conduciendo sola. De esta manera dejé los viajes internacionales y ahora necesitaba algo más tranquilo para estar más cerca de casa. No porque tenga a alguien esperando, nada de eso. Creo que me olvidé de vivir cuando entré en la multinacional y primó más mi ascenso y promoción en la empresa que la elección de formar una familia o tener una pareja estable, cuestión de prioridades supongo.

No es que me arrepienta de lo que hice, sin embargo a veces pienso en que hubiera pasado si… El caso es que ahora las cosas han cambiado, me apetece estar más asentada, más cerca de los míos y este nuevo trabajo me lo va a permitir. De lunes a viernes en horario de mañana y algunas tardes, y a dormir en mi cama. Qué más puedo pedir, la verdad es que nada. Estoy nerviosa, lo admito. Los niños no me asustan, más bien me asusta un poco no estar a la altura con mis jefes y la responsabilidad que conlleva el trasladar a tantas personitas de un lado a otro. Obviamente no tiene por qué pasar nada, pero no es lo mismo mercancía sólida que personas, que si por lo que sea se pierden, en un caso es dinero y en el otro vidas humanas; no es comparable

A la hora acordada llego a las cocheras de mi nueva empresa, me dan las llaves del autobús y con la ruta más que memorizada en mi cabeza y la ayuda del GPS, que me dará más seguridad que otra cosa, me dirijo hasta la primera parada. Niños arremolinados en torno a sus madres, padres y cuidadoras esperan llenos de emoción, al igual que para mí es el primer día, para ellos también. Unos lloran nerviosos, otros muestran pánico en sus caras y otros ríen porque ya son veteranos y saben que no es para tanto. Marco la maniobra de parada y abro las puertas. Empiezan a entrar unos con más garbo que otros saludándome con sus pequeñas manitas. La última en

entrar es Marta, la cuidadora que también espera en la parada y que irá conmigo todo el trayecto, tanto de ida como de vuelta. Es una chica de unos veinte años, algo desgarbada, muy delgada, pelo liso lacio y morena con un chaleco reflectante que le queda enorme. Me recuerda a mis años de universidad.

—Hola, soy Marta. Te acompañaré durante todo el curso durante la ida y la vuelta del cole —se presenta.

—Hola, soy Manuela. La chófer. Estaré todo el curso, o eso espero —me río al escuchar lo que he dicho.

—Seguro que sí, los primeros días son un poco caóticos, pero después todo se normaliza.

—Ya veremos, ¿nos vamos? —pregunto. Ella hace un ademán con la cabeza y emprendo la marcha.

Los niños están algo alborotados pero Marta los maneja bien, e incluso, cuando están más tranquilos, me va contando un poco. Que ha estudiado magisterio, que para ella los niños son su pasión y que no piensa abandonar este mundo nunca. Mientras se prepara las oposiciones lo compagina con este trabajo que aunque no le reporta mucho dinero le permite cubrir sus gastos y pagar la academia. La verdad es que tiene mano y se nota que le gustan, los va calmando, les cuenta alguna historia divertida y también va cantando. Supongo que a final de curso todos nos sabremos sus canciones.

Primer día superado.

Capítulo 2

El alma que hablar puede con los ojos,
también puede besar con la mirada.

Los días van transcurriendo y me voy notando más suelta. No dista demasiado un camión de un autobús. Precaución siempre, marcar las maniobras y poco más. Donde sí he notado diferencia es en callejear, con un camión circulas básicamente por autopistas y carreteras más o menos anchas y con el bus a veces temo rozar algún coche aparcado, edificio, árbol o marquesina. Supongo que será cuestión de tiempo el acostumbrarme. Los primeros días llegaba a casa agotada y creo que era de la tensión acumulada, casi más que cuando era ejecutiva agresiva o me tocaba circular entre nieve y hielo por algunas autopistas del norte de Europa. Marta me ayuda un montón y siempre me sonríe al entrar en el autobús, además de darme alguna galletita o dulce que guarda en su mochila.

Giro en una calle después de salir de una glorieta y sin saber cómo, o más bien intentando esquivar a un hombre que cruzaba por zona no habilitada para ello, estrello el autobús contra la marquesina del autobús urbano tras subirme a la acera. Afortunadamente los niños ya estaban en el cole y solo ha sido el susto para mí y para Marta. La pobre se ha quedado más pálida de lo que ya es, de hecho, creo que ha adelgazado unos kilos y eso que ya es flaca de

por sí.

Pongo las luces de emergencia, me pongo el chaleco reflectante y salgo a prestar ayuda al viandante que está tirado en la acera. Respira y puede hablar pero tiene el susto en el cuerpo, como para no, al ver que se abalanza sobre él una mole de hierro y cristal no creo que sea para nada agradable. Lo ha hecho mal, sí, pero creo que ya ha aprendido la lección. No seré yo la que haga leña del árbol caído.

Espero a los servicios de emergencia y a la policía. El disgusto mío también es considerable, pero nada en comparación con el de Marta, el hombre que se queja de la espalda y el de mis jefes cuando les cuente que su autobús ha tenido un percance. La luna delantera rajada y parte del parachoques desprendido. Empezamos bien en la empresa, es posible que esto acabe en despido, pero tengo la conciencia bien tranquila. No ha sido culpa mía y podría haber sido peor. Es un daño material, no personal.

Llega un coche patrulla para dirigir el tráfico y otro para atender al herido hasta que lleguen los servicios sanitarios. Marta no puede ni hablar y la emplazo a que se siente en la acera y beba algo de agua. Desgraciadamente me he visto envuelta en algún que otro accidente por reventón de ruedas o cosas así en mi otro trabajo, esto ha sido leve pero a ella le ha afectado bastante. Mantengo la calma, está todo señalizado y no queda más que esperar a descongestionar la vía.

—Buenos días —saluda el agente.

—Buenos días —respondo.

—¿Heridos? —pregunta.

—Mi compañera está asustada nada más, el hombre al que casi atropello es el que ha salido peor parado, se ha tropezado y parece que se queja del hombro o de la espalda —comunico de forma seria

—. Le he puesto encima mi americana para que no pierda calor y he estado hablando con él hasta estos instantes.

—¿Usted? —quiere saber.

—Perfectamente —respondo.

—De acuerdo.

Se aleja, habla por la emisora a la vez que con sus compañeros que ya están dirigiendo el tráfico y yo intento contactar con mis jefes para comunicarles lo ocurrido. Pensé que iba a tener palabras algo más altas por su parte, pero parece que lo han entendido y no le han dado mayor importancia. Me dan las órdenes pertinentes a la espera de que vengan a recogerme. En pocas horas deberé ir a recoger a los pequeños y devolverlos sanos y salvos a sus casas.

El autobús puede circular, pero finalmente deciden que se lo lleve una grúa enorme que ha ocupado los dos sentidos de la circulación. En lo que finalizan las maniobras es otro agente el que se acerca a mí, es uno de los dos que han llegado más tarde en moto. Me saluda con un gesto de mano y cuando veo que se quita el casco de la moto no doy crédito. Me quedo parada y sin articular una palabra. Esos ojos son inconfundibles. Estoy más impactada por cruzarme con esa mirada que por el percance del viandante.

—Buenos días —saluda tras bajar la mano. No puedo contestar, se queda extrañado y pregunta—. ¿Se encuentra bien?

—¿Eduardo? —tartamudeo.

—¿Manuela? —inquiere alucinado como yo.

—Sí, soy Manuela —respondo.

—No me lo puedo creer, pensé que no volvería a verte jamás —acierta a decir moviendo la cabeza en señal de incredulidad.

—Yo tampoco, la verdad —admito agachando la cabeza y es que me siento avergonzada y con tantas imágenes pasando por mi cabeza que creo que estoy viendo una película a toda velocidad.

Capítulo 3

Yo voy por un camino, ella por otro;
Pero al pensar en nuestro mutuo amor,
Yo digo aún: ¿por qué callé aquel día?
Y ella dirá: ¿por qué no lloré yo?

Tras los trámites de rigor, prueba de alcoholemia incluida, papeles del seguro y declaración preliminar ante los agentes, vienen a buscarme y he de irme. Tengo que seguir con la ruta, ir hasta las cocheras, coger otro autobús y seguir con mi servicio al igual que Eduardo debe seguir con su vida.

Esos ojos siempre tuvieron un impacto muy grande en mí, y hoy, más de veinticinco años después he revivido todo como si lo estuviera viviendo de nuevo. Ambos, porque es algo evidente, nos hemos de repente retrotraído a un momento de nuestras vidas en el que pudimos haberlo sido todo. Lo sé, porque él se ha quedado tan impactado como yo. Apenas podía hablar y no daba crédito a lo que estaba sucediendo. Nos hemos dado nuestros teléfonos y vamos a quedar; parece que esa conversación que no se dio en su momento se va a producir. Para nada será como la que necesité en su día, pero supongo que aclarará algunos de los interrogantes que durante años me he ido planteando, sobre todo en las épocas menos buenas en cuanto a estado anímico se refiere.

Eduardo y yo vivimos un amor de juventud, teníamos veinte años cuando nuestros caminos se cruzaron. Era imposible no fijarse en él, tenía unos ojos preciosos, independientemente del color verde aguamarina que ya de por sí es exótico. Esa forma de mirarte que parecía que te desnudaba o que podía ver por debajo de la piel, que parecía que podía leer tus pensamientos mucho antes de haber dicho o hecho nada. Creo que eso es lo que siempre llamó más la atención de él. Además era un hombre enigmático, poco hablador, decía lo justo y a veces era complicado adivinar su estado de ánimo, era como si estuviera protegido por una armadura que nada más dejaba asomar una pequeña parte de sus sentimientos. En cambio yo siempre he sido todo lo contrario, pizpireta, extrovertida, transparente ante todo lo que me inquietaba, gustaba o angustiaba, daba igual el sentimiento, nunca he sabido disimularlo, se me nota en la expresión de la cara, en mi postura, en mis movimientos, en todo. Supongo que por ello nos llevábamos tan bien, coincidimos en la biblioteca municipal. Él estudiando literatura, creo recordar, y yo administración y dirección de empresas. Lo que empezó como coincidencia en el aulario, llevó a algún café, primero en la cafetería y después en el césped de los jardines cercanos. Más lejos de los demás estudiantes y en un entorno más íntimo para nosotros. Lo teníamos todo planeado, en cuanto acabáramos la carrera nos escaparíamos de casa los dos. Evidentemente, iba a ser un secreto ya que nuestras familias tenían otros planes para nosotros. De repente, todo aquello que nos habían inculcado de: acaba la carrera, empieza a trabajar aquí o allí, que en pocos años podríamos tener un puesto de responsabilidad y relevante… dejó de ser tan motivador. Nos guiamos más por lo emocional. Ya no nos interesaba esa idea de prosperar, de ser alguien influyente en la vida laboral. Queríamos vivir nuestra vida, explorar nuestro amor, viajar por

Europa con una mochila y poco dinero. Buscarnos la vida para subsistir, limpiar coches, pasear perros…a cambio de alojamiento y comida. Lo veíamos todo tan meridianamente claro que creo que no dudamos en ningún momento de que pudiera salir mal. Estábamos convencidos de ello.

A las ocho de la noche recibo un mensaje de Eduardo.

«Hola Manuela, todavía no me creo que hayamos coincidido esta mañana. Es como si no fuera real».

Yo contesto.

«Hola Eduardo, me pasa igual. Nunca pensé que volveríamos a cruzarnos, la verdad».

«Ya me quedo más tranquilo, pensé que solo eran cosas mías».

«Te puedo asegurar que se me ha parado el corazón durante un instante. Ha sido verte los ojos y saber que eras tú».

«Wow, siempre tan expresiva».

«Ya sabes, hay cosas que no cambian».

«Sí, sí. ¿te gustaría quedar alguna tarde para tomar un café?».

«Claro, termino normalmente a las 18:00, a partir de esa hora cuando quieras. Buscas un rato y me dices».

«Yo dependo del turno, reviso cuadrante y te digo cuando es mejor».

«Sin problema, cuando lo sepas me lo dices y nos tomamos un café».

«De acuerdo, me ha gustado verte».

«A mí también, descansa».

«Buenas noches».

Me acuesto con una sensación extrañísima, no necesariamente mala, es rara. Es decir, no sé si se me ha mezclado la nostalgia de tiempos pasados, una incipiente ilusión por todo lo que puede conllevar el quedar a tomar algo, reticencia ante lo desconocido,

miedo a volver a enamorarme o más bien a sufrir. Sé que son demasiadas cosas a la vez y también sé que estas sensaciones no tienen el mismo peso, sin embargo, estoy serena y en paz.

Capítulo 4

El amor es un misterio.
Todo en él son fenómenos a cuál más inexplicable;
Todo en él es ilógico,
Todo en él es vaguedad y absurdo.

«Buenos días, Manuela, esta semana puedo todas las tardes a excepción del jueves. ¿Cómo lo tienes?».

«Buenos días, Eduardo, por mí sin problema. Si te parece el viernes, así nos organizamos».

«De acuerdo entonces, el viernes. ¿A las 20:00 h, te va bien?».

«Perfecto. ¿Dónde?».

« Había pensado en la cafetería que está en la esquina de la calle de la catedral. ¿Sabes dónde?».

«Sí, perfecto. Pues ahí nos vemos el viernes».

Ya tengo plan para el viernes. Lo cierto es que no voy con ninguna expectativa más allá de pasar un rato agradable. Después de tantos años no creo que los reproches sirvan para nada. Simplemente el plan se desbarató y nunca más hablamos de ello, de hecho no nos hemos vuelto a ver hasta ahora. Supongo que saldrá en la conversación, sin embargo, no es lo que más me interesa en estos instantes. Me gustaría saber un poco de su vida, que ha hecho todos estos años y hasta ahí, de momento. No es más que un café

con un viejo amigo.

Marta en cuanto me ve se queda extrañada y me pregunta qué me pasa. Que me nota más radiante, más fresca, más luminosa. Me hace gracia como se expresa, busca siempre tres o cuatro adjetivos para definir cualquier cosa, se nota que trabaja con niños y para que ellos entiendan ciertas situaciones, momentos o emociones les pone mil ejemplos. Creo que es deformación profesional y conmigo también lo hace.

Simplemente me río y no le comento nada de la quedada con Eduardo. No somos amigas, no tengo esa confianza con ella pero evidentemente como sigo siendo igual que hace más de veinticinco años soy transparente y se me nota. Estoy encantada con mi nuevo trabajo y a excepción del incidente con el peatón que cruzó mal, no he tenido ningún otro problema. Los niños me dan la vida, al igual que a Marta, con sus vocecitas y sus saludos me alegran las mañanas y eso he de decir que compensa el bajo sueldo. Esta tranquilidad ahora mismo no la paga nada y prefiero esto a estar metida más de doce horas en una oficina a cara de perro peleándome con unos y con otros, con las rentabilidades, los informes, los balances… tampoco lo cambio por las noches en una carretera o en un área de servicio sola. Nunca me ha pasado nada, pero a veces he pasado miedo.

Se podría decir que ahora mismo en mi vida prima la tranquilidad y la estabilidad a otras cosas. Supongo que cuando era más joven la ambición me hizo ser una profesional enfocada en un objetivo claro, trabajadora como la que más y con la premisa constante de demostrar que podía con tal o cual proyecto. Aquello quedó atrás, me desgastó demasiado, esto lo percibo ahora, no en ese momento en el que consideraba que cualquier esfuerzo y sacrificio valían la pena. Se ve que fue así hasta que los jefazos decidieron que era

vieja para el fango, porque aquello era barro diario. Debí haberme ido cuando estuve en lo más alto, pero la lealtad es algo que va en mi ADN, aspecto que ellos no tuvieron en cuenta. Años después seguimos con litigios y pleitos, pero es algo que ya no me quita el sueño. Cuando se resuelva se acabó, sea como sea, si bien es cierto que les estoy provocando algunos dolores de cabeza, que se jodan. No iba a permanecer callada ante una injusticia, fue un despido improcedente y aunque en primera instancia les dieron la razón a ellos, recurrí y aquí estamos defendiendo una causa que ahora ya me importa bastante poco.

A menudo, la gente se extraña de mi cambio de ocupación y no entienden como trabajar con niños me da paz, para ellos es todo lo contrario, son estresantes. En ciertos momentos pueden sacarte un poco de quicio, pero con amor y comprensión se consigue reconducir la situación. Lo prefiero mil veces a los quebraderos de cabeza que tenía antes.

He intercambiado algunos mensajes con Eduardo a lo largo de la semana. Bastante escuetos por su parte, es como que se lanza y después se frena. Siempre ha sido un poco así, no habla mucho y si lo hace es porque tiene algo que contarte. Supongo que también, y después de tantos años tendrá que recobrar la complicidad y la confianza que teníamos. No lo tengo en cuenta. Siempre es él el que comienza la comunicación a excepción de una noche en la que he sido yo la que le he dado las buenas noches.

Capítulo 5

Cuando volvemos las fugaces
horas del pasado a evocar,
temblando brilla en sus pestañas negras
una lágrima pronta a resbalar.

Viernes por la tarde, ¿es posible que esté nerviosa? Pues sí, tengo algo en el estómago, como una incertidumbre, no sé explicarlo. Parece mentira que a mi edad me suceda esto. No me considero una mujer fácilmente impresionable y he lidiado con algunas situaciones complejas a lo largo de mi vida, sin embargo, reencontrarme en un ambiente distendido con un amor de juventud me provoca esto además de ternura y nostalgia. A la hora acordada entro por la puerta del establecimiento, no me he arreglado en exceso. Ropa cómoda, todavía hace calor y el asfalto intensifica esa sensación. Unos pantalones livianos de lino azul claro y una camiseta ceñida de tirantes de color blanco, sandalias de esparto y bolso de rafia. El frío que siento al entrar me deja helada, demasiado fuerte el aire acondicionado para mi gusto, huyo del foco de la entrada y voy hasta la barra. Parece que Eduardo no ha llegado aún. Me pido una cerveza fría y me siento en una mesa del fondo, la que más alejada está de los paneles de climatización. A los pocos minutos llega Eduardo, se pone las gafas de sol en la cabeza y he de decir que

está guapísimo. Pantalón vaquero y camisa suelta de color blanco. Otea el local hasta que me ubica, saluda con la mano y antes de acercarme a mí pide otra cerveza. Se la sirven y con ella de la mano se dirige hasta la mesa en la que estoy sentada.

—Buenas tardes, Manuela —saluda serio.

—Hola, Eduardo, me he puesto aquí porque creo que el aire está demasiado alto —me justifico.

—El contraste con la calle es grande, sí. ¿Qué tal estás? —pregunta después de darme dos besos y tomar asiento.

—Bien, estoy bien —confirmo.

Eduardo se acomoda, da un trago largo de su cerveza dejando el vaso a la mitad. He seguido este movimiento sin pestañear, de repente es como si no hubieran pasado los años.

—Me alegra escuchar eso —responde sereno—. Bueno y ¿vas a contarme cómo es que vas atropellando a ancianos por la ciudad? —pregunta y no puedo evitar reírme dándole un golpe en el brazo.

—Fue él el que se tiró encima del autobús —bromeo.

—No sé yo —contesta.

A partir de ahí la conversación fluye sin silencios incómodos. Le explico a Eduardo que nada más llevaba pocos días trabajando como conductora de autobús cuando ha sucedido todo el altercado y se ha extrañado de mi sangre fría. Lo que le he relatado a continuación es que no es la primera vez que conducía un vehículo grande y que he llevado camiones de alto tonelaje por prácticamente todas las carreteras europeas. Se ha sorprendido al principio, pero después me ha confirmado que siempre ha confiado en mí, que me ve capaz casi de cualquier cosa. Me ha gustado esta última apreciación. La conversación está siendo ligera.

Además de mis trabajos, que no han sido más que tres en toda mi vida laboral él me confirma que la literatura no le daba para

comer a no ser que sacara unas oposiciones para profesor, mientras preparaba esas también se apuntó a las de policía, quedándose definitivamente con esta última opción. Los primeros años estuvo fuera, y ahora ha regresado a nuestra ciudad buscando un poco de calma y es que ha estado en otros lugares muchos más peligrosos y ya no quiere eso.

Me da la sensación de que ambos estamos muy a gusto charlando y que estamos esquivando el motivo de nuestra separación. Supongo que si seguimos viéndonos, llegará el momento de las confesiones, sin embargo, no voy a forzar eso. No quiero que se rompa esta magia que siempre hemos tenido.

Eduardo está divorciado y es padre de dos niñas pequeñas; me ha dado un vuelco el corazón cuando me lo ha confirmado y he sentido un pinchacito de celos, lo reconozco. Obviamente, todos tenemos un pasado y él no iba a ser diferente. Le comento que yo no me he casado nunca y que no he tenido una pareja estable durante mucho tiempo, admito que siempre he priorizado mi carrera laboral y eso era un problema para mantener un vínculo duradero. Me enseña las fotos de sus hijas, que han heredado sus preciosos ojos verde aguamarina y son guapísimas, al igual que su padre en sus años de juventud; más de uno y de una se volverán para ver a esas bellezas.

—¿Tienes pareja actualmente? —me pregunta mientras bebo de mi copa.

—No —niego afianzando con un gesto de cabeza—. Supongo que a medida que nos hacemos mayores se complica —bromeo.

—Puede ser, hay que darse también la oportunidad —afirma y no puedo estar más de acuerdo con ello.

—Es cierto, si no me hubieran echado de mi primer trabajo no me hubiera planteado ser conductora de camión —afirmo orgullosa

—, nunca lo hubiera imaginado y he de decir que me encantaba mi primer trabajo al principio, y el segundo después. Me daba una libertad increíble, esa sensación es muy reconfortante —me envalentono.

—Se ve que lo disfrutaste, a mí me pasa cuando voy en moto. Creo que es algo parecido —responde tranquilo.

—Sí, podría ser. Algo similar, sí —confirmo.

—Y ¿tú? ¿estás con alguien? —reformulo.

—No. Desde que me separé he probado, pero finalmente no ha cuajado ninguna relación. Será por lo que tú dices, que a cierta edad, o que mis turnos tampoco son los mejores, o que tengo responsabilidades para con mis hijas, las cuales no quiero eludir… —enumera.

—Ya, ¿sabes? También creo que todo lo que me dices son un poco excusas, no te juzgo —matizo—. Yo las he usado también dentro de mi contexto vital, sin embargo, creo que si una relación es sana, hay reciprocidad y ganas, los turnos, las responsabilidades o cualquier otra circunstancia se puede integrar y seguir para adelante.

—Es posible que tengas razón, como también es posible que ninguna de esas mujeres encajara conmigo o yo con ellas —aclara.

—El amor es así. Un auténtico misterio.

Después de las cervezas nos despedimos. Eduardo quiere ir a dar el baño a sus hijas y me parece lógico. Me ha confirmado que la relación con su ex es cordial ahora, y que aunque han tenido sus rifirrafes han llegado a un punto de entendimiento por las pequeñas que es bastante estable. No quiere perderse sus primeros años y quiere ser un padre presente e implicado. Lo sé, porque le conozco desde hace muchos años. Sé que va a ser uno de los mejores papás del mundo. Me he quedado con ganas de seguir hablando con él, y

he de reconocer que este encuentro me ha dejado resaca emocional, sensaciones que creía perdidas y una conexión que parece que no se ha diluido en el tiempo. Me he quedado con la frase que ha dicho de las segundas oportunidades, yo añadiría hasta la tercera o cuarta. En mi vida laboral me he dado varias, me he reinventado y he creído en mí, en la personal, puede que ahora sea el momento de volver a creer en el amor, ese gran desconocido. Tal vez no sea Eduardo, es muy pronto para decirlo, sin embargo, puede que sea él el que haya abierto la puerta y me invite a darme la oportunidad de encontrar a alguien con el que construir un futuro. O al menos un presente cercano.

Capítulo 6

¡No me admiró tu olvido! Aunque de un día
me admiró tu cariño mucho más,
porque lo que hay en mí que vale algo,
eso… ¡ni lo pudiste sospechar!

Son las dos de la madrugada cuando recibo este mensaje y no suelo despertarme, sin embargo me quedé dormida viendo la tele y me sorprendió el sonido de la notificación del móvil.

«Me ha encantado tomar una cerveza contigo».

«A mí también, me ha dado la sensación de que no había pasado el tiempo».

«Exacto. Podemos repetir cuando quieras ¿te apetece?».

«Claro, cuando tú puedas —respondo—. Sabiendo que tienes responsabilidades con las niñas y tus horarios de trabajo, yo me adapto».

«De acuerdo, pues la semana que viene si te apetece, el lunes podemos vernos».

«Vale, el lunes».

«Misma hora, mismo lugar».

«Perfecto».

Estamos charlando casi hasta las cuatro y es que Eduardo estaba de guardia y tenía poca actividad. Con más sueño que otra cosa me

meto en la cama sin sacarme de la cabeza la conversación mantenida en persona y vía teléfono. Me estoy ilusionando, lo sé. Y puede que me estrelle como estrellé el autobús contra la marquesina, sin embargo, quiero vivirlo. Los daños colaterales, si es que los hay, ya los solucionaré si se producen.

Al igual que me sucedió el viernes, el lunes también me siento nerviosa, aunque voy más suelta. Pido mi cerveza y vuelvo a la misma mesa. No he llegado a sentarme cuando noto una mano que me sujeta la cintura y me mueve. Es Eduardo, que me acerca hasta él para darme dos besos. Huele genial y cada día lo veo más guapo.

—Buenas tardes, Manuela —saluda.

—Hola, Eduardo, me has asustado, eres muy silencioso —río nerviosa.

—Es parte de mi trabajo —afirma.

—Sí, claro, no había caído —respondo tomando asiento.

—¿Qué tal todo? ¿A cuántos hombres has atropellado hoy? —pregunta con sarcasmo.

—Hoy a ninguno, pero mañana en cuanto vea una moto de policía iré a por ella —espeto siguiendo la broma.

—Ten cuidado, no todos mis compañeros son como yo.

—Estoy segura de ello —respondo riendo.

Hablar con Eduardo es fácil, lo noto menos retraído que cuando éramos jóvenes; aunque conmigo siempre fue sincero y abierto, cuando había más personas se quedaba en segundo plano y observaba más que hablaba. En las distancias cortas, gana y mucho.

Seguimos con nuestra charla distendida y amena, y no sé por qué extraña razón fuerzo la conversación que nunca tuvimos, supongo que ha surgido así.

—Te esperé y nunca apareciste —espeto. Él frunce el ceño, parece retrotraerse a hace demasiados años, cierra los ojos y

cuando los abre los clava en los míos pero le mantengo la mirada, ahora sí. Parece que va a decir algo, corrige la postura, me agarra de las manos y tras tomar aire de forma profunda comienza a hablar.

—Sí que fui —confirma.

—¿Cómo? —pregunto estupefacta, no era la respuesta que me esperaba. Siempre he tenido la convicción de que se echó atrás, que no le convencía el plan y simplemente lo dejó pasar sin tener en cuenta mis sentimientos.

—Sí que fui, te vi con la mochila apoyada en el árbol de al lado de la parada del autobús, con tus pantalones vaqueros anchos, tus zapatillas gastadas, esa cazadora que te encantaba y el bolso cruzado sobre el pecho —me explica y es tal cual lo cuenta. Llevaba esa ropa puesta—. El pelo suelto y largo tapándote la cara cuando venía alguna ráfaga de viento —prosigue.

—Entonces, ¿qué ocurrió? ¿Por qué no volviste a aparecer? ¿Qué te impidió acercarte? —pregunto como una ametralladora, ahora de repente necesito saber todo eso. Lo tenía prácticamente olvidado, no quería remover nada, pero algo ha hecho que quiera saberlo, necesito aclarar esto que pensé que no dolía.

—Llegué a la hora acordada, siempre unos minutos más tarde que tú. A puntual no te ha ganado nunca nadie —comienza y, aunque sonrío, no quiero que se ande por las ramas. Necesito más información.

—Ya, sigue, por favor.

—De acuerdo —toma aire y continúa—. Llevaba también mi mochila con lo que habíamos acordado, poco peso para empezar donde fuera y ya después nos buscaríamos la vida —confirma. Todos estos datos los sé, no necesito que me los repita pero se ve que quiere hacerlo bien—. Iba a cruzar la calle cuando me agarraron por detrás, era mi padre. Tiró de la mochila y me arrinconó contra la

pared de un edificio.

—¿Esto es lo que quieres hacer, eh, eh? —me preguntaba fuera de sí, me había seguido hasta la biblioteca. Debía de saber algo o de intuirlo—. ¿Quieres tirar tu vida por la borda con esa niñata? ¿Dónde vais a ir? ¿De qué vais a vivir? Te piensas que eres muy valiente y muy adulto por hacer esta chiquillada. ¡No, Eduardo! La vida es otra cosa, no es recorrer Europa de la mano de una chica, es otra cosa ¡otra cosa! Te pisarán, te la jugarán y tendrás que crecer a base de palos. ¡Despierta!

»Me gritaba tanto que me hizo llorar en medio de la calle, ya teníamos más de veinte años, Manuela, pero mi padre me hizo sentir insignificante, un pelele, un idiota. Seguía increpándome y diciéndome que era un desgraciado por desaprovechar las oportunidades que él y mi madre me estaban dando —relata y noto que la expresión de Eduardo es de dolor. Todavía tiene en su corazón esa herida y puedo llegar a empatizar con él—. Lo peor de todo, fue que me hizo quedarme allí, esperando hasta que tú te fuiste. Te veía mirar de lado a lado de la calle buscándome, esperando a que bajara de cualquier autobús que parara donde tú estabas, consultando tu reloj de pulsera, preguntando a algún amigo en común si me había visto y no podía hacer nada. Estar allí parado como un idiota metido en el coche de mi padre viendo como se te rompía el corazón en pedazos por mi culpa. Y todo por no plantar cara a mi padre, por no darle un puñetazo y por no dejarme ir a tu encuentro.

—Eso es respeto, Eduardo, lo respetabas mucho desde siempre —afirmo sabiendo de lo que habla.

—Ya no sé si era respeto o miedo. A veces creo que más lo segundo que lo primero —confirma y se hace el silencio entre nosotros.

Supongo que tenemos mucho en lo que pensar y le noto realmente abatido, como si se hubiera quitado un peso de encima pero a la vez exhausto por todas las emociones que ha removido. No sé qué hacer, le tomo de las manos, las acaricio y poco a poco subo la cabeza recorriendo su cuerpo hasta llegar a sus ojos. Esos potentes ojos que no se me olvidarán jamás.

—Por fin sé la verdad —musito.

—Sí —contesta realmente afectado.

—No es la versión que esperaba ni la que ha estado por años rodando por mi cabeza —confieso.

—Lo supongo, es rocambolesca —admite.

—Siempre pensé que te habías arrepentido y que nunca significué lo suficiente para ti como para cometer esa locura —resumo.

—¡No! —reacciona dolido—. Eras mi todo, Manuela, estaba locamente enamorado de ti, estaba seguro de lo que íbamos a hacer. No quería dejar de hacerlo, no te quepa la menor duda, por favor —suplica.

—Sí, sí, tranquilo —respondo mientras acaricio sus manos—, simplemente te digo lo que pensé en ese momento. Supongo que necesitaba una respuesta para explicarme lo que sucedió y la más viable para mi cerebro fue esa. O la que construí, o la más fácil, no lo sé.

—Pues nada que ver. A raíz de eso mi padre me ató en corto, no me dejaba apenas salir, dejé de ir a la biblioteca a estudiar y me centré en las oposiciones. No porque él me lo impusiera, era yo el que me quería ir de esa casa, no volver a verlo jamás y con el pretexto de que cumplía su voluntad yo me buscaba la vida para salir de allí. Me había fastidiado la vida y no se lo perdoné jamás —confirma serio.

—¿Murió? —pregunto.

—Sí, los dos, él y mi madre —confirma.

—Lo siento mucho —respondo compungida.

—Es ley de vida, en sus últimos días se arrepintió, pero ya era tarde, para mí y para él, para nosotros en realidad —afirma. Son palabras son duras, pero puedo llegar a entenderlo.

—Ya, supongo que no fue fácil.

—En cuanto me saqué la oposición me fui de casa. No quería saber nada de ellos, y fue a raíz de su enfermedad cuando contactaron conmigo de nuevo, pero ya nada era igual. Mi relación con ellos estaba más que acabada, los atendí porque era lo que tocaba, pero no se lo pude perdonar. Tal vez sea rencor, no lo sé, pero no pude. Perdí el mejor tren de mi vida, el único que me hubiera hecho feliz.

—¿Tan seguro estás de eso? —pregunto curiosa.

—Sí, no lo he dudado jamás. Tú eras el amor de mi vida en ese momento y me he arrepentido todos y cada uno de los días de mi vida de haberte perdido. Pero tal y como te dije hace poco, creo en las segundas oportunidades y pienso que lo puedo recuperar. Espero que tú estés en ese mismo punto, porque lo voy a intentar con todas mis fuerzas —sentencia y Eduardo no es de hablar pero cuando lo hace, lo hace. Me ha dejado sin palabras.

—Pff —acierto a decir—. No me esperaba esta declaración de amor para nada —admito.

—Ya me imagino, tampoco pensé en decírtelo así, pero ha surgido la conversación y no estoy para juegos ni para perder el tiempo, Manuela. Creo que seguimos con esa complicidad de hace años, con esa confianza como si no hubiera pasado el tiempo, ¿no lo percibes así?

—Sí, Eduardo, me pasa lo mismo que a ti. Desde el minuto uno

es como si no hubiera pasado el tiempo, es como si lo que teníamos se hubiera conservado en un frasco de cristal y esté incorrupto, y ahora al abrirlo todo siga igual —confirmo feliz.

—Exactamente, Manuela. Si quieres podemos empezar donde lo dejamos, aunque tendremos que ponernos al día porque han pasado muchas cosas —ríe.

—Sí, es verdad, han pasado muchas cosas.

Me voy a casa con una sensación de liberación. Por supuesto que he perdonado a Eduardo, no pudo hacer nada, y entiendo su reacción. Tengo que asimilar todo esto que me está pasando. Nunca hubiera pensado en el giro que ha dado mi vida en cuestión de días. Supongo que todo ocurre por algo y esa relación no había cerrado como debió.

Capítulo 7

Como enjambre de abejas irritadas,
de un oscuro rincón de la memoria
salen a perseguirme los recuerdos
de las pasadas horas.

Llevo días removida, lo reconozco. La confesión de Eduardo ha hecho que lleguen a mí recuerdos olvidados, sensaciones que creía perdidas, detalles que en su día pasé por alto. Es cierto que nunca más volví a verlo, fue como si se lo hubiera tragado la tierra, dejó de ir a la biblioteca a estudiar, pregunté a alguno de sus amigos y siempre contestaban lo mismo.

«No sabemos nada de él. Llamamos a su casa y siempre está ocupado o no está».

Eso fue al principio, necesitaba una explicación y aunque en esos instantes hubiera explotado contra él, ahora reconozco que no hubiera sido buena idea. Me costó recomponerme de aquella historia. Es más, estuve más de un año sin interaccionar con un chico y no por falta de propuestas, simplemente no me interesaba ninguno que no fuera Eduardo. Fue mi primer amor, estuve locamente enamorada de él y él también fue el que me lo partió. Nunca pensé que pudiera sentir un dolor igual, no tenía la sensación de que un daño que no era físico doliera tanto.

Al final, y por lo que él cuenta, yo también seguí su mismo destino. Me centré en los estudios, fui brillante y conseguí un trabajo muy absorbente, pero muy bien remunerado. Era lo que se esperaba de nosotros y no defraudamos. Tal vez ahora entiendo porqué me volqué tanto con la empresa, puede que fuera mi vía de escape para no asumir el dolor que todavía vivía en mí, si me entregaba en cuerpo y alma a uno u otro proyecto anestesiaba la impotencia que sentía, la falta de explicación, los porqués que nunca fueron contestados.

Sea como fuere, mi destino fue ese. Trabajar como una mula. No me arrepiento, estoy muy orgullosa de mis logros laborales, sin embargo, tenía que haber aprendido antes que la vida no era solo trabajar, que también hay otras experiencias que requieren ser vividas y que deberían ser de obligado cumplimiento. No se puede cambiar, pero ahora, ya mi mentalidad es otra. Tengo claras mis prioridades, y el trabajo está bien, pero no voy a darle mi vida entera. Tal y como dijo Eduardo, me voy a dar la oportunidad, tal vez no sea esta o sí, pero quiero vivirlo.

Seguimos intercambiándonos algunos mensajes, pero Eduardo gana en el tú a tú y por teléfono es un poco más difícil la comunicación. A final de esta semana nos volveremos a ver, estoy ilusionada, no lo voy a negar aunque a veces los nubarrones del pasado acechen y amenacen con una tormenta. No quiero que se repita la misma historia, aunque supongo que será inevitable pensarlo después de todo.

Capítulo 8

…podrá no haber poetas; pero siempre habrá poesía.

Viernes por la tarde, hemos cambiado de ubicación. Me ha extrañado este giro, pero Eduardo me emplaza en un parque bastante grande que hay en el centro de la ciudad. Llevo mis pasos hacia allí y reconozco que es un alivio caminar bajo las copas de los árboles, el calor azota fuerte todavía en estos días de septiembre. No encuentro la ubicación exacta que me ha mandado, me dejo llevar por las vocecitas de algunos niños y voy hasta esa parte donde hay toboganes, tirolinas y demás juegos infantiles. Muchos niños correteando y gritando, algunas mamás charlando mientras vigilan a bebés en sus carritos y allí, un poco alejado veo a Eduardo. Está sentado en un banco, a la sombra, con un libro entre las manos. Lee y levanta la vista de vez en cuando. Me acerco hasta él y saludo.

—Hola. —Él levanta despacio la mirada haciendo un escáner de mi cuerpo hasta que se para en mi cara.

—Hola, Manuela, ¿cómo estás? —pregunta levantándose y acercándose a darme dos besos.

—Bien, algo extrañada por el lugar —afirmo.

—Hoy me toca guardia con las niñas —añade riendo.

—¿Están tus hijas aquí? —pregunto incrédula.

—Claro, es un parque les gustan estos sitios —responde como si tal cosa.

—Ya, ya si eso lo entiendo. Pero tal vez, no debería estar aquí —añado algo acobardada.

—Carlota y Marina saben que existes, les he hablado de ti —me confirma y solo se me ocurre sentarme en el banco. No me lo esperaba.

—¿En serio? —inquiero. Mi corazón bombea y no se me ocurre otra cosa que coger el libro de rimas de Bécquer que está a mi lado y abanicarme con él.

—Por supuesto, Manuela, eres importante para mí y quiero que ellas estén al tanto de todo. Si no lo fueras, nunca se lo hubiera contado —sentencia y esto me da vértigo.

—Oh, no sé qué decir, la verdad —admito.

—Manuela, voy en serio y con todo. No tengo ni tiempo ni ganas de juegos, si no estás en el mismo punto, te agradecería que me lo dijeras —responde serio.

—Perdona, Eduardo, me ha pillado a contrapié, el lugar, el saber que están tus hijas aquí… no sé, claro que voy en serio. Yo tampoco quiero medias tintas ni juegos, no somos unos niños —contesto también seria.

—En eso estamos de acuerdo —añade —Y ahora si no te importa quiero que las conozcas —dice levantándose. Yo permanezco en la misma postura abanicándome con más fuerza aun a riesgo de deshojar todo el libro.

De forma cariñosa hace llamar a dos niñas que suben y baja por los toboganes, una tendrá unos siete años y la otra cinco. Vienen dadas de la mano, una a cada lado de su padre. Se acercan sonrientes y confirmo lo que ya vi en las fotos, tienen los mismos

ojos que Eduardo, incluso más brillantes diría yo.

—Hola —saludo agachándome para ponerme a su altura.

—Hola, Manuela —contestan las dos prácticamente al unísono.

—Qué guapas sois —respondo contenta.

—Tú también, papá nos lo contó —responde la mayor.

—Ah, ¿sí? —inquiero curiosa.

—Sí, nos ha dicho que fuisteis novios cuando estabais en la universidad y que ahora lo volvéis a ser —confirma la pequeña y no puedo evitar reír y mirar de forma intermitente a las niñas y a Eduardo que no ha hecho otra cosa que encogerse de hombros, como si lo que ha dicho fuera lo más lógico del mundo. Se ve que sigue siendo igual, no habla mucho pero cuando lo hace, lo tiene claro.

—Más o menos, podría decirse que sí —claudico ante la naturalidad de las niñas.

El resto de la tarde la pasamos en el parque, ellas jugando y yo sentada al lado de Eduardo que me recita versos de Bécquer como lo hacíamos cuando nos íbamos a los jardines que había al lado de la biblioteca municipal a estudiar.

Parece que se cierra un círculo que comenzó en la juventud y que ahora en nuestra madurez recuperamos para proseguir con aquella historia que nunca debió de ser truncada.

No deberíamos

Sarah Valentine

Capítulo 1

Nueva York tiene una forma muy concreta de recordarte que le importas una mierda.

Lo hace con el aire helado que se cuela por la abertura de tu abrigo cuando sales del metro, con el café demasiado caro que te compras igualmente, porque necesitas tener entre las manos algo caliente, con los edificios de cristal que se alzan frente a ti como si supieran adónde van mientras tú avanzas por la acera fingiendo que también lo sabes. Esta mañana, además, ha decidido rematar el espectáculo con unas botas que me aprietan en el talón izquierdo y una ráfaga de viento que casi me arranca la carpeta de las manos al cruzar Broadway.

Perfecto. No hay mejor manera de empezar una nueva etapa que llegar a una universidad privada de Manhattan con aspecto de mujer funcional por fuera y desastre absoluto por dentro.

Aprieto el paso, esquivo a dos estudiantes que bajan la escalinata principal riéndose demasiado alto para solo ser las ocho y diez de la mañana, y me detengo un segundo bajo la marquesina de cristal del edificio de posgrado. El nombre de la facultad aparece grabado en metal pulido, elegante, sobrio e impersonal frente a mis ojos. Todo aquí parece diseñado para hacerte sentir pequeña, aunque hayas pagado una matrícula obscena por el privilegio de poder asistir a sus clases.

Lanzo un suspiro y me miro reflejada en una de las puertas automáticas antes de entrar. El abrigo camel está bien, el jersey negro también, el moño bajo, que me hice antes de salir de casa, aguanta en su sitio y el pintalabios no se ha corrido. No obstante, mi expresión de mujer serena y dueña de su vida resulta menos convincente, pero tampoco voy a pedir milagros antes del café.

—Venga, Ashley —murmuro para mí, recolocándome la correa del bolso sobre el hombro—. Solo es un máster. No un juicio público… Otra vez.

No debería haber pensado eso, pero resignada cruzo las puertas y el vestíbulo me recibe con un brillante suelo de mármol gris, luz blanca y el típico olor a limpio de los sitios que no parecen saber lo que es el caos. Hay alumnos por todas partes: algunos miran el móvil, otros repasan apuntes con intensidad pese a ser el primer día y un par de chicas llevan tacones imposibles a una hora en la que yo me siento triunfadora por haber conseguido ponerme rímel sin sacarme un ojo.

Sigo las indicaciones hacia el aula 4B con la carpeta apretada contra el pecho, como si dentro no llevase solo un cuaderno, un bolígrafo y un horario impreso, sino mi dignidad entera atada con una goma elástica.

Me repito que esto es una decisión, una buena decisión, meditada, adulta y necesaria. No estoy aquí porque mi vida estallara hace un año como un vaso de cristal contra el suelo de una cocina de Brooklyn. Estoy aquí porque quiero estar. Da igual que la mentira tenga las costuras a la vista, porque esta mañana me vale.

Entro en el aula cuando faltan tres minutos para que empiece la clase, y agradezco no ser la última. El espacio es amplio, con filas de asientos escalonadas, pantallas laterales y ventanales enormes al fondo que dejan ver una porción fría y luminosa de la ciudad. Elijo la

tercera fila, ligeramente a la derecha, lo bastante cerca para no parecer desinteresada y lo bastante lejos para no parecer ansiosa.

Una rubia con una coleta impecable y un portátil plateado me dedica una sonrisa breve al sentarse dos asientos más allá.

—¿Primer día? —me pregunta.

—¿Se nota mucho?

Mira mi cuaderno en blanco y su sonrisa se ensancha un poco.

—Solo lo justo.

—Qué alivio. Temía estar dando una imagen de pánico absoluto.

Se ríe por educación y yo también, aunque, en mi caso, es por supervivencia.

Poco a poco, el aula se llena con un murmullo de sillas, cremalleras y voces bajas. Reviso el programa del semestre, aunque me lo sé de memoria: estrategias de negociación avanzada, un módulo troncal y el profesor responsable es un tal… Martin Hummer. El nombre no me dice nada, pero el silencio que cae de pronto sobre la sala sí.

No es un silencio absoluto, porque siempre se oye a alguien tosiendo de fondo o cerrando una mochila, pero la energía cambia de una manera tan evidente que levanto la vista antes de darme cuenta. De repente lo veo entrar con una carpeta negra en una mano y un vaso de café en la otra, sin apresurarse y sin mirar a nadie como si necesitara confirmar que el aula está pendiente de él. Es alto, bastante más que yo, y lleva un abrigo oscuro sobre un traje gris marengo impecable. El cabello castaño, algo más largo de lo que se esperaría en un profesor con fama de serio, la mandíbula marcada y labios carnosos. No es guapo en el sentido fácil de la palabra, sino en el sentido más peligroso de la misma.

Deja el café sobre la mesa, se quita el abrigo con un gesto elegante y lo coloca en el respaldo de la silla. No pierde el tiempo

con sonrisas de bienvenida ni bromas para romper el hielo.

—Buenos días —dice con un tono de voz grave, que no necesita que sea alto para que todo el mundo que está en la sala lo escuche.

Enseguida pulsa el mando y la primera diapositiva aparece en la pantalla: «La negociación nunca trata la primera oferta».

—Martin Hummer. Voy a asumir que todos han leído el programa y saben dónde se han metido.

Varias personas sonríen con nerviosismo, aunque él no.

—Este máster no está diseñado para premiar a quien memoriza conceptos y los recita con seguridad impostada. Está diseñado para que aprendan a pensar bajo presión, a leer a la persona que tienen delante y a detectar qué se está diciendo incluso cuando nadie lo dice en voz alta.

Camina despacio frente a la primera fila mientras habla sin gesticular apenas, aunque no le hace falta.

—Negociar no consiste en hablar mejor, sino en escuchar mejor y eso casi nadie sabe hacerlo.

Anoto la frase sin querer y, en el fondo, me molesta un poco haberlo hecho, pero ya no hay vuelta atrás.

Continúa explicando la dinámica del curso, las evaluaciones, la participación obligatoria… Su forma de dar clase no es cálida, pero tampoco distante en el sentido aburrido. Mira a los alumnos como si estuviera clasificando a la gente en tiempo real. Cuando hace una pregunta, no la lanza al aire: la deja caer y espera. Obligando a alguien a responderla sin exigírselo directamente.

A los veinte minutos, ya sé dos cosas: la primera, que es insoportablemente competente y la segunda, que eso me pone de peor humor del que debería.

En la pantalla aparece un caso práctico sobre una negociación corporativa entre dos empresas tecnológicas. Lo expone con rapidez

y después se apoya en la mesa, cruzándose de brazos.

—Una de las partes cree que tiene ventaja porque llega con una propuesta económicamente superior. La otra acepta reunirse, aunque no necesita cerrar el acuerdo en ese momento. ¿Quién tiene realmente el poder?

Tres manos se levantan. Él señala a un chico de la última fila que contesta algo largo, inflado y mediocre. Martin Hummer lo escucha sin interrumpirlo, lo cual ya me parece un gesto de generosidad innecesaria, y cuando termina, simplemente dice:

—No.

No añade nada más y el chico se hunde en la silla. Justo después, intervienen dos personas más. Una habla de cifras y la otra, de plazos. Ninguno acierta del todo. Mi bolígrafo golpea el margen del cuaderno un par de veces. Intento no levantar la mano, porque me prometí no llamar la atención el primer día, aunque también me prometí muchas otras cosas que no sobrevivieron ni una semana, así que no debería sorprenderme que esta también vaya camino de morir en directo.

—¿Nadie más? —pregunta.

Levanto la mano y su mirada se posa en mí con una calma exasperante. No me había mirado directamente hasta ahora y detesto notar el pequeño vuelco absurdo que eso me provoca en el estómago.

—Sí.

Ni señorita, ni nombre, ni gesto de cortesía. Solo una sílaba limpia.

—La ventaja no está en la mejor oferta, sino en quién puede permitirse levantarse de la mesa sin perder nada —digo—. Si una de las partes no necesita en ese momento el acuerdo, no negocia desde la necesidad, sino desde el margen. Tener más dinero no siempre

significa tener más poder. A veces solo significa que te urge cerrar antes de que el otro descubra cuánto te urge.

Se produce un silencio breve, mientras él me observa fijamente.

—¿Su nombre?

—Ashley Hodds.

Asiente una vez, sin apartar los ojos de mí.

—Tiene razón en la premisa. Le falla el cierre.

Siento varias cabezas girándose discretamente en mi dirección. Qué maravilla…

—¿Por qué? —le pregunto con un tono bastante alejado de ser suave.

—Porque ha reducido el poder al margen de salida y no al control del marco. Si la parte económicamente superior ha diseñado el escenario, elegido el momento y condicionado la percepción de valor, puede parecer menos libre y seguir mandando igual.

Podría limitarme a asentir, tomar notas y quedar como una adulta adaptada al entorno académico. En vez de eso, oigo mi propia voz antes de recordar que debería dosificarla y quedarme callada.

—Solo si la otra parte acepta ese marco.

Un par de alumnos dejan de fingir que revisan sus pantallas y fijan la mirada en mí. Martin.

—Explíquese —me pide inclinando la cabeza.

Noto calor en la nuca.

—Controlar el escenario no garantiza controlar la negociación —digo, manteniéndole la mirada—. Garantiza una ilusión de ventaja. Si la otra parte identifica el intento de encuadre y no entra en él, quien parecía dominar puede quedarse negociando solo.

La comisura de su boca se mueve lo justo para que no sepa si acaba de contener una sonrisa o una réplica.

—Eso exige mucha sangre fría.

—Negociar bien, también.

Todo el mundo se queda en silencio y veo que algo cambia en su expresión.

—Bien, Ashley Hodds —dice al fin—. Veo que, al menos, alguien en esta sala ha venido despierto.

Algunos de los asistentes se ríen, yo rompo el contacto visual y bajo la vista al cuaderno con una serenidad que no siento en absoluto. Escribo cualquier cosa para tener las manos ocupadas, aunque mi pulso, traidor y ridículo, no colabora.

La clase continúa, pero yo ya no consigo atender igual que antes.

Cuando faltan cinco minutos para el final, reparte una lectura obligatoria y explica el primer ejercicio del curso. Todo con la misma sobriedad cortante que ha usado desde el principio, es decir, nada fuera de lugar ni que justifique que yo siga notando su voz como una línea tirante en mitad del pecho.

La gente empieza a guardar cosas en cuanto cierra la carpeta y yo también. Meto el bolígrafo, el cuaderno, el horario y me pongo en pie sin mirar al frente. No tengo ningún interés en cruzarme con su mirada otra vez hoy.

—Señorita Hodds. —Me quedo quieta con la correa del bolso entre los dedos al escuchar su voz y levanto la cabeza.

Martin Hummer sigue junto a la mesa del profesor con una mano apoyada en el borde y la otra sujetando un vaso de café ya vacío. Los demás alumnos pasan a mi alrededor en dirección a la puerta, convirtiéndonos por unos segundos en el centro involuntario de una escena que no me hace ninguna gracia.

—Sí.

—Procure no guardarse las objeciones para cuando yo se las

pida.

Parpadeo, desconcertada.

—¿Perdón?

Su mirada baja un instante a mi cuaderno y vuelve a mí.

—Tenía una segunda réplica y ha decidido no darla.

No sé qué me molesta más: que lo haya notado o que tenga razón.

—Quizá haya considerado que ya había participado bastante por un día.

—Qué gesto tan generoso con sus compañeros.

Su comentario debería parecerme seco, sin embargo, percibo un matiz apenas perceptible que lo vuelve más parecido a un desafío.

—Intentaré decepcionarle menos en la próxima clase —le respondo apretando la carpeta contra mi pecho y ahora me parece ver una sombra de sonrisa en su boca.

—No creo que ese sea el riesgo.

No me da tiempo a responder o quizá sí, pero mi cerebro ha decidido dejar de ser operativo justo ahora. Él inclina la cabeza a modo de despedida y se aparta para dejar pasar a los últimos alumnos.

Yo salgo del aula con el corazón comportándose como si acabara de bajar corriendo diez pisos y una certeza incómoda: el máster acaba de empezar y el problema también.

Capítulo 2

No debería estar pensando en él, ni con esta insistencia absurda que convierte una conversación breve en algo que se repite una y otra vez en mi cabeza como si escondiera algo que no termino de descifrar, como si en lugar de haber salido de un aula universitaria hubiera salido de una escena que no entiendo del todo.

Bajo las escaleras del edificio mezclándome con el resto de los estudiantes, sintiendo el aire frío de Nueva York golpearme la cara, algo que, en otro momento, me habría resultado incluso agradable, pero que ahora solo consigue volver más nítido algo que preferiría difuminar.

—Tenía una segunda réplica.

No es la frase en sí lo que me molesta, ni siquiera el hecho de que sea cierta, porque lo es y lo sé, sino la forma en que la ha dicho, como si no fuera una observación, sino algo que tuviera la certeza de que es verdad.

Cruzo la calle cuando el semáforo cambia, esquivando a dos chicos que bajan hablando demasiado alto y rápido, y aprieto la carpeta contra el cuerpo en un gesto automático que no tiene nada que ver con el frío. Me molesta que tenga razón, no haber dicho lo que pensaba y, sobre todo, que él se haya dado cuenta.

La cafetería de la esquina está llena, así que continúo caminando un poco más hasta encontrar un local más pequeño, con menos

gente y menos ruido. Pido un café y me siento junto a la ventana, dejando el bolso en la silla de al lado y sacando el cuaderno como si tuviera intención real de hacer algo productivo con él, pero no lo hago. Me limito a abrirlo, paso una página en blanco y me quedo mirándola con la sensación de que estoy entre lo que se supone que estoy haciendo aquí y todo lo que he dejado atrás para poder hacerlo.

Hace un año, a esta misma hora, mi vida era muy distinta. No necesariamente mejor, ni más feliz, pero sí más definida, estable y parecida a algo que podía explicar sin tener que pensarme demasiado las palabras. Sin embargo, ahora todo lo que tengo es un aula nueva, un cuaderno vacío y la necesidad constante de demostrarme que no he llegado tarde a nada.

Cierro el cuaderno de golpe con la convicción de que hoy no voy a pensar en eso y menos por un profesor que ni siquiera forma parte de mi vida. Bebo un sorbo de café y dejo el vaso sobre la mesa.

—Ashley.

Levanto la vista, sorprendida de que alguien pronuncie mi nombre en un sitio donde todavía no conozco a nadie y me encuentro con la chica rubia de clase, que está apoyada frente a la mesa, con el portátil apoyado contra la cadera y una sonrisa que parece demasiado natural para la hora que es.

—¿Te importa si me siento? Está imposible encontrar sitio en este local.

—Claro.

Se sienta sin dudar, acomodándose con una facilidad que envidio un poco.

—Soy Claire.

—Ashley.

—Lo sé —responde, y hay algo en su tono que no es incómodo,

pero sí ligeramente curioso—. Te he visto en clase.

Perfecto.

—¿También estás en el módulo de Hummer?

Asiento, llevándome el café a los labios para ganar un segundo.

—Sí.

Claire deja escapar una risa breve.

—Dicen que es el más exigente del programa.

—Se nota.

—Y que no aprueba a nadie sin hacerle sudar primero.

—Eso también se nota.

Me observa un instante, evaluando algo que no sé exactamente qué es.

—A ti no ha parecido afectarte mucho.

Bajo la mirada al vaso.

—El curso acaba de empezar.

—Le plantaste cara.

—Respondí a una pregunta —le respondo encogiéndome de brazos.

—Le rebatías.

—Porque no estaba de acuerdo.

Claire sonríe como si eso fuera más interesante de lo que debería.

—No es lo habitual.

—Tampoco me preocupa serlo.

La respuesta me sale en un tono más firme de lo que pretendía, pero no la retiro y ella asiente sin insistir.

—Bueno, mejor —dice—. Así no soy la única que va a sufrir este semestre.

No tiene pinta de sufrir demasiado, pero no lo digo.

Llego a la siguiente clase con tiempo, lo cual ya es una señal

bastante clara de que algo no está funcionando como debería, porque yo no suelo adelantarme a nada que no sea imprescindible. Me siento en el mismo sitio que ayer, aunque sé que no debería hacerlo, porque cambiar de sitio sería lo más lógico si quisiera pasar desapercibida de verdad, pero no lo hago.

Saco el cuaderno, lo abro con cuidado y escribo la fecha en la parte superior de la página, concentrándome en ese gesto mínimo como si pudiera anclarme a algo estable. Hoy no voy a intervenir.

—Buenos días. —Levanto la vista antes de poder detenerme y lo veo sin abrigo, con una camisa gris y con las mangas ligeramente remangadas—. Ayer hablamos de poder —dice mientras escribe en la pizarra con una caligrafía limpia—. Hoy vamos a ver cuánto dura cuando alguien decide no aceptar sus condiciones.

Subrayo la frase sin darme cuenta y respiro hondo en un intento de concentrarme.

La dinámica de la clase anterior se repite durante los primeros minutos: preguntas lanzadas al grupo, silencios y respuestas que no acaban de ser del todo correctas.

—Ashley Hodds. —El sonido de mi nombre escapándose de su garganta hace que alce la cabeza al instante.

—Sí.

—Retomemos lo de ayer —dice—. Si ninguna de las partes puede retirarse sin perder, ¿dónde está la ventaja?

Podría simplificar mi respuesta y responderle sin arriesgarme, pero… como siempre, no lo hago

—En la información —digo—. En quién entiende mejor qué necesita el otro.

—Eso es evidente.

—Entonces, en quién es capaz de hacer creer que no lo necesita —añado, manteniendo la voz estable y apretando el bolígrafo entre

mis dedos.

—¿Hacer creer? —pregunta dando un paso hacia adelante para acercarse más hasta donde estoy yo.

—Sí. Si ambos pierden algo, la ventaja está en generar duda sobre el coste real de ese acuerdo.

Fija la mirada en mí un segundo más de lo razonable.

—Interesante —dice finalmente y se gira hacia la pizarra y continúa como si nada.

El resto de la clase transcurre sin que vuelva a dirigirse a mí, aunque eso no significa que desaparezca de mi campo de atención, sino más bien lo contrario, porque ahora soy demasiado consciente de cuándo está cerca, de cuándo no, de cuándo evita mirarme y de cuándo no lo logra.

Cuando termina, recojo mis cosas con rapidez, evitando quedarme más tiempo del estrictamente necesario en la misma aula que él.

—Señorita Hodds.

Me detengo antes de girarme.

—Sí.

Está a unos metros, apoyado ligeramente en la mesa, observándome con la misma calma con la que observa todo.

—Si va a intervenir, hágalo completo.

Frunzo el ceño.

—No le entiendo.

—Ayer se guardó una parte… Hoy también.

—No sabía que se dedicaba a medir la extensión de mis respuestas.

—No lo hago.

—Entonces, no veo el problema.

Su mirada no cambia.

—Decide hasta dónde llegar antes de empezar.

Ahí está, me lo suelta directo y sin rodeos.

—Es una forma de no mantenerlo todo bajo control —respondo, sosteniéndole la mirada.

—Pues déjeme decirle que aquí eso no le va a servir.

—Lo tendré en cuenta —respondo recogiendo mi bolso.

—Ashley —me llama y me detengo en seco—. No está aquí para pasar desapercibida.

—Eso está por ver —le respondo mirándole a los ojos.

Salgo del aula sin decir nada más, pero con una sensación de incomodidad clara. Hasta ahora tenía claro cómo iban a ser las cosas: venir a clase, hacer mi trabajo, no llamar la atención y marcharme. Sin embargo, en algún momento, eso ha dejado de estar tan claro. No obstante, lo peor no es haber perdido el control, sino no estar segura de querer recuperarlo.

Capítulo 3

No debería haber salido tan rápido del aula, ni con esa sensación de estar escapando de algo que no sabría explicar si alguien me lo preguntara, como si en lugar de terminar una clase hubiera dejado a medias una conversación que no debería haber empezado.

Bajo las escaleras e intento diluirme en el movimiento constante que tiene Nueva York incluso dentro de los edificios, pero sin conseguirlo del todo, porque sigo demasiado consciente de lo que acaba de pasar, de cómo ha sido, de lo fácil que ha resultado perder el control.

Doblo la esquina del pasillo y me detengo frente a una de las máquinas de café, más por inercia que por necesidad, pero aun así saco una moneda y la introduzco, como si ese gesto pudiera ordenar algo dentro de mí. El vaso cae con un golpe seco, pulso el botón y espero mientras intento no pensar, aunque no lo consigo.

—No parece necesitar más café.

Su voz me llega antes de que lo vea, y ese pequeño desfase, ese instante en el que sé quién es antes de girarme, basta para que algo en mi cuerpo se tense. Levanto la cabeza y lo encuentro apoyado en la pared y a unos metros de mí como si no llevara ahí el tiempo suficiente para que su presencia deje de ser casual.

—Puede que no —respondo, recogiendo el vaso—, pero tampoco parece una mala idea.

Se separa ligeramente de la pared y da un paso hacia delante, sin acercarse más de lo necesario, pero lo suficiente como para que la distancia deje de ser completamente neutra.

—O puede que sea una excusa.

Alzo una ceja, sosteniéndole la mirada un segundo más de lo que sería recomendable.

—¿Para qué?

—Para no ir directamente a donde iba.

La respuesta no tiene énfasis, ni intención evidente de provocarme, pero el efecto es exactamente ese, porque no es una suposición al azar, sino una conclusión, y no me gusta lo fácil que le resulta llegar a ellas cuando se trata de mí.

Bajo la mirada al café, porque necesito un segundo para decidir cómo quiero decirlo.

—¿Y usted siempre analiza a la gente en los pasillos o solo cuando se cruza conmigo?

—No siempre —dice tras un momento—. Solo cuando merece la pena. Bebo un sorbo de café para disimularlo, aunque ya no lo necesito.

—Entonces espero estar a la altura de su análisis.

—No parece preocuparle demasiado.

—Depende del día.

—¿Y hoy?

—Hoy tengo cosas más importantes en las que pensar —digo, levantando la mirada para sostener la suya.

Asiente despacio, aunque algo en su expresión sugiere que no termina de aceptar la respuesta tal cual.

—Eso es bueno.

—¿El qué?

—Que tenga prioridades.

Me apoyo ligeramente contra la máquina, sujetando el vaso entre las manos como si necesitara ese punto de apoyo para no quedarme demasiado quieta.

—No estoy segura de que eso le incumba.

—No —admite—. No me incumbe.

Nos quedamos un instante en silencio.

—No suele quedarse en los pasillos —dice de pronto.

Parpadeo, desconcertada.

—¿Perdón?

—Sale de clase y se va.

—¿Eso también forma parte de su análisis?

—Forma parte de prestar atención.

Aprieto ligeramente el vaso entre los dedos.

—No sabía que eso entrara dentro del programa de la asignatura.

—No entra.

—Entonces quizá debería limitarse a lo que sí entra —le digo con más firmeza de la que esperaba, aunque él no parece ofenderse, ni siquiera sorprenderse

—Podría hacerlo —dice—, pero entonces me perdería parte de la información.

Suelto una pequeña exhalación que se queda a medio camino de una risa.

—¿Y eso sería un problema?

—Depende de lo que esté buscando.

—Supongo que en este caso no tiene nada que buscar.

—Supone muchas cosas.

—Es lo más práctico.

—No siempre lo práctico es lo correcto.

—¿Y lo correcto qué sería? —le pregunto mirándole

directamente.

—Eso depende de lo que esté dispuesta a cuestionar.

Desvío la mirada hacia el pasillo, donde un par de estudiantes pasan hablando en voz baja, y por un segundo agradezco ese ruido que rompe algo que empezaba a ponerse más tenso de lo conveniente.

—No creo que esto tenga que ver con una clase —digo al fin.

—No lo tiene —me responde de inmediato.

—Entonces, no entiendo por qué estamos teniendo esta conversación —le respondo y vuelvo a mirarle.

Y ahí, por primera vez desde que empezó a hablar conmigo fuera del aula, algo cambia, no tanto en lo que dice, sino en cómo lo dice.

—Porque usted tampoco se ha ido.

No tengo una respuesta inmediata que no suene defensiva o que no confirme algo que no quiero confirmar. Aprieto la carpeta contra el cuerpo.

—Tenía que coger café —suelto al fin.

—Claro.

—Debería irme —digo, más para romper este momento que por verdadera necesidad.

—Probablemente.

Asiento una vez y doy un paso hacia un lado, aunque él no se aparta. Paso a su lado sin rozarlo, aunque soy plenamente consciente de la distancia que nos separa, de cómo mi cuerpo reacciona a algo que no tiene sentido en este contexto.

Sigo caminando sin girarme porque no debo hacerlo, pero lo hago solo un instante y veo que él continúa apoyado contra la pared, observándome con calma. Aparto la mirada y doblo la esquina con la certeza de que esto no va a quedarse en el aula.

Capítulo 4

No debería haberle escrito. Lo sé en cuanto envío el correo, en ese segundo exacto en el que el mensaje desaparece de la pantalla y pasa a formar parte de algo que ya no puedo controlar, como si el simple hecho de haber pedido una tutoría fuera, en realidad, una forma bastante evidente de acercarme a un lugar que llevo días intentando evitar. No es una excusa académica o no del todo, porque el trabajo que tenemos que entregar es lo suficientemente complejo como para justificar una revisión, pero no tanto como para que sea imprescindible. Podría haberlo resuelto sola, lo sé y él también lo sabe, pero, aun así, le escribo y él responde de forma breve, directa y sin una sola palabra de más.

«Mañana. 16:30. Despacho 3.12».

No añade nada más porque no hace falta.

Al día siguiente, llego con cinco minutos de antelación que se convierten en tres, porque me detengo frente a la puerta más tiempo del razonable, con la carpeta sujeta contra el pecho y la sensación de estar a punto de entrar en algo que no tiene que ver únicamente con un trabajo académico. Me repito que no pasa nada, que solo es una tutoría y llamo con los nudillos.

—Adelante.

Abro la puerta y entro. El despacho es más pequeño de lo que esperaba, pero encaja con él: ordenado, sin elementos innecesarios,

con una mesa amplia, una estantería llena de libros y un ventanal que deja entrar la luz fría de la tarde neoyorquina.

Está de pie junto a la mesa, revisando algo en el portátil y levanta la vista cuando entro.

—Señorita Hodds.

Asiento, cerrando la puerta a mi espalda.

—Profesor.

No sonríe y yo tampoco.

—Siéntese —dice tras un instante de silencio, señalando la silla frente a la mesa.

Avanzo, dejo la carpeta sobre la superficie y me siento, intentando no pensar en lo reducido del espacio y en lo fácil que sería que cualquier movimiento resultara demasiado cercano. Él se sienta al otro lado, aunque no del todo frente a mí, sino ligeramente ladeado, como si prefiriera mantener una posición que le permita observar sin exponerse del todo.

—Ha solicitado tutoría —dice—. Supongo que hay algo concreto que quiere revisar.

Abro mi carpeta, saco el documento y lo pongo entre los dos.

—El planteamiento inicial del caso. No estoy segura de que el enfoque sea el adecuado.

—Explíquese —me pide bajando la mirada al papel.

Empiezo a hablar, señalando algunos puntos del texto, desarrollando una idea que, en condiciones normales, podría defender sin esfuerzo, pero que ahora se me escapa ligeramente entre las manos, no porque no la tenga clara, sino porque soy demasiado consciente de su presencia al otro lado de la mesa, de la forma en que escucha sin interrumpir y de cómo su atención está centrada en mí más en este espacio que en el aula.

—Aquí —digo, marcando una línea con el dedo—. Estoy

asumiendo que la otra parte va a reaccionar de forma previsible, pero no termino de verlo del todo claro.

Él no me responde de inmediato. Se inclina hacia delante. Apoya una mano en la mesa, cerca del documento, y la otra la utiliza para acercar ligeramente el papel hacia él.

—El problema no está en la previsibilidad, sino en que usted ya ha decidido qué quiere que ocurra —explica con un tono de voz más bajo, mientras sigo la línea que marca con el dedo con la mirada.

—¿Y eso es un error? —pregunto.

—Depende.

—¿De qué? —. Alzo la mirada.

—De si está dispuesta a cambiarlo cuando deje de encajar.

Nos quedamos en silencio y él sigue inclinado, lo bastante cerca como para que la distancia entre los dos pase a ser algo que noto de forma muy concreta, en cómo mi respiración cambia ligeramente sin que yo tenga intención de hacerlo.

—Podría reformularlo —digo, bajando la mirada al documento.

—Podría, pero no es solo eso —continúa—. Está intentando controlar el resultado en lugar del proceso.

Su mano se desplaza unos centímetros más sobre el papel, y en ese gesto casi insignificante, la distancia entre nosotros se reduce un poco más, pero no me aparto.

—No siempre se puede controlar el proceso —digo.

—No —admite—. Pero sí cómo se responde a lo que ocurre.

Levanto la vista otra vez y lo encuentro más cerca de lo que esperaba. Lo bastante como para que pueda distinguir el cambio mínimo en su expresión cuando nuestras miradas se cruzan de nuevo en este espacio reducido, sin el filtro del aula y sin la distancia que allí parecía mantenerlo todo en su sitio.

Ninguno de los dos dice nada y, pese a eso, algo sucede. No es

evidente ni explícito, pero se nota en cómo ninguno de los dos se mueve de inmediato.

Respiro.

Él también lo ha notado, porque algo en su mirada ha cambiado. Es él quien se aparta primero con un movimiento pequeño, pero suficiente para impedir que la situación se hubiera convertido en algo distinto. Se incorpora ligeramente y recupera la posición inicial.

—Reescriba este apartado —dice, volviendo al documento como si nada hubiera pasado—. El planteamiento es correcto, pero está demasiado condicionado.

—De acuerdo —asiento tomando el bolígrafo entre los dedos.

—Y elimine esta parte —añade, señalando otro punto—. No aporta nada.

Anoto sin discutir y sin mirarle.

—¿Algo más? —pregunto al cabo de unos segundos.

—De momento, no.

—Gracias —digo, cierro la carpeta con cuidado y me pongo de pie.

—Para eso estoy —me responde apretando los labios.

Doy un paso hacia la puerta mientras todo recupera esa forma que debería haber tenido desde el principio y apoyo la mano en el pomo.

—Ashley.

Me detengo, aunque no me giro de inmediato.

—Sí.

—No intente resolverlo todo antes de empezar.

Cierro los ojos un instante y asiento.

—Lo tendré en cuenta.

Salgo del despacho sin mirar atrás con la certeza de que ha sido él quien ha puesto el límite y no estoy segura de que lo haya hecho

solo por mí.

Capítulo 5

No cambia de un día para otro, o al menos no de una forma evidente, no con un gesto concreto que pueda señalar y decir *ahí ha pasado algo*, sino de una manera mucho más sutil. Lo noto en la siguiente clase, por cómo entra y evita mirarme. No es que antes lo hiciera de manera evidente, tampoco es eso, pero había momentos, en los que su atención se detenía lo justo en mí como para que fuera consciente de ello. Ahora su mirada pasa por encima de mí como si yo fuera una más y no hubiera ocurrido nada en la tutoría. Supongo que es lo que querría, pero no lo es.

Me siento en el mismo sitio, aunque durante un momento me planteo cambiarme como para romper cualquier línea directa entre los dos, pero no lo hago, porque hacerlo sería admitir que algo ha cambiado, y no estoy dispuesta a concederle eso. Así que saco mi cuaderno, lo abro y escribo la fecha con una calma que no siento del todo.

—Continuamos con el caso de la semana pasada —dice con su tono habitual y tan preciso como siempre.

Explica, pregunta, corrige. Todo igual, aunque, pese a eso, algo falla, pero no en él sino en mí, en cómo estoy yo en la clase. Levanto la vista un par de veces y él no me mira, ni siquiera cuando intervengo.

—Ashley Hodds.

El sonido de mi nombre en sus labios no me sorprende, ni su forma de decirlo. Lo que me desconcierta es que, cuando alzo la cabeza, su mirada ya no está en mí sino en el grupo.

—¿Su planteamiento?

Habla como si mi respuesta fuera una más entre muchas, no como antes. Yo le contesto de forma correcta, precisa y sin añadir nada que no sea necesario. No le doy margen.

—Bien —asiente sin hacer ninguna observación.

Sigo tomando apuntes, aunque ya no anoto nada relevante sino solo palabras sueltas que no tienen demasiado sentido cuando las leo después.

Martin también cambia fuera de clase o, mejor dicho, deja de existir. A pesar de que coincidimos un par de veces en el pasillo, una al salir de clase y otra al ir hacia la biblioteca. En ambas ocasiones me ve, pero se limita a hacer un gesto leve con la cabeza. Nada más y sigue caminando. No debería importarme, porque eso es lo que tendría que haber pasado desde el principio. Es lo lógico y lo correcto, sin embargo, hay algo en la forma de querer eliminar todo resto de lo que ocurrió en el despacho que no termina de cuadrar.

—Estás rara.

Levanto la vista del portátil y encuentro a Claire observándome desde el otro lado de la mesa de la biblioteca, con el bolígrafo apoyado contra los labios y una expresión que no es inquisitiva, pero sí lo bastante atenta como para que no pueda fingir que no ha dicho nada.

—No estoy rara.

—Lo estás.

—Estoy cansada.

Claire no parece satisfecha con mi respuesta.

—Llevas diez minutos leyendo la misma página.

Bajo la mirada a la pantalla y tiene razón, pero no digo nada.

—¿Es por el profesor Hummer?

—No.

—Sí, sí que lo es —insiste.

—No, que te digo que no.

Claire apoya el codo sobre la mesa.

—Te he visto en clase.

—Eso no significa nada.

—Significa que antes hablabais y ahora no.

—Hablábamos en clase —le respondo cerrando el portátil.

—Y fuera también.

—No —contesto mirándola a los ojos.

Claire alza una ceja.

—Vale.

Ese «vale» no significa que me crea, sino que ha decidido no insistir, lo cual, en este caso, agradezco.

—No pasa nada —añado, con un tono que suena más convincente de lo que esperaba—. Es un profesor. Ya está.

—Si tú lo dices… —me responde sosteniéndome la mirada.

«No pasa nada». Me repito mientras recojo mis cosas y salgo de la biblioteca. Es lo normal y lo que debería haber sido desde el principio, sigo repitiéndome mientras salgo a la calle y una bocanada de aire frío me arremolina el pelo. Me ajusto el cuello del abrigo y empiezo a caminar hasta que me detengo frente a un escaparate, porque necesito un instante de pausa, pero de nuevo, sin querer, pienso en ello e imagino otra versión de esto, otra conversación, en otra forma de mirar… Aprieto los labios y sigo caminando, pero ahora más rápido, como si de esa manera pudiera dejarlo atrás, pero tampoco lo logro.

Al día siguiente vuelvo a clase con una idea clara, aunque

cuando me siento en mi sitio y todo empieza, siento que lo que tengo en la cabeza es mucho más difícil de llevar a cabo de lo que creía: no intervenir más de lo necesario, ni ver nada más allá en la forma de comportarse de Hummer y limitarme a responder a lo que sea estrictamente académico.

Él explica, plantea preguntas, corrige respuestas y mantiene todo con una precisión que no deja margen para lo innecesario, y yo hago lo mismo respondiendo cuando toca, sin levantar la vista más de lo imprescindible y sin buscar su mirada en ningún momento, aunque lo cierto es que tampoco la encuentro. Sin embargo, es precisamente en mitad de una clase que no tiene nada de diferente en apariencia, cuando lo entiendo: no es casualidad, ni un cambio sin más, sino una decisión suya perfectamente ejecutada.

Cierro el cuaderno al final de la sesión, recojo mis cosas y me levanto sin detenerme y salgo de la clase. Esta vez no hay duda, Hummer ha marcado el límite y está claro. Pese a eso, soy yo la que ha decidido que no va a acercarse a él, ni ahora ni después.

Capítulo 6

Debería haberlo visto venir desde el momento en que anunció que el siguiente caso no se resolvería de forma individual, sino en parejas, porque alguien como Martin Hummer no improvisa ese tipo de cosas y, desde luego, no las plantea sin tener muy claro qué pretende observar con ellas. Aun así, cuando pronuncia mi nombre en clase y lo enlaza con el de Claire, siento el alivio de haber esquivado algo peor, y después, casi de inmediato, la incomodidad de descubrir que me he relajado demasiado pronto.

—No, perdón —interviene Claire, levantando la mano con una mueca de disculpa—. Yo tengo que cambiar el horario de tutoría de los jueves, porque me coincide con el trabajo. Se lo dije ayer por correo electrónico.

Martin consulta algo en la tableta que tiene sobre la mesa, asiente una sola vez y vuelve a mirar al grupo.

—Cierto. Entonces, Hodds trabajará conmigo.

Al escuchar lo que acaba de decir, siento cómo el estómago se me encoge antes de que pueda evitarlo. No dice nada más ni lo justifica y continúa la explicación como si no hubiera ocurrido nada.

—El objetivo del ejercicio —sigue hablando, ajeno o fingiendo serlo— es construir una estrategia de negociación a partir de una posición débil y hacerla parecer sostenible. Quiero estructura y capacidad de corrección sobre la marcha. El viernes expondrán sus

conclusiones.

Abro el cuaderno, escribo el título del caso y noto que la tinta tarda una fracción de segundo más de lo normal en asentarse sobre el papel, como si incluso mi mano necesitara procesar el cambio antes de ponerse a funcionar.

«No pasa nada», me digo para mí en un intento de relajarme. «Es solo un trabajo». Sin embargo, llevo toda la clase con la sensación incómoda de que él ha hecho lo justo para obligarme a entrar otra vez en un espacio del que llevaba días intentando salir.

Al terminar, la mayoría de mis compañeros recoge con prisa, mientras yo cierro el cuaderno con cuidado, meto el bolígrafo en el bolso y me pongo en pie con la intención bastante clara de salir del aula antes de que me dé tiempo a pensar demasiado en lo que ha sucedido.

—Hodds —escucho que me llama y alzo la mirada hasta él.

—Mañana, después de clase nos encontraremos en la biblioteca. Quiero que me des una propuesta inicial antes de empezar a desmontarla.

Lo miro durante un momento, que quizá debería haber sido más corto.

—Qué motivador.

La comisura de su boca se mueve un poco, tan poco que podría haberlo imaginado.

—Procure sobrevivir al entusiasmo.

No le respondo y me limito a coger mi bolso del respaldo de la silla y salgo del aula.

Al día siguiente, la biblioteca está demasiado llena para ofrecer refugio y demasiado silenciosa para servir de distracción, así que me instalo en una de las mesas del fondo con el portátil abierto, el caso impreso a un lado. Hummer llega puntual, se sienta frente a mí, deja

la carpeta sobre la mesa y se quita el abrigo sin prisa.

—Supongo que ha leído el caso.

—Supone bien.

—Es un comienzo.

Abro el portátil y giro ligeramente la pantalla hacia él.

—He planteado tres líneas posibles. La primera consiste en asumir la debilidad inicial y desplazar el foco hacia el coste reputacional del otro lado si decide romper.

Se inclina un poco para leer lo que hay escrito en la pantalla. Aun así, en esa mesa estrecha su movimiento es suficiente para hacerme consciente de la distancia de nuestros cuerpos y de su perfume.

—Es una posibilidad —dice cuando acaba de leer—, pero sigue negociando desde la amenaza.

—No exactamente, lo hace desde el contexto.

—Es una amenaza camuflada.

—O una verdad incómoda.

Levanta la vista del texto y la fija en mí.

—Le gustan demasiado las verdades incómodas.

No sé si lo dice por el caso o por mí, y quizá lo peor es que él tampoco parece tener ninguna prisa por aclararlo.

—Suelen ser más útiles que las cómodas.

Pasa una página del documento que tengo sobre la mesa, señala un párrafo con el índice y vuelve al portátil.

—Aquí se equivoca.

—Qué sorpresa.

—Asume que la otra parte valora su imagen pública por encima del resultado económico, pero eso no siempre ocurre.

—No siempre, pero aquí sí.

—¿Porque lo dice usted?

—Porque lo sugiere el caso.

Se recuesta ligeramente en la silla, observándome en silencio.

—No le gusta que la corrijan —me suelta sin ironía, lo que me irrita más.

—A nadie le gusta.

—No. Pero usted lo convierte en un deporte.

Cierro el portátil con más suavidad de la que me gustaría en este momento.

—Y usted disfruta provocándolo.

—Si la provoco, no es a propósito.

Suelto una risa breve y seca.

—Claro.

Algo cambia en la manera en la que la conversación deja de centrarse en el caso y empieza a caminar por otro sitio menos seguro.

—Lleva días enfadada —dice.

—No estoy enfadada —le respondo fijando los ojos en él.

—Está irritada.

—Qué capacidad de observación.

—No demasiada, porque en su caso no hace falta mucho esfuerzo.

Sé que debería dejarlo pasar, limitarme a abrir de nuevo el portátil y volver al trabajo, pero no lo hago.

—Entonces, ilumíneme —digo, apoyando los antebrazos sobre la mesa—. ¿Qué ha observado exactamente?

—Que desde la tutoría responde como si todo fuera una defensa preventiva —me responde con la mirada fija en mí y eso me tensa.

—Y usted, desde la tutoría, actúa como si no hubiera pasado nada.

Ambos nos quedamos un instante en silencio hasta que él se

atreve a hablar primero.

—No pasó nada.

La frialdad de su frase se me clava en un sitio que detesto reconocer incluso para mí.

—Entonces, perfecto —respondo—. Ya estamos de acuerdo.

Voy a abrir el portátil otra vez, pero él apoya la mano sobre la tapa antes de que pueda hacerlo.

—Ashley.

La forma en que dice mi nombre, en lugar de llamarme «señorita Hodds», hace que me quede quieta, aunque no quiera.

—No convierta esto en algo que no es.

Levanto la mirada despacio.

—No lo estoy haciendo yo.

Mi frase queda suspendida sobre nuestras cabezas con una claridad tan incómoda que desearía no haberla dicho. No porque no sea cierta, sino porque lo es demasiado.

—Estamos aquí por un trabajo —dice apartando la mano de mi portátil y con la mandíbula tensa.

—Entonces, hablemos del trabajo.

—Eso intento.

—No —replico, incapaz ya de fingir calma—. Usted intenta decidir en qué momento esto es solo académico y en cuál no. Y lo hace como si yo tuviera que seguirle el ritmo sin más.

Sus ojos se quedan fijos en mí.

—No sabe de qué está hablando.

La respuesta me llega como algo que ya he oído antes en otra voz, en otro contexto, con otro hombre sentado demasiado cerca diciéndome qué estaba entendiendo mal y qué parte de la historia tenía que aceptar para que todo siguiera en pie.

Me obligo a respirar antes de contestar.

—No, profesor. Lo que pasa es que eso ya me lo sé —no añado nada más, porque no hace falta, porque me entiende, aunque no conozca el contexto completo.

—Ashley… —empieza.

Pero yo ya estoy guardando el portátil.

—Terminemos el trabajo mañana —digo, levantándome—. Cuando vuelva a ser solo eso.

No espero a que me responda. Cojo la carpeta y salgo de la sala con una dignidad tensa que apenas me sirve para sostenerme hasta el pasillo. Solo cuando me alejo lo suficientes, me permito soltar el aire.

Capítulo 7

Al día siguiente llego a clase con la sensación desagradable de haber dormido sin descansar, como si mi cuerpo hubiera pasado la noche entera dando vueltas alrededor de algo que mi cabeza todavía no quiere mirar de frente. Me siento en mi sitio, saco el cuaderno y trato de refugiarme en la rutina, que normalmente me ayuda a mantener todo en orden, aunque hoy ni siquiera eso me funciona.

Martin entra en el aula, deja el abrigo sobre la silla, apoya la tableta en la mesa y empieza la clase sin mirar a nadie en particular.

—Hoy vamos a hablar de concesiones —dice mientras escribe la palabra en la pizarra—, de cuándo hacerlas, de cuándo solo aparentarlas y de lo que ocurre cuando una de las partes insiste en sostener algo que ya no se sostiene.

Anoto la frase en mi libreta sin pensar, aunque algo en ella me atraviesa de una forma que no me gusta. No porque esté hablando de mí, porque no lo está, sino porque hay días en los que una palabra es suficiente para tocar algo de tu interior que preferirías que no lo hiciera.

—Uno de los errores más comunes en cualquier negociación —continúa— es confundir insistencia con fortaleza. A veces no se sigue adelante porque uno crea de verdad en su posición, sino porque admitir que ya no funciona le costaría más que seguir fingiendo.

Mi bolígrafo se detiene un instante sobre el papel y Claire, que

está sentada a mi lado, me da un leve roce con el codo.

—¿Estás bien? —murmura.

Asiento sin mirarla.

—Sí.

No creo que me crea, pero tampoco insiste, porque Martin acaba de lanzar una pregunta al grupo. Varias personas responden. Él corrige, matiza y desmonta argumentos con su habitual seguridad.

—A veces, el problema no es que la otra parte mienta —vuelve a hablar, apoyándose ligeramente en la mesa—, sino que uno ya había decidido creerla.

La frase se me clava en el pecho de una forma que, durante un segundo, el aula desaparece.

Parpadeo y la página sigue abierta delante de mí. La pizarra sigue al fondo y Nueva York, al otro lado de las ventanas. Sin embargo, yo tardo un poco más de la cuenta en volver.

—Ashley Hodds.

Levanto la cabeza y veo que esta vez sí me está mirando.

—¿Puede resumir la diferencia entre concesión táctica y rendición encubierta?

Sé la respuesta. La sabría cualquier otro día sin pensarlo siquiera, pero durante un instante lo único que noto es el peso del silencio cayendo sobre mí.

—La concesión táctica busca mantener margen —digo al fin, con la voz algo más baja de lo habitual—. La rendición encubierta consiste en aceptar una pérdida como si formara parte del plan para no admitir que ya se ha perdido el control.

En cuanto termino, entiendo que la última parte no ha sonado académica sino demasiado personal.

—Exacto —responde sin apartar la mirada de mí.

No añade nada más, ni corrige ni desarrolla la idea y, por alguna

razón, esa ausencia de comentario me deja más expuesta que cualquier réplica.

La clase sigue adelante, pero yo ya no consigo concentrarme del todo. Tomo apuntes por inercia, aunque la letra me sale peor de lo normal y hay frases enteras que apenas recuerdo haber escrito. Cada vez que levanto la vista, tengo la impresión de que Martin ya no me mira igual, aunque tampoco sabría explicar exactamente qué ha cambiado. Cuando por fin termina la sesión, recojo mis cosas con más rapidez de la habitual, cierro el portátil, guardo el bolígrafo y me pongo en pie con la única intención de salir de allí antes de que nadie me diga nada.

—Ashley.

Me quedo quieta al escuchar mi nombre. La mayoría de mis compañeros ya han salido del aula, Claire murmura algo sobre esperarme abajo y desaparece antes de que llegue a responderle. Cuando levanto la cabeza, Martin sigue junto a la mesa, observándome.

—Quédese un momento.

No discuto, dejo mi bolso sobre la silla y lo miro.

—¿Sí?

—No era una pregunta difícil.

Su frase, en otro tono, me habría irritado, pero la forma en que la dice cambia por completo el golpe. No hay ironía ni superioridad en lo que me ha dicho sino solo una observación precisa.

—Ya —respondo apretando los puños.

—Y, aun así, ha tardado en responder.

No contesto, porque cualquier respuesta que le diera me dejaría en una posición que no quiero ocupar delante de él.

Martin rodea la mesa, aunque sin acercarse demasiado, pero lo suficiente como para que la distancia entre los dos deje de ser del

todo cómoda.

—Ashley.

La segunda vez que dice mi nombre suena menos académica y más directa.

—No hace falta que lo analice —murmuro antes de poder evitarlo.

Sus ojos siguen fijos en mí.

—No lo estoy haciendo.

Suelto una risa breve y sin humor.

—Claro —ironizo.

—Entonces, dígame qué ha pasado.

—No ha pasado nada.

—Eso no es verdad.

Levanto la mirada de golpe.

—¿Y ahora qué? ¿También va a decirme lo que sé y lo que no?

—No.

—Pues lo parece.

Nos quedamos en silencio y noto una mezcla insoportable de rabia, vergüenza y cansancio subiéndome por el pecho, y antes de que pueda medir del todo mis palabras, ya las estoy soltando.

—A mí lo que me molesta es que algunos hombres crean que pueden decidir cuándo una mujer está preparada para ver las cosas como ellos quieren.

La frase queda suspendida sobre nuestras cabezas. La verdad es que no pensaba decirla, pero ya lo he hecho y no hay vuelta atrás. Martin no responde enseguida y antes de hacerlo algo cambia lo justo en su expresión para que entienda que ha oído más de lo que he dicho.

Bajo la mirada un segundo, más enfadada conmigo misma que con él, y cierro la cremallera del bolso con un gesto seco.

—Olvídelo.

—No.

Levanto la cabeza otra vez y lo miro.

—No voy a olvidarlo, pero tampoco voy a pedirle que me lo explique.

No insiste, ni convierte mi frase en una puerta que tenga derecho a cruzar y precisamente por eso noto cómo algo dentro de mí cambia lo suficiente para volverlo más peligroso.

—Bien —digo y me cuelgo el bolso del hombro.

No sé muy bien qué significa esa palabra en este momento, pero es la única que encuentro. Él asiente y se aparta lo justo para dejarme pasar. Camino hacia la puerta, aunque antes de salir vuelve a llamarme.

—Ashley.

No me giro del todo.

—No vuelva a quedarse sola con una frase que le hace daño.

No le respondo y salgo del aula con el pulso y la respiración alterados. Cruzo el pasillo y sigo caminando con la certeza de que ya no soy solo una alumna para él.

Capítulo 8

No debería haber vuelto a quedarme sola en el aula con él. Claire me ha escrito hace cinco minutos para decirme que se iba directa al trabajo y que mañana me cuenta qué le parece el nuevo caso, como si mi problema en este momento fuera el caso.

Podría irme, de hecho, es lo que debería hacer, porque no hay nada que me obligue a quedarme, nada académico, ni razonable, ni que pueda justificar después con una explicación adulta. Y, aun así, sigo metiendo papeles en la carpeta como si necesitara ordenar primero algo dentro de mí antes de poder cruzar la puerta de la clase.

—Ashley.

No levanto la vista enseguida. Termino de guardar el bolígrafo, cierro la cremallera del bolso y solo entonces lo miro. Está junto a la mesa, sin el abrigo, con las mangas de la camisa ligeramente remangadas y una expresión contenida que ya no me engaña, porque hace tiempo que he aprendido que en él la calma no siempre significa distancia. A veces, significa exactamente lo contrario.

—¿Sí?

No me acerco y él tampoco lo hace.

—Necesitamos hablar del viernes.

La frase es tan correcta que casi me hace sonreír.

—Qué casualidad. Yo pensaba que necesitábamos hablar del

caso.

Algo se mueve apenas en su boca, aunque tan poco que no llega a ser una sonrisa.

—También.

Debería conformarme con eso, con el margen que me está dando, con la posibilidad de dejar la conversación en un terreno seguro y fingir que sigue siendo suficiente. Sin embargo, llevo demasiados días andando alrededor de lo mismo como para volver a esconderme detrás de una carpeta.

—No —digo, cerrando el bolso del todo—. Del caso no, de esto.

Martin deja la tableta sobre la mesa y me sostiene la mirada.

—Ashley...

—No —lo interrumpo antes de que pueda llevarme otra vez a un sitio donde todo suene limpio y correcto—. O hablamos claro de una vez o dejamos de fingir que esto sigue siendo solo académico.

Sus ojos no se apartan de mí, aunque algo se endurece ligeramente en su expresión, no por enfado, sino por contención.

—No debería estar teniendo esta conversación con usted.

La frase me atraviesa con tanta fuerza que me obliga a apretar la correa del bolso entre los dedos.

—Pues no la tenga.

Él exhala despacio, como si durante un momento se obligara a elegir cada palabra antes de decirla.

—Sabe perfectamente que no es tan sencillo.

Suelto una risa breve, sin humor.

—No, profesor. Lo que sé es que unas veces actúa como si no pasara nada y otras me mira como si estuviera a punto de pasar demasiado y estoy cansada de seguirle el ritmo.

La última frase queda un poco más viva en el aire de lo que me gustaría, pero no la retiro, porque no quiero retirarla. Ya he cedido

demasiado terreno a la prudencia y no me ha servido de nada. Martin baja la mirada un instante, se pasa una mano por la mandíbula y vuelve a mirarme.

—No estoy jugando con usted.

—Entonces, explíqueme qué está haciendo.

—Intentando poner límites.

—¿Y le está funcionando?

No me responde y ahí sé que he dado en el clavo. Doy un paso hacia la mesa antes de pensar si debería hacerlo o no.

—Porque desde fuera no lo parece —añado, con la voz más baja.

Él no se mueve.

—Ashley, no convierta esto en algo más difícil.

—Ya lo es.

—No solo para usted.

Su frase me deja quieta y lo miro. Él sigue sosteniéndome la mirada sin apartarse, y por primera vez desde que empezó todo tengo la certeza de que no soy la única que llega a este punto con la sensación de que se me está yendo de las manos.

—Entonces, dígalo —murmuro.

—¿Qué quiere que diga?

—La verdad.

Martin se queda inmóvil. No por falta de respuesta, sino por exceso de ella. Lo veo en la tensión de su mandíbula, en cómo baja la vista a mi boca antes de volver a mis ojos, como si detestara haber hecho ese recorrido y no pudiera impedirlo.

—La verdad —dice al fin, con un tono de voz más grave— es que esto tendría que haber terminado en la tutoría.

No esperaba esa respuesta y, precisamente por eso, noto que me impacta con más fuerza.

—Pero no terminó.

—No.

No sé quién se mueve primero. Tal vez sea yo cuando dejo el bolso sobre una silla sin apartar la vista de él. Tal vez sea él, cuando rodea la esquina de la mesa con un paso corto, como si todavía confiara en que acercarse despacio hiciera menos real lo que está pasando. Se detiene frente a mí, aunque ninguno de los dos nos tocamos. Sin embargo, la distancia entre los dos ya no es la que era hace unos segundos, y eso basta para que mi respiración se agite y para que la suya se vuelva un poco más lenta.

—Martin... —digo, y su nombre en mi boca suena distinto a todo lo anterior.

—No debería haber dicho eso.

—No.

—Ni usted tendría que haberme obligado.

Casi sonrío, pero no llego a hacerlo.

—No me ha costado tanto.

Esa vez sí hay algo parecido a una sonrisa en su boca, como si acabara de rendirse solo en una parte muy concreta de sí mismo. Entonces mira mi mano. Baja la vista y después la vuelve a levantar, pero ese gesto basta para que note todo el peso de mis propios dedos aferrados aún al borde de la silla. Martin mueve la mano despacio, como si todavía me estuviera dejando espacio para apartarme, pero no lo hago.

Sus dedos rozan primero los míos, apenas un contacto, que me atraviesa con mucha más intensidad de la que debería. Después me toma la mano entera, con una firmeza contenida que no intenta poseer nada. Yo no respiro o dejo de hacerlo durante un segundo.

—Esto está mal —murmura.

—Lo sé.

Pero no retiro la mano y él tampoco. Y, aun así, lo que acaba de

ocurrir no parece suficiente, porque ambos sabemos que esto ya no puede quedarse en un gesto aislado y sin consecuencias.

Martin alza su mano libre y me aparta un mechón de pelo de la cara. Sus dedos rozan mi sien, mi mejilla y se detienen un segundo justo debajo de mi oreja. Yo levanto la vista y él baja la suya.

—Dígame que pare —susurra.

No puedo, ni quiero y mi silencio es todo lo que él necesita para inclinarse y besarme. No es un beso largo, apenas un roce de labios que dura solo un instante y, aun así, me deja el cuerpo entero en suspensión, como si acabara de cruzar un umbral que llevaba días viendo de lejos sin atreverme a nombrarlo. Cuando se aparta, lo hace poco. Sigue cerca, con la frente casi rozando la mía y la mano aún en mi cara. Ninguno habla, porque no hace falta. Hemos cruzado algo y esta vez ninguno puede fingir que no lo ha hecho.

Capítulo 9

No volvemos a quedarnos solos al día siguiente, ni al siguiente, ni en los pasillos, ni en la biblioteca, ni en ningún sitio donde antes hubiera existido ese margen en el que una conversación podía empezar sin que resultara del todo inapropiada.

Ahora todo es limpio, demasiado.

En clase, Martin vuelve a ser el mismo de antes, o al menos la versión que todos los demás reconocen sin cuestionarla: preciso, impecable en su manera de explicar, de corregir y de desmontar argumentos. Si alguien mirara desde fuera, no vería nada fuera de lugar. Sin embargo, yo sí lo veo. Lo noto en cómo evita mirarme, cómo mide las palabras cuando me habla, cómo aparta la mirada cuando nuestros ojos se encuentran. No es frialdad, sino control y eso lo hace peor.

Yo hago lo mismo. No intervengo en clase más de lo imprescindible, ni busco su atención, ni hago que pueda interpretarse como una continuación de lo que ocurrió en aquel aula vacía, aunque lo cierto es que tampoco necesito hacerlo, porque basta con compartir el mismo espacio, para que todo siga existiendo, aunque nadie más se dé cuenta.

Claire me observa un par de veces durante la clase, como si quisiera preguntarme algo, pero no lo hace y se lo agradezco, porque no tendría una respuesta que no sonara a mentira o a algo

peor.

Cuando termina la sesión, recojo mis cosas con calma y me levanto sin prisa, dejando que el resto de los compañeros salga primero, como si ese pequeño retraso fuera suficiente para evitar cualquier encuentro que no esté preparada para tener con él, pero no funciona.

—Ashley.

Me detengo antes de girarme y cierro los ojos un segundo, lo justo para tomar aire. Luego me doy la vuelta y lo encuentro junto a la mesa, con las manos apoyadas en el borde y la vista fija en mí, pero esta vez hay algo distinto en su mirada.

—Necesitamos terminar el trabajo.

Asiento.

—Sí.

Podría añadir cualquier comentario que mantuviera esto en el terreno académico, pero no lo hago, porque ambos sabemos que no es eso lo que ha quedado pendiente entre él y yo.

—Ahora —añade.

Miro alrededor y veo que el aula está casi vacía.

—Vale.

No nos sentamos frente a frente, sino que seguimos de pie con la mesa entre los dos.

—He revisado lo que enviaste —dice, señalando la carpeta que dejo sobre la superficie—. Está bien.

Su frase, en cualquier otro contexto, sería suficiente, pero ahora no.

—Sí —asiento y ambos nos quedamos en silencio durante un instante.

—Ashley…

Levanto la vista y ahí está sin llamarme «señorita Hodds», sin

tono académico, ni todo lo demás que ha utilizado hasta ahora para marcar distancia entre nosotros.

—No voy a seguir fingiendo que esto no ha pasado.

Al escucharlo, siento que algo cambia dentro de mí, aunque no sabría decir si es alivio o todo lo contrario.

—Yo tampoco.

Nos sostenemos la mirada.

—Pero tampoco puedo actuar como si no importara —añade.

—No importa.

—Sí, sí que importa. No por lo que significa ahora —continúa—, sino por lo que puede complicar.

Entiendo lo que dice y también lo que no dice.

—No soy una complicación —respondo.

—No —niega—. Pero esto sí puede serlo.

—Entonces, dime qué quieres hacer —digo, sin rodeos.

No le digo «qué debemos», ni «qué es lo correcto». Le pregunto qué quiere directamente y él al escucharme se queda quieto un instante.

—Quiero hacer las cosas bien.

No esperaba esa respuesta.

—Eso no significa nada —corro a responderle.

—Significa que no voy a acercarme a ti a medias.

La frase me deja sin réplica inmediata, no solo por lo que dice, sino por cómo lo dice, sin ningún tipo de ambigüedad.

—Y tampoco voy a fingir que no quiero hacerlo —añade.

Siento el impacto en el pecho, en la respiración y en esa parte de mí que llevaba días intentando mantener bajo control sin conseguirlo del todo.

—Llegas un poco tarde para eso.

—Puede —dice bajando la mirada.

—No quiero volver a lo de antes —digo.

—Yo tampoco.

—Ni a hacer como si no pasara nada.

—Tampoco.

Doy un paso alrededor de la mesa y me acerco más a él.

—Entonces, deja de tratarme como si fuera solo una alumna.

Martin me mira con una intensidad que no había dejado ver en clase en ningún momento.

—No lo hago.

—Sí lo haces.

—Porque tengo que hacerlo ahí dentro —me aclara inclinado la cabeza hacia el interior del aula.

—Y aquí fuera, ¿qué haces?

—Aquí fuera, no quiero hacerlo.

Siento cómo algo cambia dentro de mí por primera vez desde que empezó todo.

—Entonces, no lo hagas.

Martin da un paso y la distancia entre él y yo desaparece de verdad, aunque no nos tocamos.

—Esto no va a ser fácil —dice.

—Nunca lo es.

—No contigo.

—Ni contigo.

Y, aun así, ninguno retrocede. Su mano se mueve primero despacio, como si aún me estuviera dando la opción de apartarme, pero no lo hago. Sus dedos rozan los míos, pero esta vez no se detienen y los entrelaza con naturalidad.

—No quiero hacerlo mal —dice en voz baja.

—Entonces, no lo hagas.

Martin alza la mano libre y la apoya en mi cintura. Se me agita la

respiración y a él también.

—Ashley…

Mi nombre en su boca ya no suena a advertencia. Pero no lo dejo terminar, me acerco más a él y lo beso. Es un beso firme, consciente, elegido, en el que no hay prisa, pero tampoco hay distancia, como si ambos supiéramos dónde estamos y decidiéramos no retroceder. Su mano en mi cintura se tensa un poco y la mía se apoya en su pecho. Durante unos segundos no existe nada más que ese punto en el que todo encaja sin necesidad de explicarse.

Cuando nos separamos, lo hacemos despacio.

—Esto cambia las cosas —susurra aún con su frente pegada a la mía.

—Sí —musito.

—Y aun así…

No termina la frase porque no hace falta.

—Sí —respondo y nos miramos.

Ahora ninguno de los dos dudamos sobre lo que está pasando, ni sobre lo queremos y eso, por una vez, no es suficiente para hacerme retroceder y a él tampoco.

Este libro no es mío

Alana moira

Capítulo 1

—Toma, estos también hay que colocarlos. —Carmen pone un nuevo montón de libros sobre la mesa y yo suspiro soltando el aire.

Nunca pensé que mi puesto como bibliotecaria fuera a ser así. Desde que conseguí este trabajo en mi pueblo natal he podido conocer a muchas personas que conocen a mis padres e incluso a mis abuelos.

Cuando conseguí el puesto lo primero que hice fue llamarlos, ellos se pusieron muy contentos y prometieron venir a saludarme al trabajo. Desgraciadamente, la muerte de mi abuela hace unos meses ha sido un duro golpe para toda la familia y desde entonces mi abuelo casi no sale de casa, por lo que aún no han podido pasar a saludarme.

—¿Lucía? —Me giro hacia el sonido y Carmen me mira con las cejas arqueadas chasqueando los dedos—. ¡Estás en la parra! Te estaba diciendo que me voy a merendar algo, en un rato estaré aquí, ¿vale?

—Claro, sin problema. —Me despido con la mano y sigo organizando los libros.

—Perdona, ¿podrías ayudarme?

La voz de un chico me hace levantar la cabeza y mis ojos topan con los suyos, de un negro profundo.

Trago saliva y parpadeo varias veces. ¡Joder, que bueno esta!

Pelo negro azabache a juegos con sus ojos, piel tostada por el sol y unas facciones angulosas junto con una barba de un par de días bien cuidada. En su mano izquierda, sujeta el casco de una moto y en la derecha un libro que me ofrece.

—Claro —consigo articular—. ¿Qué necesita?

—Verá, haciendo limpieza me he encontrado este libro y el sello dice que pertenece a esta biblioteca.

Agarro el libro y lo abro por la página en la que está el sello.

—Eso parece —murmuro. Me muerdo el labio y busco la parte donde se ve la fecha de entrega y de devolución.

Abro los ojos.

—Este libro debió ser devuelto hace unos cuarenta años.

El chico se rasca la nuca con la mano libre y me sonríe de forma tímida.

—Lo encontré entre las pertenencias de mi abuelo, supongo que en su día no lo devolvió.

Le devuelvo la sonrisa.

—Pues dígale a su abuelo que la próxima vez recuerde entregarlo en la fecha estipulada —bromeo.

—Eso está difícil —admite—, murió hace unos quince días.

Me quedo blanca.

—Perdone, yo…

—No, tranquila. No podría saberlo —se encoge de hombros.

Hago una mueca de disculpa y él asiente, aceptándola.

—Está bien, gracias por traerlo —admito.

—De nada…

—Lucía. Me llamo Lucía.

—Encantado, Lucía, yo soy Enzo —me ofrece una mano en un gesto formal que yo aprieto.

—Que tengas un buen día, Lucía. —Me regala media sonrisa y se

da la vuelta, con lo que me deleito con un buen vistazo de su espalda ancha.

—Adiós —replico en voz baja viéndolo alejarse.

Me acerco a la ventana sin poder evitarlo y veo cómo se coloca el casco antes de subir a una moto enorme. No tengo ni idea de motos pero esta parece de las que corren mucho.

Suspiro con fuerza al verlo partir y sigo trabajando, aunque en mi mente ronda esta pequeña interacción durante el resto de la jornada.

Capítulo 2

—La verdad es que fue extraño —admito antes de tomar un nuevo sorbo de mi sopa favorita. Mi madre siempre la hace los fines de semana, cuando sabe que iré a comer.

—¿Y de cuándo era el libro? —Mi padre me mira con atención, la historia del libro le ha gustado tanto que me ha pedido que se la explicara a mamá en la comida.

—Pues tendría que haberlo entregado en mil novecientos setenta y seis.

—¡Vaya! —admite mi madre—. Debía estar muy desgastado.

—Un poco —replico—, pero menos de lo que cabría esperar. Imagino que su abuelo lo mantendrá a buen recaudo.

—¿Y cómo dices que se llamaba el hombre? —Mi abuelo, que vive con mis padres desde que la abuela murió, también parece interesado en la historia.

Hago memoria antes de contestar.

—Si no recuerdo mal, creo que el apellido era Vera. Daniel Vera.

Mi abuelo deja la cuchara a medio camino de la boca y me mira sin pestañear. Noto un tic en su mandíbula y sus ojos se tornan fieros por un instante.

Luego parpadea y sigue comiendo como si nada, pero esa mirada se clava en mi corazón.

—¿Estás bien, abuelo? —¿Se ha enfadado? ¿Por qué?

Lo escucho murmurar algo antes de asentir lentamente.

—Sí, todo bien. Es solo que me ha parecido recordar algo.

—¿El qué? —me atrevo a preguntar.

Hace una mueca de disgusto y por un momento creo que no me va a contestar.

—Uno de mis compañeros de clase tenía ese apellido —admite al fin.

—¿Ah, sí?

—Sí, supongo que ha sido una casualidad.

—Sí —admito—, puede que sea eso.

Sigo comiendo pero sus palabras me rondan la mente una y otra vez.

Capítulo 3

—Toma, esto ya está listo —Carmen me acerca un carrito lleno de libros—, ve a colocarlos mientras yo meto en el ordenador los datos de lo que nos ha llegado, ¿quieres?

—Claro —agarro el carrito y me dispongo a poner cada libro en su correspondiente lugar.

Tarareo una canción de moda mientras lo hago y el tiempo se me pasa volando.

Cojo uno más y antes de colocarlo en la estantería algo cae al suelo.

Miro hacia abajo y me agacho. Es una fotografía en blanco y negro.

Me pongo en pie y el libro que aún sujeto en la mano me hace abrir los ojos. Es el libro que me entrego Enzo el otro día.

Me siento en la silla y observo la foto. La imagen muestra a una pareja de jóvenes sonriendo, el chico sujeta la cintura de la chica mientras esta se tapa la cara y sonríe, los dos se apoyan en el borde de una fuente.

Entrecierro los ojos al fijarme bien en el chico.

Se parece a Enzo.

¿Casualidad? No lo creo.

Dejo los libros en su sitio y me acerco a ordenador, busco los datos que nos dejó al entregarnos el libro y encuentro su número de

teléfono.

Marco los dígitos y espero un par de toques hasta que finalmente lo coge.

—¿Enzo Vera? —pregunto.

—Si, soy yo, ¿quién es?

—Soy Lucía Blanco, la bibliotecaria.

El silencio que sigue hace que mire mi teléfono para verificar que aún hay línea.

—Claro, Lucía. ¿Todo bien?

—Te llamo porque hoy, al colocar el libro, se ha caído una foto de su interior y creo que podría ser de tu abuelo.

—¿Como? ¿Una foto?

—Así es —admito con la foto en la mano—. Es antigua, pero estoy segura de que es de tu abuelo. Te la guardo para que puedas venir a buscarla cuando quieras.

—Está bien, en un rato me paso.

—Perfecto, muchas gracias —cuelgo, dejo la foto en uno de mis cajones y sigo trabajando.

—¿Lucía? —Enzo me llama desde el mostrador y me acerco, han pasado un par de horas desde que lo he llamado.

Abro el cajón y le entrego la fotografía junto con una sonrisa.

—Aquí tienes —señalo al chico de la imagen—, te pareces muchísimo a él, por eso estaba segura de que era suya.

Me encojo de hombros y me meto las manos en los bolsillos.

Enzo se queda mirando la fotografía e incluso la observa de cerca, en silencio.

—Siempre me han dicho que me parezco a él, pero esto ya es…

—Sí, lo cierto es que podrías pasar por él perfectamente.

—Toda la razón —sus ojos buscan los míos y sonríe cuando los

encuentra —muchas gracias por llamarme.

Elevo un hombro y sonrío.

—No hay de que. Imaginaba que te haría ilusión tenerla.

—Imaginas bien —admite. Se queda en silencio mirándome y cuando empiezo a sentirme nerviosa hago el amago de darme la vuelta para seguir trabajando.

—¿Tienes algo que hacer luego? —pregunta él, dejándome paralizada.

—¿Cómo?

—Preguntaba si tenías algo que hacer más tarde, al salir del trabajo —levanta la mano, moviendo la fotografía—, creo que te debo una.

Me muerdo el labio y acabo negando con la cabeza.

El chico está bueno y su moto me encanta, pero no quiero que se sienta obligado a quedar conmigo solo por haberle devuelto algo que siempre ha sido suyo.

—Con un gracias me conformo —replico.

Enzo frunce el ceño por un instante, como si no acabara de creer que lo haya rechazado, pero pronto se repone y me regala una sonrisa perfecta.

—Como quieras, entonces —asiente con la cabeza—, gracias de nuevo.

—De nada.

Hago una mueca. ¿La he cagado? Tendría que haberle dicho que sí.

Joder, la he cagado.

Lo veo alejarse y suspiro al mirarle el culo hasta que se sube a la moto.

—Eres imbécil Lucía —me reprendo a mí misma mientras sigo colocando libros en su sitio.

Capítulo 4

—Tienes una visita. —Carmen sonríe desde la puerta. Estoy en mi tiempo de merienda y la miro con el bocadillo a medio morder.

—¿Una visita?

Mi compañera cierra la puerta detrás de ella y se acerca, cogiendo mi bocadillo y dejándolo en la mesa.

—Límpiate las migas y corre a recibirlo. Un maromo así no se ve todos los días. —Me guiña un ojo y me hace ponerme en pie.

—¿Un maromo?

Siento sus manos en mi espalda, empujándome hacia la puerta.

—Hazme caso y sal de una vez —me apremia.

—Está bien —abdico.

Los ojos oscuros de Enzo se topan con los míos al salir de la habitación y ya no tengo tiempo de arreglar mi pelo, sujeto en una coleta baja mal hecha.

—¿Cómo estás? —Enzo me sonríe, esperando mi contestación.

—Bien, estaba merendando —me justifico.

—Claro, tranquila. Escucha, me gustaría hablar contigo un momento, ¿crees que puedes escaparte? No serán más de cinco minutos, te lo prometo.

—Sí que puede. —Carmen, que por lo visto ha estado escuchando la conversación, contesta por mí.

—Lucía, acompaña al chico, seguro que eso que tiene que

contarte es super interesante y necesario —me vuelve a guiñar el ojo cuando la miro y refreno mi lengua.

A punto he estado de acusarla de espiarme.

—Muchas gracias por tu ayuda. —Enzo está más que agradecido con Carmen y se lo hace saber regalándole una sonrisa de oreja a oreja.

—Por supuesto —Carmen busca mi mirada—. Estaré aquí esperando.

Traducción: «Me lo vas a contar todo con pelos y señales».

Contengo una risa nerviosa y acompaño a Enzo hasta la calle, él apoya su espalda baja en la moto con la que ha venido y se cruza de brazos, esperándome.

—Tú dirás —replico tragando saliva.

—Verás, quería comentarte algo que ha estado rondando mi cabeza desde que enseñaste esa foto. La cosa es que recuerdo una historia que me contaba siempre mi padre cuando era pequeño, que a su vez le contaba mi abuelo.

—¿Una historia? —pregunto. No sé a dónde quiere llegar. ¿De verdad ha venido a contarme un cuento infantil?

—No es una historia sin más —replica—, en ese cuento, una pareja de enamorados escribe sus iniciales y la fecha en una fuente después de pedir un deseo.

—Vale… —Sigo sin saber por qué me cuenta esto.

—Verás, en esa fuente del cuento había un par de caballos alados y la figura de una chica mirando hacia el cielo.

«Dos caballos alados y una chica…».

Mis ojos se abren al comprenderlo y Enzo capta el momento en mi expresión facial.

—Así es —replica—, la misma fuente de la foto que me diste.

Tomo aire y lo siento, meditando en sus palabras.

—¿Quieres decir que ese cuento estaba basado en algo real?

—Eso creo, sí.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

Enzo clava su mirada en mí y juro que sus ojos se plantan en mis labios por un instante.

—Ahora, vamos a averiguar la ubicación de la fuente.

—¿Vamos?

Él da un paso hacia mí y noto el olor de su perfume inundando mis fosas nasales.

—¿A quién no le gusta una pequeña aventura? —sus palabras me incitan más de lo que estoy dispuesta a admitir—. Te invito a una caña después, ¿te apetece?

Hago una mueca y me lo pienso por un momento.

—De acuerdo —abdico. Le ofrezco mi mano en símbolo de acuerdo y él la estrecha casi al instante.

Su sonrisa pícara me calienta por dentro y me apresuro a despedirme para entrar de nuevo a la biblioteca, donde Carmen está ya de brazos cruzados y una expresión divertida.

—No quiero que te dejes ni un solo detalle —me amenaza.

Nos sentamos en nuestros sitios y le explico todo lo que ha pasado desde que Enzo llegó con un libro en la mano.

Capítulo 5

—Entonces, ¿va a ir con él a buscar la fuente? —Mi madre se mete un trozo de tarta en la boca.

Mi padre ni siquiera ha empezado con el postre, de lo concentrado que ha estado con lo que he contado.

—Pues yo creo que es una chorrada, no deberías meterte en esos revuelos. —El abuelo está casi enfadado, no le gusta lo que digo y menos aún que le haya dicho que sí a Enzo.

—¡Papa! —mamá lo regaña—, deja que la niña haga lo que quiera, ya es mayorcita. —Se gira hacia mí—. Además quién sabe, de esto podría salir algo. —Me guiña el ojo y me sonrojo.

—¡Ni hablar! —El abuelo se ha puesto de pie y le falta señalarme con el bastón—. Tú dedícate a lo tuyo, niña; déjate ya de tonterías.

—¡Abuelo! —Nunca lo había visto así. El suele ser cariñoso y divertido. No sé qué mosca le ha picado.

—¿Por qué te pones así? —Me acerco hasta él y me siento a su lado, cogiendo su mano entre las mías.

Mi abuelo demuda la cara y sus facciones se suavizan, mirándome con lo que parece ser un puchero.

—Solo quiero que estes bien, cariño. Me preocupo por ti y no me gustaría que ese chico te hiciera daño o algo peor.

Le sonrío con cariño.

—Tranquilo abuelo. Soy adulta, sé lo que hago y además no

hago esto para ver si pasa algo más, sino por la curiosidad de conocer la historia completa.

Intento que mis palabras suenen sinceras. Es cierto que quiero conocer toda la historia pero la verdad es que también me gustaría ver hasta donde llegamos Enzo y yo.

El chico está como el queso y no soy tan fuerte como para no querer intentarlo.

Esa misma tarde mi padre y yo nos ponemos a buscar información sobre la fuente según los datos del cuento y la fotografía. Él está casi más entusiasmado que yo y, con sinceridad, creo que si se lo propusiera, se vendría con nosotros, pero no estoy tan loca como para llevar a mi padre, así que tendrá que conformarse con hacerme todas las preguntas que quiera cuando vuelva.

Capítulo 6

—¿Estás nerviosa? —Carmen espera mi respuesta con la taza de café en el aire.

Trago con dificultad el trozo de galleta que estaba masticando y asiento varias veces.

Su carcajada es contagiosa y acabamos riendo como dos adolescentes.

—Yo que tu pondría la grabadora, porque quiero saberlo todo con pelos y señales; vamos que no te puedes saltar ni una coma de todo lo que habléis esta tarde.

Asiento una vez más y hago rodar los ojos, con cada minuto que pasa me pongo más nerviosa y saber que no solo mi padre sino también Carmen me hará un tercer grado mañana, no ayuda a tranquilizarme.

Esa jornada se me hace corta y larga a la vez. No paro de mirar el reloj y cuando llega la hora de salir corro hacia casa y me preparo a conciencia.

Mi padre me llama mientras me maquillo y lo pongo en manos libres mientras me cuenta más cosas sobre la fuente. Ha encontrado desde la persona que hizo la primera maqueta hasta la empresa que la construyó.

Desde luego cuando algo le gusta, se nota y mucho.

No en vano conquistó a mamá a pesar de sus iniciales negativas

a salir con él, cosa de la que aún hablan a menudo.

Termino de maquillarme pensando en mis padres; en cómo, a pesar de los años, aún se miran como el primer día.

Joder, si hasta les brillan los ojos al hablar el uno del otro.

Yo también quiero algo así, pero digamos que la vida solo me ha puesto sapos en el camino. He besado a tantos sapos que he dejado de esperar encontrar al príncipe azul.

En lugar de eso, me he centrado en mis estudios y después en mi trabajo, algo que adoro.

Mi madre siempre me dice que casi no puede recordarme sin un libro en la mano, y es cierto que mi afición a la lectura empezó desde muy pequeña y ahora mismo ya no podría pensar en un futuro sin libros.

Eso no es algo que a los hombres les haga gracia, por eso me cansé de escuchar comentarios como: «¿Cuándo vas a dejar el libro?». «¿Te has comprado otro? ¡Si aún tienes muchos sin leer!». «¿De verdad vas a llorar por lo que acabas de leer?».

Dios, que harta estoy de eso.

Mi móvil vibra y acepto la llamada sin mirar.

—Que sí, papá, que luego te lo cuento todo —repito por décima vez en ese día.

—¿Papa? —Una risa masculina me deja muda.

Me pego a la pared como si eso pudiera borrar los anteriores veinte segundos de mi vida.

El color blanco de mis mejillas cambia a un rojo cada vez más intenso por momentos.

—¿Hola? ¿Lucía?

Enzo me llama desde la otra línea del teléfono y cierro los ojos con fuerza.

—¡Perdóooon! —suplico por el altavoz—, es que mi padre y yo

hemos estado hablando de la fuente hace un minuto y pensé que eras él —me excuso.

Enzo vuelve a reír, y ese sonido profundo salido de su garganta altera mi sistema nervioso.

—No tienes de que disculparte —lo escucho decir entre risas—, baja cuando estés lista —dice sin dejar de reír, y cuelga.

¡Joder! Joder, joder, joder…

¿Por qué me tiene que pasar esto a mí?

Niego con la cabeza, apretando los labios y soltando el aire. Supongo que debo añadir esta anécdota a las muchas meteduras de pata de mi vida.

Reviso que lo llevo todo y me miro al espejo. Un pantalón vaquero y camisa color burdeos, junto a una cazadora de cuero que mi madre me obligo a comprar hace un par de años y nunca he visto la ocasión de ponerme.

—Vamos allá —me doy ánimos a mí misma antes de cerrar la puerta y bajar las escaleras.

Al salir a la calle, veo a Enzo apoyado en su moto con el casco en la mano. Sonríe al verme y su sonrisa consigue que me tiemblen las piernas.

¿En qué momento un chico así se ha fijado en mí? Digamos que siempre he sido el patito feo de la clase, del grupo de amigas y de la zona en general.

Enzo da un par de pasos hacia mí y besa mi mejilla al llegar hasta donde estoy. Contengo un gemido y noto como mi piel se sonroja.

—¿Preparada? —pregunta.

Asiento sin palabras y damos un par de pasos.

El saca un casco de debajo de su asiento y trago saliva.

—¿Vamos a ir en moto?

Joder, ¿en qué momento he pensado que iríamos en coche?

—¿Te da miedo?

Trago saliva.

Enzo debe haberse dado cuenta de cómo mis ojos reflejan mi temor, ya que intenta tranquilizarme con una sonrisa cálida. Su mano se apoya en mi codo al tiempo que da un paso hacia mí.

—Estás en buenas manos, Lucía —susurra en mi oído—, lo prometo.

Joder, ahora tengo mucho calor por todo el cuerpo.

—Tuve una mala experiencia —explico—, mi primo me llevó una vez de paseo, y aunque no pasó nada, iba demasiado rápido para mi gusto.

Enzo asiente, comprendiéndome.

—Iré todo lo despacio que necesites —promete. Y siento que no solo se refiere solo a la moto.

O quizás es solo lo que quiero pensar.

Asiento y nos acercamos a la moto. Él se sube, me ofrece el casco y me lo pongo con manos temblorosas. Tanto que no soy capaz de ajustarlo.

Él se da cuenta y sus manos calientan las mías.

Entiendo lo que sus ojos quieren decirme, y dejo que sus dedos expertos ajusten el casco.

Mi mirada se posa de forma irremediable en sus labios y se los relame.

Mi corazón bombea con fuerza y cuando sus ojos conectan con los míos el mundo se para por un instante.

Carraspea y mueve la cabeza, indicándome que suba detrás de él y las piernas me tiemblan de nuevo pero esta vez por el miedo irracional que me inunda.

Tomo aire y lo suelto con fuerza. Subo a la moto y sus manos

buscan las mías de forma automática. Se las entrego y él las coloca sobre su abdomen duro.

—Sujétate con fuerza —ordena. Se baja la visera del casco y arranca la moto.

Me aprieto contra él de forma automática cuando esta se mueve y escucho su risa, sintiéndola bajo mis manos.

Enzo se une al tráfico con cuidado y noto que conduce con una suavidad increíble. Desde luego está cumpliendo su palabra.

—¿Cómo has encontrado la fuente? —me pregunta por el teléfono incorporado de su casco.

—Mi padre y yo estuvimos buscando por Google. Incluimos los detalles y buscamos por imágenes, al final pudimos encontrarla.

—Me sorprendió que estuviera tan cerca —replica él—, pero teniendo en cuenta que mi familia lleva muchas generaciones viviendo aquí, tenía mucho sentido.

Asiento, aunque él no me ve y unos kilómetros más tarde frena de forma algo brusca.

Mis manos se aprietan sobre su torso sin apenas darme cuenta y cuando la moto vuelve a su ritmo normal una de las suyas envuelve la mía.

—Perdona —susurra. Su dedo acaricia la piel de mi mano—. Un coche ha frenado de repente.

—Tranquilo —musito entre respiraciones entrecortadas, aunque a estas alturas no sé si estoy así por el frenazo o por su dedo acariciándome.

—Ya casi llegamos —indica.

—Vale —replico.

Y su mano sigue sujetando la mía, mientras sus dedos me acarician durante el resto del camino.

Capítulo 7

—Llegamos. —Enzo apaga el motor y se quita el casco.

Lo imito y tomo aire un par de veces antes de bajar de la moto. Noto mis piernas como si fueran de mantequilla y estoy sudando a pesar del fresquito del ambiente.

Él me ayuda a quitarme el casco y a la par se asegura con los ojos de que estoy bien.

Sonrío con timidez cuando me habla con la mirada y su expresión se relaja al ver que no me ha dado un ataque al corazón.

—Según la dirección de Google, la fuente está detrás de esa plaza —señalo con el dedo hacia la derecha.

Enzo me hace un gesto para que lo guíe y me sigue de cerca.

Caminamos hacia la plaza y, tal y como anuncie, la fuente se alza en un lateral. Se notan los años que han pasado desde la fotografía ya que está desmejorada, y tuerzo el gesto al ver algunas pintadas vandálicas.

—Es increíble que estemos aquí, justo donde estuvo mi abuelo —murmura con los ojos abiertos y vidriosos.

—¿Estabas muy unido a él?

Lo veo asentir, se acerca aún más a la fuente y comienza a buscar las iniciales.

—La verdad es que me extraña que nunca me haya contado nada de la fuente ni de la chica, aunque teniendo en cuenta que no

era mi abuela quizás no quería remover el pasado.

—¿Cómo estás tan seguro? —le sonrió agachándome por otra zona en busca de las iniciales.

Enzo me busca con la mirada y ladea la cabeza cuando nuestros ojos se encuentran.

—Si fuera mi abuela, mi abuelo no habría contado esa historia como si fuera un cuento, sino como una anécdota de cuando ellos cortejaban… —se encoge de hombros y sigue buscando.

Medito sus palabras. Tiene razón.

—¡Aquí! —grita un segundo después.

Corro hasta donde está y me agacho.

El pasa el dedo por las letras mientras se muerde el labio y un segundo después veo esas iniciales por las que hemos hecho todo el trayecto.

—D. V —deletrea Enzo—, Daniel Vera. Es increíble… —Parpadea un par de veces y noto que sus ojos están más brillantes que antes.

Sin duda haber encontrado un trozo de la historia de su abuelo le ha llenado un pedazo de su corazón.

Me fijo entonces en las iniciales que hay a lado de las de su abuelo.

E. M

—¿De quién serán?

—No lo sé —susurra él—, pero mi abuela se llamaba Clara Diaz, así que como te vaticiné, no era ella.

Tuerzo el gesto y asiento en silencio.

Entrecierro los ojos, y me acerco un poco más a esas iniciales.

Mi corazón empieza a bombear con fuerza al ver mejor la forma de la M.

No.

No puede ser, ¿verdad?

Parpadeo un par de veces me pongo en pie de un salto, sentándome en el borde de la fuente mientras mi mente crea una conexión imposible.

—¿Estás bien? —Enzo se sienta a mi lado y me mira con curiosidad.

—Sí —miento. Y me obligo a sonreír—. ¿Te parece si nos vamos?

Capítulo 8

Su gesto denota sorpresa, pero se repone en un instante.

—¡Claro! Deja que le haga un par de fotos a la inscripción.

Asiento y diez minutos después estamos en una terraza con dos cervezas en la mesa.

Enzo me explica cosas de su abuelo y yo intento seguirle el hilo, pero fallo de forma estrepitosa.

—Lo siento —me excuso cuando me doy cuenta de que me ha hecho una pregunta que no he escuchado—, tenía la cabeza en otro sitio.

—Tranquila —replica, pero la presión en su mandíbula me dice que no está acostumbrado a que no le hagan caso.

Me inclino hacia él, estirando mi mano sobre la mesa, con la intención de agarrar el vaso.

—Perdóname.

Su gesto se relaja y su mano se posa sobre la mía.

Mis ojos vuelan hacia nuestras manos unidas y me sonrojo por quinta vez en el día.

—Tranquila —mira su reloj—, se está haciendo tarde, ¿volvemos?

—Claro —musito.

El camino de vuelta lo hacemos en silencio, cada uno pensando en nuestras cosas, pero hay algo que no consigo quitarme de la cabeza.

Su mano se ha mantenido sobre la mía casi todo el trayecto y su tacto no se ha separado de mi piel mientras intento poner mis ideas en orden.

¿Quiero que me siga acariciando?

¡Joder que sí!

Lo único que me duele es no tener los cinco sentidos en este momento.

Cuando la moto se para junto a mi casa, me bajo de la moto, y le entrego el casco.

—Muchas gracias por el rato de hoy —le digo; de repente no tengo ganas de despedirme.

Mentira, hay algo que debo mirar en cuanto suba a casa, pero a la vez no quiero decirle adiós.

—De nada —replica, apoyándose en su moto.

Me mira por un instante y sin decir nada, se quita el casco, y desmonta, acercándose en silencio, pero con una intención clara en su mirada.

Mis pulsaciones están a mil por hora y mi cuerpo no es capaz de moverse.

Nuestros ojos no desconectan ni un instante, su mano acaricia mi mejilla y mi respiración se corta.

—Dime que no —susurra mientras su dedo acaricia mi mejilla.

No soy capaz de decir nada, ni aunque quisiera podría decir una palabra que impidiera lo que está a punto de pasar.

Sus labios se entreabren y me relamo justo antes de que nuestras bocas entren en contacto.

Gimo en su boca si poder remediarlo y Enzo lo toma como un aliciente ya que aumenta la intensidad.

Siento una mano en mi cintura y la otra sigue acariciando mi piel.

Cuando el beso termina nos quedamos mirándonos en silencio. Sonrío con una repentina timidez y el besa el dorso de mi mano antes de darse la vuelta y montar en su moto.

Me quedo mirando como desaparece sin poder moverme y solo cuando ya no está en mi campo de visión soy capaz de dar un paso tras otro.

Ahora que mi cuerpo me obedece de nuevo, subo las escaleras con rapidez y abro la puerta de casa.

Dejo las llaves en el platillo de la entrada y corro hacia la cocina.

Busco en el armario hasta encontrar lo que estaba buscando.

Mis ojos recorren las letras cuidadosamente escritas y sonrió sin poder evitarlo. Mi mente vuela hasta el momento en el que mi madre me regaló el libro de recetas de la familia.

—Este libro ha pasado de generación en generación y cada una de nosotras ha añadido las recetas que más le gustaban, ahora es tu turno —dijo mi madre entre lágrimas cuando firmé la hipoteca de mi casa y me independicé. Fue su regalo más preciado y mi pertenencia más cuidada también.

Abro el libro hasta encontrar lo que buscaba y sigo con el dedo las letras hasta llegar al final.

Ahí está. Mi corazón se salta un latido y niego con la cabeza.

No puede ser.

Sencillamente no puede ser.

Al final de la receta cada una de las chicas de la familia firma con su nombre y la fecha en la que añadió la página al libro, y es en ese momento en el que mis sospechas se hacen realidad.

Esa M. La misma que he visto en la fuente, tiene un ribete al final idéntico al de la página que ahora observo.

Elsa Martin. Mi abuela.

E.M.

Capítulo 9

¡Joder, no puede ser verdad!

Niego con la cabeza y busco donde sentarme.

¿Cómo es posible?

Me debato internamente en si contárselo a Enzo o no, pero al final decido consultarlo con la almohada.

Error, ya que esta no solo no me da una respuesta sino que me acompaña en una noche de desvelo por lo encontrado.

En cuanto el sol despunta, me pongo en pie y me cambio. Mi padre me llama cinco minutos después ya que sabe cuáles son mis horarios diurnos y me aprieto el puente de la nariz, debatiéndome en si contestar o no.

Si no descuelgo se preocupará y tampoco quiero eso, así que no me queda otra opción que aceptar la llamada mientras contengo la información que muere por salir a la luz.

—¿Cómo estás hija? ¿Qué tal fue ayer? ¿Encontrasteis las iniciales? ¿Quién era esa mujer?

Dispara las preguntas una tras otra sin apenas respirar y me muerdo el labio.

Sé lo que tengo que hacer.

—Buenos días, papá. Si, encontramos la fuente y las iniciales.

—¡Bien! —Puedo verlo levantar un brazo en la habitación de su casa y una leve sonrisa se me escapa por sentir lo emocionado que

sigue con esta historia.

Su sueño truncado siempre fue ser periodista de investigación y a estas alturas puedo asegurar que habría sido uno de los buenos.

—¿Y ahora? ¿Cuál es el siguiente paso? ¿Habéis vuelto a hablar?

—No, papá. Nos despedimos anoche y aún no hemos hablado.

—Bueno, pues cualquier cosa, mantenme informado, por favor.

—Si, papá. Tranquilo que serás el primero en saberlo.

Se que tendría que haberle contado lo de la abuela, pero algo dentro de mí me pide paciencia. No quiero sacar conclusiones anticipadas.

Quizás solo eran dos amigos que se encontraron en aquella fuente y alguien les hizo una foto.

Quizás no hubo nada más que una amistad entre ellos.

Quizás estoy pensando de más, y esa foto solo fue una coincidencia.

Quizás…

Mi teléfono vuelve a sonar y mi corazón se acelera al ver quién es.

—Buenos días, Enzo.

—Buenos días, Lucía. ¿Has dormido bien?

—La verdad es que no —admito apoyándome en la cómoda de la habitación.

—Si te soy sincero, yo tampoco. Lo de ayer me dejó pensando y la cabeza no dejaba de pensar, así que me he pasado la noche mirando las cosas de mi abuelo y creo que he encontrado algo.

—¿Ah, sí?

—Sí, una carta.

—¿Una carta?

—Sí, en una caja de cartón junto a muchas otras fotos, encontré una carta cuyo remitente firmaba con las mismas iniciales que vimos

en la fuente.

El corazón se me para y noto que me mareo. Me siento al borde de la cama y tomó aire con fuerza antes de poder hablar.

—¿Y qué decía esa carta?

Enzo no habla y miro mi teléfono para verificar que sigue en línea.

—Será mejor que te lo enseñe.

Quedamos para vernos después del trabajo y me paso el día con la cabeza en las nubes y preguntándome qué dirá esa carta.

Cuando la hora de cerrar llega, Enzo me espera apoyado en su moto y Carmen choca su hombro con el mío a modo de despedida. He estado tan ausente durante el día que ha desistido de seguir preguntándome cómo fue anoche.

La veo alejarse y me guiña un ojo justo antes de doblar la esquina y desaparecer.

Me acerco hasta Enzo y noto la tensión en su mandíbula, lo que me hace intuir que el mensaje escrito en esas hojas no es bueno.

—¿Debo preocuparme? —pregunto.

—Júzgalo tu misma —replica entregándome la carta.

La leo con rapidez y constato mis temores.

En ella, Elsa le dice a su abuelo que le ha hecho mucho daño al engañarla, que ella se ha enterado y que sabe que es verdad, que nunca imaginó que él pudiera hacerle algo así y que no quería volver a verlo en la vida.

La carta además está fechada y maldita sea si eso no coloca una pieza del puzle de mi abuela, que nadie pudo entender en su momento.

—Joder —musito.

—Sí, joder.

Camino sin apartar la mirada de las hojas y me siento en el

bordillo de la biblioteca, Enzo se acomoda a mi lado en silencio, como si la información encontrada hubiera abierto un abismo entre el pasado y el presente.

—No puedo imaginar que mi abuelo hiciera algo así —acaba diciendo—, es decir, mi abuelo siempre fue una persona honesta hasta el tuétano. Mi madre me contaba cómo le enseño a ser sincera, humilde y leal. Ella me enseñó de la misma manera y el abuelo también se encargó de inculcarme los mismos valores. No puedo creer que le hiciera eso a esa chica.

—Yo sí. —Recuerdo como mi abuela me hablaba de la importancia de no hacer algo así, de lo que conlleva engañar a quien te quiere y cree en ti y del dolor que la persona afectada siente cuando lo vives. Siempre pensé que ella solo quería enseñarme para no ser así, nunca me imaginé que hablaba desde la experiencia.

Enzo gira su cara hacia mí y contengo el aire cuando nuestros ojos se encuentran.

—Tengo que contarte algo… —No puedo seguir manteniendo esta información en privado.

—Dime. —Su mirada me atraviesa con curiosidad pero se mantiene alerta y a la espera.

—Veras, ayer cuando vimos las iniciales en la fuente, estuve ausente porque creí reconocer la forma de la M y tenía razón.

—Sabes quién es. —No es una pregunta.

Asiento.

—Mi abuela —suelto la bomba pero él no parece sorprendido.

En su lugar su mirada se oscurece, su mandíbula se tensa y sus nudillos se vuelven blancos por la tensión.

Trago saliva y me obligo a continuar.

—E. M. Es, en realidad, Elsa Martin.

Capítulo 10

Su mirada se pierde sobre el asfalto y tomo aire, esperando una reacción.

—Lo siento —acaba por decir.

—¿Lo sientes? ¿Por qué?

—Por mi abuelo, porque él la engaño según la carta, y a pesar de cómo nos crio a mi madre y a mí.

—Tranquilo —replico—, no es culpa tuya, pero si explica algo del pasado de mi abuela.

—¿El que?

—Ella se fue del pueblo poco después de la fecha que pone en la carta. Recuerdo que mis tías nunca entendieron esa decisión, pero la apoyaron ya que se fue a vivir a la casa de un familiar y sabían que estaría bien.

—¿Allí es donde conoció a tu abuelo?

—No, ella ya lo conocía de antes, pero se encontraron años después, se enamoraron y se casaron. Volvieron al pueblo poco después de la boda.

—Bueno, me alegro de que consiguiera ser feliz —admite, su mano pasa por detrás de mi cuerpo y me acerca hacia él. Besa mi pelo y nos quedamos así, juntos y en silencio por un rato.

Al día siguiente, aprovecho que estoy en casa de mis padres y después de comer me siento al lado de mi abuelo, preguntándole

cosas sobre cuando eran jóvenes.

—¿Y cómo la conociste?

—Bueno, en realidad nos conocíamos desde hacía años y si te digo la verdad siempre estuve enamorado de ella. —Su sonrisa abierta y el brillo en sus ojos delata lo que la quería.

—¿Ah, sí?

Él asiente y busca en el álbum de fotos antiguas, hasta encontrar una y me acerca el álbum.

—Aquí estamos en nuestra primera cita —dice, acariciando la imagen con el dedo.

—Estabais muy guapos. —Sonrío. Mi padre nos acerca un café a cada uno y se sienta a escucharnos mientras mi madre pone unas galletas en la mesa.

—La verdad es que este día estaba eufórico. La abuela tuvo un novio antes que yo, ¿lo sabías?

Niego con la cabeza porque no puedo contarle la verdad y mucho menos como lo he averiguado.

—Verás, ella llamaba muchísimo la atención, y ese chico estaba colado hasta las trancas, como yo, pero él fue más rápido y me la quitó.

—¡Papá! —replica mamá—, no hables así de mamá, ella no era de nadie y lo sabes.

El abuelo asiente a regañadientes y sigue con su historia.

—La cosa es que ella se fue del pueblo y más tarde supimos que ya no estaban juntos, así que vi mi oportunidad y en cuanto la encontré de nuevo no me lo pensé. El resto es historia.

—Qué bonito… —Trago saliva y mi madre sonríe como una colegiala, mi padre le da la mano y le besa el dorso para luego atraerla hacia él y abrazarla por la espalda.

El abuelo se pone en pie y se va hacia la habitación bajo nuestra

mirada, luego trae una caja de latón y me la ofrece.

—Mira —dice cuando la abro. Saca una imagen y me la enseña —, aquí estamos en nuestra segunda cita, la llevé a la feria y pasamos una noche preciosa. ¿Ves esa chaqueta de punto? Se la hizo ella, estaba orgullosa de su creación.

—¡Vaya! —replico—, es increíble.

Miro mi reloj y me doy cuenta de lo rápido que se pasa el tiempo cuando estás con los que quieres.

—Debería irme ya, mañana tengo que madrugar.

—Llévatela —El abuelo me ofrece la caja—, así podrás mirar más cosas cuando tengas tiempo. —Me guiña el ojo y sonríe.

Le sonrío de vuelta y asiento, llevándome la caja conmigo hasta mi casa.

Esa noche me llevo la caja a la cama y empiezo a sacar las cosas de la abuela. Sonrío al ver que hay muchas fotos de mamá cuando era pequeña, de ellos de vacaciones y recortes de periódicos donde se hacen reseñas de libros. Parece que le gustaba Bécquer.

—Quizás tengo más en común contigo de lo que creía — murmuro hojeándolos.

El fondo de la caja aparece pero al ponerla aparte, esta pesa más de lo que debería.

Frunzo el ceño y la acerco aún más, tocando el fondo de nuevo. Muevo los dedos buscando qué es lo que se ha quedado ahí dentro pero no veo nada.

Mis dedos tocan los bordes y entonces la base se mueve.

—Pero que…

Empujo la base con cuidado y la base se levanta un poco, así que uso mis uñas para levantarla.

Hay un doble fondo.

—No paras de sorprenderme, abuela.

Al quitar la base encuentro un cuaderno con los lomos de cuero y envuelto con una cuerda.

Lo saco con cuidado y lo abro, leyendo la primera página.

—¿Un diario?

—El cuaderno tiene la fecha en la esquina derecha y en cada página hay unas líneas escritas de su puño y letra.

Hojeo por encima el cuaderno mientras de forma casi instintiva busco la fecha de la carta.

Leo con rapidez lo que dice y mis ojos se humedecen al sentir el dolor de la traición. La abuela dejó marcada en tinta sus sentimientos con un dolor palpable. El corazón se me encoge al leer una resolución que parece haber tomado mientras escribía en el cuaderno que ahora tengo en mis manos.

Una resolución que la llevaría lejos de su familia, al menos por un tiempo.

La abuela escribe sobre los intentos del que era el amor de su vida de explicarse pero como ella nunca le ofreció la oportunidad de hacerlo. Simplemente no podía exponerse a que le hiciera daño de nuevo. Ella misma pone en palabras como nunca podría vivir con una persona sobre la que se proyecta una sombra de duda que la perseguiría para siempre.

También escribe cómo, al tiempo de haberse marchado, el abuelo la encontró y que a partir de ese momento se vieron más seguido y cómo, con el tiempo se hicieron novios y después se casaron.

Releo las páginas ahora con más calma cuando el teléfono suena y leo el mensaje.

Enzo me pide quedar después del trabajo y le digo que sí, luego nos damos las buenas noches y vuelvo a meter todas las cosas en la caja.

Todas menos el cuaderno, que hojeo y acaricio como si eso pudiera acercarme un poco más a la abuela que perdí hace ya unos meses y que echo de menos cada día desde entonces.

Capítulo 11

—Tengo que enseñarte algo. —Enzo me observa con esos ojos que parecen taladrarme y bebo un sorbo de la cerveza que he pedido al poco de llegar.

Me ha pasado a buscar después del trabajo en lo que parece haberse vuelto nuestra pequeña rutina.

Una rutina que me gusta cada vez más.

—Yo también —admito al dejar la cerveza en la mesa.

Enzo se inclina en la silla y busca algo dentro de su mochila, luego saca un montón de cartas unidas por un lazo y las deja en la mesa. Los sobres se ven amarillos y la cuerda está desgastada.

Mis ojos observan con detenimiento la pila bien colocada y la curiosidad me mata, miro a Enzo quien me invita con la mirada a que las sujete entre mis manos, cosa que hago al instante, acercándolas más a mí.

—Son de mi abuelo —explica él—, las encontré en el desván. Son cartas que él le envió a tu abuela. Todas devueltas sin abrir.

Trago saliva y el corazón se me desboca.

—Mierda —murmullo.

—Sí, mierda —Enzo agarra su cerveza y le da un buen trago—, solo he abierto un par de ellas, pero sé a ciencia cierta lo que pone el resto. Lo mismo que ponía en las que yo abrí.

Aprieto mis labios y espero a que siga hablando, a que me diga

lo que yo ya sé, pero que es necesario poner en palabras para que el dolor se haga visible, palpable. Solo así podrá aceptar lo que pasó y gestionar lo que podría haber pasado.

—Mi abuelo insiste una y otra vez en que él no hizo nada, que era inocente. Le suplicaba que le dejara explicarse en persona, que le diera una oportunidad.

Su mirada se desvía hacia el tráfico, lo veo tomar aire para calmarse. Puedo ver la mandíbula tensa y su mano cerrada en un puño apretado.

—Joder, mi abuelo suplicaba una oportunidad para poder demostrar su inocencia, pero tu abuela nunca abrió ni una sola de sus cartas. No le ofreció el beneficio de la duda y nunca respondió.

—Lo sé —admito casi sin voz.

Sus ojos se clavan en los míos y puedo ver la sorpresa, el dolor y la incertidumbre en ellos.

¿Qué habría pasado de haber contestado a una sola de esas cartas? Nunca podremos saberlo.

Ese es mi momento para sacar el cuaderno de mi abuela y dejarlo sobre la mesa con cuidado. Al hacerlo, Enzo lo mira casi sin parpadear.

—Mi abuelo escribió que alguien le dijo que tu abuela lo había traicionado, que nunca supo quién fue y por qué hizo algo así, pero que él no hizo nada, que no la traicionó y que no podría haberlo hecho porque la amaba de verdad.

—Eso es lo que ella escribe en su diario. Que le dijeron eso de tu abuelo y que su corazón se partió en dos ese dia. Que nunca podría mirar de nuevo a tu abuelo con los mismos ojos después de saber lo que había hecho. Por eso se fue del pueblo, como medida preventiva para no verlo ni siquiera por casualidad.

La vida es curiosa. Ellos no pudieron transitar la duda y el dolor,

y por cosas del destino ahora nosotros estamos aquí haciéndolo por nuestros abuelos.

—Todas las cartas que he leído escribían lo mismo con otras palabras. Todas hablaban de una traición que nunca existió, de una súplica que nunca se escuchó, de una oportunidad que nunca llegó. Por eso no me hace falta abrir las demás, se cuál es el mensaje que contienen.

Nos quedamos mirando en silencio. Nuestros ojos hablan sin una sola palabra.

—No creo que mi abuelo lo hiciera —admite Enzo después—. Conocía a mi abuelo y, a pesar de que todos cometemos errores, no creo que fuera capaz de engañar a tu abuela; no si la amaba tanto como parece.

—Algo me dice que tienes razón. No conocí a tu abuelo, pero siento que algo no cuadra.

—¿Eso crees? ¿Me crees?

Sus ojos me muestran un resquicio de esperanza, casi como si estuviera esperando que, tal y como hizo mi abuela, me cerrara en banda ante su declaración o dijera que es mentira.

Pero no voy a hacer eso.

Enzo se inclina sobre su silla y envuelve su mano sobre la mía.

—Gracias —susurra, inclinándose hacia mí.

—No tienes que darlas —murmuro imitándolo.

Nuestros labios se unen. Con suavidad al principio pero encajando a la perfección.

Nuestras respiraciones se coordinan, nuestros corazones se acompasan, nuestra piel parece reconocerse.

Juro que no he sentido nada así con nadie, casi como si nuestras familias estuvieran destinadas a encontrarse, a unirse, a pertenecerse.

Capítulo 12

Acabamos en mi casa. Su casco y el mío terminan en el sofá, junto con mi bolso y su mochila.

Nuestros labios solo se despegan lo justo para quitarnos la ropa. Siento sus manos por todo mi cuerpo y las mías acarician su piel con una urgencia que nunca había sentido.

Esto que estoy sintiendo es nuevo para mí. No es mi primera pareja sexual, pero sí es la primera vez que noto esta intensidad.

Es casi como si nuestros cuerpos se reconocieran, como si hubieran estado buscándose durante mucho tiempo y al fin se hubieran encontrado.

Cuando Enzo se introduce en mí la sensación es extraña y conocida a la vez.

Nuestros ojos conectan mientras vamos juntos hasta la cima y saltamos a la vez en una sensación que juro no olvidar nunca.

Cuando el clímax ha pasado, Enzo me abraza y cierro los ojos calmada y satisfecha. Siento su mano acariciando mi brazo y sus labios en mi hombro y cuello.

—Ha sido… —dice en mi oído.

—Si… Lo sé —admito.

Se ríe y escucharlo tan cerca hace que mi cuerpo se caliente de nuevo.

—Me alegra saber que has disfrutado igual que yo.

Lo miro por encima del mi hombro.

—¿Acaso no se ha notado? —lo pico.

Él me responde con unas cuantas cosquillas en mi costado y nos reímos juntos.

Y de nuevo siento una extraña sensación de comodidad más propia de una pareja asentada que de dos personas que acaban de compartir cama por primera vez.

¿Es eso lo que se siente cuando has encontrado a la persona adecuada?

Me resisto a contestar esa pregunta. No quiero aceptar algo que mi cuerpo parece haber comprendido antes que la cabeza.

¿Y si él no se siente igual? ¿Y si esto se acaba cuando lleguemos al fondo del asunto? ¿Y si…?

Hay tantas variables que no puedo ni empezar a describirlas.

Lo que sí tengo claro es que esto ha empezado de la manera más extraña posible, pero, bendita extrañeza.

—¿Quieres cenar algo? —pregunto.

Enzo se levanta y, tras ponerse solo la ropa interior, me regala una imagen de su cuerpo cuando sale de la habitación después de besarme.

—¿A dónde vas? —vuelvo a preguntar.

No responde, solo escucho sus pasos y unos segundos después, el sonido de la puerta de la nevera.

—¿Qué está haciendo? —murmuro mientras me pongo ropa interior a toda prisa.

Al llegar a la cocina lo veo batiendo huevos con el paño de cocina sobre su hombro.

—¿Dónde está la sartén? —me pregunta al verme y sin dejar de batir.

—¿Estás haciendo la cena? —No salgo de mi asombro. Saco la

sartén y la dejo sobre la vitrocerámica, luego acerco el aceite.

—Tú has puesto la casa, yo cocino. —Me guiña el ojo, como si eso fuera explicación suficiente.

Me lo quedo mirando mientras él trabaja en mi cocina con soltura. Queda claro que sabe lo que hace así que vuelvo a la habitación y me pongo su camisa.

Huele a él, y me encanta.

Una vez vuelvo a la cocina y sus ojos se posan en mi cuerpo tapado por su camisa se queda de piedra por unos instantes, su mirada se tensa y su mandíbula igual.

—Estoy intentando ser correcto, pero no me ayudas —me señala con el mentón y sujeto una sonrisa.

Me acerco hasta él y beso su cuello. Su mano suelta la espátula y se cierra en mi cintura, apresando mis labios con los suyos.

La pasión nos desborda de nuevo y tenemos que hacer un esfuerzo consciente por dejar de tocarnos.

Enzo apaga el fuego y retira la sartén, luego me alza en volandas sobre su cuerpo, mis piernas se enrollan en su cintura y me lleva hasta la habitación de nuevo.

Capítulo 13

—Te hemos echado de menos, hija. —Mi madre me besa la mejilla y mi padre me abraza cuando llego a su casa para comer.

—Perdona, ayer se me olvidó avisar de que no vendría a cenar —me excuso.

—No te preocupes, ¿está todo bien? —papá me ofrece un vaso con agua fresca y asiento después de tomar un sorbo.

—He estado ocupada.

No le voy a decir que estuve toda la noche con Enzo en la cama, ni que he tenido que tomar tres cafés esta mañana para poder dejar de bostezar en el trabajo.

—¿Tienes alguna novedad de…? —Mira a ambos lados, como si estuviéramos hablando de un tema alto secreto— … bueno, ya sabes.

Contengo una carcajada, mi mano se posa en su hombro y asiento.

—Luego te cuento.

La cara de felicidad de mi padre no se paga con dinero y doy gracias por tenerlo en mi vida.

Comemos entre bromas y risas, ayudo a recoger la mesa y nos sentamos con el abuelo mientras tomamos café.

Algo de lo que leí en el diario de la abuela sigue sin tener sentido, así que me las ingenio para volver a sacar el tema con el

abuelo sin que se dé cuenta.

—Entonces, ¿quién dices que te dijo a dónde se fue la abuela?

—Su hermana Felicidad, esa mujer no sabía callarse nada —responde el abuelo antes de darle un bocado a su galleta sin darse cuenta de que acaba de caer en la trampa.

Me he tirado un farol, como cuando jugamos al póquer, y he ganado la partida. He estado haciéndole preguntas durante un rato con la única intención de que baje la guardia y no se dé cuenta de lo que realmente quería saber.

La abuela escribió en su diario que él la buscó, pero el abuelo nos dijo que la encontró por casualidad.

Eso era lo que no cuadraba.

—Voy un momento al baño —digo poniéndome en pie. Mi padre y el abuelo siguen hablando y aprovecho mi visita al servicio para calmarme.

Al sentarme en el sofá de nuevo me bebo lo que me queda de café de un trago.

—Papá, ¿podrías ponerme un poco más de café, por favor?

Él no se lo piensa y se pone de pie, asintiendo. Agarra mi taza y se encamina a la cocina.

—Fuiste tú, ¿verdad?

Algo dentro de mí me dice que es así. Debo saberlo.

—¿El que, cielo? —él me sonríe de lado y contengo mis ganas de irme sin una respuesta.

—Tú le dijiste a la abuela que su novio la engaño. —No es una pregunta y el abuelo se da cuenta. La sorpresa cruza por su cara, para ser sustituida por la vergüenza y el remordimiento.

Y en ese momento descubro la verdad.

Daniel Vera, el abuelo de Enzo no la engañó, él nunca hizo nada en contra de Elsa.

Fue él. Mi abuelo. Le mintió para que ellos rompieran.

—¿Cómo pudiste hacer algo así? —Las lágrimas pugnan por salir pero las retengo—. Ella sufrió, abuelo. ¿Es que no te importo romperle el corazón? ¿Acaso te paraste a pensar en ella?

Mi abuelo se pone en pie con la mandíbula tensa y las manos cerradas en sendos puños a sus costados.

La rabia por verse descubierto, la tensión por no saber si se lo contaré a mis padres, el dolor por comprender el daño que causó… Todo eso cambia al entender por fin que su vida, su relación, su matrimonio y su familia se construyó sobre una mentira.

Lo veo sentarse en el sofá, derrotado. Sus manos comienzan a temblar sobre sus piernas y su cabeza gacha me impide ver su expresión pero las gruesas gotas que caen hacia su camiseta me dicen que está sufriendo.

—Lo siento —susurra al fin, justo cuando mi padre llega con mi taza llena.

—¿Qué pasa, Adrian? ¿estás bien? —Mi padre se agacha frente a él y posa una mano sobre la de mi abuelo.

Mi padre se asusta y me mira con la cara desencajada.

—¿Qué le pasa?

—Es culpa mía —admite el abuelo, sin darme tiempo a contestar —. Yo mentí a tu abuela, luego ella se fue. Lo pasé muy mal hasta que conseguí averiguar dónde estaba, luego solo tuve que hacerme el sorprendido cuando nos vimos e insistir un poco hasta que accedió a una cita.

Mi abuelo sigue con la cabeza gacha, pero lo escucho tomar una profunda bocanada de aire, como si soltar esas palabras lo hubiera liberado al fin de un peso que le oprimía el pecho.

—¿De qué está hablando? —Mi padre sigue sin entender nada.

—Cuando fuimos a la fuente descubrí que la novia del abuelo de

Enzo era la abuela.

Los ojos de mi padre se abren al comprenderlo. El haberlo puesto al día casi a diario ayuda a que no tenga que explicarlo todo desde el principio, y a decir verdad, no sé si el abuelo aguantaría escucharlo todo de nuevo y revivir cada paso.

Mi padre mira al abuelo y a mí un par de veces. Luego se sienta al lado del abuelo y envuelve su mano con las suyas.

—Cometiste un error, eso solo te hace humano —le dice.

—Pero con eso la hice muy infeliz —musita el abuelo casi sin voz.

—Lo fue durante un tiempo, pero dime una cosa. ¿Contigo fue feliz?

El abuelo levanta por fin la mirada y sonríe.

—Mucho. Fuimos muy felices durante todos los años que compartimos.

Mi padre asiente en silencio.

—No voy a decirte que lo hiciste bien, porque no fue así. Pero quédate con que eso os llevó a tener muchos años felices, una hija estupenda y una nieta de la que sentirte orgulloso.

El abuelo abraza a mi padre y luego me mira en silencio por un instante.

—Te pido perdón —susurra envolviendo mis manos con las suyas.

Aprieto los labios y luego lo abrazo sin poder contenerme.

Lo hizo mal, hizo mucho daño a dos personas que se querían, pero no puedo obviar el hecho de que, si no lo hubiera hecho ni mamá ni yo estaríamos aquí.

¿Me convierte eso en una mala persona? ¿En alguien egoísta? No lo sé, la verdad. No creo que exista una respuesta correcta a esa pregunta.

Capítulo 14

Unos meses después.

—¿Estás listo? —le pregunto con la llave en la mano frente a la puerta de casa.

Enzo toma aire con fuerza y sus ojos se fijan en nuestras manos unidas, luego asiente y se cuadra de hombros como si estuviera preparándose para la batalla.

Contengo una risa y giro la llave en la cerradura, abro la puerta y mis padres nos reciben con una sonrisa pintada en la cara.

—Esta es la parte fácil —le susurro al oído, aun en el pasillo de la entrada.

—No me ayudas —replica él con una sonrisa pintada en la cara.

Me río por lo bajo y, después de las presentaciones oficiales, nos encaminamos hacia el salón.

Mi abuelo, que ya estaba esperando a que entráramos, me dirige una sonrisa tímida.

Se ha arreglado para la ocasión y nos observa con las manos a la espalda. Luego extiende la derecha y se la ofrece a Enzo.

Este me mira por un instante y asiento levemente. Luego le estrecha la mano a mi abuelo y el silencio se hace en la estancia.

El aire se espesa y la respiración se me corta.

Enzo y Adrian se miden en silencio, como si de alguna manera la rivalidad que una vez hubo entre él y su abuelo estuviera presente.

—Te pareces a tu abuelo Daniel —le dice él a Enzo.

El traga saliva y asiente.

—Eso me dicen.

—Lucía se parece a su abuela —dice más para el mismo que para nosotros.

Mis padres observan la escena contenidos, a la espera de una posible intervención de ser necesario.

Mi abuelo finalmente pasa la mano libre por la espalda de Enzo, abrazándolo.

—Bienvenido a la familia —dice en alto para que todos lo oigan, palmeando varias veces.

El aire contenido se destensa y puedo volver a respirar.

Abrazo a Enzo por la espalda de Enzo cuando mi abuelo lo libera y los miro a todos juntos.

El tiempo y el destino son curiosos.

Lo que no pudo ser dos generaciones atrás, se une en esta.

Casi como si ya estuviera escrito.

«Septiembre no solo abre las puertas de las aulas. También despierta emociones que llevaban demasiado tiempo esperando.»



Entre pasillos llenos de recuerdos, campus universitarios que vuelven a cobrar vida, academias donde nacen nuevas oportunidades y centros de estudio donde cada día es distinto al anterior, el amor encuentra el escenario perfecto para aparecer cuando menos se espera.

En esta antología, profesores, alumnos adultos, bibliotecarias, entrenadores, orientadores, investigadores, personal administrativo y jóvenes que comienzan una nueva etapa descubrirán que algunas lecciones no aparecen en los libros. Primeros encuentros, segundas oportunidades, amistades que se transforman en algo más y

sentimientos capaces de cambiar el rumbo de una vida se entrelazan en historias llenas de emoción, ternura y esperanza.

Porque cada curso es un nuevo comienzo y, a veces, basta cruzar una puerta para encontrar aquello que no se estaba buscando.

«Hay asignaturas que se olvidan con los años. Las historias de amor que nacen entre sus páginas permanecen para siempre.»

Marian Arpa es el seudónimo con que María Antonia Ariño Parra firma sus novelas románticas. Vive en Reus, su ciudad natal, con los tres amores de su vida: su marido y sus dos hijos. Su afición por la lectura la llevó a leer todo lo que caía en sus manos desde muy joven, hasta que un día la novela romántica la atrapó, y sumida en relatos de castillos y damas en apuros, Escocia, Irlanda e Inglaterra, pensó que también podía haber historias de amor actuales. Desde ese momento dejó volar su imaginación y empezó a escribir.

S. F. Tale es el seudónimo de una autora nacida en Ferrol el 1 de julio de 1982. Amante de los libros y enamorada de las letras, se licenció en Humanidades, sin olvidarse de su cuaderno en el que dibujaba el mapa de esas historias que le gustaría escribir. Su primera novela, *Mi mal de amores eres tú*, ha resultado finalista del VII Certamen de Novela Romántica Vergara-RNR.

Mar Poldark nació en Almería en 1994. Es educadora infantil y estudia la carrera de magisterio con la finalidad de encontrar su lugar entre los más pequeños. La escritura siempre la ha acompañado en cada una de sus aventuras: ya fuera con el objetivo de encontrar el final romántico perfecto para sus series favoritas o con la intención de dar vida a esos personajes que aparecían en su mente susurrando nuevas historias. Es adicta a la cafeína, le encanta el verano y viajar.

Sarah Valentine es una escritora nacida en Barcelona, una ciudad

que adora y donde vive con su familia y sus mascotas y rodeada de libros. Como autora, Sarah combina su pasión por la escritura con su carrera como profesora de historia. Aunque le encanta enseñar, escribir es lo que realmente la hace feliz.

Desde niña, Sarah siempre ha disfrutado inventando sus propias historias. Pero hace unos años decidió compartir estas historias con el mundo. Ahora, tiene miles de lectores que siguen sus novelas y series, muchas de las cuales ha autopublicado en Amazon y otras a través de editorial.

Sus libros son historias románticas llenas de emoción y, la mayoría de ellas, están ambientadas en Escocia. Con cada novela, Sarah sumerge a sus lectores a un viaje emocional, mostrándoles la belleza del amor en todas sus formas.

María Heredia (Estepona, 1995) siempre tuvo claro que quería ser escritora. Desde pequeña fue una ávida lectora y no tardó en empezar a escribir sus propias historias sobre mundos mágicos, chicas valientes y romances de ensueño. Las letras siempre fueron su pasión, así que estudió Traducción e Interpretación en la Universidad de Granada y un Máster en Literatura y Lingüística Inglesas. Actualmente compagina la escritura con su trabajo como profesora de idiomas y la redacción de su tesis doctoral en Literatura Inglesa y Narrativas Transmedia.

Detrás de **Alana Moira** se esconde Ana María Capilla, aunque siempre ha preferido que la llamen Ana. Aunque es natural de

Andalucía, actualmente vive en Palma de Mallorca. La lectura siempre ha formado parte de su vida, pero fue en el instituto donde comenzó a escribir de verdad, al principio solo como parte de las tareas del profesor, pero a pesar de que él no era exigente, sus historias se volvieron cada vez más y más extensas, lo que la lleva a participar en algunos concursos. Más tarde, pasados los años, retoma el habito de escribir como una forma de darle una salida a todas las historias que se forman en su cabeza, que llegan incluso a no dejarla dormir. Su intención es seguir «dándole a las teclas» y dar vida a todos esos personajes que actualmente siguen viviendo en su mente.

María Rojo (Barcelona, 1980) estudió Derecho y grafología y está especializada en el estudio de la personalidad. Dirige los Recursos Humanos en una multinacional, pero su verdadera pasión es escribir: un intimismo bello y aderezado con prosa poética da voz a las historias de romance contemporáneo que encontramos en sus novelas.

Vega Fountain es ingeniero técnico agrícola de formación y su trabajo no está relacionado con el mundo de las letras.

Empezó a escribir como terapia y a partir de ese momento ha ido ideando personajes e historias que le gustaría leer en los libros que lee compulsivamente.

De mente inquieta e imaginativa está continuamente pensando nuevas tramas, ideas y protagonistas para sus próximos libros.



Edición en formato digital: septiembre de 2026

© 2026, Marian Arpa, S. F. Tale, Mar Poldark,
Sarah Valentine, María Heredia, Alana Moira,
María Rojo, Vega Fountain
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: María José Losada
Imágenes: shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 979-13-87818-28-9

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

El alma que hablar puede con los ojos...

El director que me enamoró

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Epílogo

Ajedrez + Teatro + Amor para dos

- Prólogo
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8

Capítulo 9
Sentimientos cautivos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Si te hubiera olvidado
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Una casita de piedra en Soria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11

Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
De amor y poemas
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
No deberíamos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Este libro no es mío
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4

Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre las autoras
Créditos